

41  
IDAD A  
5  
CIÓN G



LA MARTINIÈRE

HISTOIRE  
DE LA  
TURQUIE



2

DR441

L2

1855

V.2

C.1

61718

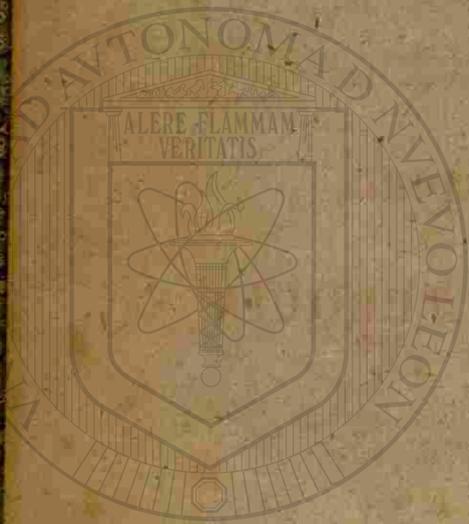
9(A96)



1080044838

9 (496)

E#7 E#12



HISTORIA

DE LA TURQUIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Deposítado este tomo legalmente con arreglo á lo prevenido en el convenio de  
21 de enero de 1854, los editores se reservan el derecho de propiedad de la  
traducción en español.



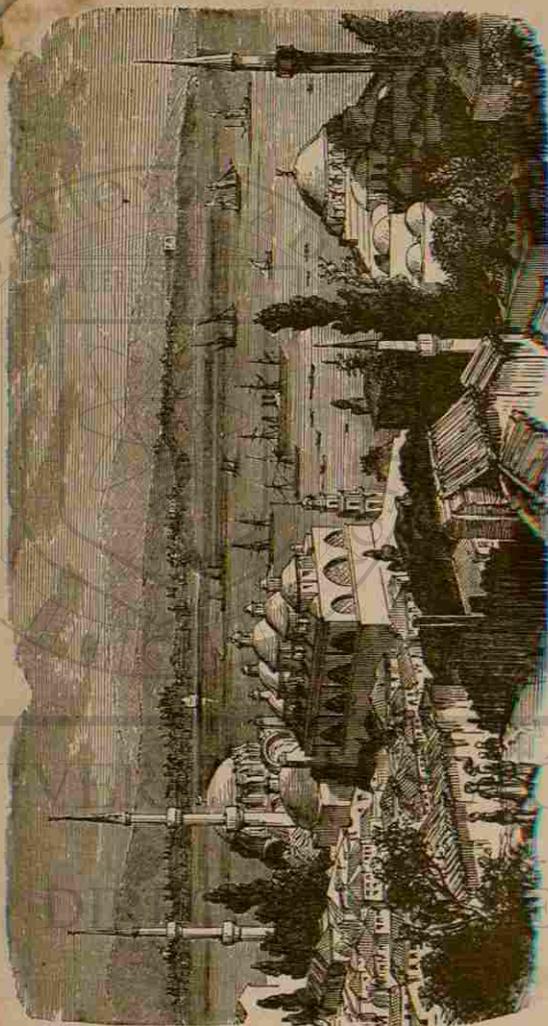
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PARIS. — IMPRENTA WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.



T. H. P. L.

CONSTANTINOPLA. — TOPKANÉ.

# HISTORIA DE LA TURQUIA

POR

A. DE LAMARTINE



BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO  
TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Universitaria

61718

PARIS  
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET

1855

17335

DR 441

L2

1855

V.2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FOND:  
DEL

BIBLIOTECA  
J LEÓN

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO TERCERO

I

El país alpestre habitado por la tribu de Ertogrul y de su hijo Othman, estaba situado en la embocadura de los profundos é incultos valles que abren sus desfiladeros y que vierten sus torrentes en la vasta cuenca de Nicomedia, de Nicea, de Brussa, de Galipoli y de Constantinopla. El mar interior de Mar-

ii.

4

DR 441

L2

1855

V.2.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FOND:  
DEL

U. L. CA  
J LEON

HISTORIA

DE

# LA TURQUIA

LIBRO TERCERO

I

El país alpestre habitado por la tribu de Ertogrul y de su hijo Othman, estaba situado en la embocadura de los profundos é incultos valles que abren sus desfiladeros y que vierten sus torrentes en la vasta cuenca de Nicomedia, de Nicea, de Brussa, de Galipoli y de Constantinopla. El mar interior de Mar-

ii.

4

mara, semejante á un lago sembrado de islas, se extiende por este espacio entre Europa y Asia, encerrado por una parte por el Bósforo, y por la otra por el estrecho de lós Dardanelos.

Por el Bósforo, que serpentea bajo las colinas de Constantinopla se comunica el mar de Marmara con el mar Negro: por el estrecho de los Dardanelos envia sus aguas al Mediterráneo. Sus niveladas y fértiles costas estaban guarnecidas, como un espacioso muelle, de ensenadas, puertos, villas y ciudades. Innumerables velas trasportaban sin cesar de una orilla á la otra las mercancías y los pasajeros que el comercio interior ó exterior de la Grecia llevaba de la Europa al Asia, y del Asia al Africa. Estas provincias eran el corazon del imperio griego. A medida que se habia reducido perdiendo el Egipto, la Mesopotamia, la Siria y la Anatolia, se habia agrupado al rededor de este jardin y del lago de Bizancio. Desde los miradores de su palacio, el emperador Andrónico, que reinaba entonces, podia abarcar con la vista el territorio sometido á su dominacion. Un mar, cien ciudades y dos capitales le dejaban la ilusion de su grandeza pasada.

La primera de estas capitales, mas parecida á un imperio que á una ciudad, era Constantinopla, extendida á sus piés y sobre las colinas, por los valles

de Europa, y desbordando hasta el Asia en Scutari. La segunda, de la cual se podian apereibir las blancas murallas almenadas, y las selvas negras al pié del Olimpo de Bithinia, resplandeciente con sus eternas nieves, era Brussa, antigua ciudad real de esta provincia, Brussa, cuyo origen atribuye la tradicion á Anibal, refugiado en los estados del rey Prusias para librarse del enojo de sus compatriotas, que se alzaba á cierta distancia del estrecho de los Dardanelos, sobre una eminencia del monte Olimpo, como la ciudadela avanzada del Asia, dominando á la vez el mar y la tierra. Su situacion culminante, su clima templado, los bosques que tiene á su espalda para servirle de abrigo, los riachuelos espumosos con que las nieves derretidas riegan sus collados en el estío, las aguas termales que atraian de todo el Oriente y de Europa á los extranjeros á tomar baños, la sombra de sus plátanos, la hoja de sus moreras, la púrpura de sus viñas, la fecundidad de su llanura, cubierta de espigas y de pastos, habian reunido de tiempo inmemorial dentro de sus muros y esparcido por su campiña á una poblacion activa y numerosa. Sobrepujaba á Constantinopla por su situacion, y casi la igualaba por la opulencia y el número de sus habitantes. Los emperadores griegos poseian en ella un palacio de verano que rivalizaba en delicias con

los de Andrinópolis y Constantinopla. Brussa era además para ellos la llave y el baluarte de sus posesiones de Asia. Los desfiladeros abiertos entre las raíces del monte Olimpo por la parte del Este y del Norte, desfiladeros que, despues de haber contorneado las llanuras de Nicea y Nicomedia, penetran en las provincias montañosas de Lidia, Frigia, Caramania y del monte Taurus, habian sido cerrados previsoramente por Belisario con ciudades fuertes, con ciudadelas, con castillos, reputados inexpugnables, para poner coto á las invasiones de los bárbaros que se aguardaban por aquellos valles.

Estas ciudadelas, estos castillos, estos desfiladeros, vanguardia del imperio á espaldas del Olimpo de Bithinia, eran poseidos como feudo por vasallos griegos que respondian de la seguridad de ellos. Pero despues de la irrupcion de las tribus seldjukidas, con las cuales habia inundado Alp-Arslan la Anatolia, los pueblos turcos estaban mezclados en aquellos valles con los pueblos griegos. Las dos razas contiguas, aunque recelosas la una de la otra, vivian unas veces en armonía, otras enemistadas y haciéndose la guerra, segun el genio pacífico ó belicoso de sus jefes. Cada comarca, cada ciudad, cada castillo, estaba entregado á sus propias fuerzas. Los emperadores griegos, amenazados por todas partes, por los

búlgaros, los servios, los rusos en Europa, y por los turcos y los mongoles en Asia, amenazados además por las facciones que agitaban su capital, no tenian bastantes tropas para socorrer á sus vasallos. El único obstáculo que se oponia á una invasion mas rápida y general de los turcos era su escaso número. La diferencia de razas y el horror á la religion nueva pugnaban por parte de las poblaciones griegas contra la raza y la religion de los pastores de la Tartaria.

Una de las fortalezas que defendian los desfiladeros del monte Olimpo se llamaba Angelocoma. Dominaba el camino de Brussa á Kutaiah. Todos los años, en la estacion en que los rebaños de Ertogrul subian en busca de pastos frescos á las crestas elevadas de las montañas, y en la época del año en que volvian á bajar á la llanura, los habitantes de esta fortaleza insultaban á los pastores y dispersaban los carneros de los turcos. Ertogrul, viejo y amante de la paz, se

quejó al señor de Angelocoma. Este incriminó á los pastores de los turcos, que provocaban, decia él, á los pastores griegos, hiriéndolos con sus arcs. Ertogrul, con sentimientos de concordia, ofreció al señor bizantino desarmar á sus pastores en la estacion de los pastos de las montañas. Ofreció además que los pastores depositarian en el castillo de Angelocoma las cosas de mas valor que éstos poseian, en prenda de buena conducta, y que no las recogerian hasta su vuelta á la llanura.

El griego aceptó estas condiciones, hechas de buena fé por Ertogrul, el *hombre de corazon sincero*. Pero por exceso de prudencia exigió que estas prendas fueran llevadas á su castillo, no por hombres armados, que podian sorprenderlo, sino por las mujeres de la tribu, cuya debilidad lo ponía á cubierto de toda violencia.

Ertogrul aceptó esta condicion humillante. Las prendas fueron depositadas y devueltas durante muchas estaciones con una fidelidad que honraba á las dos razas. Othman, hijo de Ertogrul, y esposo de la bella Malkatun, reconociendo la fidelidad del señor bizantino, le llevaba todos los años al volver de los pastos un presente que consistia en tapices de ricos colores, como los que hacen aun las mujeres de los turcomanos bajo sus tiendas, pieles de cabras, y de

corderos negros, arneses de caballo de cuero trenzado, leche cuajada y miel cogida en sus colmenas. Pero la insolencia con que el señor feudal recibia estos regalos, como si fueran un tributo de vasallaje, sublevó por fin la fiereza de Othman. Abrió su pecho á algunos compañeros de armas y á algunos antiguos consejeros de Ertogrul, los tres Alp ó héroes de la tribu.

Bajo pretexto de llevar como siempre por mano de las mujeres al castellano griego de Angelocoma los presentes de costumbre, sesenta guerreros, cubiertos con largos mantos y velos de mujeres, con armas en vez de telas, miel y frutas, pendientes de las ancas de los camellos, penetraron en la fortaleza. A una señal convenida debian quitarse los velos, tirar de los sables y apoderarse del castillo.

Durante esta sorpresa, Othman, oculto en un bosque de pinos, á la cabeza de cien ginetes escogidos, debia atacar la escolta del señor de Angelocoma, que venia aquella misma noche de una expedicion contra otros turcos. El subterfugio engañó á la guarnicion; el combate entre Othman y la escolta se empeñó en el desfiladero de Ermeni. Othman venció en el castillo y fuera. Pero el combate fué encarnizado, y costó la vida á muchos de sus soldados. Uno de sus sobrinos, llamado Baikodschah, se contaba entre los

muertos. Erigiósele una cúpula fúnebre junto al riachuelo.

## III

Esta conquista estimuló la ambición y la audacia de Othman. Marchó con todos sus guerreros contra los griegos que poseían el fuerte de Kara-Hissar (la fortaleza Negra), situado á la salida de los desfiladeros que cierran la llanura de Bithinia bajo el monte Olimpo. Vencedor en la batalla de Agridje, estableció su capital en Kara-Hissar. También esta vez perdió Othman en la batalla á su hermano menor Savedji. Sepultósele al pié de un pino junto al cual había recibido la muerte.

Las lloronas y los parientes del jóven héroe suspendieron durante muchos años de las ramas del árbol lámparas encendidas, de suerte que el resplandor de las hojas les daba de léjos la apariencia de un árbol luminoso. Las tradiciones conservan todavía á aquel sitio el nombre de *Kandilli Tscham* ó pino flamígero. Este fenómeno del sentimiento por el jóven pasó mas tarde por un fenómeno de la naturaleza.

Aquel mismo año, 687 de Mahoma, 1288 de Jesucristo, Ertogrul murió de vejez en medio de los presagios de la gloria de su hijo. Como para consolar á Othman de la pérdida de su padre, Malkatun dió á luz al primer hijo, que fué llamado Orkhan.

El Sultan de los turcos seldjukidas, el tercer Aladdin, que era todavía señor nominal de todos los turcos que habitaban la Siria y la Anatolia, dió á Othman la ciudad de Kara-Hissar, que había conquistado, con el título de emir ó príncipe, que lo igualaba con todos los emires de su raza. Othman recibió con respeto en señal de investidura, una bandera, un timbal y una cola de caballo. Las gargantas de la Bithinia oyeron por la primera vez los instrumentos de música tártaros resonar durante las cinco oraciones que impone el Coran á los musulmanes. La iglesia de Kara-Hissar fué convertida en mezquita. Othman, aconsejado por el sabio Edebali, administró todos los viérnes la justicia en la plaza del mercado y se mostró, no solo imparcial, sino favorable políticamente á los cristianos en las sentencias que pronunciaba. Esta justicia y este favor de que gozaban los cristianos con Othman atraieron á la población y al comercio griegos á Kara-Hissar. Los emires turcos de las otras provincias de la Anatolia envidiaron su gloria y su prosperidad. Estas rivalidades no lo en-

cadenaron mucho tiempo. Avanzó lenta pero constantemente de etapa en etapa desde Kara-Hissar hasta Yenidjé-Tarakdji (*ciudad donde se fabrican los peines y las cucharas de palo*), de allí á Modreni, ciudad edificada entre dos montañas sin sombra en la que se fabricaban agujas para la labor de las mujeres, dando vuelta al pié del monte Olimpo, sembró de ciudad en ciudad el terror y la estimacion de su nombre hasta Brussa, volvió de su expedicion á Kara-Hissar cargado de despojos y cubierto de gloria. La traicion lo obligó á ir á la antigua residencia de su padre Ertogrul, confiada por Othman al comandante turco de Biledjik. Este vasallo infiel y envidioso conspiró contra él. Convidó á Othman á su boda con la hija de un señor griego, llamada la bella Nilufer (Nenufar), con intencion de aprovecharse del desorden para asesinarle; pero prevenido Othman por su amigo Mikhal, que fingió entrar en la conjuracion, se anticipó al traidor, entró astutamente y se apoderó de Biledjik, y mató al futuro esposo de Nilufer cuando la conducia á su fortaleza. Othman dió la jóven á su hijo Orkhan que tenia solo doce años, como recompensa del valor que habia mostrado en el combate en edad prematura.

En seguida marchó contra la fortaleza de Iar-Hissar, que pertenecia al padre de la hermosa Nilu-

fer, causa y botin de esta guerra, incorporando con sus conquistas muchas provincias montañosas de la Frigia. La muerte de Alaeddin III, último sultan seldjukida, generalizó la anarquía, dejó á Othman dueño absoluto de Siria, sin igual entre los emires turcos y pronto sin rival ni enemigos hasta el monte y hasta Nicea. Dató de aquel dia los títulos y los derechos á la soberanía independiente y acuñó moneda con su busto en Kara-Hissar. La oracion pública de la mezquita, hecha hasta entónces en nombre de Alaeddin, fué hecha en nombre de Othman. Distribuyó las ciudades y los territorios que iba conquistando entre sus hermanos y sus generales; dió á su hijo Orkhan el gobierno de Kara-Hissar, bajo la tutela de su madre. En cuanto á él, acompañado por sus mas esforzados guerreros, marchó siempre adelante á través del monte Olimpo y la llanura que baña á sus piés el mar de Marmara.

## IV

Los griegos no conocian entre tantos turcos como los rodeaban, mas que un solo nombre, el de Othman.

« Los nombres, dice el Coran, vienen del cielo; ellos  
« son los profetas del destino. » Othman significaba  
*quebranta huesos*. El resentimiento de una humilla-  
cion de juventud lo impelió hácia la ciudad de  
Kœpri-Hissar, ó el *castillo de los Puentes*. El gober-  
nador de esta fortaleza le habia ofrecido en otro  
tiempo una fiesta bajo las higueras á la márgen del  
rio : pero, en medio del festin habia extendido la  
mano para que la besara el hijo de Ertogrul, sin  
gloria todavía. Othman habia besado la mano, y  
guardaba el recuerdo de su sonrojo, deseando á todo  
trance vengarse de aquel ultraje. La pasion extra-  
viaba de tal suerte su razon, que habiendo recibido  
en el consejo en que proponia esta expedicion una  
reprimenda por parte de su tío Dundar, hermano de  
Ertogrul, anciano de cerca de un siglo, venerado de  
los otomanos, su sobrino no pudo reprimir su cólera  
é hirió al viejo con su arco. Dundar murió del golpe  
que le descargó Othman.

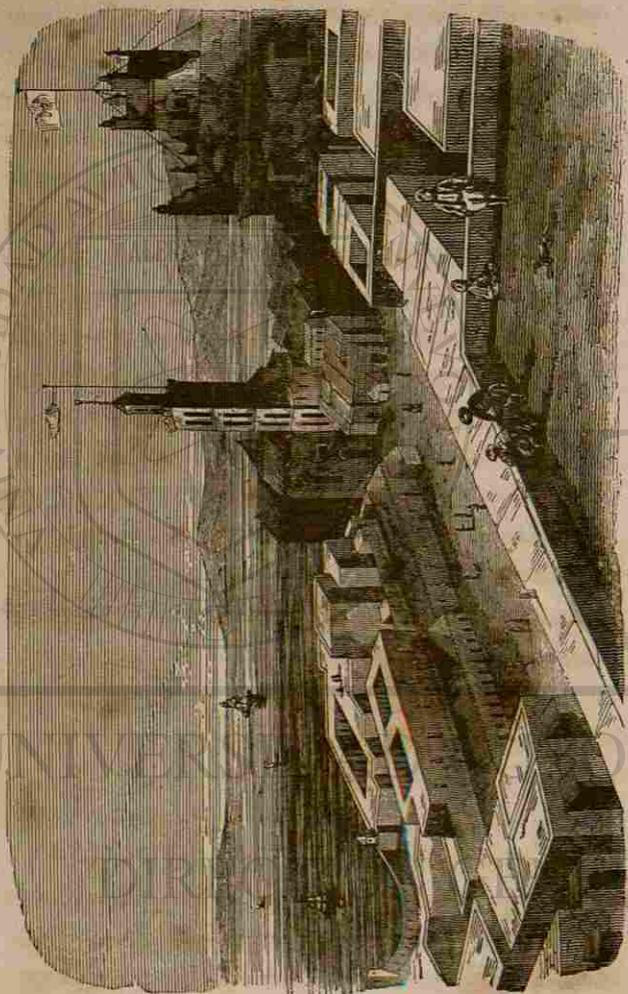
Lloró este la muerte que causó su cólera, pero no  
dejó por eso de poner en ejecucion su proyecto.  
Kœpri-Hissar se rindió, y él reinó en el lugar en que  
habia sido despreciado. Todas las ciudades y todos los  
fuertes de las orillas del Sangaris se sometieron á su  
imperio. Apoyado en estas fortalezas, construyó él  
una á las puertas de Nicea para bloquear esta impor-

tante ciudad, y dió la batalla bajo sus muros al *heteriarca* que mandaba la guardia del emperador de Bizancio. Atravesó la llanura, cubierta de cadáveres. Mandó elevar un sepulcro consagrado á un sobrino suyo que habia muerto en el combate: los musulmanes, sin saber por qué supersticion tradicional, conducen aun sus corceles heridos para que se curen de sus heridas en memoria de la sangre derramada en este lugar por los corceles de sus padres.

Nicea, cercada de fuertes y elevadas murallas, se quedó como una isla en medio de un desbordamiento. En otra batalla que dió al ejército del gobernador de Brussa ganó Othman toda la llanura que limita el rio Rhyndacus, que baja del Olimpo. El vencedor juró que sus guerreros y sus rebaños no atravesarian jamás este torrente; pero por medio de una interpretacion literal, sus guerreros y sus pastores, avanzando por el mar pasaron al otro lado sin haber atravesado la madre del Rhyndacus.

V

La interpretacion de los tratados pertenece á los vencedores. Los griegos cedian palmo á palmo su



T. H. P. B.

NICEA.

territorio á los turcos, de la misma manera que lo habian cedido á los latinos. Othman avanzaba á medida que retrocedian hácia Bizancio. Habíase establecido en Ienischyr, desde donde contemplaba, en la pendiente del monte Olimpo, la ciudad imperial de Brussa, último sueño de su ambicion. Kara-Ali, ó Ali el Negro, hijo de su amigo Aighudalp, conquistó al año siguiente para Othman la hermosa isla griega de Kalolimno, montaña cuyas suaves bajadas verdean con ricos pastos, y cuyos bordes estrechos pero fértiles abría el arado de sus labradores, estimulados por sus viñedos y olivares. Esta isla, en frente del golfo de Mudania y de Galipoli parecia que echaba un semipunte sobre el mar de Marmara para pasar de Asia á Europa. En recompensa de esta victoria, Othman dió en matrimonio á su teniente la griega mas hermosa de la isla, cuya fama habia inflamado el ardor de los turcos mas que todos los demás despojos de la isla.

Esta conquista y la de los barcos griegos, que ocupaban las ensenadas de Kalolimno, sirvieron á los piratas de Othman para abordar la bella isla de Chio, esa flor del Archipiélago, situada en el mar enfrente de las llanuras de Troya y bajo la sombra del Olimpo. Chio, cuyos collados, expuestos á los dos soles y á las tibias brisas del Archipiélago, eran lo que son

todavía, la espaldera de la Grecia, el jardin de las sultanas, un bosque de lentiscos, granados y naranjos, se componia de tres ciudades y trescientos pueblos. Tan pronto silvestre como cultivada, la negra sombra de los abetos y las vastas praderas encerradas en sus valles pendientes, por donde bajan sus arroyos hácia el mar, contrastaban con la hoja pálida ó amarilla de los olivos y limoneros, y con la blancura del mármol de sus edificios y de sus miradores. De distancia en distancia, la isla, elevada sobre las olas en forma de anfiteatro, parecia que abria brechas profundas en sus murallas naturales para dejar entrar y salir los buques del continente, cargados como canastillos flotantes, con sus yerbas, sus flores y sus frutos de oro. La belleza de las jóvenes de Chio, cuyas formas recuerdan la Vénus pagana, y cuya ocupacion, semejante á una fiesta perpetua, consistia entónces como ahora en recoger la odorífera goma del almácigo, para perfumar el aliento de las mujeres de Constantinopla y de Esmirna, daba aun mas precio á la posesion de este jardin del Oriente.

Una noche terrible sembró la muerte, la desolacion y las llamas en este delicioso pais. Treinta barcas que salieron de los Dardanelos en medio de la oscuridad y que penetraron á favor de las sombras

en la isla, desembarcaron en una ensenada de Chio á algunos centenares de piratas turcos. Subieron con el sable y el hacha en la mano los escalones de la isla, forzando las guardias, saqueando los tesoros, llevándose las mujeres y los niños, asesinando á los hombres, incendiando las casas y las huertas. Los habitantes, despertando sobresaltados, no tuvieron tiempo mas que para refugiarse en las montañas, lanzarse á la orilla opuesta que mira al mar, soltar los buques y los barcos de los pescadores que dormían en la rada, y huir así sin ninguna provision. La naturaleza no los trató mejor que la guerra. Una tempestad que se levantó en la misma noche los estrelló contra los escollos de la isla de Sciros, donde perecieron todos contemplando á lo lèjos los resplandores del incendio de la patria. Un corto número de habitantes de la costa que mira al Asia tuvo tiempo para entrar en la ciudadela y cerrar sus puertas á los piratas de Othman.

## VI

Este pillaje de las islas del archipiélago diseminadas desde el golfo de Satalia hasta el fondo del golfo

del monte Athos, y el robo nocturno de las mujeres y de los hijos de aquellos pueblos indefensos, cubrieron el mar con flotillas turcas procedentes de la costa de Caramania, poseida ya por otros príncipes tártaros rivales de Othman. Entre estos emires independientes se contaban los príncipes de Castemuni, Kermian, Mentesehe, y Caraman, el mas temido de todos. Estas flotillas devastaron sucesivamente á Samos, Rodas, Lemnos, Carpathos, Mitilene, rival de Chio por su clima, su extension, su opulencia, sus delicias, en fin Malta, Candia y las otras Cielades.

En el continente, estas tribus turcas, mandadas por sus emires independientes, desembocaban igualmente por todas las gargantas del monte Taurus, sometian la Lidia, saqueaban la ciudad rica todavía de Sardes, incendiaban á Larissa, desolaban á Efeso, sepultada por los cristianos bajo las ruinas de su templo. Los emperadores no podian ya defenderse sino por medio de sus enemigos. Andrónico, que reinaba entónces, ofreció la mano de su hermana la princesa Maria, á un emir turco, llamado Khodabende, que prometia refrenar á sus compatriotas y á Othman mismo.

Maria, orgullosa con la protección de su futuro esposo, fué con su cortejo nupcial hasta Nicea é intimó á Othman que respetara en ella á la esposa de

en la isla, desembarcaron en una ensenada de Chio á algunos centenares de piratas turcos. Subieron con el sable y el hacha en la mano los escalones de la isla, forzando las guardias, saqueando los tesoros, llevándose las mujeres y los niños, asesinando á los hombres, incendiando las casas y las huertas. Los habitantes, despertando sobresaltados, no tuvieron tiempo mas que para refugiarse en las montañas, lanzarse á la orilla opuesta que mira al mar, soltar los buques y los barcos de los pescadores que dormían en la rada, y huir así sin ninguna provision. La naturaleza no los trató mejor que la guerra. Una tempestad que se levantó en la misma noche los estrelló contra los escollos de la isla de Sciros, donde perecieron todos contemplando á lo lèjos los resplandores del incendio de la patria. Un corto número de habitantes de la costa que mira al Asia tuvo tiempo para entrar en la ciudadela y cerrar sus puertas á los piratas de Othman.

## VI

Este pillaje de las islas del archipiélago diseminadas desde el golfo de Satalia hasta el fondo del golfo

del monte Athos, y el robo nocturno de las mujeres y de los hijos de aquellos pueblos indefensos, cubrieron el mar con flotillas turcas procedentes de la costa de Caramania, poseida ya por otros príncipes tártaros rivales de Othman. Entre estos emires independientes se contaban los príncipes de Castemuni, Kermian, Mentesche, y Caraman, el mas temido de todos. Estas flotillas devastaron sucesivamente á Samos, Rodas, Lemnos, Carpathos, Mitilene, rival de Chio por su clima, su extension, su opulencia, sus delicias, en fin Malta, Candia y las otras Cielades.

En el continente, estas tribus turcas, mandadas por sus emires independientes, desembocaban igualmente por todas las gargantas del monte Taurus, sometian la Lidia, saqueaban la ciudad rica todavía de Sardes, incendiaban á Larissa, desolaban á Efeso, sepultada por los cristianos bajo las ruinas de su templo. Los emperadores no podian ya defenderse sino por medio de sus enemigos. Andrónico, que reinaba entónces, ofreció la mano de su hermana la princesa Maria, á un emir turco, llamado Khodabende, que prometia refrenar á sus compatriotas y á Othman mismo.

Maria, orgullosa con la protección de su futuro esposo, fué con su cortejo nupcial hasta Nicea é intimó á Othman que respetara en ella á la esposa de

un turco superior á él en fuerzas y poderío. Othman respondió á esta intimacion marchando en persona contra los mongoles, rivales suyos, desde Ienischyr hasta las orillas del mar Negro. Ayudado por su hijo Orkhan y por los compañeros de su padre, rechazó por un lado á los mongoles miéntras ahogaba por el otro las últimas convulsiones de los griegos. A excepcion de Nicea, de Nicomedia y de Brussa, asentó su dominacion en toda el Asia Menor frente por frente de Constantinopla. Sus fortalezas, construidas al pié del monte Olimpo, interceptaban todas las comunicaciones de la capital con el interior del país.

## VII

Envejecido prematuramente por la guerra y los males, pero reviviendo en su hijo Orkhan, despues de tantas proezas, se retiró Othman á Ienischyr para morir en paz. Los dolores de la gota le impedían mucho tiempo hacia montar á caballo, en ese trono de los tártaros. Su genio, siempre libre y siempre emprendedor lanzó á Orkhan armado contra Brussa,

blanco perpetuo de su ambicion. Subiendo Orkhan paso á paso por el Olimpo, bajó en seguida como un alud sobre esta capital, y acampó con su ejército en un sitio culminante llamado la cabeza de los Manantiales. Allí era donde se reunian los numerosos arroyos, que corriendo del monte Olimpo, surtian de agua á la ciudad.

Esta, aunque defendida por un comandante intrépido y por una guarnicion griega bastante fuerte, conoció que su defensa no haria mas que agravar su situacion retrasando la catástrofe. El débil Andrónico, incapaz de batirse en campo raso con los turcos para socorrer á la segunda capital de su imperio, autorizó á su general para que capitulara con Orkhan mediante un tributo anual de treinta mil ducados de oro que los cristianos pagarian á los sucesores de Othman en cambio de una tregua, tributo que ha durado por espacio de trescientos años. Los habitantes y la guarnicion se retiraron con sus tesoros á Kemlic (Cius), segun lo estipulado. Vencedor Orkhan entró sin pelear en la nueva capital de los otomanos. Respetó la vida, los bienes, y la religion de todos los habitantes de aquella inmensa ciudad, que habia preferido el yugo de los turcos al destierro perpetuo de sus hogares.

Pero en el momento en que enviaba á Ienischyr

los correos portadores de la noticia de este triunfo, un correo de esta ciudad le traía la de la muerte próxima de Othman. Mas afligido con la pérdida de un padre venerado que gozoso con su conquista, dejó su ejército á las órdenes de su segundo Mikhal, y corrió á lenischyr á recibir la bendicion y el último suspiro de Othman.

Othman no tenía ya nada que desear ni que sentir en la vida, su bella esposa, Malkatun, lo habia precedido al sepulcro, adonde él iba con placer á juntarse con ella.

Su suegro, el sabio Edebali, luz de sus consejos, acababa de morir á los ciento diez años de edad, escuchado siempre como un oráculo del islamismo y de la política; en fin, su hijo Orkhan, tan obediente como bravo, acababa de llevar á cabo el pensamiento de todas sus guerras dando con la ocupacion de Brussa un centro y una cabeza al poder invencible en adelante de los otomanos. Murió como mueren los hombres que han llenado su mision, sin lamentarse de la vida, ni temer la muerte. Al rededor del fieltro, tendido en el suelo, que le servia de lecho, reunió á sus hijos, sus tenientes, sus consejeros, y dirigiéndose con voz todavía firme á su sucesor Orkhan, pronunció estas bellas palabras, conservadas de padres á hijos por los otomanos.

El historiador Saadi ha trasmitido á la posteridad, con su solemnidad oriental esta última conversacion del padre moribundo y del hijo vencedor.

En el momento en que estos dos principes se vieron en presencia el uno del otro, Orkhan, con los ojos bañados en lágrimas, y el corazon enternecido, lanzando un profundo suspiro pronunció estas palabras: « ¡Ah, Othman! ¿eres en verdad tú mismo, « tronco de los emperadores y señores del mundo, « tú, que has conquistado y sometido tantas na- « ciones? »

Este excelente khan, volviendo los ojos moribundos hácia su hijo, y sosteniendo con dificultad la voz, le contestó :

« No te lamentes, hijo mio, tú que eres la delicia « de mi alma, porque me ves entre las garras de la « muerte, sujeto á la suerte comun que nos alcanza « á todos, jóvenes y viejos, que respiramos el mismo « aire de este mundo, lleno de males. Yo paso á la « verdadera vida; ojalá que la tuya sea colmada de « gloria, de prosperidad y de ventura! Próximo á « separarme de tí, muero sin pena, puesto que tú « me sucedes. Escucha sin embargo mis últimas ins- « trucciones.

« Destierra léjos de tí las inquietudes de esta vida, « coronado con la felicidad que le rodea, no busques,

« te lo advierto, apoyo en la tiranía, y aparta tu pen-  
 « samiento de la crueldad. Cultiva por el contrario  
 « la justicia, y adorna con ella la tierra. Da á mí  
 « alma separada de este cuerpo el placer de una serie  
 « de victorias que alcances. Y cuando hayas conquis-  
 « tado el mundo, sirvete de tus armas para extender  
 « la religion.

« Mantén una justa amistad con los reinos cris-  
 « tianos. Honra á todos los sabios, porque ese es el  
 « modo de afirmar la ley divina; y donde quiera que  
 « sepas que se encuentra un hombre dotado de sabi-  
 « duria, cólmalo de bienes, de distinciones y de gra-  
 « cias.

« Que no te hagan orgulloso tus ejércitos, ni te  
 « hinchen tus riquezas.

« Rodéate de los maestros de la ley, y conside-  
 « rando la justicia como el mas firme apoyo de los  
 « reinos, aparta todo lo que pueda ofenderla. La ley  
 « divina debe de ser nuestro único objeto, nuestro  
 « único fin; todos nuestros pasos deben encaminarse  
 « hácia el Señor.

« No te empeñes en empresas vanas, ni en que-  
 « rellas infructuosas, porque seria una falsa ambi-  
 « cion procurar solo gozar del imperio del mundo.  
 « Por mi parte, yo no he aspirado á otra cosa que á

« la propagacion de la fé: tú debes llevar á cabo el  
 « cumplimiento de mis deseos.

« El rango que vas á heredar te obliga á ser dulce  
 « con todos; tienes deberes que llenar respecto del  
 « público, y se desmiente el carácter de rey, no tra-  
 « tando de exceder á su pueblo en bondad y en cle-  
 « mencia.

« Debes procurar con el mayor cuidado el proteger  
 « á tus súbditos; obrando así lograrás que el cielo te  
 « favorezca. »

*Tales fueron las instrucciones de Othman, refugio  
 de los fieles; despues de haberlas pronunciado, su  
 alma voló á las regiones de la eternidad.*

Próximo á lanzar el último suspiro, Othman habia  
 pedido á su hijo que lo sepultaran en Brussa, á fin  
 de poseer despues de su muerte lo que tanto habia  
 codiciado durante su vida. Tambien habia recomen-  
 dado á sus guerreros que hicieran á Brussa la capital

de los otomanos. Orkhan y sus soldados cumplieron este deseo del conquistador. El cuerpo de Othman, escoltado por sus imanes y sus compañeros de gloria, fué llevado á Brussa y depositado en una capilla del palacio de aquella ciudad, llamada la *Bóveda de plata*.

Colgóse en ella, junto al sepulcro, el rosario con cuentas enormes de madera, que el tártaro convertido habia pasado tantas veces por sus dedos enumerando las perfecciones de Dios. El tambor que habia recibido de Alaeddin, cuando le concedió este Sultán la soberanía del principado de Kara-Hissar, fué colocado sobre su tumba. Un incendio reciente del palacio de Brussa ha consumido estos dos emblemas groseros de la piedad y del imperio de Othman. Pero su sable y su estandarte se conservan intactos en el tesoro del imperio. M. de Hammer, el investigador más estudioso de los orígenes del pueblo otomano, representa este sable como una espada larga de dos puntas que penetraba por cualquier lado que se hiriese con ella. El kalifa Omar, dice, habia inventado este sable de dos puntas y dos filos. La posteridad de Othman convirtió en símbolo, bordado en los estandartes de los otomanos, esta arma, de la cual, una punta amenazaba el Asia, la otra á la Europa.

La herencia de Othman se componia de las armas de un soldado de caballería y los utensilios de un pastor. En su casa de Ienischyr no se encontró ningún tesoro. Los tributos que habia percibido, los habia distribuido entre sus compañeros de armas. Una cuchara de madera, un salero, una túnica bordada con hilo de color, un turbante de cáñamo, algunos pares de bueyes para la labranza, ovejas y generosos corceles de Arabia eran toda su riqueza, sus caballos pasaron á sus hijos, sus rebaños de carneros de Mesopotamia fueron llevados á Brussa, en donde se han perpetuado como propiedad de los sultanes, apacentándose todavía en las faldas del monte Olimpo.

## IX

Su traje era sencillo como sus costumbres. Llevaba un caftan de tela burda de lana, forrado de la misma. Las mangas perdidas de este caftan caian comunemente por detrás de los hombros. Un ancho pantalon

de pliegues, que permite el cruzarse de piernas, actitud de reposo de los turcos, estaba sujeto con un cordón por encima de los tobillos de sus desnudos pies.

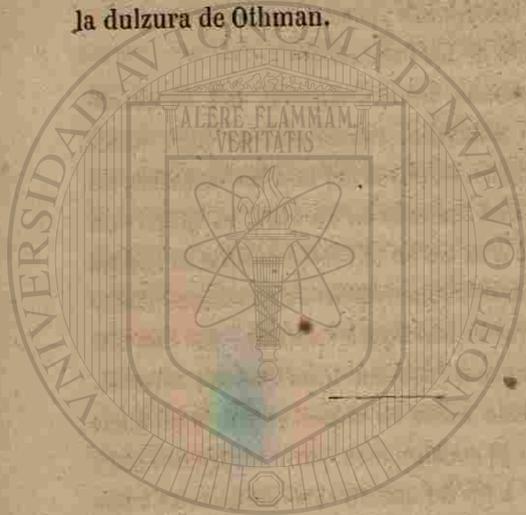
Su rostro ovalado y regular, tostado por el calor de una sangre generosa y por el sol de Anatolia le había hecho dar el nombre de Kara Othman ó de Othman el Negro, mote de belleza viril entre los orientales. Sus ojos habían conservado la tinta azulada de los hijos de las frías estepas de la Tartaria; pero sus cejas, su barba y sus cabellos eran negros, como las alas de un cuervo del monte Taurus. Sus piernas eran cortas como las de las razas que viven acurrucadas, ó que montan con los estribos cortos, estando el jinete mas bien sentado que á caballo; su busto por el contrario era largo; sus brazos desmesurados le pasaban de las rodillas, alcanzando por esta razón su sable á mayor distancia que el común de los hombres.

Su talento era sencillo pero justo y recto, suficiente para jefe de una horda de pastores. Todo su genio estaba en su fé, que le ordenaba barrer ante la unidad del Dios de Mahoma las idolatrías ó supersticiones que oscurecían ó desfiguraban la idea de Alá en la tierra. Sin embargo, al fin de sus días, sus relaciones con los griegos de Bizancio habían agu-

zando la sencillez patriarcal de su inteligencia, y le habían enseñado la política de los conquistadores que quieren poseer lo que subyugan: la marcha paso á paso en la conquista y los altos despues de la victoria. Avanzó lentamente, pero no retrocedió jamás: este es el secreto de los fundadores.

Su corazón bueno, franco, sincero, fiel, constante en el amor de Malkatun, tierno con su hijo, dulce con sus camaradas, nunca cruel con los vencidos, no dejó mas que una mancha en su vida, el golpe con el arco que dió á su tío en el rostro porque se oponía á una de sus expediciones: pero este crimen, semejante á la cólera de un Aquiles salvaje, fué convulsión de la mano mas bien que ferocidad del corazón. Lloró su arrebato hasta su muerte; y ordenó á sus secretarios que lo consignaran para vergüenza suya en su historia, á fin de que sirviera de lección á sus descendientes y los preservara contra esos primeros movimientos de la cólera que se convierten en parricidios voluntarios, y que es menester expiar ante los hombres para que sean perdonados por Dios. Apesar de esta violencia de la sangre, dejó tal reputación de bondad para con sus pueblos y de generosidad para con sus enemigos entre los otomanos, que ha conservado en sus tribus el apellido de el Dulce,

y en la coronacion de los nuevos sultanes, el pueblo, entre los votos que dirige en voz alta al cielo en favor de sus soberanos, pide para ellos que además de las virtudes necesarias al trono, les dé principalmente la dulzura de Othman.



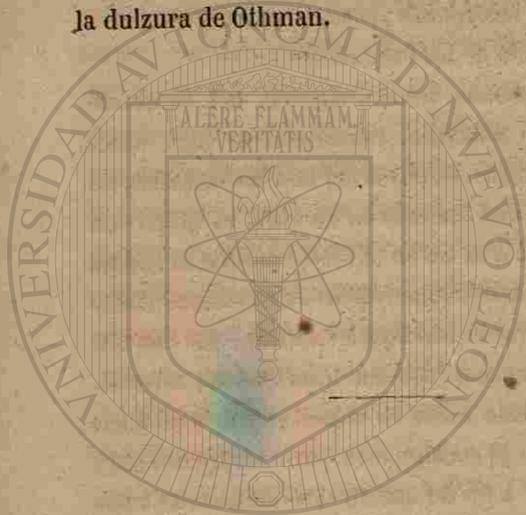
## LIBRO CUARTO

1

Othman dejaba dos hijos que compartían al parecer entre sí el carácter de su padre; el mayor Orkhan poseía su valor: el segundo, Alaeddin la piedad. Los dos eran hijos de la hermosa Malkatun, y ambos habían sido instruidos en la ciencia y la religión por su abuelo materno, el sabio Edebali, padre venerado de Malkatun.

Mientras que Orkhan, principal teniente de Othman, peleaba á la cabeza de los guerreros turcos para

y en la coronacion de los nuevos sultanes, el pueblo, entre los votos que dirige en voz alta al cielo en favor de sus soberanos, pide para ellos que además de las virtudes necesarias al trono, les dé principalmente la dulzura de Othman.



## LIBRO CUARTO

1

Othman dejaba dos hijos que compartían al parecer entre sí el carácter de su padre; el mayor Orkhan poseía su valor: el segundo, Alaeddin la piedad. Los dos eran hijos de la hermosa Malkatun, y ambos habían sido instruidos en la ciencia y la religión por su abuelo materno, el sabio Edebali, padre venerado de Malkatun.

Mientras que Orkhan, principal teniente de Othman, peleaba á la cabeza de los guerreros turcos para

conquistar nuevos valles y nuevas capitales para su padre, Edeballi formaba á Alaeddin en Ienischyr para la virtud y le enseñaba la ciencia de la legislacion. Este jóven adquirió muy pronto la madurez de un político y de un sabio. Los dos hermanos, á quien su madre había recomendado que se amaran mutuamente, no sentían el uno contra el otro el aguijón venenoso de la envidia. Orkhan respetaba la sabiduría de Alaeddin. Alaeddin gozaba con los triunfos de Orkhan.

Antes de aceptar la autoridad suprema que Othman había legado á su hijo primogénito, Orkhan suplicó á Alaeddin que compartiera con él el imperio: pero Alaeddin, reconociendo el derecho de primogenitura de su hermano y el que le daba la designacion hecha por su padre, se negó á esta coparticipacion del gobierno, que rompiendo la unidad de la soberanía hubiera dado á los otomanos, que obedecían á Othman, el peligroso ejemplo de la anarquía del poder. No quiso pues aceptar siquiera la mitad de los rebaños de carneros que como herencia privada de su padre, le pertenecían por la costumbre. Solo consintió en recibir el pueblecillo de Tatur, situado en el solitario valle de Kefe, al pié del Olimpo, país arbolado que los turcos llaman hoy mismo el *Mar de hojas*, y que se ve negrear en el horizonte, desde

el puente de los buques que surcan el estrecho de los Dardanelos. « ¡ Puesto que no quieres de ningún modo aceptar los carneros, los toros y los caballos que son tuyos, dijo Orkhan á su hermano, sé pastor de mis pueblos, es decir *visir!* » Esta palabra significa en turco portador de peso, ó *el que soporta el imperio*.

Alaeddin se dejó vencer por tanta ternura y se honró con ser el primer esclavo de su hermano en la organizacion y los cuidados interiores del gobierno. Pronto se verá con qué discrecion y sencillez organizó el imperio. Apenas depositó Orkhan el cuerpo de su padre en la *sala de plata*, se dedicó á extender su dominacion.

Saliendo sus capitanes á su voz de Ienischyr, de Brussa y de los sombríos desfiladeros del mar de hojas, dieron vuelta al golfo de Nicomedia, y penetraron en la península, poblada de ciudades, de pueblos y palacios griegos, que se extiende desde el mar de Marmara hasta el mar Negro, detrás de la montaña de los Gigantes, horizonte de Constantinopla.

Uno de sus tenientes era Konur, el valeroso; el otro, Aghdji el anciano, los dos formados para la guerra en los campos de Othman. Juntos sorprendieron la fortaleza de Semendria, á dos horas de distancia de Sentari, arrabal asiático de Constan-

tinopla, aprovechándose del momento en que el gobernador de Semendria mandaba abrir las puertas para que sacaran el cadáver de su hijo, que acababa de morir. Los turcos se lanzaron al asalto de la fortaleza, impidieron que se volvieran á cerrar las puertas y ocuparon la ciudad. El territorio conquistado recibió y conservó el nombre de Aghdji-Kodja, *Kodja Ily*, ó tierra del anciano.

Aidos, fortaleza vecina, fué entregada por amor á Abderraman, camarada de Orkhan. La hija del gobernador griego de Aidos, enamorada del jóven Abderraman, á quien habia visto combatir á caballo bajo los muros de la ciudad, lo volvía á ver todas las noches en sus sueños. La pasión sofocó en su alma la voz de todos sus deberes. Echó al jóven otomano un billete rodeado á una piedra, que cayó á sus piés. Instruido Abderraman por este billete del amor y de la traición de la griega, que le indicaba un camino oculto que conducía á la plaza, aguardó á que llegara la noche, penetró por la poterna con un puñado de bravos, subió á la muralla, hizo una señal á su ejército y se apoderó de la guarnición, que se hallaba sumergida en profundo sueño. Llevó á la griega á la presencia de Orkhan, quien se la concedió para esposa suya. De sus amores nació un hijo, célebre por su belleza. Llamóse Kara-Abderraman,

y su nombre, ilustrado por mil proezas, aterró á las madres y á los hijos de los griegos.

## II

Los turcos de Orkhan se apoderaron muy pronto de todas las ciudades de ménos importancia y de todos los castillos que formaban la cintura de Constantinopla desde el golfo de Nicomedia hasta el ponto Euxino. Construyeron en el campo de batalla pirámides de cráneos, tales como las que se ven ahora mismo en Nissa y Sofia, monumentos sacrilegos que prolongan la venganza mas allá de la muerte, y que se parecen mas bien á restos de canibales que á trofeos de combates. Nosotros mismos hemos pasado bajo semejantes arcos de triunfo, soportados con horror por la tierra, y hemos oído resonar al viento del desierto en las cavidades de aquellos cráneos y silbar en los cabellos de aquellos muertos.

Nicomedia, sede del imperio en el momento en que Diocleciano lo abandonó disgustado de la omnipotencia, cayó muy pronto en poder de Othman, que ganaba con aquella capital marítima

un golfo y buques que lo trasportaran á la márgen opuesta.

### III

El modesto Alaeddin constituía el imperio naciente en Bithinia durante las conquistas de su hermano. Sus leyes relativas á la soberanía organizaban el ejército, arreglaban la moneda y determinaban el traje del soberano. Este no llevaba más título que el árabe de emir; el de sultan parecia demasiado augusto todavía á príncipes pastores, vasallos poco hacia. La moneda se acuñó con el busto de Orkhan. Su nombre era pronunciado en la oracion; su vestido continuó siendo el de los pastores y ginetes tártaros; solo cambió el adorno de la cabeza, poniéndose corona ó tiara, signo de soberanía entre los persas. Los turcos llevaban entónces gorras de fieltro encarnado que cubrian la coronilla de la cabeza, como las ha restablecido Mahamud en nuestros tiempos para sus soldados. Los guerreros añadían schales de muselina blanca y ligera, fabricados en la India, rodeados al rededor de la frente. Estas gorras

así dispuestas fueron necesarias á los combatientes para embotar los golpes de sable descargados sobre la cabeza y preservarla de los ardientes rayos del sol de Anatolia. El emir y mas tarde el sultan llevaron el turbante bordado de oro, y le dieron segun su capricho pliegues mas ó ménos parecidos á la mitra de los magos ó á la cuerda de pelo de camello, que ciñe la frente del árabe pastor.

Hasta entónces todo otomano era soldado: el ejército era simplemente la tribu en campaña. Un ejército permanente de soldados fué el nervio del imperio. La caballería se compuso siempre de los turcos mas ricos en armas y caballos; la infantería de los hombres escogidos entre las familias ménos opulentas. Señalósele á cada infante un cuarto de dirhem de plata al dia. Formóse un grupo de diez, de ciento y de mil combatientes, mandados por oficiales agueridos, cuyo título correspondia al número de los soldados puestos bajo sus órdenes. Estos cuerpos, que se acordaban de su reciente independéncia, y que se sentian rebajados por la disciplina, perdieron con esta organizacion algo del fuego y del heroismo individual que les inspiraba el entusiasmo. Alaeddin y Orkhan temieron al principio haber debilitado el espíritu militar de su raza, queriendo regularizarlo. Un cuñado del sabio Edebali, llamado Tschendereli,

llamado al consejo y consultado acerca de los medios de reanimar y perpetuar el heroísmo de los otomanos, se acordó de sus instituciones de la Persia y del Egipto, en donde clases exclusivamente militares, compuestas de extranjeros, ejercían el monopolio de las armas é imponían á la vez al enemigo fuera, y á los sediciosos dentro. Propuso que se creara entre los otomanos una casta semejante. Los elementos de esta casta estaban en manos de los conquistadores. En las frecuentes excursiones que hacían al continente europeo y á las islas, multitud de niños y mozos, arrancados del seno de las familias griegas, eran llevados como despojos al campamento de los turcos. Las jóvenes se convertían en esclavas ó esposas; los varones en pastores ó pajes de los vencedores. La predicación, el favor ó la violencia los hacían abjurar el cristianismo en edad tan tierna con mucha facilidad para profesar la religión de los otomanos. Una vez convertida al islamismo, aquella juventud, á quien los cristianos echaban en cara su apostasia, adoptaba con un fanatismo irremediable al Dios de sus nuevos señores. Los adoradores de Cristo no tenían enemigos mas implacables. Sin patria, sin familia, sin altares en las ciudades, de donde habían sido extirpados, no tenían mas patria, mas familia, ni mas religión que la de Mahoma. Al restituirles la

libertad en pago del servicio militar, se podía contar con un reclutamiento de fanáticos, adictos al emir, en quienes el espíritu de familia y de independencia no pugnaria nunca con la servil obediencia al soberano.

Esta idea trasportada por el viejo Tschendereli de la corte de los kalifas de Bagdad, que habían formado así al rededor suyo una guardia de esclavos turcos educados en el islamismo, sedujo á Alaeddin y á Orkhan. « El Coran lo ha dicho, exclamaron : « todos los niños al nacer traen del cielo una secreta « disposición para el dogma puro del islamismo. No « solo estos extranjeros, adoptados por la nación « para que la defiendan, le darán su sangre por su libertad : sino que el ejemplo de esta libertad, de « estas armas, de estos grados, de estos honores dis- « tribuidos por el soberano entre los hijos adoptivos « del profeta, arrastrarán á millares de otros jóvenes « cristianos, que abjurarán una religión que deja de « protegerlos, para abrazar una fé que los emancipa, « los recompensa y los honra. »

La institución inmediata de este cuerpo fué proclamada bajo el nombre de ieni-tscheri ó de genizáros, es decir soldados nuevos.

## IV

Apénas reunió Orkhan un puñado de estos jóvenes soldados, quiso que se consagrara esta institucion militar por la religion, alma de la guerra entre los otomanos. Un santo dervis, llamado Hadji-Begtasch, vivia con mucha fama de piadoso en el pueblo turco de Sulidjé, no léjos de Amasia. El mismo Orkhan condujo á sus neófitos guerreros á casa del ermitaño para rogarle que invocara la bendicion divina sobre su creacion y para que diera un nombre y un estandarte á aquellos jóvenes. Aprobando con entusiasmo una institucion que debia sacar á los infieles de las tinieblas del error, y ganar para la causa del Dios de Mahoma á un millon mas, el dervis se levantó, mandó que se le acercara uno de los nuevos soldados, y para bendecirlos en él á todos, extendió el brazo sobre su cabeza. En esta actitud, la manga del caftan del dervis se separaba de su hombro y caia encima de la nueva del soldado.

« La faz de la milicia que creas hoy, dijo el ermitaño á Orkhan, será blanca y resplandeciente como la luz, su brazo será pesado, su sable cortante, su

« flecha aguda. Encontrará la victoria al partir y el triunfo al volver.

Orkhan y sus soldados aceptaron el augurio como una supersticion natural á los pueblos primitivos. Los genizaros vieron en la extraña configuracion de la manga del dervis, que caia sobre los hombros de su camarada, una indicacion sobrenatural de lo que debian ponerse en la cabeza para guerrear. Por consiguiente, añadieron á su gorra de fieltro blanco un pedazo de tela cortado en forma de manga perdida, flotando sobre la espalda, y plantaron entre la gorra y el turbante una cuchara de madera en lugar de penacho, haciendo alarde, á la vista de las demás tropas voluntarias y sin sueldo, de ser pagados y mantenidos por el *emir*. A todos los grados de su cuerpo privilegiado les pusieron nombres que recordaban la subsistencia de las tropas en campaña. El coronel recibió el nombre de gran repartidor de sopa; los oficiales superiores ó subalternos se llamaron, el uno jefe de cocina, el otro primer aguador. Despues del estandarte de esta milicia, que llevaba bordada en lana la media luna y el sable de dos puntas, la marmita fué el símbolo sagrado del espíritu de cuerpo para los genizaros, el signo de reunion, del consejo, mas frecuentemente de las sediciones. La nacion otomana reaparecia cinco siglos despues en los

utensilios de la tienda que habian servido á las primeras emigraciones de estos pastores tártaros. Los genizaros que siguieron la bandera de Orkhan eran mil al principio. Luego crecerá su número y su heroísmo, para convertirse en faccion bajo los sucesores del emir.

Alaeddin dió á las otras tropas tierras conquistadas. Estos feudos distribuidos á los jefes impusieron deberes respecto del país. El principal era hacer caminos y componerlos. Este fué el origen de los peones, que llegaron á ser veinte mil. Despues de esta infantería, Alaeddin creó los *azabs*, infantería irregular, ligeramente armada. La caballería regular tuvo el honroso cargo de circundar el estandarte sagrado y de dar la guardia al emir. Cada feudo de la corona debía suministrar en caso de guerra cierto número de hombres montados, armados y equipados, llamados los *mosseliman*, es decir los exentos de la contribucion. En fin, el ejército tuvo por complemento innumerable á los *akindji*, ó ginetes voluntarios, que salian de sus tiendas á la voz del soberano,

y que acudian sin mas organizacion que su fanatismo, ni otro sueldo que el botin de campaña, á engrosar las filas del ejército. El mando de estos escuadrones indisciplinados, pero terribles, fué mucho tiempo hereditario, poseyéndolo la familia de Mikal-Oghli, amigo y camarada de Orkhan. Alaeddin añadió á todos estos cuerpos uno de guias del ejército, llamados *tschauschs*, encargados al mismo tiempo de los mensajes del emir.

Tales fueron las instituciones militares con que Alaeddin y Orkhan dotaron á un pueblo que se atribuía la mision de conquistar el espacio que tenia delante, y que no queria dar tregua ni descanso á los pueblos limítrofes hasta que el islamismo no tuviera enemigos en la tierra.

Apénas recibió el ejército su organizacion y sus estandartes, Orkhan, impaciente por bajar del monte Olimpo á la llanura, lo condujo al pié de los muros de Nicea. Indignado con tanta audacia el jóven Andrónico, trató de reanimar el valor de los griegos. Reunió los destacamentos y las guarniciones disemi-

nadas por el llano de Tracia, entre Andrinópolis y Constantinopla, y atravesando á su cabeza el Bósforo que bañaba las paredes de su palacio, pasó á Scutari, arrabal asiático de su capital. Desde allí avanzó en orden de batalla hácia Nicea para atacar á los otomanos, que tenian ménos fuerzas que las que él llevaba. Pero Orkhan, mas hábil y mas ejercitado en las maniobras de la guerra, replegó á tiempo los diez mil hombres que mandaba y los colocó al abrigo de las montañas y de los desfiladeros que limitan el llano de Nicea. Estas ventajosas posiciones ocupadas por el reducido ejército turco, permitian á este aceptar ó rehusar el combate que le ofrecieran las numerosas pero muelles cohortes de Andrónico. El emperador envió en vano por tres veces á sus columnas contra los atrincheramientos de los otomanos. La situacion y su valor imposibilitaban todo ataque. Pero los turcos salieron de sus desfiladeros y bajando con ímpetu de las colinas que ocupaban, se lanzaron contra los escuadrones griegos que se habian acercado mas, dispersaron con sus flechas las alas del ejército de Andrónico, y replegándose con la rapidez de sus indómitos caballos, envolvieron el centro. El mismo emperador peleó con un valor digno de otro pueblo y de otro tiempo; su general y su historiador Cantacuzeno, cubriéndolo con su cuerpo, perdió el caballo que montaba,

Andrónico, herido de un flechazo en el muslo, iba á caer con el débil grupo de sus defensores en manos de Orkhan. Sebastopolos de Mysia, uno de los soldados extranjeros de su guardia trajo al golpe á trescientos ginetes, y con ellos logró salvar al emperador. Rechazados al pronto los turcos por la caballería de Sebastopolos, dejaron escapar á Andrónico.

Creviendo el ejército que habia perecido, se dispersó y huía hácia el mar sin ser perseguido. El emperador herido y llevado en una litera, iba detrás de él, enviando mensajes á Constantinopla para que hubiera barcos en Scutari que pusieran en salvo sus restos. Escasamente hubo tiempo para embarcarlo, envuelto en una alfombra y bañado en su sangre. Los turcos de Orkhan llegaron casi al mismo tiempo que él á la playa. Esta derrota avergonzó á los griegos. Volvieron á pasar el Bósforo en pos del emperador y dieron en la llanura otra batalla á Orkhan.

Esta jornada al borde del mar de Mármara, bajo los muros de Filocrenes, confirmó la cobardía de las cohortes bizantinas, que no tenian de militares mas que las armas.

Una carga de trescientos caballos turcos mandados por Ali el Anciano, deshizo á los griegos, los dispersó como á ovejas, y penetrando hasta las tiendas del emperador, se apoderaron de sus caballos de batalla

adornados con bridas de oro y caparazones de escarlata. El ejército fugitivo, que se apresuró á refugiarse dentro de los muros de Filocrene, cuyas puertas no se abrían tan pronto como queria, porque sus llaves se habian extraviado, dejó perecer, acuchillados por los turcos en medio de su terror, á multitud de cortesanos y principales oficiales del emperador. El resto se rindió á los tenientes de Orkhan, ó se lanzó como pudo en barcas, que les prestaron el asilo de las olas. El emperador volvió á su palacio, lleno de humillacion y desaliento.

## VII

Pronto vió desde lo alto de sus torres los últimos asaltos de los otomanos contra las murallas de Nicea. La infantería de Alaeddin abrió un foso de circunvalacion al rededor de aquella capital que abandonaban sus defensores. Tres años de sitio habian agotado el valor y la esperanza de sus habitantes. Orkhan, inundando la llanura con sus ginetes se presentó con una nacion entera á sumergir una sola ciudad. Rodeada de esta suerte Nicea, se rindió sin combate por salvar siquiera á los habitantes de la esclavitud y

de la muerte. Mas confiados en la clemencia del khan vencedor que en el auxilio del emperador vencido, los de Nicea, en traje de suplicantes, se presentaron en tropel á Orkhan, que entró triunfante en la ciudad por el camino de Jenischyr en memoria de su padre. Las tropas del emperador, que componian la guarnicion de la ciudad, fueron autorizadas para retirarse con sus armas á Constantinopla. El mayor número prefirió quedarse en Nicea y sufrir el yugo de los vencedores, mas bien que servir á un imperio que no sabia defenderse ni morir.

## VIII

Así Orkhan, jefe de una pequeña tribu de pastores turcos, conquistó sin artillería á Nicea, ciudad que quinientos mil cruzados latinos, mandados por los primeros príncipes y los primeros capitanes de la cristiandad, no habia podido tomar despues de siete semanas de asaltos con todas las armas de Europa. Porque Nicea en este tiempo era defendida contra los cruzados mas que por los griegos por turcos mercenarios. Uno de estos, de estatura y de fuerza atléti-

cas, lanzaba desde encima de las murallas piedras enormes á los soldados de Godofredo de Bouillon. En aquel primer sitio los cruzados no buscaban mas que gloria, los otomanos buscaban el paraíso con su muerte, y una patria con su sangre. El Oriente, que habia resistido á los unos, cedía ante los otros. La fé de los primeros se habia envejecido : la de los segundos acababa de nacer. La victoria prefere los pueblos jóvenes y las ideas nuevas. Orkhan no abusó de la suya ; recordó las últimas palabres de su padre.

Solo obligó á los cristianos á que reconocieran la soberanía de los soldados de Mahoma y á que pagaran el tributo. Les dejó el libre ejercicio de su religion. Unicamente aplicó al culto de la suya los mejores edificios. Levantó una mezquita en el sitio en que trescientos diez y ocho obispos de Oriente y de Occidente, reunidos bajo el cetro de Constantino, habian definido los dogmas del cristianismo, en donde el filósofo Arrio, cuya doctrina se aproximaba á la de Mahoma, habia sido condenado, en donde el culto de las imágenes habia sido declarado complemento sagrado del culto del espíritu. Él fué el primero que agregó á las mezquitas los medresses ó seminarios teológicos y científicos. Un kurdo, Tadjeddin, y un turco, Daoud, fueron allí los primeros profesores del derecho otomano. Además de esto fundó los

primeros hospicios que mantuvieron á los pobres con los socorros que se obligaba á dar á los creyentes. Estos hospicios, producto del precepto de Mahoma, que reivindicó una parte de la renta de los ricos para el indigente, se llamaron imarets. El mismo Orkhan distribuía en ellos el alimento á los pobres de Nicea, á ejemplo del profeta y de los khalifas.

## IX

Pero pronto el fanatismo de sus imanes y las exigencias de sus compañeros de guerra pervirtieron sus primeros designios y lo impelieron á la persecucion y las depredaciones de los cristianos que resistian su propaganda. Alistó por fuerza á los mozos de Nicea convertidos al islamismo para formar con ellos sus genizaros. Hizo quemar las imágenes como símbolos de idolatría que escandalizaban á los que creían en la inmaterialidad de la esencia divina. Derribó el altar del sinodo de Nicea, base de tantos dogmas y de tantas heregías entre los griegos. Borró con la punta de su espada de las paredes de aquel sinodo la profesion de fé de Nicea, é hizo grabar con letras de oro

la profesion de fé de los otomanos: « *No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.* » En fin distribuyó entre sus guerreros, como un vil rebaño, á las viudas y las jóvenes griegas de la ciudad, que habian perdido á sus esposos ó sus padres por efecto de la peste ó de la guerra. Dió las unas como esclavas, las otras como esposas á los otomanos. Repartió entre sus principales camaradas los magníficos palacios de la ciudad conquistada. Su hijo primogénito Soliman, hijo de la cautiva griega Nilufer, que le habia sido adjudicada por su padre á los doce años de edad, recibió el mando de Nicea. Su segundo hijo Amurat, todavía niño, fué nombrado gobernador de Sultan-Oeni, su primera estacion montañosa, en reemplazo de Konur, que acababa de morir de vejez.

Nicea, llamada Isnik por sus nuevos señores, conservó por algunos años la importancia y el esplendor que esta capital de la teología griega habia debido á sus concilios, á sus símbolos y á sus memorables cismas; despues solo conservó de su antigua fama las fábricas de loza de Persia, adonde el Oriente acudia á proveerse de objetos cerámicos de lujo. « Hoy, dice M. de Hammer, el viajero que recorre el recinto de sus fortificaciones, altas y espesas murallas que han respetado el tiempo y la mano del hombre, se

« figura que vaga por una estepa solitaria, sembrada á trechos de algunas cabañas indigentes. Las caravanas de peregrinos solo distinguen las tumbas de Günduzalp, hermano de Othman, y del poeta turco Khiali. El anticuario lee todavía allí, separando el follaje de las plantas que tapizan las torres y las paredes, las fastuosas inscripciones de los emperadores griegos que la abandonaron á los otomanos. »

Alaeddin, el visir de Orkhan y el legislador de su raza, murió en la villa del Olimpo, adonde se habia retirado para meditar sus leyes en la soledad, poco tiempo despues de la conquista de Nicea. Orkhan lloró la pérdida de este hermano querido que soportaba con abnegacion la mitad del peso del imperio. Su hijo Soliman fué nombrado visir en reemplazo de su tío Alaeddin. Mas guerrero que legislador, Soliman se ocupó en extender el imperio mas que en organizarlo.

Orkhan deseaba poseer un puerto en el mar de Marmara, sobre la costa asiática, para que rivalizara con Galipoli, situada en la costa de Europa. Los griegos habian construido en lo antiguo, no léjos del monte Olimpo, en el fondo del golfo de Mudania, una ciudad marítima llamada *Brusa del mar* primero, y mas tarde *Kibotos*.

Desde esta ciudad fortificada marchó el ejército de los cruzados latinos á sitiar á Nicea, desmantelando así ellos mismos en Oriente los baluartes del imperio cristiano. Soliman vió, al acercarse su ejército, que todos los habitantes de Brussa del mar arrojaban las armas y se embarcaban con sus mujeres, sus hijos y sus riquezas para pasar á la orilla opuesta. La caída de Nicea habia conmovido á toda la costa de Asia. Las ciudades y los castillos se rendian á discrecion. Mientras se hacian estas conquistas sobre los griegos, Orkhan, con su hijo y su visir, á la cabeza de todos los guerreros de su raza, saliendo de Brussa y bajando por las pendientes opuestas á los valles de la Anatolia, sometia á su dominacion á todos los caudillos y todas las tribus turcas, independientes todavia, que desolaban las provincias del imperio desde el monte Taurus hasta el pié del Olimpo.

Este reflujo de los turcos, nacionalizados bajo Othman y disciplinados por Orkhan, reunió bajo un mismo nombre y un mismo jefe á los nueve emires y las nueve poblaciones que habian vivido hasta entónces separadas del trono de los sultanes seldjukidas. Venciéndolos é incorporándolos en la unidad otomana, imponiéndoles sus leyes, agregó Orkhan al imperio á Nicomedia, la Misia, ese reino legado á los romanos por Attale, y su capital, la antigua Pérgamo, célebre

en las artes por la invencion del pergamino, á que debe el mundo sus anales.

La biblioteca de Pérgamo, que poseia doscientos mil manuscritos, pereció en aquella guerra civil de los turcos; sus templos y sus edificios cubren con sus ruinas el suelo que los cristianos habian removido ya para sepultar en él á los dioses de otro cielo, y que á su vez cavaron los turcos para enterrar las estatuas y las imágenes de los cristianos. Ahora es un lugarcillo, que ha perdido hasta su nombre, donde algunos griegos y turcos apacientan sus rebaños sobre los cimientos del templo de Esculapio.

X

Despues de esta campaña contra su propia raza, y de haber nombrado á parientes suyos gobernadores de todas aquellas provincias situadas entre los dos mares, Orkhan sintió la necesidad de la paz para dejar que se arraigaran las instituciones de Alaeddin. El imperio griego no podia escapársele, pero era preciso disponer á los otomanos de suerte que fueran capaces de trasplantarse á Europa sin perder el ter-

ritorio que acababan de ocupar en Asia. Los dos cuernos de la media luna que llevaban en su bandera, y la espada de dos puntas significaban este doble imperio prometido á sus descendientes.

Veinte años de paz fueron consagrados por él á poblar, cultivar, civilizar y fortificar el imperio. Brussa, su capital temporal, enriquecida con los despojos de los reinos que habian caido á sus piés; y cuajada de esclavos y de artistas griegos empleados en ilustrar la ciudad de los vencedores, levantó sus baluartes, sus mezquitas, sus alminares, sus sepulcros, sus edificios al nivel de los de Constantinopla, que se entreveía á lo lejos. Parecía que las dos capitales se desafiaban aguardando el momento en que la una destruyese á la otra.

Hospederías inmensas elevaron sus cúpulas, profundizaron sus bóvedas, hicieron manar sus surtidores de agua para las caravanas que de todas las partes de Asia acudian á comerciar en Brussa. Conventos de derviches, de frailes mahometanos, llenaron las faldas del olimpo de piadosos solitarios, entre los cuales citan los otomanos á Geiklibaba ó el *padre de los ciervos*; aludiendo á la afición que tenía á la sombra de los bosques, dotados por Orkhan de ermitas que han conservado hasta nuestros días la celebridad de que gozaron en aquellos tiempos. La munificencia

de Alaeddin y de Orkhan estimuló las mas humildes industrias pastoriles ó agrícolas, honrando con un sepulcro monumental, que aun subsiste, la memoria de un anciano pastor que habia inventado el modo de hacer cuajadas en vasos de arcilla. Este sepulcro fué llamado el sepulcro de Doghlibaba, ó del *padre de los alfareros*. Una fuente, llamada la fuente del cielo murmuró al pié del monumento, bajo los plátanos. El pueblo, siempre crédulo, atribuyó tradiciones maravillosas á aquellos sábios, á aquellos ermitaños, á aquellos artesanos de los primeros tiempos de la conquista. Segun los cronistas populares de los turcos, el anciano dervis *padre de los ciervos* vivía en las cimas del Olimpo, de las que solo bajaba para dictar á Orkhan los oráculos del cielo.

Un dia que habia bajado á Brussa, montado en un gamo domesticado, y llevando en la mano un ramo de plátano, el árbol favorito del Olimpo, el anciano lo plantó en el patio del palacio de Orkhan, anunciando que el imperio se arraigaria y extenderia sus ramas como el árbol secular. El árbol y el palacio han perecido, consumidos en uno de los incendios de Brussa.

Abd-el-Murad, dervis tambien, y guerrero estimado de Orkhan, habia hecho voto de no servirse jamás en los combates mas que de un sable de ma-

dera de plátano. El vigor de su brazo daba, según se cuenta, á aquella arma el peso y el corte de una espada de acero. Cuando murió Abd-el-Murad, Orkhan hizo depositar el arma en el tesoro de las reliquias del imperio.

Los parientes, los ministros, los compañeros de Orkhan, enriquecidos con gobiernos, y los despojos, edificaron á ejemplo suyo palacios, mezquitas, monasterios, y hospederías en la capital. Los alrededores se llenaron de fuentes, de acueductos, de jardines deliciosos. Los monjes de Bizancio, que habían buscado desde los tiempos más remotos los silvestres y sombríos valles del Olimpo, Arcadias del Asia, cedieron estos retiros á los solitarios musulmanes. Los poetas y los sabios fijaron allí su residencia, prefiriéndolos á las demás comarcas de la Arabia, de la Siria y del Taurus.

Scheiki, el primero de los poetas turcos, escribió en aquellos sitios el poema amoroso de las aventuras de *Kosrew* y de *Schirin*, el cántico de los cánticos en

prosa de los orientales. Otros poetas se ilustraron allí con odas religiosas como salmos, voluptuosas como suspiros. Los teólogos, los jurisconsultos, redactaron en el mismo lugar sus comentarios y sus códigos.

Colonias de Bagdad y de Damasco parecía que poblaban de piedad, de ciencia y literatura á la nueva Bagdad del islamismo. Quinientas tumbas erigidas en memoria de estos teólogos, poetas, héroes, legisladores, visires, atestiguan la magnificencia de los sultanes, y revelan el carácter de aquellos pastores guerreros, inclinados á la meditación de su piedad y á la embriaguez intelectual de la poesía. Hijo del desierto, movido por la fe, ilustrado por las armas, se descubría en aquel pueblo, mas todavía que hoy, el triple genio de la contemplación, de la adoración y del heroísmo.

Solo los otomanos se aprovecharon de la paz ó de la tregua de veinte años concluida entre Orkhan y el imperio de Constantinopla. Este imperio abrigaba en su seno la guerra intestina, y las facciones que descomponen á los estados envejecidos habían reemplazado en Bizancio al patriotismo. Remontemos el curso de aquellos años de paz para contemplar el deplorable imperio, cuya última hora aguardaba Orkhan con confianza.

dera de plátano. El vigor de su brazo daba, según se cuenta, á aquella arma el peso y el corte de una espada de acero. Cuando murió Abd-el-Murad, Orkhan hizo depositar el arma en el tesoro de las reliquias del imperio.

Los parientes, los ministros, los compañeros de Orkhan, enriquecidos con gobiernos, y los despojos, edificaron á ejemplo suyo palacios, mezquitas, monasterios, y hospederías en la capital. Los alrededores se llenaron de fuentes, de acueductos, de jardines deliciosos. Los monjes de Bizancio, que habían buscado desde los tiempos más remotos los silvestres y sombríos valles del Olimpo, Arcadias del Asia, cedieron estos retiros á los solitarios musulmanes. Los poetas y los sabios fijaron allí su residencia, prefiriéndolos á las demás comarcas de la Arabia, de la Siria y del Taurus.

Scheiki, el primero de los poetas turcos, escribió en aquellos sitios el poema amoroso de las aventuras de *Kosrew* y de *Schirin*, el cántico de los cánticos en

prosa de los orientales. Otros poetas se ilustraron allí con odas religiosas como salmos, voluptuosas como suspiros. Los teólogos, los jurisconsultos, redactaron en el mismo lugar sus comentarios y sus códigos.

Colonias de Bagdad y de Damasco parecía que poblaban de piedad, de ciencia y literatura á la nueva Bagdad del islamismo. Quinientas tumbas erigidas en memoria de estos teólogos, poetas, héroes, legisladores, visires, atestiguan la magnificencia de los sultanes, y revelan el carácter de aquellos pastores guerreros, inclinados á la meditación de su piedad y á la embriaguez intelectual de la poesía. Hijo del desierto, movido por la fe, ilustrado por las armas, se descubría en aquel pueblo, mas todavía que hoy, el triple genio de la contemplación, de la adoración y del heroísmo.

Solo los otomanos se aprovecharon de la paz ó de la tregua de veinte años concluida entre Orkhan y el imperio de Constantinopla. Este imperio abrigaba en su seno la guerra intestina, y las facciones que descomponen á los estados envejecidos habían reemplazado en Bizancio al patriotismo. Remontemos el curso de aquellos años de paz para contemplar el deplorable imperio, cuya última hora aguardaba Orkhan con confianza.

## XII

Después que el usurpador Miguel Paleólogo VIII mandó quemar los ojos al joven emperador Lascaris, obteniendo del clero esclavizado ó cómplice la absolución de su crimen y el reconocimiento de su usurpación, los Andrónicos Paleólogo se habían disputado el trono ó habían disfrutado de él alternativamente. Andrónico II tenía un hijo, al que había dado el nombre de Miguel para renovar su memoria de Miguel Paleólogo, su abuelo y fundador de la dinastía. Este segundo Miguel, verdadero Britannicus del imperio que se desplomaba, había sido asociado á él por su padre Andrónico. Léjos de abusar de esta elevación prematura, Miguel había peleado con desinterés y fidelidad durante veinte años por la defensa y la gloria de su padre y su colega. Murió sin reinar, y dejó su hijo menor de edad, esperanza é idolo de su abuelo. Este niño recibió el nombre de Andrónico el joven, para distinguirlo del anciano Andrónico, que lo educaba para el trono. Indigno de la sangre de su padre, lo cor-

rompieron antes de tiempo las condescendencias y las adulaciones de la corte de Constantinopla.

Sus compañeros de disolución, impacientes por devorar su reino, y viendo que el viejo Andrónico vivía mas de lo que á su ambición convenia, le persuadieron á que pidiese al emperador una provincia que gobernar anticipadamente para que se ejercitara en el mando con autoridad independiente y absoluta libertad de costumbres. Ofendióle á Andrónico una ambición tan anticipada de reinar y reprimió con justa severidad los desórdenes con que su nieto escandalizaba á la capital. Un fratricidio anunció muy luego á Constantinopla el reinado de un Neron del Oriente. Sospechando que una cortesana griega, que le hizo gustar de los primeros deleites del amor, recibía por la noche á otro amante, apostó bajo las ventanas de aquella mujer jóvenes armados, instrumentos de sus desarreglos, con orden de que mataran al primer pasajero que juzgaran su rival. Fuera acaso ó rivalidad, su hermano, el joven Paleólogo, pasó á aquella hora por la calle, y cayó bajo las puñaladas que le asestaron los amigos de Andrónico. Esta desgracia ó este crimen, que privaba á Andrónico II de uno de sus nietos por tramas ó vicios del otro, llenó de dolor y de cólera el corazón del desgraciado príncipe.

En su indignacion, el emperador designó para que le sucediera al tercer hijo de Miguel. Andrónico, heredero natural y desposeido apeló á la justicia. Un fallo contrario y su deposicion del rango de Augusto eran evidentes si los jueces hubieran sido libres. Pero la faccion del ambicioso jóven intimidó con su crecido número, sus gritos y sus armas, no solo al tribunal, sino al mismo emperador. Las salas del palacio se hallaban llenas de una muchedumbre amotinada de cortesanos, que se creían heridos con el castigo de su jefe. Como acontece en las épocas de decadencia de costumbres, la popularidad no acompañaba á la virtud sino á la audacia; los vicios se veían coronados en la cabeza de Andrónico. Desarmado el emperador transigió con su nieto, y lo perdonó mientras le arrebatava el trono. Andrónico anticipó con una conjuracion la hora de precipitar á su abuelo.

## XIII

El alma de esta conjuracion palaciega era el camarero mayor, Juan Cantacuzeno, cortesano, político,

escritor, hombre de esos que las civilizaciones envejecidas hacen surgir entre los pueblos y los tronos, que reunen en sí la elegancia de las costumbres, el arte de la palabra, la flexibilidad de los aduladores, la venalidad de los ambiciosos, y el talento de los conspiradores. Juan Cantacuzeno, hábil para prepararse un reinado minando otro reinado, procuró la evasion nocturna del jóven Andrónico y huyó con él á Andrinópolis.

Un ejército de cincuenta mil griegos, mas dispuestos siempre á destrozár el imperio que á defenderlo, se reunió de las ciudades inmediatas á la faccion del jóven Andrónico y Cantacuzeno. Dividido el imperio tuvo durante siete años dos capitales, dos ejércitos, dos señores. Esta guerra parricida entre el abuelo y el nieto, suspendida por tanto tiempo por las negociaciones de Cantacuzeno, se terminó sin choque con la division de las provincias, de los honores y de los tesoros del trono. Pero esta division, que legitimaba la rebeldia del pretendiente no le bastó poco despues. Las derrotas sucesivas que sufrió el viejo Andrónico peleando contra los otomanos, daban pábulo y alimento á las quejas de su jóven colega.

« Cuan diferente, decia á sus pueblos, es mi situacion de la del hijo de Filipo de Macedonia! Alejandro se quejaba de que su padre no le dejaba nada

« que conquistar, y yo me quejo de que mi abuelo  
« no me dejará nada que perder ! »

## XIV

Tales palabras, prometiendo un vengador á Constantinopla, privaron al viejo Andrónico de la fidelidad de los soldados y del amor del pueblo. Sorprendido y forzado el palacio, el emperador quedó á merced de su nieto.

Abandonado por sus cortesanos, rodeado únicamente de sacerdotes y de pajes, el soberano destronado, sin sospechar el peligro durante la noche, oyó al despertar el ruido de las armas en su aposento y las aclamaciones de las tropas que proclamaban su caída. Prosternado á los piés de una estatua de la Virgen, aguardó así la muerte ó la indulgencia de su rival. Perdonósele la vida, mas bien por desden que por generosidad. Cantacuzeno no tenia necesidad de verter una sangre que hubiera provocado á la venganza, y le convenia que conservaran esperanzas las dos grandes parcialidades cuyo equilibrio soste-

nian sus hábiles manos, contraponiendo la una á la otra con mucha discrecion.

Permitióse al emperador destronado y ciego la residencia en las habitaciones retiradas del palacio, algunos honores vanos y una pension de diez mil piezas de oro. Para alivio de su dolor y ceguedad, no tenia mas distraccion, segun refiere su historiador, que errar por la soledad de su aposento, y oir el cloqueo de las gallinas, único ruido que llegaba hasta él de los patios desiertos del palacio.

En fin los partidarios de su nieto, que temian siempre una reaccion en favor del anciano, lo obligaron á confirmar su abdicacion haciéndole vestir el traje monacal y pronunciar los votos de abnegacion monástica. El anciano emperador, bajo el nombre de fray Antonio, se veia reducido á suplicar á su nieto para obtener de su munificencia una túnica forrada que lo preservara de los rigurosos frios del invierno. Su médico le prohibia el uso del agua, y su confesor el del vino. Obligado á apagar su sed con sorbete de Egipto, vivió abandonado en el palacio donde habia reinado por espacio de tantos años, ofreciendo á su pueblo y dejando á la historia el ejemplo mas memorable de la ingrátitud humana, muriendo al fin con el hábito de fraile que se vistió despues de haber llevado el de púrpura.

## XV

Su nieto, el ingrato Andrónico III, gozó de un poder tan indignamente adquirido, sin reparar los males del imperio. Su escandalosa conducta lo llevó prematuramente al sepulcro, dejó por heredero á un hijo que habia tenido de una princesa de Saboya. Este hijo se llamaba Juan Paleólogo. Cantacuzeno, el camarero mayor, gobernó durante la minoría de este muchacho. El poder de este dignatario de palacio, que hemos visto compartiendo el de su primer señor á fuerza de intrigas, era igual al de los emperadores. El registro de su fortuna privada recuerda la opulencia de Lúculo ó de Crasso en Roma. La confiscacion de su tesoro á consecuencia de su primer destierro, bastó para equipar una flota de sesenta navíos. Sus graneros contenian provisiones de trigo y cebada para una capital. Dos mil pares de bueyes labraban sus tierras en Tracia, dos mil quinientas yeguas poblaban sus puestos de potros; trescientos camellos, quinientos mulos, quinientos asnos, cinco

mil terneras, cincuenta mil cerdos y setenta mil carneros llenaban sus establos ó se apacentaban en sus prados.

En donde un particular posee tal riqueza, el Estado se empobrece muy pronto. Semejante fortuna basta para tener á sueldo á una ó mas facciones. Andrónico el Joven habia querido muchas veces asociarlo al imperio; pero él se habia contentado hasta entonces con poseer el poder sin arrogarse el título. Su regencia, durante una larga minoridad, le ofrecia mayor seguridad y no lo exponia tanto á los tiros de la envidia.

Pero Ana de Saboya, madre todavía joven del emperador, estimulada por un rival de Cantacuzeno, reivindicó temerariamente la tutela de su hijo. El clero y el pueblo de Constantinopla se declararon en favor de la madre y en contra del camarero mayor. Sus bienes fueron confiscados, la madre encerrada en un calabozo.

Juzgado entonces Cantacuzeno que no habia para él salvacion si no se apoderaba del trono, sedujo el ejército que mandaba, y se hizo proclamar emperador en Demótica, ciudad de Tracia. Sus oficiales griegos y los guerreros cruzados que poblaban las filas de sus tropas le calzaron los borceguíes de púrpura, signo del imperio.

## XVI

Constantinopla y las provincias no secundaron la rebelion del ejército. El clero, los magnates y el pueblo preferian el reinado débil de una mujer y un niño al reinado imperioso de un gran político. Los tesoros de los palacios y de las iglesias sirvieron en Bulgaria para suscitar enemigos á Cantacuzeno. Su ejército, encerrado mucho tiempo en sus atrincheramientos, languidecia en la inacción. Por último, abandonado por sus tropas, el usurpador se refugió en Tesalónica vencido sin combate. De allí pasó á Servia para implorar el apoyo del déspota de los serbios, pueblo bárbaro que comenzaba á mezclarse en las querellas del Oriente, echando en ellas el peso de sus armas. Despues de haberlo recibido bien, los serbios lo despidieron sin insultarlo, pero tambien sin socorrerlo. Cantacuzeno volvió al mar, é imploró la alianza de los otomanos, conquistadores de su patria.

Una de sus hijas, dada en matrimonio al emir, fué la prenda de aquella alianza que hizo temblar en Constantinopla á los enemigos de Cantacuzeno. Dos parientes suyos, presos en palacio, viendo un dia al primer ministro de la emperatriz examinar sin acompañamiento las obras que habia mandado hacer en los patios de su prision, cogieron los útiles de los trabajadores, se precipitaron sobre el ministro y lo dejaron muerto á sus piés. Rompiendo entónces sus cadenas, y colgando en una almena la cabeza del ministro asesinado, los presos del partido de Cantacuzeno llaman al pueblo á la libertad. Pero el pueblo conmovido por las lágrimas de la emperatriz y de la viuda del muerto, respondió á esta provocacion forzando las puertas de las prisiones é inmolando, inocentes ó culpables, á todos los presos que se sospechaban adictos á la causa del usurpador. Este se acercó á Constantinopla con tropas turcas.

Ana de Saboya, amenazada por una rival de poder que se sentaria como emperatriz en el trono que ella ocupaba, juró hallar sepultura entre los escombros y las cenizas de su palacio. Pero su juramento no pudo procurarle la victoria. Vencedor Cantacuzeno, entró en Constantinopla con sus auxiliares, trató con respeto á la emperatriz, dió por esposa otra hija suya al jóven emperador, y se contentó con la regencia

durante diez años. Los hijos que nacieran del matrimonio del emperador y de su hija deberían confundir la sangre de las dos familias que aspiraban al imperio, la de los Paleólogos y Cantacuzenos. Empobrecido el imperio por la guerra civil, estaba tan destrozado, y exhausto, que el festin de la boda imperial fué servido en vasijas de estaño y de arcilla.

Esta reconciliacion fué agitada y breve. El jóven emperador se apartó á su vez de su colega el regente, huyó á Tesalónica, solicitó el favor de los servios, y vencido se refugió en un esquife en el peñon de Tenedos, en frente de los Dardanelos.

Cantacuzeno, indignado con esta agresion correspondió á ella haciendo coronar á su hijo y proclamarlo emperador en Constantinopla. Los mercaderes genoveses, que habian construido una ciudad con permiso de la corte imperial á la vista de Bizancio, en la orilla opuesta al Cuerno de Oro, conspiraron con los partidarios encubiertos de los Paleólogos en con-

tra del usurpador. Penetrando en el puerto por la noche con dos galeras genovesas, cargadas de soldados y de armas, se hicieron abrir la puerta del palacio. A los gritos de « ¡victoria y fidelidad al emperador Paleólogo! » Arrastraron á la sedicion á la misma guardia de Cantacuzeno, despertando este con el grito vengador y encerrándose en lo interior de su palacio, abdicó para economizar, segun decia, la sangre de la patria. Retiróse á un monasterio tomando el nombre de padre Josafat, y no pudiendo trastornar otra vez el imperio, quiso en cambio trastornar el cielo.

XVIII

Una doctrina mística, emanada de los fakires de la India, traída al Asia Menor por derviches musulmanes, y adoptada con supersticiosa necesidad por algunos frailes cristianos, apasionaba á la sazón el espíritu alambicado de los griegos, mas aun que las discordias civiles y las catástrofes del imperio. Un santo Abad, superior de millares de monjes que poblaban

los valles y perieuetos del monte Athos, colmenar de cenobitas, habia explicado de esta manera á sus subordinados la doctrina que preocupaba al mundo teológico:

« Cuando esteis solos en vuestra celda, cerrad la puerta y sentaos en un rincon. Levantad vuestra imaginacion sobre todas las cosas vanas y transitorias; apoyad vuestra barba en el pecho, dirigid vuestras miradas y vuestros pensamientos al centro del vientre, donde está el ombligo, y buscad así el asiento del alma. Al principio todo os parecerá desorden, oscuridad y confusion. Pero si perseverais noche y dia, sentireis un goce delicioso. Desde el momento en que el alma ha descubierto el sitio que alberga el corazon, disfruta de una luz mística y etérea. »

Este sueño de los quietistas modernos, copiado del de los quietistas orientales, debia fascinar el genio argumentador de los griegos, ejercitado durante siete siglos en las controversias sacerdotales. Distinciones inexplicables que pretendian explicarlo todo vinieron á oscurecer las mismas tinieblas. La pasion se apoderó de aquellos fantasmas de la imaginacion para introducir la discordia en los corazones. Origináronse facciones teológicas mas ásperas y sanguinarias que la facciones del palacio.

El furor de los frailes del monte Athos amenazó

la vida de otro monje llamado Barlaam, que negaba la divinidad de aquella emanacion luminosa del ombligo humano. Otro fraile, que se llamaba Palamos, pretendió que aquella luz era el medio divino que habia deslumbrado á los discípulos del Cristo durante su transfiguracion en el monte Tabor. El imperio entero tomó parte en pro ó en contra de esta alucinacion del monte Tabor.

Canfacuzeno presidió como emperador el sinodo que declaró artículo de fé esta creencia en la divinidad de la luz. Los que no creian en esta quimera de los visionarios fueron privados de sepultura. En el claustro continuó defendiendo con sus escritos lo que habia apoyado con su poder cuando ocupaba el trono. Los últimos años de su vida los pasó defendiendo con la polémica estas puerilidades.

## XIX

El imperio le debió el primer ejemplo del matrimonio de una princesa cristiana de la familia imperial con un emir otomano. Los embajadores de Orkhan fueron á Selymbria, situada en la costa de Eu-

ropa, á recibir á la bella Teodora, hija de Cantacuzeno y de su mujer la emperatriz Irene. En la playa se habia erigido un inmenso pabellon de seda para que sirviese de gineceo á la emperatriz Irene y á sus hijas. En él pasaron la noche. Al amanecer, el emperador se presentó á caballo á la cabeza de sus tropas delante de la tienda. Descorriéronse las cortinas; la jóven y hermosa Teodora, víctima sacrificada á la concordia de las dos razas, se presentó á los griegos y á los turcos sentada en un trono, cuyo dosel de oro y seda asombró á la sencillez de los otomanos. Los eunucos del palacio de Constantinopla, degradacion de la humanidad, cuyo infame uso copiaron los turcos de los corrompidos emperadores cristianos, estaban prosternados con la frente en el suelo, al pié del trono. Las trompetas llenaron los aires de sonos belicosos.

A esta señal, Teodora, que lloraba á su madre, á su Dios y á su patria, fué confiada á los embajadores de Orkhan. Una flotilla turca la trasportó á la opuesta playa, donde la esperaba su esposo. Las dos religiones se habian hecho concesiones recíprocas para co-honestar el doble sacrilegio á los ojos de las dos razas. Teodora tenia derecho para conservar el culto de su infancia en el harem de Brussa. Aunque esposa de un hombre que tenia otras esposas en su palacio,

ella vivió como cristiana piadosa é irreprochable en medio de las costumbres musulmanas, conquistando el amor de su esposo y el respeto de los turcos con su noble conducta.

Pocos meses despues de este adulterio entre los dos imperios, Cantacuzeno, poseedor de Constantinopla por el apoyo que le prestó su yerno, fué á visitar á su hija el palacio de Brussa. Orkhan, acompañado por cuatro hijos que habia tenido con otras mujeres, le salió al encuentro del emperador, hasta Scutari. Orkhan obsequió á su suegro con festines y cacerías. Teodora obtuvo permiso para volver de vez en cuando á visitar á su madre y á sus hermanas en la patria y en los templos de su niñez. Volvió siempre con fidelidad á Brussa, aun despues que la ambicion hizo olvidar á Orkhan los juramentos de eterna amistad que habia hecho al padre de su mujer. Pero el emperador griego se habia visto obligado á aceptar de los que lo vencieron, convertidos en protectores suyos, una ley mas odiosa y mas antipática al honor y á la fé de los cristianos. Los turcos habian estipulado en su favor el derecho de conducir sus esclavos prisioneros, aunque fueran cristianos de origen, y de venderlos en los mercados de Constantinopla, á fin de sacar por ellos un precio mas elevado.

Entónces se vió, dicen los historiadores bizanti-

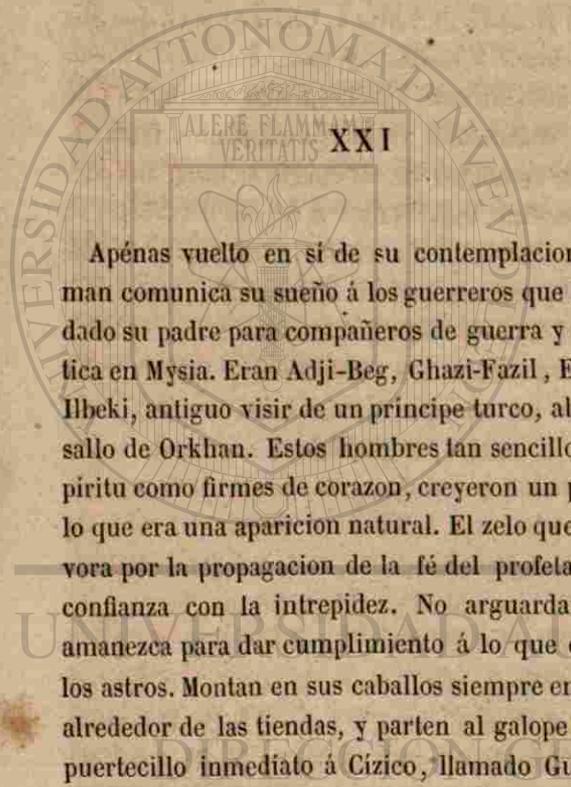
nos, para vergüenza de los hombres y de los ángeles, á una multitud de cristianos de todas edades y de ambos sexos, cerrados como rebaños sin dueño en las plazas de Constantinopla, y vendidos al que mejor los pagara, cristiano ó bárbaro, sin acepcion de culto. Los turcos los cargaban de hierros y los maltrataban en presencia de sus compatriotas griegos, á fin de excitar á los cristianos ricos á rescatar á sus hermanos por compasion. Pero apesar de aquella emocion pública, un crecido número de niños y doncellas quedaron sin vender, y fueron llevados otra vez á las provincias turcas de Asia para que abjuraran su fé ó sufrieran una dura esclavitud en manos de señores mahometanos.

## XX

Orkhan, á quien su padre habia dado por esposa, á la edad de doce años, á la bella y famosa Nilufer, tenia mas de sesenta cuando se casó con Teodora. Soliman, su hijo primogénito, se ejercitaba bajo su direccion en las armas y la política. Orkhan le habia dado el gobierno absoluto de la antigua Misia,

donde los mismos bárbaros admiraban las ruinas de la opulenta ciudad de Cízico, destruida y despojada por Lúculo. Las ruinas de Cízico están situadas en una península del mar de los Dardanelos, en frente de la costa de Europa. Una noche en que Soliman, sentado á orillas del mar, contemplaba con solemne recogimiento aquellos restos de templos y de palacios, iluminados como monumentos fantásticos, por la escasa luz de un cuarto de luna, una niebla trasparente, impelida por el viento del Norte, se extendió sobre aquellas ruinas y les imprimió con sus ondulaciones la apariencia de la vida y del movimiento. Creyó que aquellos fantasmas de ciudades sacudian su sudario y se alzaban de sus sepulcros. El rumor de las olas que venian hasta sus piés, aumentaba la ilusion, fingiéndole el murmullo sordo de una ciudad que se despierta. Se acordó de aquella luna profética que saliendo en sueños del seno de Edebali, y representando á la bella y fecunda Malkatun, habia aparecido á su abuelo Othman en las gargantas de la Frigia. Esta segunda aparicion de la luna, que alumbraba juntamente el Asia y la Europa en un teatro tan solemne, le pareció la confirmacion de la promesa hecha á su abuelo, y un reproche dirigido á la contemporizacion de su padre Orkhan. De esta suerte, la crédula sencillez del pastor se mezcla

siempre en el turco, con el heroísmo del guerrero. El Oriente tiene sueños en todas sus historias. Una luna guía á los otomanos, primero á Frigia, despues á Europa.



Apénas vuelto en sí de su contemplacion, Soliman comunica su sueño á los guerreros que le habia dado su padre para compañeros de guerra y de política en Mysia. Eran Adji-Beg, Ghazi-Fazil, Evrenos, Ilbeki, antiguo visir de un príncipe turco, ahora vasallo de Orkhan. Estos hombres tan sencillos de espíritu como firmes de corazón, creyeron un prodigio lo que era una aparicion natural. El zelo que los devora por la propagacion de la fé del profeta une la confianza con la intrepidez. No arguardan á que amanezca para dar cumplimiento á lo que ordenan los astros. Montan en sus caballos siempre ensillados alrededor de las tiendas, y parten al galope hácia el puertecillo inmediato á Cizico, llamado Gurudjuk. Una barca de pescadores los trasporta en medio de las tinieblas á la corte de Europa, próxima á Galí-

poli; recorren rápidamente las campiñas circunvecinas de Tzympe, otra ciudad de guerra de la Tracia; cogen á un griego que salia de las puertas, lo obligan á entrar con ellos en la barca que los vuelve á llevar á Gurudjuk, y preguntan al prisionero si les será fácil sorprender á Tzympe.

Pero Soliman y sus secuaces carecian de buques que llevaran sus tropas á la orilla opuesta. Al dia siguiente construyeron dos balsas con troncos de árboles, sujetos unos con otros con correas de buey, y les pusieron velas y remos. Al oscurecer se embarcan trescientos guerreros en aquellas toscas embarcaciones. La corriente, el viento y la noche los favorecen, saltan silenciosos en tierra, se acercan sin ser percibidos á las fortificaciones desiertas de Tzympe, las escalan acumulando en los fosos los escombros que han arrojado los habitantes por la muralla; la cosecha, que tenia á casi toda la poblacion en los campos de la Tracia los favorece. Degüellan á los pocos soldados que habia en la ciudad; van á buscar á la costa de Mysia nuevos refuerzos, y establecen en poco tiempo una guarnicion de tres mil turcos en los muros de Tzympe, desafiando y amenazando desde allí á la ciudad rica y fuerte de Galípoli, baluarte de la Tracia.

## XXII

Diez mil ginetes de Orkhan, protegidos en sus incursiones por la ocupacion de Tzympe, penetraron en la Tracia. El cielo parecia conjurado con los otomanos contra aquella desgraciada provincia, granero del imperio. Sus villas y ciudades fueron arruinadas por fuertes temblores de tierra. Un sacudimiento mas prolongado que los demás abrió dos espaciosas brechas en los sólidos muros de Galipoli. Soliman entró por ellas seguido de sus compañeros. Galipoli, la llave de los Dardanelos y del mar de Mármara, la ciudadela y el arsenal del imperio, una de las primeras conquistas de Alejandro, cayó en poder de dos jefes de hordas tártaras, Adji-Beg y Ghazi-Fazil. Ellos dieron su nombre á la fértil llanura de Tracia que rodea la ciudad; y sus dos sepuleros, dice el erudito Hammer, son todavía visitados por los turcos como los dos primeros mojones que el imperio otomano plantó en Europa.

## XXIII

De vuelta á Mysia, Soliman inundó sucesivamente la Tracia conquistada de hordas turcas, árabes, mongoles, que se sustituyeron en todas las costas del Helesponto á la poblacion griega, ó que dividieron con los vencidos las ciudades y el territorio. A fines del año de 1357, las márgenes del Hebro estaban cubiertas con sus tiendas y sus caballos hasta las gargantas de Chariupolis. Durante muchos años, una corriente incesante parecia que llevaba á los pueblos asiáticos á la costa Europea, *Cartas de victoria*, especie de manifiestos de conquistas notificadas al mundo, segun el uso Oriental, fueron enviadas por Orkhan, una tras de otra, desde su capital de Brusa, á todos los Khanes, emires ó sultanes del Asia Menor.

Estas cartas de victoria, difundiendo su fama y la de su hijo Soliman, sometian cada vez mas á su dominio á los emires de la Jonia, de la Caramania, de la Colchida y del Taurus, que se negaban todavía á reconocer su supremacia. Orkhan autorizó á Soliman á que trasladara su residencia al seno de sus

conquistas de Europa y le señaló por capital á Galipoli.

Los viajeros que pasan por delante de las verdes colinas bañadas por el mar que moja los piés de esta ciudad, ven todavía en las brechas abiertas en espesos muros, en las cúpulas y alminares mezclados con los arcos y las torres de las iglesias bizantinas, los vestigios de dos pueblos y de dos religiones que se han hecho la guerra, y que han concluido por confundirse en la misma playa. Los valles circunvecinos fueron dados por Orkhan en feudo perpetuo á los principales compañeros de armas de su hijo.

## XXIV

Soliman no gozó mucho tiempo de su fortuna y de su gloria. Había trasportado á Europa el gusto, el lujo y los ejercicios belicosos del desierto. Un dia que cazaba gansos de Tracia en los pantanos del Hebro, cerca de un plátano, célebre como el de Godofredo de Bullon junto á Constantinopla, llamado *el árbol del Seid ó Cid*, su caballo, que rivalizaba en

ardor con el vuelo de su halcón, lo lanzó con tal fuerza contra el tronco del plátano, que espiró sin proferir una palabra.

Desesperado Orkhan con la pérdida de este héroe, hijo primogénito de Nilufer, y gloria naciente de su casa, le mandó construir un magnífico sepulcro á las orillas elevadas y siempre murmurantes del Helesponto, que habia conquistado. Este sepulcro, frecuentado por los peregrinos hasta nuestros dias, recibe todavía las visitas, los elogios y las lamentaciones de los otomanos, que celebran á Soliman como al primer invasor de Europa. Los cipreses que lo adornan brillan al resplandor de la misma luna cuyo creciente profético hizo soñar á Soliman en su navegacion por el mismo mar que lo trasportó en su balsa á Tzympe.

Los turcos invocan el nombre de Soliman en los dias de peligro. Algunas veces aparecia en las batallas á través del humo del cañon, montado en un caballo blanco y rodeado de sus héroes divinizados, como los cadáveres de los monumentos de Cizico le aparecieron á él mismo movibles y resucitados á través de la bruma de la noche que encubrió su pasaje á Europa.

## XXV

Orkhan proseguía en medio de sus conquistas la organizacion militar, civil y religiosa del islamismo en sus vastas posesiones de Asia. Como Constantino y Carlomagno, transigió bastante con el fanatismo supersticioso del culto que tanto le habia servido. Los derviches, palabra que significa *umbrales de la puerta*, porque viven encerrados en casa, dedicados exclusivamente á pensar en la vida futura, y los fakires, palabra que quiere decir *pobres voluntarios*, porque viven de las migajas de los ricos, fueron tratados por él con mucha deferencia y credulidad. El clero mahometano, multiplicado y á veces dominado por auxiliares cuyo número nunca disminuía, comenzó á contrabalancear á menudo todos los poderes y á corromper la sencillez de la religion del profeta con tradiciones populares y prácticas importadas de la India.

Mahoma, testigo en sus viajes por Siria del acrecentamiento desmedido de los monasterios cristianos, de los milagros fabulosos y de las groseras

creencias con que aquellos ignorantes solitarios infectaban los dogmas puros del Evangelio, habia presentido que podia correr aquel peligro su culto, y habia dicho: «Nada de frailes en el islamismo;» y aquellas palabras habian sido obedecidas al principio. Pero bajo los khalifas que le sucedieron, ménos vigilantes que el profeta, y ménos atentos á evitar todo lo que estimulara á los árabes á caer en su antigua idolatría, los fakires se habian superpuesto como una lepra al mahometismo.

Otras palabras del Coran: «La pobreza es mi gloria,» habian sido interpretadas por los doctores de Medina, de Bagdad y de Damasco como una excitacion á la vida ascética y á la piadosa mendicidad. Esto, segun las eruditas investigaciones de Hammer en Turquía, en Arabia y en Persia, dió origen á treinta y seis órdenes religiosas. Para los unos, el ardor de la perfeccion mistica que se habia propagado de las Indias á las costas del golfo Pérsico; para los otros, el afan de menospreciar lo que desea el comun de las gentes; para estos, el respeto de los pueblos siempre dispuestos á inclinarse delante de aquello que los admira, para aquellos, las dulzuras de esta ociosidad sedentaria ó vagabunda que cosecha donde no ha sembrado, habian sido los móviles de aquella multiplicacion de los frailes mahometanos.

El ejemplo de los ermitaños, de los cenobitas de los monasterios cristianos, que cubrían el país conquistado de los griegos, les hacia creer que no había religion si no existian tales abusos y tales excesos de piedad. Pronto rivalizaron en número y exaltacion con las Tebaidas del Egipto, las grutas del Líbano, las cavernas del monte Athos, en donde montañas enteras estaban labradas como colmenas por aquellas abejas ó aquellos zánganos del monaquismo cristiano. La fama de santidad, de que gozaban aquellos solitarios, se atribuyó igualmente entre los mahometanos á las costumbres y á la severidad de los dervises.

El primer monasterio de esta orden habia sido fundado en Arabia por un fanático llamado Ouweis, que se habia arrancado todos los dientes en memoria de los dos que habia perdido el profeta de un golpe de venablo en su segundo combate contra los idólatras. Esta mutilacion, imitada luego por algunos compañeros de Ouweis, habia sido reemplazada en Bagdad con otras prácticas ménos crueles. Los dervises honrados por los khalifas tenian allí tanto imperio, que Bagdad era llamada la ciudad santa.

Los dervises giradores, que buscan el vértigo de sus visiones en furiosas evoluciones en torno de sí mismos, como los frailes griegos de Constantinopla

reciben el vértigo de la vision de la luz increada del monte Tabor en la inmóvil contemplacion de su ombligo; los dervises gritadores, que se exaltan con sus alaridos hasta el delirio, y que caen en tierra como las pitonisas antiguas cansadas de sus furores sagrados; los dervises discípulos de Inder-Baba-Reden, que se embriagaban con el haschisch, extracto de plantas venenosas cogidas en las gargantas del Thibet ó del Taurus; los dervises sectarios de Abul-Hassan, que fué el primero que descubrió las virtudes excitantes de los granos del café, arbusto de las asperezas de Moka; los dervises poetas, apóstoles de Alaeddin, el David de los musulmanes, que cantaba en verso las grandezas y las misericordias de Dios, y que santificó la poesia con la piedad; todas estas órdenes, fanáticas las unas, ridículas las otras, útiles algunas al renacimiento de la literatura árabe entre los conquistadores turcos, habian pululado en el monte Olimpo y en Brusa.

El reino de Orkhan vió nacer otros muchos. Los unos son juglares que hacen florecer ramas secas plantadas en la tierra, que juegan con el fuego ó amansan serpientes como los *psylos* de Egipto; otros imitan las misteriosas iniciaciones de Hermes, de Pitágoras, de los frac-masones.

Cada uno de los jefes de estas órdenes legó su es-

Los rápidos progresos que hicieron los otomanos en aquel largo reinado de cuarenta años en jurisprudencia, teología, elocuencia, historia y poesía, han hecho calificar á Orkhan como un san Luis bárbaro de los turcos. Brusa entera es hoy mismo un espléndido sepulcro consagrado á conservar sus cenizas y su memoria.

La naturaleza que queria hacer prosperar rápidamente á este pueblo, para llenar el vacío que el decaimiento del imperio bizantino dejaba en Asia, en Africa y en Europa, parecia que habia dado alternativamente á los otomanos un jefe belicoso como Othman, y un príncipe legislador como Orkhan, para conquistar en un reinado y civilizar en el otro á los mismos conquistadores.

El retrato que los historiadores turcos y cristianos hacen de Orkhan corresponde con el carácter de inteligencia, de dulzura y de majestad patriarcal que se atribuye á su reinado en la familia de los sultanes.

Aunque tuviera como su padre Othman la nariz arqueada del águila del Taurus, las cejas negras y pobladas, los cabellos blondos de su raza, los ojos azules de un hijo de las estepas, la frente espaciosa, los labios abultados, anchos los hombros, los brazos largos, robusto el cuerpo sobre piernas cortas, la rudeza de los Tártaros habia desaparecido en él bajo

la gracia de su fisonomía. La belleza de su madre Malkatun se reflejaba á través de su tez blanca y delicada. Tenia el gesto noble, la voz suave; se descubria al rey bajo el emir; un signo negro y aterciopelado de pelos rubios entre la mejilla y la oreja, que le venia de Malkatun, signo que los orientales consideran como un símbolo de felicidad escrito sobre el cutis, es comparado por los historiadores contemporáneos á un grano de adormidera en una copa de leche. Ellos atribuyen el buen éxito de sus empresas, las conquistas de su reinado, el brillo de sus últimos años á ese signo en el cual ven todavía los árabes un presagio. La historia los atribuye á un talento y á la excelente educacion, propia de las circunstancias, que le dió su abuelo, el sabio Edebalí; talento y educacion que consideraba como la doble punta de su espada, los dos horizontes de Brusa, su capital; por la parte salvaje el Asia y sus intrépidos compañeros de armas; por la parte culta, la Europa y su civilizacion refinada, que iba él á conquistar con la fuerza, al paso que rivalizará con ella por el cultivo intelectual.

Murió como Moisés, con los piés todavía en Asia, pero con los ojos en Europa, dejando á sus hijos el doble ejemplo de su ardor para subyugar lo que le oponia resistencia, y de su paciencia para aguardar

la descomposicion de lo que se doblégaba ante él; activo y lento á la vez en reemplazar en Europa la sombra del imperio que aun la obstruia, aunque hacia tiempo que ya no la alentaba.



## LIBRO QUINTO

## I

Amurat ó Murad 1º, hijo segundo de Orkan, habido con su primera esposa Nilufer, fué proclamado emir de los otomanos por derecho de nacimiento. Orkhan, que reservaba su herencia para Soliman, no habia ofrecido á Amurat las ocasiones de distinguirse, ni los gobiernos de provincia, que preparan á reinar. Hasta la muerte de Soliman, habia temido que se introdujeran entre los dos hermanos rivalidades y competencias que pudieran dividir á los otomanos. Algunos consejeros habian tratado de ha-

la descomposicion de lo que se doblégaba ante él; activo y lento á la vez en reemplazar en Europa la sombra del imperio que aun la obstruia, aunque hacia tiempo que ya no la alentaba.



## LIBRO QUINTO

## I

Amurat ó Murad 1º, hijo segundo de Orkan, habido con su primera esposa Nilufer, fué proclamado emir de los otomanos por derecho de nacimiento. Orkhan, que reservaba su herencia para Soliman, no habia ofrecido á Amurat las ocasiones de distinguirse, ni los gobiernos de provincia, que preparan á reinar. Hasta la muerte de Soliman, habia temido que se introdujeran entre los dos hermanos rivalidades y competencias que pudieran dividir á los otomanos. Algunos consejeros habian tratado de ha-

cerle considerar la muerte de Amurat como un sacrificio cruel, pero tal vez necesario para el tranquilo reinado de su dinastía. Por fortuna, Orkhan habia rechazado estos funestos consejos que fueron mas tarde axiomas bárbaros de la política de la casa de Othman, hasta que las leyes de la naturaleza le han parecido al sultan actual de Constantinopla, Abdul-Medjid, la mas segura y la mas santa política.

Amurat, aunque dedicado por la prudencia paternal á las ocupaciones de la paz, tenia el valor de su padre y las gracias de su madre; su rostro, noble y afable, no necesitaba otra diadema que la de su majestad natural. Hallaba á su pueblo hecho á la obediencia, leyes aceptadas por todos, gobernadores fieles, ejércitos aguerridos, una reputacion inmensa y un terror universal inspirado en Asia y en Europa por los otomanos.

La ambicion hereditaria de Amurat lo impulsaba á extender las conquistas de su hermano Soliman por la Tracia y la Macedonia, para bajar despues á la Grecia antigua, y sembrar en ella el dogma del Dios único en esta cuna de todas las fábulas del paganismo.

Sin embargo, todos los historiadores de la época están contestes en decir que el jóven Amurat, refinado por los poetas y los filósofos persas de la corte

de su padre, é instruido en los dogmas cristianos por su madre, que habia nacido cristiana, no sentia en el fondo de su corazon el zelo por el islamismo que afectaban sus palabras: se decia que era ménos intolerante que político. La religion era el pretexto mas bien que el móvil de sus guerras; ante todo queria ensanchar los límites de su patria, ilustrar su nombre y el de su familia con un reinado grande; para un pueblo conquistador, reinar era vencer. Las naciones en su juventud, y marchando hácia su destino, reconocen al soberano en la senda de la victoria.

Un obstáculo existia detrás y junto á él en las gargantas del Taurus y las costas de la Caramania. Allí se hallaba el emir de la Caramania, jefe como Amurat de una de las tribus de aquellos turcomanos que conservaron su independenciam al acabarse la dinastía seldjukida, y que habian fundado, lo mismo que Othman, colonias conquistadoras en diversos reinos del Asia Menor.

Informado Amurat de las dificultades que la rivalidad armada del principe de Caramania comenzaba

á suscitarle en Angora, capital de la antigua Galacia, replegó todas las tropas de su padre al pié del monte Olimpo, y haciendo retroceder á sus soldados, que se indignaban de ver paralizada su marcha hácia Europa por zelos de un príncipe turco, se dirigió á Angora.

Este oasis de las montañas del Asia Menor era célebre entre los pastores turcos por la lana de sus rebaños de carneros, cuya cola les llegaba al suelo, y por los ricos colores con que teñian sus vellones las mujeres de Angora. No estimaban ménos los labradores aquella comarca por sus huertas, regadas por el espumoso Ayasch, y cuyos perales, manzanos y parras hacen dar al monte Adoreus, que domina la ciudad, el nombre de Elmataghi, *montaña de las manzanas*.

Baños célebres, cuya agua sale hirviendo de sus manantiales, atraian á los heridos y los enfermos de toda la Grecia; los sitios sombríos, las grutas y los peñascos pintorescos del vecino valle de Atenosi, recordaban el de Tempé á los pintores y los amantes. Ruinas de templos paganos junto á los campanarios y á las naves de las iglesias cristianas, á los alminares y primeras cúpulas del profeta, realzadas por el esplendor de un cielo luminoso; en fin, las murallas, los fosos abiertos en peña viva, las puertas cinceladas

de bronce, restos de su antigua opulencia, igualaban casi á Angora con Brusa.

El príncipe de Caramania, vencido al pié de sus muros, abandonó la ciudad á Amurat, y se refugió en los desfiladeros del Taurus. Amurat hizo de Angora la llave y la ciudadela del Norte de sus posesiones. Los turcos del príncipe de Caramania se incorporaron en su ejército; los cristianos se sometieron á su gobierno y á pagar sus impuestos. Esta corta expedición restableció la autoridad de su nombre entre las mas débiles tribus de turcomanos, que acampaban entre los dos mares. Inviestió á uno de sus generales con el feudo de Angora, y volvió triunfante por el camino de Brusa.

### III

Siguiendo el ejemplo de su tío Alaeddin, organizó antes de conquistar. La mas decisiva, como la mas temeraria de sus instituciones, despues de regresar á Brusa, fué la del *beglerbeg*, palabra que significa el príncipe de los principes, el emir de los emires, el

visir de los visires : especie de virreinato universal que comprendia la justicia , la administracion y el ejército que depositaba en la mano de un solo hombre todo el imperio; pero este hombre, que no era por si mismo mas que la mano visible y responsable del soberano, no gozaba de esta omnipotencia delegada sino con la condicion de responder á cada paso del gobierno con su cabeza. Era mas que un primer ministro, era un señor absoluto; pero ese señor era al mismo tiempo un esclavo.

Este título de beglerbeg implicaba al mismo tiempo durante la guerra el de gran visir. Amurat llamó á este puesto á un anciano, antiguo compañero de armas de su padre y de su hermano Soliman, llamado Lalaschabin, hombre extraño á su familia. Prohibió á sus parientes cercanos y á sus hijos todas las funciones elevadas del Estado que podían tentar su ambicion y poner en peligro el poder supremo.

Despues de haber constituido vigorosamente el gobierno dándole esta unidad de accion, y de haber condenado á la impotencia á todos los principes de su familia, Amurat atravesó el Helesponto, siguiendo las huellas de su hermano, y subyugó ciudad por ciudad, fortaleza por fortaleza, toda la Tracia marítima.

Mientras avanzaba él hácia el Norte, por donde

corre el Hebro (1) al pié de las montañas, sus generales Ilbeki y Evrenos se apoderaban de Demótica, ciudad imperial, famosa por sus monumentos y sus fábricas de loza. El comandante griego de Demótica les entregó la ciudad por salvar la vida de su hijo único, que había sido hecho prisionero en una salida, amenazado de muerte á la vista de su padre.

Durante este sitio, Amurat se acercaba á Andrinópolis, segunda capital del imperio griego en Europa. Reuniéndose con él Evrenos é Ilbeki en el fértil valle del Hebro, ó de la Maritza, que sirve juntamente de avenida, de defensa y de recreo á esta capital, Amurat, despues de haber conferenciado con ellos y contado sus soldados, resolvió privar á los griegos de este baluarte del imperio al Norte. Era buenamente quitar todo al imperio de Bizancio, hasta la retirada á Europa, de donde había salido este imperio de Oriente.



ANDRINÓPOLIS.

T. II, p. 95.

IV

Andrinópolis, fundada por el emperador romano Adriano sobre los vestigios de una ciudad primitiva

(1) El rio que dió nombre á los iberos.

bárbara, recuerda al pié de las montañas de Macedonia en Europa, el aspecto de Damasco al pié de las montañas del Anti-Libano de Asia. Como Damasco, tiene por horizonte inmediato los verdes collados de las cimas que se pierden en las nubes; como Damasco, las aguas límpidas y espumosas de tres rios que la bañan; como Damasco, se halla asentada á la salida de un valle, en la boca de una vasta llanura, en medio de huertas y jardines llenos de rosales, membrillos, viñas y nogales que la ocultan un poco á la vista. Los historiadores y los poetas la han cantado en todo tiempo como la gracia de la tierra y la fuerza del imperio.

Una poblacion ménos numerosa, pero mas trabajadora y marcial que la de Constantinopla, defendia Andrinópolis. Sus habitantes, enervados un poco por la ociosidad y el comercio, podian alistar contra los turcos las poblaciones semi-bárbaras de la Bulgaria, de la Servia y de la Albania, limítrofes á la ciudad. Sus fortificaciones eran bastante espaciosas para contener muchas tropas. Pero el terror, el desaliento, la traicion, síntomas de la decadencia de los imperios, lo habian envilecido todo. Andrinópolis, sin esperanza de ser socorrida por la parte de Constantinopla, sin mas resultado que una corta tregua, se resignó á su suerte. Solo su comandante

Adriano, despues de haber provocado heroicamente á Amurat con un puñado de soldados extranjeros que conservaban á lo ménos su pundonor, se embarcó en unas balsas con sus guerreros, y dejándose llevar por la corriente del Maritza, salido de madre, llegó al mar, y se dirigió á Constantinopla.

## V

Si Amurat no hubiera tenido á Constantinopla en perspectiva, hubiera establecido el asiento del nuevo imperio en Andrinópolis. Todo lo convidaba á ello, la situacion, el rio, los pastos, la fertilidad de la llanura, la poblacion activa y rica, los monumentos públicos, en fin la proximidad de los búlgaros, serbios y albaneses, mas fáciles de rechazar ó de contener desde allí que desde cualquiera otra ciudad de Europa. Pero temió que las delicias de esta capital amortiguasen el ardor de sus soldados y sucesores que debian dirigir incesantemente sus pensamientos hácia Bizancio. Abandonó á Brusa como una estacion que se deja detrás al levantar el campo; para sí y para sus sucesores no deseó mas que una capital precaria y provisional, un campamento mas bien que

una residencia fija, asentada en la costa europea del mar. Escogió á Demótica, punto intermedio entre Andrinópolis, Brusa y Constantinopla.

Confió el gobierno de Andrinópolis á Lalaschahin, su visir, su beglerbeg, para que llevara á cabo la sumision de la Tracia, de la Bulgária, de la Servia, hasta las márgenes del Danubio. Lalaschahin condujo el ejército victorioso del sultan á la vista de Filopópolis, granero de aquellas provincias. Esta ciudad opulenta y fuerte, edificada sobre un contrafuerte del monte Hemus, en la pendiente de una colina, dominada por una ciudadela, cuya situacion y ruinas atestiguan su semejanza con la de Atenas, defendida á sus piés por el ancho y espumoso curso del Hebro, cayó mas lentamente que Andrinópolis despues de haber sido asaltada por el viejo Lalaschahin.

Filopópolis ofrecia al sultan un manantial abundante de recursos. Independientemente del tributo impuesto por el Coran á los pueblos cristianos, el diezmo percibido por el gobierno del comercio de granos y frutos de esta ciudad se elevaba, en tiempo de los emperadores griegos, á cuatro millones de *aspros* por año. Queriendo Lalaschahin abrir un pasaje para los ejércitos otomanos á través de los Balcanes, los valles y las llanuras que se extienden por los dos lados de estos Apeninos griegos, empleó á los

numerosos esclavos, no rescatados, hechos en Andrinópolis y Filopópolis en trazar este camino y construir mezquitas y hospicios en todas las ciudades que habia conquistado. El Hebro hierve aun lamiendo los muros de Filopópolis bajo un puente de piedra de dos tiros de flecha de longitud, construido por este visir.

Los numerosos esclavos de que disponia Lalaschahin dieron ocasion á una ley en virtud de la cual se exigió á los soldados turcos la quinta parte del rescate de sus prisioneros para el tesoro público.

Despues de la toma de Filopópolis, se ajustó una paz precaria, ó por mejor decir, una tregua, entre el emperador griego y el sultan. Amurat volvió á Brusa donde permaneció algunos meses, y desde allí envió correos á todos los emires turcos y hasta al Irak arábigo, para comunicarles sus victorias, celebradas por los poetas árabes en la córte de Ouweis, sultan del Aderbidjan, hijo de la célebre princesa Dischad, *ó delicias del corazon*, immortalizada en sus versos, del mismo modo que lo fueron Nilufer (Nenufar) y Malkatun entre los otomanos.

## VI

Entretanto, la toma de Filopópolis que abria á los turcos el Balkan y los valles del Danubio, las victo-

rias de Evrenos, general del sultan, sobre los epirotas y los albaneses, que exponian el Adriático á las invasiones de los hijos del profeta, habian resonado en la cristiandad de Occidente. Estos mismos latinos, cuyas cruzadas habian minado el imperio bizantino aun mas que los turcos, eran llamados por las bulas del papa Urbano V á socorrer la Valaquia, la Servia, la Bosnia y la Hungría, amenazadas ahora por aquel pueblo desconocido que ellas mismas habian buscado para oponerlo á los griegos. Una liga de estos pueblos semi-bárbaros, aunque cristianos, se concluia á la voz del papa.

Veinte mil servios, húngaros, valacos, búlgaros, avanzaban llenos de un ardor desesperado por las gargantas de la Servia y de la Bulgaria para disputar los Balkanes y el Hebro al gran visir Lalachahin, que no mandaba mas que diez mil soldados. Pero estos combatientes, aguerridos desde su infancia y acostumbrados á despreciar el número de sus enemigos, no aguardaron para presentar la batalla los refuerzos que Lalachahin habia pedido á Brusa. Ildeki, veterano como él de las guerras de Othman y de Orkhan, se adelantó durante la noche á la cabeza de un reducido cuerpo de tropas escogidas, á través de los pantanos de la Maritza ó el Hebro. El campamento de los confederados cristianos, creyéndose suficientemente

defendido por el desbordamiento del río, se entregaba sin cautela á la embriaguez, al desórden, al sueño con toda seguridad. Ildeki cayó sobre esta soldadesca valiente pero indisciplinada, como sobre un rebaño sin guarda. Sus ginetes, cuyos gritos y carreras aumentaban el número á los oídos de los cristianos, sembraron la muerte, las llamas, el terror y la dispersion entre aquella multitud. Ningun hombre tuvo tiempo para armarse y reunirse con otro. Todos se precipitaron por evitar las cuchilladas de los otomanos, en las rápidas y profundas aguas del Maritza, que se los tragó, llevando los cadáveres á millares por los arcos del puente de Filopópolis hasta el mar. Ellos fueron los mensajeros que hicieron saber al sultan la victoria de Ildeki y de Lalachahin. La pequeña llanura en donde pereció sin combate el ejército, en quien libraban los cruzados su esperanza, se llama todavía *Sirf-Sindughi*, el pánico y la destruccion de los servios. Nosotros hemos recorrido este campo del terror nocturno, en donde Luis, rey de Hungría, se salvó casi solo del sable y de las ondas del río merced á la ligereza y al vigor de su caballo.

## VII

El bizarro Ildeki, al entrar triunfante en Andrinópolis pareció demasiado feliz ó demasiado popular á Lalaschabin, que habia querido guardar para sí el honor y el premio del combate. El gran visir le envió una copa de veneno, con orden de que muriera en expiacion de una victoria tan pronta y tan completa. La vida y la muerte pertenecian al gran visir como al sultan. Ildeki obedeció, y murió conociendo la envidia, pero sin quejarse de la injusticia.

Amurat, que marchaba ya en socorro de su visir, se detuvo al saber la derrota de los cruzados del Danubio. Volvió á Brusa, y empleó los despojos de la Tracia y de la Macedonia en construir edificios religiosos en sus dos capitales de Brusa y de Demótica. Los arquitectos griegos, que habia hecho prisioneros, prestaron el auxilio de su arte á las mezquitas y alminares, haciendo entrar la luz en grandes ondas en los templos mahometanos. Los arcos rebajados de las naves bizantinas se convirtieron en cúpulas atrevidas, y galerías aéreas, en donde los discípulos oian

la palabra de los imanes, rodeaban las cúpulas y los atrios. Inmensos pórticos, sostenidos por columnas istriadas que refrescaban las sombras de los cipreses y las fuentes murmuradoras, se abrieron sobre las celdas que servian de habitacion á maestros y estudiantes.

El islamismo brotó del suelo, como todas las religiones nuevamente aceptadas, con su arquitectura propia; toda arquitectura es hija de las religiones. Parece que toda idea, excepto la idea de Dios, es insuficiente para remover esas masas de piedra con que el hombre escribe en la tierra el nombre de Dios. Los indios, los egipcios, los griegos, los romanos, los godos, los bizantinos, habian traído al mundo su arquitectura propia segun era el carácter de sus creencias sagradas. Los unos, el panteísmo que adora todo y que adora al aire libre; los otros, las doctrinas secretas que sepultan la verdad bajo las pirámides para ocultársela al pueblo; aquellos las teogonias imaginarias que multiplican los dioses con todos los delirios de la imaginacion y que crean olimpos poblados de estatuas en sus partenones; estos las cavernas en las rocas ó las bóvedas subterráneas en las ciudades para adorar al que salió vivo del sepulcro; en fin las cúpulas sencillas y trasparentes, que hacen palidecer á los ídolos ante la luz, para orar y comen-

tar la palabra de un inspirado de Alá. Las huellas de estas diversas ideas divinas, borradas las unas por las otras, no se leen en ninguna parte sobre la tierra mejor que en las provincias del Imperio Otomano. Desde la pirámide del Egipto hasta las ruinas de Efeso ó de Atenas, desde las ruinas del Partenon hasta las catacumbas de Jerusalem, desde el templo sólido de Santa Sofía en Constantinopla hasta las mezquitas de Brusa y de Andrinópolis, en todos estos edificios se lee el carácter de los diferentes cultos que se han disputado el imperio de la tierra; y casi en todas partes, como en Brusa, los arquitectos de un culto vencido han prestado su arte al culto vencedor. Esta es la causa de las transiciones, en general visibles, entre los templos de una religion vencida y los de una religion naciente; lo único que hace el pueblo nuevo es quitar la divinidad antigua y modificar el templo y apropiarlo á su culto.

## VIII

Aunque Amurat, siguiendo el ejemplo de su padre y de sus sucesores, se dedicara con mucho zelo á la construccion de las mezquitas y á la enseñanza re-

ligiosa y literaria de su pueblo, por su parte ignoraba todo lo que no tenia relacion con la guerra y la política: propagador desinteresado de las luces importadas de la Arabia y de la Persia, la tradicion afirma que no sabia escribir. Esta tradicion está contradicha por las probabilidades contrarias de su nacimiento, de su educacion, de su infancia pasada bajo la tutela de una madre, célebre por su talento, de un abuelo, ilustre por su sabiduría. ¿Cómo el hijo de Nilufer, el nieto de Edebalí, el sucesor de Orkhan, el sobrino y el discípulo del sabio Alaeddin, sería el hombre illiterato que nos designan las crónicas bizantinas? ¿Cómo, Orkhan, que vivia rodeado de sabios y de poetas de Persia, y que consagraba tanto cuidado á la educacion de los últimos hijos de su pueblo, hubiera dejada dormir á sus propios hijos sumergidos en una ignorancia que ofendia al Coran y que deshonraba su raza? Los historiadores han aceptado evidentemente un error popular que el mas ligero exámen hubiera desvanecido. Amurat, protector de los imanes y de los hombres de letras de su imperio, no podia ménos de saber escribir. Estos historiadores y el mismo Hammer, el mas erudito de todos, se fundan en una supuesta firma puesta en un tratado que este sultan acababa de hacer con la república de Ragusa.

Refieren ellos que Amurat, en el momento de ratificar esta convencion, que comprometia la república á pagar un tributo de quinientos ducados de oro al sultan, en cambio de la libertad de navegacion y de comercio en los mares turcos, mojó la palma de la mano en tinta, y poniéndola sobre el pergamino, dejó señalados en él sus cinco dedos como estampa el leon sus garras en la movable arena del desierto. Por casualidad, dicen, los tres dedos del centro estaban juntos y extendidos; el pulgar y el meñique estaban separados en forma de abanico. Esta firma, añaden, fué imitada por los sucesores del sultan como signo de fuerza, de desprecio y de posesion de la tierra. Los secretarios del imperio, consumados en la tradicion y la caligrafia, completaron mas tarde esta firma en relieve de los emperadores otomanos con letras mayusculas, artisticamente enlazadas, y con dibujos de pluma en que los cinco dedos aparecen siempre á través de aquellos augustos y misteriosos arabescos. La cifra y el nombre del emperador reinante se leen en medio de esta firma llamada el *tughra*. A la cifra del sultan se añade el dictado de *siempre victorioso*, como los romanos y los griegos añadian el nombre soberano de César.

Apesar de estas tradiciones y de estos usos conmemorativos de la presunta ignorancia del tercero de

los sultanes, no se puede racionalmente admitir esta suposicion de los historiadores otomanos. Olvidan todos que súbditos y soberanos tenian en Oriente, en los tiempos mas remotos, un sello ó un anillo para firmar. Si Amurat quiso prescindir un dia de este uso y servirse de su propia mano como de un sello vivo del imperio, esto fué sin duda muestra mas fuerte y mas auténtica de una voluntad soberana, expresada así en el papel dirigido á los infieles, una afirmacion, una precipitacion, tal vez un desprecio, pero no un testimonio de inferioridad intelectual. El Coran mandaba á los creyentes que leyeran y copiaran sin cesar la palabra del profeta. Tal ignorancia en su jefe hubiera sido un ejemplo de negligencia y casi de impiedad.

## IX

Los matemáticos, los filósofos y los poetas que salieron bajo el reinado de este príncipe iliterato de las escuelas de Brusa, llevaban por el contrario hasta la Persia y la Tartaria las ciencias y las letras ára-

bes, que florecian todavía en la nueva capital de los otomanos.

Un hijo del juez de Brusa, Cadizadeh, fué á profesar las matemáticas trascendentales hasta Samarkanda, donde era tal el atractivo de sus lecciones, que los dias en que tomaba la palabra, se quedaban desiertas las otras cátedras de esta capital de la Transoxiana, convirtiéndose los mismos profesores en discípulos. Otro sabio de Brusa, Djemal-Eddin, sabia de memoria el diccionario árabe entero, y reformaba el idioma en los colegios de Amurat. El filósofo Boran-Eddin, célebre en la misma época, exponia en las cátedras turcas del Asia Menor sus comentarios sobre el Coran, y sus meditaciones metafísicas acerca de las perfecciones de Dios y del destino de las almas. La sabiduría árabe y la teogonía griega se unian y entrechocaban en aquella Jonia donde Mahoma sucedia á Platon.

## X

Mientras Amurat se ocupaba de esta suerte en Brusa ó en Demótica, sus tres generales, Evrenos,

Timurtasch y Lalachahin, seguian conquistando rápidamente toda la porcion de Europa comprendida entre el Danubio, el mar Negro y el Adriático. Estas provincias montañosas, que parecian el baluarte natural del imperio griego, resistian á sus soldados mas que las llanuras de la Tracia. Paso á paso avanzaban por los desfiladeros de la Bulgaria y las gargantas del Epiro. Timurtasch, reprendido por Amurat á causa de la lentitud de su marcha, se precipitó al fin sobre todas las ciudades de la falda del monte Hemus, que vierte sus aguas en el Tondja, afluente del Hebro; Lalachahin sobre los valles de los Balkanes, donde conquistó fraguas célebres, arsenal inagotable de los griegos, destinado desde entónces á armar á los otomanos. Por último, disgustado con su reposo, el mismo Amurat, saliendo de Demótica con un ejército escogido, atravesó la península que separa el golfo de Salónica del mar Negro, rodeando á Constantinopla, entró en Aidos, Apolonia, Heraclea y todas las ciudades situadas á orillas del Ponto Euxino, entre las bocas del Danubio y la entrada griega del Bósforo.

Tan emprendedor pero mas feliz que Dario, que habia hecho grabar su nombre sobre las peñas del Tearos, en los treinta manantiales, persiguiendo hasta allí á los escitas, Amurat reunió en una cam-

paña de cinco años todo aquel continente y toda aquella costa al imperio.

Estos territorios enclavados en Europa hacian de Andrinópolis la ciudad central y la capital de los otomanos. A su vuelta, Amurat se mandó construir un palacio ó serrallo digno de ser la residencia del rival de los emperadores de Bizancio. Trasladó allí el gobierno militar, dejando solo en Brusa á su nuevo gran visir Khairaddin, bajá encargado de la administracion y de la justicia en sus provincias de Asia. Este anciano, de grata memoria para los otomanos, los gobernó como un padre hasta la edad en que el ánimo sucumbe bajo el peso de los negocios, y murió yendo á buscar el descanso, que necesitaba, á Ienischyr, en donde habia nacido en tiempo del primer Othman. El viejo beglerbeg Lalaschahin recibió en recompensa de su administracion y de sus campañas la posesion hereditaria de Filopópolis, ciudad, que casi igualaba á Andrinópolis.

Filopópolis no fué para Lalaschahin mas que un puesto avanzado del imperio, desde el cual se lanzó con infatigable ardor á los grupos de las montañas y de valles que reinan entre los dos mares. La Albania, la Bulgaria, la Servia, países arbolados, pastoriles, belicosos, situados entre el Rhodope, el Hemus, las cimas del Epiro, y los Balkanes, fueron invadidos

sucesivamente por Lalaschahin. Dejó á sus tenientes en las tierras conquistadas, y persiguió hasta las cimas de las montañas á las poblaciones indómitas.

Amurat lo seguia con la vista, y lo ayudaba á veces con su brazo. Habiendo sabido que las ciudades griegas que habia subyugado á las orillas del Ponto Euxino se habian aprovechado de su guerra con los bárbaros para recobrar su independenciam, atravesó por segunda vez la peninsula de Tracia con una columna volante, las reconquistó, castigó su rebelion, y volvió con la misma rapidez á sitiar á Apolonia.

Cansado de un sitio inútil al rededor de espesas murallas, se preparaba á replegar sus tropas, y reflexionaba tristemente en su revés con la espalda apoyada en el tronco de un plátano, cuando la tierra tembló bajo sus piés y una nube de polvo le ocultó la ciudad asediada.

Era un lienzo de muralla que se hundia y abria paso á sus tropas. Precipitólas dentro del recinto, y entró sin resistencia en Apolonia. El plátano en que se habia respaldado Amurat en aquel momento de fortuna conservó el nombre de *plátano feliz*, y la ciudad cambió su nombre griego por su nombre turco que significa *ciudad derribada por Dios*.

## XI

El botin fué inmenso. Los templos paganos de Apolonia habian enriquecido á los templos cristianos con sus tesoros y sus maravillas. Los vasos de oro y de plata deslumbraban los ojos en los altares. Los soldados de Amurat jugaban con las obras mas perfectas de metales preciosos y de cinceladuras griegas. Llamó la atencion del sultan un soldado, que para ocultar una copa de oro se la habia puesto en la cabeza y no la habia cubierto bien con su gorra. Amurat lo llamó y lo reprendió porque no habia pagado el diezmo de su rico despojo. Pero herido al mismo tiempo por el efecto que producía aquella guarnicion de oro sobre la frente del soldado, perdonó al culpable, y mandó que en adelante el borde de las gorras militares de todos los oficiales fuese de oro, y él mismo adoptó la gorra de oro en lugar de la gorra de lana, rodeada con la banda de muselina, que habia llevado hasta entónces. Una túnica y un caftan de escarlata de las fábricas de Kermian completaron su traje, imitado por los principales guerreros de su casa y de sus ejércitos.

## XII

Rendida Apolonia, marchó desembarazadamente con su ejército á reforzar á su teniente principal, Evrenos, que conquistaba lentamente la Tesalia. Bajó desde allí por el flanco septentrional del Hemus, al saber la noticia de los armamentos del rey ó kral de los servios, Lázaro, aliado de Sisman, principe de los búlgaros. Estos dos enemigos de Amurat habian concentrado sus tropas reunidas en el vasto territorio de Nissa, la antigua Naissus, cuna de Constantino el Grande. Nissa era la capital de la Mysia. Sus fortificaciones restauradas por Justiniano, su situacion á la boca de un valle que la cierra como una llave de Europa, un río rápido que la cubre por dos de sus cuatro faces, hacian de ella un baluarte de los servios y de los búlgaros. Pero viendo el ejército de Amurat, que bajaba por las pendientes escarpadas del Hemus á la llanura, Nissa no pensó mas que en capitular, y los dos principes confederados en huir. Amurat les concedió una paz precaria, sometió á Nissa, y volvió triunfante á Andrinópolis.

La deliciosa situacion de esta nueva capital, su

clima templado, el murmullo de sus aguas, sus abundantes pastos, sus sabrosas frutas, sus agradables cárceles en los bosques del Hemus, por fin, el lujo de sus palacios, y los cuidados del gobierno de Europa, mas próximo al centro de los negocios, lo hicieron quedarse allí algunos años en paz con ella y con el Asia. En este tiempo perfeccionó la organización, la disciplina, el uniforme, las insignias y las banderas de sus ejércitos. Para distinguir los colores del estandarte de los otomanos del estandarte de los árabes de Mahoma, que el profeta había prescrito amarillos, color del sol; los fatimitas verdes, color de tierra ó color de la túnica del hijo de Abdallah; los omniadas blancos, color de luz; los abasidas negros, color de noche; los bizantinos azules, color de cielo, Amurat adoptó el rojo, color de fuego y de sangre, símbolo de su misión conquistadora. Cuando el anciano Lalaschahin, investido hasta su muerte con el título de generalísimo ó beglerbeg, sucumbió bajo el peso de los años, Timurtasch heredó su autoridad y su título.

## XIII

Tres hijos crecían en el palacio y en el campamento de Amurat; el destinado á sucederle era el primogénito, llamado *Bajazet* á *Bayezid*, mas tarde conocido por el apellido *Ilderim* (el rayo). Siguiendo el ejemplo de sus padres, Amurat quiso que la dote de su nuera fuese en acrecentamiento de su imperio. Envió á pedir su hija única al emir turco de Kermian, limitrofe á sus posesiones del monte Olimpo. El príncipe de Kermian, lisonjeado con tan augusta alianza, entregó su hija á los embajadores de Amurat. Su primer escudero recibió el encargo de llevar del diestro al caballo de la novia hasta el palacio del sultán. Amurat y su hijo pasaron de Europa al Asia para recibirla. Enviados de todos los príncipes árabes, persas, egipcios, sirios, turcos, y hasta griegos, ofrecieron al sultán y á su heredero los presentes mas suntuosos que haya registrado la historia oriental, las maravillas de Bagdad, los caballos de la Arabia, las alfombras de Persia, las sedas de Egipto, los esclavos de ambos sexos, negros y blancos de la Etiopía ó del Archipiélago.

Evronos, que habia abjurado del dios de los griegos por el Alá de Mahoma, y que conquistaba la Grecia antigua para los otomanos, se hizo notable por sus presentes, despojos de las islas y de los continentes del Adriático. Doseientos jóvenes esclavos griegos, escogidos entre la flor de la juventud y de la belleza de la Tesalia, abrían la marcha de su cortejo de tributarios; diez de ellos llevaban sobre sus cabezas platos de oro llenos de ducados de Venecia; otros diez, fuentes de plata colmadas de zequies; diez y ocho iban con jarros de oro y plata para lavarse las manos; el resto, copas, cristales de Venecia, con piedras preciosas, incrustadas en ellos. Todas estas maravillas, llamadas por los otomanos *satschu*, ó cosas para tirar á los piés, fueron con efecto sembradas bajo los de la novia de Bajazet. Esta puso á los piés de Amurat y de su futuro esposo las llaves de oro de cuatro ciudades capitales de los países que gobernaba su padre, el príncipe de Kermian, entre las cuales estaban las de Kutaiah, uno de los baluartes de la Caramania asiática, la ciudad de las siete mezquitas y de los siete baños, de las huertas llenas de frutales, de los árboles copudos, de los sepulcros de los santos y de los valientes, que blanqueaban sobre las colinas bajo la sombra de los cipreses.

## XIV

Kutaiah se convirtió de esta manera en raíz profunda que brotó en el imperio de Othman entre las rocas del Taurus. Los emires secundarios de Kermian y de la Caramania, y el mas poderoso de ellos, el emir de Hamid, prefiriendo la seguridad del título de vasallos de Amurat á rivalidades impotentes, le cedieron la soberanía de todas las ciudades fuertes y de todos los valles de las cercanías de Kutaiah para conservar bajo su señorío, su rango y sus riquezas. Begschyr, ó *la ciudad del príncipe*, construida por el kalifa Alaeddin á las orillas del lago Trogitis, Sidischyr, otra ciudad de estos Alpes, al borde de otro lago, la ciudad blanca, ó *Akschyr*, Isparta, Ighirdir, Kara-Aghadj, ciudades renacientes sobre las márgenes de los lagos ó en sus islas, ricas en bosques, riachuelos, prados, poblacion, rebaños, fábrica de tejidos de lana y tintes, aceptaron las leyes y los gobernadores de Amurat.

De todos los emires que poseían el Asia Menor, y que contaban con guardar su independencia, solo que-

daban tres sin someterse; el uno en el Diarbekir, caudillo de los turcomanos del *carnero negro*; otro en Marasch, el último en Adana, provincias intermedias entre la Arabia y la Anatolia. Estas tres tribus, que formaban así la retaguardia de los turcos marchando hacia Europa, no causaban inquietud á Amurat; su pensamiento iba mas allá. Sabía que mas léjos estaban con la victoria la fuerza y la riqueza. Seguro de que estos estados independientes se someterian á su hora, cuando fuese el mas famoso de los otomanos, no daba tregua á sus invasiones por Grecia y Tracia para conquistar algunas tribus mas en los confines del mar Negro ó de la Siria.

XV

Su visir Timurtasch habia pasado otra vez por Rodope y el Hemus, devastaba la Macedonia, sojuzgaba á Monastir, miéntras que el ala derecha de su ejército, acampada en el valle interior, entre Rodope y el Hemus, bloqueaba la ciudad fuerte y populosa de *Sofia*. *Sofia*, situada en la misma línea que Andrinópolis, Filipópolis y Nissa, en los espaciosos valles en-

clavados entre Constantinopla y el Danubio, era la antigua Sárdica. Las montañas de la Albania por la izquierda, y los Balkanes por la derecha, se abren de repente como las orillas arboladas de un inmenso lago para extender al rededor de *Sofia* una vasta llanura nivelada, por donde serpentea el rio Oescus. Sus aguas fertilizan el valle, y bañan los piés de las montañas. La ciudad se ve, como Damasco, medio envuelta entre los vapores del agua, la sombra de los montes, las hojas de los albérechigos y perales; sus jardines, que reemplazan hoy á sus fortificaciones, giran y florecen á través de las ruinas de sus bastiones demolidos. La agricultura, el comercio de frutos y ganados, los mercados de los servios y de los bulgaros, la animan con su perpetua afluencia. Por el lado que mira hácia la Servia, dos promontorios avanzados de peñascos cubiertos de viñas, entre los cuales corre un rio, le forman una puerta natural, que puede defender un puñado de hombres. Esta ciudad, conquistada por los otomanos, les daba, independientemente de una residencia deliciosa, una capital en el centro de los bárbaros.

Pero sus muros, sus torres, su rio, sus fuertes destacados en la cima de sus promontorios, dominando la llanura, la defendian muchas años hacia contra el bloqueo y los asaltos del general de Timurtasch. Una

estratagema habitual entre los turcos, y una traicion doméstica frecuente entre los griegos, la hicieron caer en poder de Timurtasch. Un jóven otomano de su ejército, fingiendo haber sido amenazado de muerte por un general, se refugió en la ciudad asediada, y se echó á los piés del gobernador, implorando su proteccion. La belleza del adolescente, llamado Sunduck, sus ruegos, sus juramentos y sus lágrimas enternecieron al gobernador de Sofia. Recibió al hermoso paje en la ciudadela, y lo agregó á su servidumbre, con tanta mayor seguridad, cuanto que lo creia incapaz de reconciliarse con sus compatriotas otomanos.

Durante los momentos de ocio de un bloqueo de tantos meses, y que dejaba libre el espacio, cubierto de bosques, que baja de la Servia hácia Sofia, el gobernador cazaba algunas veces con halcon en aquellas soledades. En una de estas cacerías, Sunduk, fingiendo un dia que seguia al galope una res, se llevó á su señor léjos de su servidumbre, y volviéndose de repente, cuando nadie los veia, lo derribó en tierra, y atándolo con cuerdas que llevaba en su silla, lo volvió á poner en su caballo, lo llevó dando rodeos al campamento turco, y se lo entregó á Timurtasch. Expuesto el gobernador aherrojado bajo los muros de Sofia, quitó toda esperanza y desanimó á los habi-

tantes que lo veian desde las murallas. La ciudad abrió sus puertás á los otomanos y fué despues el arsenal de Amurat en sus guerras contra los albaneses, los servios, los valacos y los húngaros.

## XVI

Estas conquistas sucesivas y tan débilmente disputadas formaban una circunvalacion que estrechaba mas y mas á Constantinopla. El emperador Juan Paleólogo, amenazado nuevamente por Anurat, no esperaba nada de los griegos, ni poseia ya los tesoros necesarios para pagar mercenarios bárbaros que lo defendieran contra otros bárbaros.

Las disputas teológicas separaban á la Iglesia griega de la Iglesia latina por un cisma tanto mas envenenado cuanto que era mas ininteligible. Para obtener el auxilio del pontifice romano, cuyas bulas estimulaban entónces el zelo religioso de los principes y de los pueblos del Occidente en favor de sus hermanos, los cristianos de Oriente, era menester abjurar el cisma. Con esta condicion podia Roma intervenir en favor de los emperadores de Bizancio.

Juan Paleólogo intentó por sí mismo esta gran negociación religiosa y política con el pontífice romano. Puesto que un fraile desconocido y vagabundo, Pedro el Ermitaño, había logrado precipitar la Europa en Oriente para arrancar el sepulcro de Jesucristo del poder de los kalifas, él juzgó que el espectáculo de un emperador cristiano de Oriente, revestido con la púrpura de Constantino, y yendo á mendigar á la corte de los príncipes latinos y á la del sucesor de los apóstoles oro, hierro y sangre de la Europa para salvar la primera capital y el primer pueblo del cristianismo del yugo de Mahoma, haría derramar algunas lágrimas, conseguiría algunos tributos y le darían guerreros del Occidente.

La narración de los apuros que pasó este emperador para llevar á cabo esta empresa de conmover á la Europa, provoca las lágrimas de los historiadores griegos, que lo acompañaron en su peregrinación por las cortes.

## XVII

Juan Paleólogo, hijo del infortunado Manuel y asociado por este al imperio, había recibido de su an-

ciano padre y su colega las tradiciones de la política del palacio.

« No nos resta, le había dicho Manuel, no nos resta  
« mas recurso contra los turcos que el temor que  
« tienen estos bárbaros de que nos reunamos con los  
« latinos. Cuando te pongan en el último trance es-  
« tos infieles, hazles ver que los cristianos del Occi-  
« dente están dispuestos á acudir á tu voz para so-  
« correrte. Para que les parezca real y positivo el auxi-  
« lio, echa á tierra el último obstáculo que se opone  
« á la alianza de los griegos y de los latinos, el cisma  
« que nos separa.

« Pide á los latinos que convoquen un concilio que  
« discuta los dogmas de las dos iglesias. La union  
« no se verificará jamás; confía en la discordia  
« eterna del espíritu de disputa que anima á los dos  
« cleros. Pero los turcos la verán próxima á reali-  
« zarse, y te contemplarán por temor de que se con-  
« sume. »

Estos consejos eran tan prudentes, que los turcos, mas penetrados de los secretos de la diplomacia que lo que era de suponer tratándose de pastores que acababan de dejar sus rebaños, propusieron á Sigismundo, emperador de Alemania, subsidios para impedir la reunion de las dos iglesias oponiéndose á la del concilio.

Juan Paleólogo había oído con desden estos consejos discretos de su padre. Un testigo de su conferencia refiere que el anciano Manuel exclamó despues que su hijo se retiró: « ¡Ay! mi hijo se cree un héroe y un gran monarca, pero no estamos en un siglo de heroísmo ni de grandeza; el valor de mi hijo podría salvar á la patria en otros tiempos, y hoy le será funesto; en vez de un héroe se necesita ahora en el trono un sabio que sepa contemporizar. »

Pocas semanas despues murió el anciano á los ochenta años de edad, despues de haber distribuido entre sus hijos los restos de los principados que estaban aun adheridos á Bizancio. Andrónico, su hijo segundo, recibió la Tesalónica, los cuatros mas jóvenes, Teodoro, Constantino, Tomas y Demetrio dividieron entre sí la Grecia. Apénas tomó Andrónico posesion de la Tesalónica la vendió á los venecianos por dinero, y murió de lepra en la oscuridad.

Expulsados los otros muy pronto por los tenientes de Amurat de sus principados de Grecia, volvieron á vegetar al palacio de Constantinopla bajo la proteccion de Juan Paleólogo, su hermano y su emperador.

Sentado en el trono, este príncipe, enamorado de la princesa de Trebisonda, había repudiado á su mujer para casarse con aquella maravillosa beldad, fa-

mosa por su hermosura entre los griegos del mar Negro. Apresuróse á convocar un concilio general para unir por medio de una transaccion política las iglesias latina y griega. El momento era favorable, la discordia reinaba en la iglesia latina entre los papas y los concilios. El concilio de Basilea, que acababa de deponer y de encerrar en un monasterio al papa Eugenio, deseaba señalar su gobierno con un servicio importante prestado á la cristiandad. El emperador Sigismundo, apesar de los vasos de oro que los enviados de Amurat le habían llevado para estimularlo á que desoyera las proposiciones de Juan Paleólogo, cedia á los deseos del concilio.

Los obispos, que lo componian, apremiaban á Juan Paleólogo para que viniera con sus patriarcas á discutir y sellar la reunion del Oriente y del Occidente cristianos. Juan alegaba la penuria de su tesoro; el concilio convino en darle para su viaje diez mil ducados de oro, en pagar todos sus gastos durante su residencia en Europa, y en mantener á costa de la iglesia latina á ochocientas personas de su corte ó del clero oriental. Además se le envió un buen subsidio, buques y soldados latinos que defendieran á Constantinopla contra los ataques de los turcos, mientras se hallara ausente.

En fin, el nuevo papa Eugenio, para quitar á Juan

todo pretexto de diferir las conferencias, convocó el concilio general en Ferrara, lugar mas próximo á la costa del Adriático.

Informado Amurat de estas negociaciones, y temiendo las consecuencias políticas de una union de las dos iglesias, que formaria de los cristianos un solo pueblo, ofreció á Juan Paleólogo garantías de seguridad, y tesoros, si consentia en rechazar las invitaciones interesadas del papa.

Entre los grandes y el clero de Constantinopla, los unos impulsaban, los otros contenian al indeciso emperador. Por fin, su desesperada situacion en Constantinopla, y el deseo de dejar, al ménos por algun tiempo, un palacio que le recordaba la grandeza de sus antepasados y la miseria de su reinado, triunfaron en su ánimo. Embarcóse en las galeras del papa, llevando consigo á Josefo, patriarca de Constantinopla, anciano agobiado por el peso de los años, y temeroso de los peligros de la navegacion. Un brillante cortejo, cuyos magníficos títulos contrastaban con la miseria presente y la pequeñez del imperio, se embarcó con el emperador.

Allí iban los grandes dignatarios del palacio y de la Iglesia; el gran Eclesiarca, los obispos de Heraclea, de Cizico, de Nicea, de Nicomedia, el prelado Bessarion, los abades de monasterios, los patriarcas de

Alejandria, de Jerusalem, de Antioquia, de Rusia, revestidos con sus ropajes de oro, y llevando consigo los vasos preciosos de sus iglesias para deslumbrar á los latinos con la pompa de sus ceremonias; allí iban, por último, los sabios, los poetas, y los músicos del palacio, destinados al servicio de la capilla imperial. Se hubiera dicho que emigraba un culto entero, llevando consigo sus altares á otro continente.

La flota, cargada con la corte y la Iglesia de Bizancio, vogó lentamente, á través del Archipiélago y del Adriático, dirigiéndose á Venecia. Durante ochenta dias de una navegacion combatida por vientos contrarios, Juan Paleólogo, costeando el mar de Mármara, la Jonia, la Tracia, la Grecia, el Epiro, la Albania, tuvo tiempo para calcular por la grandeza de sus posesiones antiguas, la grandeza del imperio que habia perdido.

Los venecianos, interesados en lisonjear aquella sombra de emperador para conseguir los puertos y las islas adonde iban sus flotas con su pabellon y su comercio, le dieron una hospitalidad, digna de un Constantino ó un Carlo-Magno. El dux y los senadores de esta república, le salieron al encuentro sobre el *Bucentauro*, palacio flotante de las ceremonias navales. El emperador, sentado en un trono levantado en la popa de su navío, recibió las reverencias y casi

la adoracion del senado. El ejército y la poblacion de Venecia siguieron, en una flota de góndolas empavesadas con los colores de Roma, de Bizancio, y de Venecia reunidos, la navegacion triunfal de Juan por las aguas de su canal.

Los orientales asombrados de navegar á través de los grandiosos monumentos de una capital nacida y anclada en el mar, lloraban al reconocer en las plazas públicas de aquella ciudad los arcos y las estatuas que aquellos insulares habian traído de Grecia y de las islas del imperio.

Despues de algunos dias de reposo en Venecia, el emperador y su corte fueron acompañados por tierra y por agua con el mismo aparato y respeto hasta las puertas de Ferrara. Allí, un caballo blanco, simbolo de soberania, y un caballo negro, simbolo de luto, estaban preparados para el emperador. Montó el caballo negro: unos pajes llevaron el caballo con caparazon de terciopelo escarlata, sembrado de águilas de oro. Los señores de Italia llevaban un palio sobre su cabeza.

El papa esperaba á su huésped en las escaleras del palacio de Ferrara. La Iglesia de Occidente y la Iglesia de Oriente se dieron por sus bocas el ósculo de paz. El patriarca Josefo reclamó la igualdad en las ceremonias con el papa. Los obispos rehusaban besar

el pié del pontífice romano. Estas disputas acerca del ceremonial precedieron y anunciaron las que habria acerca de la fé. Eludiéronse las primeras, y se eternizaron las segundas. El clero italiano, adicto al papa, era el único que asistia á este concilio, rechazado por el de Basilea. Suspendiéronse las sesiones sin haber acordado ninguna cosa definitivamente.

Durante los seis meses del estío, empleados por el papa en reclutar prelados para su sinodo, Juan Paleólogo, retirado en una casa de recreo de la llanura de Ferrara, rodeado de unos cuantos cortesanos y guardias griegos que se llamaban sus genizaros, segun los turcos, se entregó á los placeres de la caza con halcon. Los latinos no le tenian respeto á causa de su miseria. Los obispos bizantinos querian irse temiendo la venganza popular que los aguardaba en Constantinopla, si vendian su fé á los latinos por complacer al emperador. El papa los retuvo por la fuerza y trasladó el concilio á Florencia á fines del año de 1438.

El emperador, sus patriarcas y su servidumbre recibian un sueldo con arreglo á su categoría. La suma total de estas pensiones no pasaba de seiscientos florines mensuales. La compasion reemplazaba al prestigio al rededor de aquel fantasma del Oriente. La peste lo echaba de Ferrara, los milaneses le cerraban

el camino de Florencia á los Apeninos. El papa y el emperador se vieron obligados á pasar ocultamente por los ásperos senderos de las montañas.

Durante este viaje, el concilio de Basilea nombraba de un modo sedicioso otro papa, á Félix V; pero el catolicismo indignado depuso á este papa y se adhirió á Eugenio. Despues de nueve meses de disputas, concesiones, reservas y desazones, el concilio de Florencia selló por fin la reconciliacion de las iglesias de Oriente y de Occidente. La muerte del patriarca Josefo, la púrpura romana dada á Bessarion, las súplicas del emperador, que ansiaba coger el fruto de la union, las amenazas del papa á los prelados de Oriente, las distinciones metafísicas sobre la procesion del Espíritu Santo, de la una ó de las dos personas de la Trinidad, las interpretaciones favorables á los dos partidos permitidas por último á la conciencia de los fieles, el oro y las mercedes prodigadas por el papa á los doctores de Constantinopla, pacificaron esta larga contienda. El papa Eugenio triunfó, y Félix fué á sepultarse en el pintoresco retiro de Ripaille, á orillas del lago Lemán, bajo la sombra de los castaños de Saboya.

## XVIII

Pero los pueblos no ratificaron la paz concluida entre las dos Iglesias por la política del emperador y del papa. El emperador y sus obispos, embarcados en las galeras de Venecia para regresar á Constantinopla, fueron recibidos allí como apóstatas de la fé nacional. Durante su ausencia, frailes fanáticos, agitando las preocupaciones de raza contra raza, y de dogmas contra dogmas, habian sublevado las conciencias y el patriotismo contra el papa, contra el emperador, contra los obispos, que habian traficado, segun ellos decian, con la fé del Cristo.

Estos obispos, intimidados con la censura y las amenazas de Constantinopla, confesaron humildemente su error para lograr que se lo perdonaran.

« ¡Ah! ¡dijeron en las plazas públicas y en los  
« púlpitos, nosotros hemos abjurado nuestra fé,  
« somos unos impíos, *azymitas* que han renunciado  
« á la comunión bajo las dos especies del pan y del  
« vino! La miseria nos ha dominado, el fraude, el  
« terror y las consideraciones mundanas de una vida

« fugitiva nos han arrastrado; ¡ merecemos que nos  
 « corten estas manos que han sellado nuestro cri-  
 « men, que se nos arranquen las lenguas que han  
 « blasfemado! »

## XIX

Estas palabras, que se leen en los historiadores bizantinos, hicieron caer en desuso y desacreditaron la union de las dos iglesias. Los concilios orientales fulminaron anatemas contra los concilios romanos. En vano envió el papa hasta Rusia embajadores que contuvieran al clero ruso en la fé romana, los rusos, evangelizados por los frailes griegos del monte Athos, siguieron á los griegos cismáticos, como lo habian seguido al cristianismo.

El cardenal Isidoro, prelado romano, escandalizó con las costumbres elegantes y mundanas de la corte pontificia la sencillez moscovita, viviendo con los señores libertinos, y celebrando los misterios con guantes y anillos en los dedos. Los rusos quisieron matarlo, y solo se libró refugiándose en un monasterio, que se convirtió para él en cárcel.

Juan Paleólogo, temblando al fin por su trono y por sí mismo, abjuró la union que habia firmado, y cedió al pueblo su fé, por miedo de tener que cederle la vida. Así fracasó la última tentativa hecha por las armas de los latinos para sostener el imperio de Constantinopla.

## XX

Amurat triunfó en Brusa de la decepcion del emperador. Juan Paleólogo, á fin de alcanzar su perdon, le entregó su tercer hijo, el jóven Teodosio, para que aprendiera los ejercicios militares, decia, y á batirse en las filas de los genízaros otomanos. Después de permanecer algunos meses en la corte del sultan, Teodosio pasó á Morea para recibir allí la investidura del territorio de Esparta; herencia de un descendiente de los Cantacuzenos. Cansado el emperador de un gobierno tan agitado, resignó la autoridad en Manuel, su hijo primogénito.

Andrónico, celoso de la elevacion de su hermano, conspiró secretamente con Saudji, hijo de Amurat, que mandaba como lo habia hecho Soliman, las tro-

pas turcas, que tenia su padre en Europa. Estos dos jóvenes ambiciosos, impacientes por reinar, trataban de combinar sus crímenes para conseguir con una sedición, el uno el imperio de Constantinopla, el otro, el puesto de su padre en Brusa. Amurat fué el primero que descubrió la trama de la conspiracion parricida. Vuela á Europa, se presenta á su ejército, lo saludan como padre y sultan, se acerca á Constantinopla, conferencia con el emperador, y le aconseja que se una á él para marchar juntos contra sus dos hijos rebeldes, y sacarles los ojos para que no puedan nunca subir al trono.

Andrónico y Saudji habian reunido sus partidarios en un cuerpo de ejército acampado en las orillas escarpadas de un riachuelo de Tracia, llamado Apricidion. Se creian seguros de la fidelidad de sus cómplices por la misma complicidad. El intrépido Amurat, mas seguro de su ascendiente sobre sus antiguos compañeros de armas, monta á caballo en una noche oscura, pasa el Apricidion, y alzándose sobre sus estribos levanta de repente su voz conocida y formidable, llamando á sus soldados.

Al oír este grito, los centinelas turcos, sobrecogidos de un terror y un remordimiento sobrenaturales, arrojan las armas, alarman el campamento, y acuden presurosos, seguidos luego de sus camaradas, al sitio

en que se hallaba el caballero nocturno. Amurat les arenga y los perdona. Ellos juran que Saudji los ha engañado, haciéndoles creer que el hijo obraba por orden del padre. El hijo criminal huye con el príncipe griego y sus cómplices á la fortaleza de Didimótica, sobre las márgenes del Hebro ó del Maritza.

Amurat los persigue, los sitia, los obliga á capitular, no cumple la capitulacion, manda sacar los ojos á su hijo y cortarle despues la cabeza, y vendiendo igualmente los derechos de padre y de sultan en los jóvenes nobles de Grecia, cómplices de Andrónico, los hace llevar á las murallas y precipitar desde ellas en el rio Maritza. Él mismo, colocado con sus principales servidores en un promontorio avanzado del rio, asistía con la sonrisa en los labios á aquella expiacion de un doble parricidio, siguiendo alternativamente con mirada impasible, tan pronto las liebres que ecliaban sus perros de los matorrales, como los cadáveres emparejados que arrastraba el Maritza á sus piés entre su ensangrentada espuma.

Para que nadie pudiera echarle en cara la severidad con que castigó á Saudji, mandó á todos los padres que tenian hijos metidos en la conspiracion que les cortaran la cabeza con sus propias manos. La autoridad paternal, ley de leyes entre los tártaros, no le pareció bastante cimentada sin aquellas atroci-

dades que estremecian á la naturaleza, pretendiendo vengarla. La justicia y la cólera se juntaron para inspirarle la afición á las crueldades que han hecho terrible su nombre entre los otomanos.

Andrónico, primer instigador del crimen y seductor de Saudji, fué entregado por Amurat á su padre para que ejecutase él mismo la venganza que los dos soberanos habian jurado contra sus hijos. Por agradar al sultan, el emperador mandó echar aceite hirviendo en los ojos de su hijo. Sin embargo, la indulgencia paternal no llevó el suplicio hasta la ceguedad completa del culpable. Aun le quedó á Andrónico, un resto de vista, pero fué privado de los derechos que tenia al trono, por haber querido anticipar su reinado con un crimen.

## XXI

Saudji habia parecido tanto mas imperdonable á Amurat, cuanto que su crimen habia sido larga y odiosamente premeditado. Siniestras sospechas abrígaba el alma del sultan contre este jóven, muchos años hacia. La coleccion de Feridun contiene una

correspondencia auténtica entre Amurat y su hijo predilecto, que fué mas tarde el sultan Bajazet, correspondencia en que traspiran de antemano los recelos de un padre y de un soberano que teme á su heredero. « Te anuncio, dice en su carta Amurat á « Bajazet, á quien habia dejado de observacion en « Brusa, te anuncio que en la primavera tendremos « una guerra imponente con la Hungría, guerra « cuyo principio es de esperar que será favorable á « los creyentes, y cuyo fin dependerá de los decretos « de Dios. Cuando recibas esta carta, reunirás y armarás todas las tropas. Pero tén al mismo tiempo « los ojos abiertos sobre la conducta de tu hermano « Yacub, que reside en Karasi, y sobre la de mi hijo « Saudji, comandante de Brusa, cuya vida proteja « Dios! Ejecuta mis órdenes fielmente y dame informes exactos de todo lo que ocurra. »

Se ve que Bajazet era el único que poseia la confianza de su padre. Bien por indicios que tuviera de la rebelion de Saudji, ó por rivalidad sorda que existiese entre los dos hermanos: « Yacub, respondió « Bajazet á su padre, cumple sus deberes y gobierna « equitativamente su provincia. (¡ Que Dios lo colme « de beneficios!) Respecto de Saudji, hallarás en la « misma bolsa que contiene esta carta, otra original « del justiciero mayor de Brusa que le concierne. A

dades que estremecian á la naturaleza, pretendiendo vengarla. La justicia y la cólera se juntaron para inspirarle la afición á las crueldades que han hecho terrible su nombre entre los otomanos.

Andrónico, primer instigador del crimen y seductor de Saudji, fué entregado por Amurat á su padre para que ejecutase él mismo la venganza que los dos soberanos habian jurado contra sus hijos. Por agradar al sultan, el emperador mandó echar aceite hirviendo en los ojos de su hijo. Sin embargo, la indulgencia paternal no llevó el suplicio hasta la ceguedad completa del culpable. Aun le quedó á Andrónico, un resto de vista, pero fué privado de los derechos que tenia al trono, por haber querido anticipar su reinado con un crimen.

## XXI

Saudji habia parecido tanto mas imperdonable á Amurat, cuanto que su crimen habia sido larga y odiosamente premeditado. Siniestras sospechas abrígaba el alma del sultan contre este jóven, muchos años hacia. La coleccion de Feridun contiene una

correspondencia auténtica entre Amurat y su hijo predilecto, que fué mas tarde el sultan Bajazet, correspondencia en que traspiran de antemano los recelos de un padre y de un soberano que teme á su heredero. « Te anuncio, dice en su carta Amurat á « Bajazet, á quien habia dejado de observacion en « Brusa, te anuncio que en la primavera tendremos « una guerra imponente con la Hungría, guerra « cuyo principio es de esperar que será favorable á « los creyentes, y cuyo fin dependerá de los decretos « de Dios. Cuando recibas esta carta, reunirás y armarás todas las tropas. Pero tén al mismo tiempo « los ojos abiertos sobre la conducta de tu hermano « Yacub, que reside en Karasi, y sobre la de mi hijo « Saudji, comandante de Brusa, cuya vida proteja « Dios! Ejecuta mis órdenes fielmente y dame informes exactos de todo lo que ocurra. »

Se ve que Bajazet era el único que poseia la confianza de su padre. Bien por indicios que tuviera de la rebelion de Saudji, ó por rivalidad sorda que existiese entre los dos hermanos: « Yacub, respondió « Bajazet á su padre, cumple sus deberes y gobierna « equitativamente su provincia. (¡ Que Dios lo colme « de beneficios!) Respecto de Saudji, hallarás en la « misma bolsa que contiene esta carta, otra original « del justiciero mayor de Brusa que le concierne. A

« tu justicia toca ahora comunicarme nuevas órdenes. Yo soy tu esclavo, el pobre Bayezid. »

## XXII

Manuel, que como se ha visto, habia sido asociado al imperio por Juan Paleólogo, se estremecía viendo el ascendiente que Amurat ejercía en el seno mismo de la familia del emperador en Constantinopla. Él se atrevió á atacar al sultan en la ciudad de Seres, una de sus conquistas. Khaireddin-Bajá, gran visir de Amurat, desde que murió Lalachahin, marchó contra Manuel, lo venció y lo persiguió hasta Salónica, se apoderó de la ciudad y desconcertó todos sus planes.

Manuel no se atrevió á volver á Constantinopla, temiendo ser entregado á Amurat por el emperador, su padre y su colega, y huyó en una barca á Lesbos, ciudad de la isla de Mitylene, poseida en aquella sazón por los genoveses. Estos, demasiado políticos y traficantes para ser generosos, le negaron este último refugio. Manuel osó apelar á la generosidad de Amurat, viéndose en trance tan extremo. Dióse á la vela

hacia el monte Olimpo, y se presentó suplicante en las tierras del sultan.

Amurat no abusó del infortunio de su enemigo. Montó á caballo, y salió con toda la pompa soberana á recibir á otro soberano. Manuel se apeó del caballo al ver al sultan, se prosternó en tierra, é imploró su perdón por lo que llamaba él su crimen de lesa-majestad. Amurat lo acogió con magnanimidad, y lo envió con una escolta á Constantinopla, rogando al emperador en una carta autógrafa que perdonara un hijo temerario, pero no rebelde.

De esta suerte el caudillo de una tribu del Oxus reinaba ya por sus armas en Asia sobre súbditos y vasallos innumerables; en Europa por su ascendiente sobre la familia de los emperadores.

## XXIII

La muerte lo privó pronto de su segundo visir, Khaireddin-Bajá, vencedor de Salónica. Amurat se complacía en conversar acerca de la guerra y de la política con este consejero, lleno de experiencia. En Chalcondylo, historiador bizantino de aquella época,

se encuentra una conversacion entre el sultan y su visir que prueba la familiaridad del uno y la ruda franqueza del otro.

« Sultan Murad, preguntó un dia Khairaddin á su señor, al partir para la campaña de Salónica, « ¿ cómo se debe hacer la guerra para vencer siempre y conservarte el imperio ?

« Es menester, le respondió este, aprovechar las « ocasiones que Dios ofrece, y afianzar la adhesion « de los soldados que combaten por la fé.

« Bien, repuso el visir, ¿ pero cómo se aprovechan « las ocasiones ?

« Se aprovechan, dijo el sultan, calculando rápidamente los peligros ó las ventajas que presentan.

« ¡ Ah! sultan Murad, replicó el visir riendo, veo « en verdad que la naturaleza te ha dotado de una « rara sabiduria; pero tú olvidas que la ocasion « huye y que no puede hacérsela parar para calcular « los peligros que ofrece con las ventajas que pueden « alcanzarse. Agrega pues á tus consejos la celeridad. « Un gran general debe deliberar con mucha prudencia ántes de la accion, obrar con la rapidez del « rayo; y para conquistar el afecto y la confianza « de sus tropas, descargar él mismo buenos mandobles á la vista y á la cabeza de su ejército! »

## XXIV

Amurat dió el título de gran visir al hijo de Khairaddin, cuando este murió, en recompensa de los servicios de su padre. Creyó que los consejos y el ejemplo de este hombre suplirian la inexperiencia del adolescente.

La vejez del sultan, la juventud del visir, las sangrientas disensiones de la familia de Amurat, atestiguadas por el suplicio de Saudji, su heredero natural, por fin, las tentativas de Manuel para reconquistar la Tracia, le parecieron al emir de Caramania, que miraba con celos á Amurat, circunstancias favorables para sacudir el yugo de los otomanos. Estos emires de la casa de los Caramanes, ilustres entre los príncipes turcos que habian inundado la Cilicia y dado su nombre á este pais, habian tomado el título de Bedreddin, ó *plenilunio de la fé*. Alaeddin reinaba entónces sobre las hordas turcomanas. Para asegurar su fidelidad, Amurat le habia dado para esposa á una de sus hijas. La ambicion rompió esta alianza de familia. Alaeddin, despues de haber coligado

contra el sultan á todas las tribus turcomanas esparcidas en la Cilicia y la Capadocia, llamada ahora la Caramania, las hizo avanzar en masas inmensas hácia Iconium, primera capital de los Turcos seldjukidas.

Amurat y Ali su jóven visir, bajan del monte Olimpo á la cabeza de las primeras tropas que pueden reunir. Envían á Timurtasch, generalísimo del ejército de Europa, orden de repasar con todo el ejército las fronteras de Asia, y de venir á marchas forzadas hácia Iconium. Timurtasch llega casi tan pronto como Amurat á la llanura de Iconium. El emir de Caramania cubria mas de la mitad de ella con sus numerosos escuadrones. Amurat rejuveneció al aspecto de aquellos enemigos, dignos de él. Pasó revista de sus vencedores de Europa: su experiencia le inspira confianza contra el excesivo número de los contrarios. Él mismo arregla el orden de batalla, supliendo así la falta de práctica de su jóven visir. Encomienda el ala derecha á su hijo Yacub, el de la izquierda á su segundo hijo Bajazet, coloca detrás de ellos la reserva sólida é irresistible del ejército de Europa al mando de Timurtasch, ocupando él mismo el centro con su numerosa caballería y sus invencibles genizaros para sostener lo mas recio del combate. Alaeddin, á caballo en frente de

él, y á la cabeza tambien de sus mas escogidos ginetes, lo provocaba con sus flechas y con sus evoluciones entre los dos campamentos.

Al son de los timbales y de los cuernos de bucy, los caramanios del ala derecha de Alaeddin se lanzan los primeros contra el flanco izquierdo de Amurat, mandado por Bajazet.

Este, ántes de empeñar á sus turcos en la pelea, se va adonde estaba su padre, se apea, se arroja á los piés del caballo del sultan y le pide respetuosamente permiso para vencer ó morir por su estirpe y por su raza. El sultan levanta á su hijo y manda cargar. Bajazet, seguido por Timurtasch, corta alejército de los turcomanos y lo dispersa. El resto del ejército de Amurat no tiene mas que hacer sino envolver y guardar prisioneros los escuadrones vencidos por Bajazet y Timurtasch. La llanura, despejada ó cubierta de cadáveres en un instante, deja la ciudad de Iconium sin mas defensa que la de sus fortificaciones. Amurat que guarda un trono para recompensar á su hijo, nombra á Timurtasch bajá de tres colas en el campo de batalla, triple condecoracion de una dignidad que no habia sido concedida hasta entonces á ningun otomano.

Iconium, sitiada, doce dias hacia, iba á ceder á los asaltos de los otomanos; la puerta se abre, una

procesion sale por ella, alli viene la hija de Amurat, la esposa de Alaeddin, acompañada por sus hijos, á implorar de su padre el perdon de su marido. Enternecido Amurat por las lágrimas de su hija, no exige otra reparacion, sino que Alaeddin le bese la mano como signo de vasallaje delante de la puerta de Koniah.

Alaeddin cumplió esta humillante ceremonia por salvar á su familia y sus Estados del hierro y del fuego de los otomanos. La política discreta de Amurat inspiró mas confianza á sus sucesores en el perdon que en la venganza. No cuidó de subyugar los emires de poca importancia que Alaeddin había arrastrado á la rebelion. « Un leon, dijo, no lucha con liebres. » Seguro de la obediencia, restablecida apenas se supo su victoria, volvió lentamente á Brusa con los dos ejércitos, cubiertos de gloria y cargados de botin.

## XXV

Pero la ausencia de Timurtasch y de sus tropas había reanimado á las poblaciones de la Servia, de la

Bulgaria, poco adheridas al yugo de los otomanos despues de la batalla de Sofia. Lázaro, kral de Servia, y Sisman, kral de los Búlgaros, se habían aliado nuevamente contra los conquistadores de su país, y habían dado muerte á veinte mil turcos que había dejado Timurtasch de guarnicion para sujetar á los montañeses.

Al saber esta noticia, Amurat llama á las armas á todos los otomanos de Asia y de Europa. Su victoria sobre los caramanios hace que acudan á su voz todos los emires de la Cilicia y de la Capadocia, que aprovechan esta coyuntura para alcanzar el perdon con tal demostracion de zelo. Dos ejércitos se forman bajo los muros de Brusa, el uno para el Asia, el otro para Europa. Amurat se prepara á llevar el de Europa contra los coligados del Danubio. Pero ántes quiere echar los cimientos de una paz duradera con el imperio griego, su aliado desde entónces, casándose con una princesa de la casa imperial, y haciendo que sus dos hijos, Bajazet y Yacub tomen por esposas á otras dos princesas de la misma casa. Estas tras bodas se celebran en Ienischyr, primera capital de su dinastía, como para asombrar el techo rústico de sus mayores con el triunfo y el lujo de sus descendientes. Las fiestas participaron de la sencillez de los otomanos y de la magnificencia de los

griegos. Nada sorprendía ya á los cristianos, cuyas costumbres se alternaban con el contacto de las de sus conquistadores. Concluidas estas fiestas, Amurat, sus hijos, su gran visir Ali-Bajá vuelven á Europa con cuarenta mil soldados. Cansado de guerra, y de gloria, y agobiado por los años, Timurtasch se queda en Brusa para guardar el trono y vigilar el Asia. Ali-Bajá va el primero con la vanguardia hacia la Bulgaria.

La naturaleza parece que ha fortificado esta provincia alpestre, que fué en otro tiempo la antigua Mysia, por un lado con la extendida corriente del Danubio, por el otro con los baluartes continuos del Balkan ó Rhodope. Solo ha dejado ocho puertas estrechas u ocho brechas en la muralla del Balkan para penetrar desde la Tracia en la Bulgaria. A la salida de estos ocho desfiladeros del valle del Danubio al Norte, los romanos, los griegos, los búlgaros, los serbios, los otomanos en fin han edificado siete ciudades fuertes que cierran estas gargantas tanto por la parte que mira á la Germania como por la que mira á Constantinopla, Widdin, Silistria, Rutschuk, Nicópolis, Sistow, Nissa, Sofía, la Puerta de Hierro. De distancia en distancia, las montañas se ensanchan y dejan lugar á cuencas y llanuras. Los antiguos cantaban mas que describían estos oasis de pastores y labradores.

« Las llanuras que se extienden entre estas montañas, dice el mas exacto de estos geógrafos bizantinos, están cubiertas con una verde alfombra que deleita la vista; las sombras de los bosques protegen al viajero que cruza las colinas; pero en el medio del dia, cuando los rayos ardientes del sol hacen hervir las entrañas de la tierra, un calor sofocante ahoga la respiracion. Estas cuevas abundan en manantiales cuyas aguas limpidas no dan al que apaga su sed en ellas, ni por su frialdad, ni por su insalubridad. Algunos pájaros, parados en las ramas mas flexibles de los árboles, regocijan con sus cánticos melodiosos al viajero cansado de caminar. La yedra, el mirto, los tristes tejos de odorífero aliento embriagan los sentidos con su dulce aroma, como si quisieran refrigerar con sus sanas exhalaciones los miembros del pasajero que cruza las gargantas de la montaña. »

Lo que Teofilacto describía así en su tiempo, lo hemos admirado nosotros y descrito recorriendo las cúspides y los llanos de la Bulgaria. La Servia, que confina por el Norte con esta provincia, ofrece un carácter análogo, aunque mas severo y mas sombrío todavía que el de esta provincia. Los búlgaros eran pastores, guerreros y labradores juntamente; los serbios no eran aun mas que pastores y leñadores. Aun-

que el suelo, apartándose del pié del Balkan para formar la madre del Sava y del Danubio, sea ménos montuoso en la Servia que en la Bulgaria, los servios lo han dejado mas cubierto de vegetacion que los búlgaros. Fuera instinto natural que les hiciese respetar los bosques propicios á los manantiales, fuera prudencia que les aconsejase conservar sus encinos como asilos y fortalezas, el hacha aclaraba allí raras veces la superficie de la tierra. Durante largas jornadas, el viajero marcha á la sombra de espesos abrigos de encinos, cuyas profundidades no conocen mas que las fieras. Parece que se recorre, bajo un cielo, únicamente mas azulado y tibio, las selvas vírgenes del nuevo mundo. Los árboles rodeados de lianas y yedra no caen sino bajo el peso de los siglos; las ramas secas preferidas por las cornejas y las aves de presa se mezclan en las copas de los encinos con los tallos verdes de las nuevas generaciones del suelo. Cuando se baja á las gargantas por donde serpentean algunos riachuelos de negras aguas, donde se pudren las hojas muertas, el caminante se encuentra sumergido en una sombra húmeda que no permite ver el cielo. Al subir á las colinas y tender la mirada sobre el horizonte que se ofrece á la vista, se cree ver lo que los otomanos del monte Olimpo llamaban el mar de hojas, es decir, un vasto océano de verdes

olas que ondean y murmuran como el mar al menor soplo del viento.

## XXVI

De estos recónditos y tenebrosos lugares se sale por algunos senderos raros y estrechos. Por ellos desembocan, causando sorpresa, crecidos rebaños de bueyes y terneras guiados por pastores vestidos con pieles de carneros negros; partidas de leñadores con el hacha al hombro, ó alegres grupos de campesinas que llevan cantando á las hacinas el heno segado en los prados; el color de la salud tiñe sus mejillas, la tranquilidad y la franqueza brillan en sus ojos y en sus labios. Causa la ilusion de una Helvecia meridional, en donde la sencillez de costumbres, el candor de las almas y la libertad, hija y defensora de las montañas, conservan un manantial abundante y puro de la especie humana, como conservan los bosques la pureza y la abundancia de las aguas en el origen de los rios.

De trecho en trecho, la selva se aclara y deja apercebir un vallecillo de poca extension donde humean

los tejados de paja de un pueblecillo. Algunos huertos con ciruelos, manzanos y cerezos florecen ó fructifican en torno del grupo de cabañas. La tierra ostenta galana sus doradas espigas ó verdes prados; senderos abiertos por las carretas irradian en diversas direcciones para poner en comunicacion los dispersos hogares á través de los eternos bosques.

Ciudades, aun mas raras y mas semejantes á mercados de animales que á ciudades fijas, ofrecen sus hospederias á comerciantes y viajeros. Tales son los sitios y tales son los habitantes de la Bulgaria y de la Servia, razas poco numerosas para conquistar, demasiado idómitas y patrióticas para ser conquistadas por largo tiempo. Estos pueblos, semi salvajes aunque dulces, parece que han sido formados por la naturaleza para confederaciones dóciles, pero independientes, como las helvéticas, para seguir las vicisitudes de los grandes imperios que las rodean, ya romanos, ya germanos, ya griegos, ya mahometanos, pero conservando siempre su carácter, su juventud y robustez cuando estos grandes imperios perecen de corrupcion ó de vejez.

## XXVII

Ali-Bajá, este visir, hijo y sucesor de Khaireddin, se adelantó, sin aguardar al ejército del sultan, su señor, para abrirle la brecha principal del Balkan sobre la Bulgaria, por el desfiladero de Nadir-Derbend. El kral de los búlgaros, Sisman, retrocedió ante él y se encerró en Nicópolis, la plaza mas fuerte que poseia hácia el Danubio. Las llanuras, sin otro horizonte que ellas mismas, extendiéndose desde el Danubio hácia la Hungria, aparecieron por la primera vez á los otomanos, que debian ir un dia hasta la capital del Austria. Sisman, que no aguardaba la vuelta tan pronta y tan formidable de Amurat desde el fondo del Asia, evitó el asalto de Nicópolis con una capitulacion. Abandonó la liga formada entre él, los serbios, los valacos, y los húngaros, y se resignó al tributo, sello de la conquista de los otomanos. Con esta condicion le dejó Ali la corona de los búlgaros. Esta sumision era mas provechosa al sultan que la victoria.

Tranquilo Ali por este lado, marchó por su iz-

quierda hácia el nudo de las altas montañas por donde confinan con la Albania los servios y los bosniacos. Sus tropas cogieron multitud de prisioneros que convirtió en esclavos para vendérselos á Sisman. Pero apenas habia refluído con su ejército hácia los Balkanes, Sisman volvió á empuñar las armas y reconquistó su independendia siguiendo las huellas de los turcos. Allí retrocedió otra vez á Sisman, lo hizo prisionero, con toda su familia, y lo envió cargado de cadenas á Amurat para que dispusiera de su suerte.

Acampado el sultan en aquella sazón en las inmediaciones de Filipópolis, perdonó la vida al kral de los bulgaros, y le señaló una renta digna de su alto rango; pero resolvió gobernar él mismo la Bulgaria. Todas las plazas fuertes que abrian ó cerraban el valle del Danubio y los elevados desfiladeros del Balkan recibieron sus guarniciones y sus gobernadores.

## XXVIII

El kral de los servios, el heróico Lázaro, fuerte con la liga jurada entre su pueblo, los bosniacos, los

húngaros y los albaneses, se retiró, como para cobrar mas aliento, á las escarpadas montañas de la Albania. Pronto bajó de ellas con un ejército aliado, superior en número al de los turcos. Ochenta mil hombres de todas aquellas razas belicosas de las montañas y de las dos márgenes del alto Danubio se desplegaron por los llanos de la Servia. Amurat, provocado por aquella nube de patriotas, que no tenían de comun con los griegos mas que la lengua y la religion, mandó mensajeros á todos sus veteranos de Asia. Sus dos hijos, Yacub y Bajazet acudieron con numerosos soldados. El mismo anciano Evrenos, tráfuga bizantino que volvia de la peregrinacion de la Meca, quiso morir como mártir de la nueva fé, que tan valientemente habia defendido. La reputacion y los consejos de este compañero de armas de Othman valian como un ejército al sultan. No se dignó aguardar á los coligados en los llanos de Sofía, cuyo acceso era tan fácil. Dirigióse con todos sus refuerzos al desfiladero de Sulu-Derbend, en el que se abrigan sus enemigos y lo desafiaban. Al llegar á la cuenca de Ghiustendil, en donde parecia que la leche y la miel corrian de las montañas del Hemus para sus tropas, el sultan se paró para consultar á sus generales. Evrenos aconsejó la audacia y dió el primero el ejemplo. Seguido solamente por cincuenta intré-

pidos ginetes, salió por la noche de Ghiustendil para ir á reconocer al enemigo. No halló mas que la soledad. Los servios, los húngaros y sus confederados se habian replegado detrás del Morava, en los confines de la Servia y de la Bosnia, situacion que les ofrecia juntamente una llanura para pelear, el abrigo de un rio, y la retirada á los montes. Evrenos estimuló al sultan á que afrontara estas tres ventajas con la confianza de la victoria.

Amurat le confió la vanguardia de los otomanos; el gran visir Alí mandaba el primer cuerpo del ejército; Bajazet, general de experiencia en aquel tiempo guiaba el segundo; Yacub conducia el tercero; Ainebeg y Saridje-Bajá tenian el mando de otros dos cuerpos; Amurat habia reservado para sí el centro, en el que se hallaban sus mas intrépidos genízaros.

## XXIX

Estos seis cuerpos reunidos no igualaban en número al ejército de los confederados, en el que, á la voz de la religion, de la independencia y de la patria,

los húngaros, los albaneses, los epirotas, los bosnacos, los servios, con sus reyes, sus kralz y sus caudillos mas famosos habian bajado para poner un dique al torrente asiático que invadia la Europa, y obligarlo á retroceder. La situacion de su campamento, escogida por ellos y fortificada por la naturaleza, se agregaba á la superioridad del número y de las armas. Véase su infantería y su caballería formada bajo sus innumerables estandartes, en los últimos parapetos de las elevadas montañas que rodean por el Occidente como los llanos de un vasto circo semicircular, la llanura de Cossova.

Larga esta de diez mil pasos, ancha de cinco mil, ofrecia con escasez espacio suficiente á las evoluciones de esta multitud, si descendia al encuentro de los turcos. El sol nascente, que reverberaba en los flancos de los montes de la Albania, y que resplandecia sobre las corazas, los cascos y las lanzas de los húngaros, exponia á la vista de Amurat y de sus tropas los numerosos y ricos pueblos de Servia y de Bosnia, en los que, mujeres, niños y ancianos aguardaban el buen éxito de la pelea, orando de rodillas sobre las colinas, confiadas en el valor de sus guerreros.

Aquella presa viva animaba á los otomanos. Aquellas montañas ricas en pastos, bosques, huer-

tas, ganados, tierras cultivadas y poblacion, les traian á la memoria los valles del Taurus ó del Tmolus que habian atravesado dejando en ellos sus tiendas. Pero la idea de subyugar aquellas últimas mesetas de la Europa occidental, y de levantar sus mezquitas y alminares en el sitio que ocupaban las basílicas y los campanarios de los enemigos, encendia mas sus pechos que el afan de conquistar nuevos territorios. Para ellos toda guerra era santa. Miraban aquellos montañeses de Servia y Albania como á idólatras que adoraban imágenes y estatuas, y á los cuales querian imponer con la punta de su espada el culto del Dios único é invisible. No habia solo frente por frente dos razas, habia tambien dos cultos contrarios en aquellos campamentos de la llanura de Cossova.

El rio separaba todavía á los combatientes.

Amurat, segun la máxima que habia inculcado á Khairaddin, su prudente visir, detuvo su ejército, ántes de lanzarlo á la llanura, para deliberar sobre el orden de batalla. Sus hijos y sus generales se sentaron al pié de un plátano junto á él, contando con la vista los enemigos, combinando las maniobras, distribuyendo el terreno y los puestos para la batalla, exponiendo en presencia del sultan los medios propios para aterrar y descomponer las masas cris-

tianas. A falta de artillería para romperlas, Ainebeg y Saridje-Bajá propusieron poner en primera fila delante del ejército otomano, los seis mil camellos de Asia, que traian las tiendas, los víveres y los equipajes de sus divisiones, á fin de que estos animales recibieran los tiros del enemigo, y se asombraran y pusieran espanto en el ánimo de los cristianos, no acostumbrados á semejante espectáculo con su aspecto y sus quejidos. Esta opinion prevalecia cuando el fogoso Bajazet, mas caballeresco aun que príncipe, la contradijo con el desden de un héroe.

«¿Han temido jamás los hijos de Othman, ex-  
« clamó, mirar cara á cara al enemigo? Han con-  
« quistado el Asia contra multitudes provistas de  
« todas las armas y de todos los instrumentos de  
« guerra peleando detrás de elefantes ó de camellos,  
« escondiéndose detrás de los equipajes como las  
« mujeres? ¿Son por ventura tales artificios dignos  
« de la santa causa que nos lleva al combate? ¿No es  
« mostrar cobardía, en el momento en que solo  
« puede salvarnos el valor y el heroísmo? ¿No es  
« dudar de Dios en presencia de sus profanadores?  
« ¿No es nuestra confianza en él nuestro baluarte  
« principal y nuestra fuerza? La victoria es de aquel  
« que se cree vencedor, no del que teme ser ven-  
« cido.»

El visir Ali-Bajá apoyó á Bajazet, refiriendo en el consejo un oráculo, que habia recibido, durante la noche, del libro que encierra lo pasado, lo presente y lo futuro.

« En mi ansiedad, he abierto el Coran, dijo el jóven visir; lo he abierto al acaso, y mis ojos se han fijado en este versículo: *¡O profeta! ¡pelea contra los infieles y los idólatras!* Esta era una orden para que no se contaran los enemigos, sino para atacarlos donde los encontráramos. He abierto el libro por otra parte, y he leído este otro versículo: *¿qué temes tú? ¡Muchas veces un ejército innumerable es vencido por un puñado de intrépidos guerreros!* »

Este oráculo de la casualidad, familiar entre los musulmanes, como lo era entre los cristianos que buscaban su salvacion en el Evangelio, conmovió al sultan. El anciano Timurtasch acabó de convencerlo demostrando el peligro que aquellos animales irritados podian hacer correr á los otomanos si llegaban á desbandarse con el dolor de los dardos que recibieran, á volverse contra el ejército, á romper las líneas de la infantería y la formacion de la caballería, y á dar de aquel modo la señal y el aspecto de una derrota. El dia se pasó deliberando, en tanto que las tropas preparaban sus armas y tomaban posiciones para el dia siguiente.

Al ponerse el sol, un viento fuerte de Occidente, que llevaba torbellinos de polvo al rostro de los turcos, inquietó al sultan. Temió que sus soldados y sus caballos cegaran durante la batalla. Pasó una parte de la noche en oracion, dentro de su tienda, convencido de que del próximo dia iba á depender la conquista ó la pérdida de Europa para sus descendientes. Pidió con fervor al cielo la muerte en la batalla, vencedor y mártir de su fé.

« Bastante gloria he alcanzado en la tierra, dijo, « no me queda otra cosa que desear sino la felicidad « eterna de los elegidos que mueren por la causa del « profeta; que ella sea el premio de mi sangre. » Después de la oracion se quedó dormido. Al despertarse, vió que una lluvia nocturna habia acallado el viento; el sol heria á través de una bruma trasparente, las blancas paredes de los pueblecillos cristianos, situados en las faldas de los montes de la Albania.

XXX

Lázaro, kral de los servios; Twarko, rey de los bosniacos, y Juan Castriot, caudillo de los albaneses,

El visir Ali-Bajá apoyó á Bajazet, refiriendo en el consejo un oráculo, que habia recibido, durante la noche, del libro que encierra lo pasado, lo presente y lo futuro.

« En mi ansiedad, he abierto el Coran, dijo el jóven visir; lo he abierto al acaso, y mis ojos se han fijado en este versículo: *¡O profeta! ¡pelea contra los infieles y los idólatras!* Esta era una orden para que no se contaran los enemigos, sino para atacarlos donde los encontráramos. He abierto el libro por otra parte, y he leído este otro versículo: *¿qué temes tú? ¡Muchas veces un ejército innumerable es vencido por un puñado de intrépidos guerreros!* »

Este oráculo de la casualidad, familiar entre los musulmanes, como lo era entre los cristianos que buscaban su salvacion en el Evangelio, conmovió al sultan. El anciano Timurtasch acabó de convencerlo demostrando el peligro que aquellos animales irritados podian hacer correr á los otomanos si llegaban á desbandarse con el dolor de los dardos que recibieran, á volverse contra el ejército, á romper las líneas de la infantería y la formacion de la caballería, y á dar de aquel modo la señal y el aspecto de una derrota. El dia se pasó deliberando, en tanto que las tropas preparaban sus armas y tomaban posiciones para el dia siguiente.

Al ponerse el sol, un viento fuerte de Occidente, que llevaba torbellinos de polvo al rostro de los turcos, inquietó al sultan. Temió que sus soldados y sus caballos cegaran durante la batalla. Pasó una parte de la noche en oracion, dentro de su tienda, convencido de que del próximo dia iba á depender la conquista ó la pérdida de Europa para sus descendientes. Pidió con fervor al cielo la muerte en la batalla, vencedor y mártir de su fé.

« Bastante gloria he alcanzado en la tierra, dijo, « no me queda otra cosa que desear sino la felicidad « eterna de los elegidos que mueren por la causa del « profeta; que ella sea el premio de mi sangre. » Después de la oracion se quedó dormido. Al despertarse, vió que una lluvia nocturna habia acallado el viento; el sol heria á través de una bruma trasparente, las blancas paredes de los pueblecillos cristianos, situados en las faldas de los montes de la Albania.

XXX

Lázaro, kral de los servios; Twarko, rey de los bosniacos, y Juan Castriot, caudillo de los albaneses,

y padre del héroe Scanderberg, creyéndose seguros de la victoria por el número y las posiciones que ocupaban, habían formado sus tropas ántes de la aurora en forma de semicírculo para envolver á los turcos después de rechazar su impotente embestida. Tanta confianza les inspiraba su superioridad, que habían diferido el ataque para cuando llegara el día, temiendo que la oscuridad favoreciese la fuga de los otomanos.

Causóles asombro al principio el ver al mismo sultán lanzarse al asalto de sus atrincheramientos á la cabeza del centro de su ejército. Sus cuerpos avanzados se cerraron entónces como dos alas inmensas para envolver los flancos al mismo tiempo que lo recibían de frente. Amurat desapareció un instante en medio de la pelea. Su hijo Yacub acudió á socorrer á su padre con el ala izquierda, flaqueó bajo la masa de los cristianos, y descubrió al replegarse el centro de los turcos. Bajazet, inmóvil hasta entónces, atravesó llevando su caballería al galope la llanura, ocupada por la caballería albanesa, que había cargado á Yacub rodeando á su padre.

« Estaba armado, dice el historiador, testigo ocular que peleaba á su lado, « estaba armado con su « pesada maza de armas, que blandía como un martillo en su mano, rompiendo los cascos con sus

« golpes. Animados los otomanos por su denuedo, « hienden la confusa multitud de sus enemigos para « volar al socorro de Yacub y de su sultán. Las hojas « de sus sables, brillantes como el diamante, se ponían rojas como el jacinto. »

Viendo aquello Yacub, contuvo la retirada de sus fuerzas, empuja hácia el río y las montañas á los serbios y los albaneses, que lo habían envuelto un instante; Bajazet, que puede entónces caer á su vez sobre los húngaros del ala izquierda de los cristianos, imprime á su tropa la rapidez de su carrera, vuelve á atravesar el campo de batalla, y precipita á su caballería en el río, para ir á desordenar las filas de los montañeses. Sus spahis llenan los barrancos de cadáveres, destrozan la infantería apoyada en la falda del monte, acuden á la voz de Bajazet al centro en donde combatía el sultán, derrotan aquel cuerpo escogido de cristianos, cubren de muertos las márgenes del río, cortan la retirada á los montañeses, sacrifican todo lo que resiste y envían como rebaños á través de la llanura muchedumbre de prisioneros, impedidos hácia el campamento, para ser vendidos como esclavos después de la victoria.

Un grito de terror sale á este aspecto de todos los pueblos de la montaña; los habitantes huyen á los bosques dejando entregados á las llamas sus hogares.

Seguro de cogerlos Amurat, no los persigue; abraza á su hijo y da gracias á Alá al ver aquel espacio que cubrían tres naciones por la mañana, y en el que no ve por la tarde un solo enemigo. Él habia buscado la muerte de los mártires en la primera fila de sus genizaros, y solo habia encontrado la victoria. Debíala principalmente á Bajazet, al hijo en quien se reflejaba mejor su alma, y con quien debía prolongarse su reinado despues de su muerte. Él representaba la altivez de sus armas, el zelo de su fé, la conservacion gloriosa de la casa de su padre. En aquella noche de la mas feliz jornada de su vida, recorrió despacio el campo de batalla para contar los turbantes y los cascos de que estaba sembrado, y para calcular por el número de los muertos la grandeza de la pelea y de la fortuna. Sentóse sobre una alfombra en la tienda que sus criados acababan de erigir á las orillas del rio, despues de haber lavado la sangre y precipitado en la corriente los cadáveres de los húngaros tendidos en la yerba. De vez en cuando le traian partidas de cautivos que imploraban y que recibían la vida ó la libertad. Toda su cólera se habia acabado con la batalla; no aspiraba á despoblar sino á someter á los vencidos. Apreciaba en ellos el valor que sentia en su propia raza; solo despreciaba á los griegos, á quienes consideraba sin patria desde que

habian perdido el valor de sus antepasados. El heroísmo de su pueblo le parecia reconcentrado en sus montañas. Corazones libres, brazos fuertes las defendian al ménos y daban gloria á los vencedores.

## XXXI

Con efecto, los servios no eran ménos intrépidos que los turcos. No habian cedido á Amurat sino muriendo á sus piés en el campo de batalla. Su número entre los muertos atestiguaba que ninguno habia huido. Solo los heridos, revolcados en su sangre, imploraban una muerte pronta ántes que deber la vida á sus vencedores. Este pueblo tenia un corazon rebelde que podia ser despedazado, como el corazon de los robles de sus bosques, pero no ser doblegado. Aquel dia iba á dárselo á conocer á Amurat. Todo lo habia vencido, excepto el patriotismo de un servio herido que los spahis le trajeron á su tienda.

Los servios eran gobernados, como los turcomanos de Asia, por reyes ó kral, especie de nobles jefes de

clanes ó pueblos, vasallos mas ó ménos sometidos á los jefes de la nacion. Las facciones, como sucede siempre en estas aristocracias independientes, desgarraban á menudo el país con sus disensiones. El rey se veía obligado á formar para sí un partido entre los partidos, y á equilibrar la autoridad de unos vasallos con la autoridad de los otros. Lázaró, el rey ó kral de Servia en el reinado de Amurat, habia dado dos de sus hijas por esposas á dos jefes de las principales facciones del país, el uno llamado Milosch, cuyos descendientes han gobernado aun en nuestros días la Servia, el otro, Brankowich. Estas dos casas rivales se odiaban con ese aborrecimiento tenaz que se perpetúa en las montañas, en donde los sentimientos se transmiten mas constantemente que en la llanura. Aunque hermanas, las dos mujeres habian aceptado la rivalidad de las dos casas en que habian entrado. Su cólera salvaje agitaba el palacio de Lázaró. El patriotismo y el orgullo daban ocasion á las disputas de las dos hermanas. La una, Wukaschawa, esposa de Brankowich, acusaba al marido de su hermana de cobardía en la guerra y de vender á los turcos con avisos secretos la independencía de su patria. La otra, llamada Mara, esposa de Milosch, se indignaba con aquellas calumnias, y defendía el honor y el valor superior de su marido comparado con el de

Brankowich. En una de estas animosidades femeninas, Mara, irritada con las calumnias de Wukaschawa contra su marido, dió un bofetón á su hermana.

Los servios bárbaros creyeron que aquella injuria debia ser lavada con la sangre de los maridos. Brankowich pidió una satisfaccion á su cuñado. El rey permitió el combate. Los dos hermanos pelearon á caballo á la vista de su padre y de sus mujeres. Brankowich cayó del caballo á los golpes de la espada de Milosch. Enemigo generoso, le perdonó la vida. Pero no fué esto bastante para colmar el ódio que habia envenenado la vergüenza del vencimiento. Sentado á la mesa del rey, en presencia de todos los nobles, la víspera de la batalla de Cossova, acusó en voz alta á su cuñado de vender la patria manteniendo correspondencia secreta con Amurat. « Responde, » dijeron el rey y los nobles que sospechaban de Milosch. — « Mañana responderé, » dijo este. Fuese indignacion, fuese remordimiento, el jóven acusado tomó una resolucíon que debia absolver su memoria, ó inmortalizar su inocencia. « ¡Bebe á mi salud » esta copa llena, le dijo Lázaró, si estás inocente « del crimen que te imputan! — Venga la copa, » respondió Milosch, al salir el sol te probaré mi « fidelidad. »

## XXXII

Al día siguiente Milosch, montado en un caballo indómito, se batió como un héroe, mientras hubo un peloton de servios en el llano. Fué herido en la pelea, pero la pérdida de su sangre no amenguó su valor. Despues de la batalla, se acercó al rio, lo pasó á nado, ató su caballo al tronco de un encino, justo á la orilla, y acercándose como un transfuga á la tienda de Amurat, pidió que se le permitiera besar al polvo de los piés del sultan. Orgullosa con la sumision de un yerno del kral, el sultan hizo descórrer la cortina de su tienda y ordenó que introdujeran á su presencia al servio herido. Los tschauschs ó guardias del sultan obedecen. Milosch se prosterna sobre la alfombra de la tienda, coge con una mano el pié de Amurat, como para acercarlo á sus labios, atrae hácia sí al sultan, y con la mano derecha, cogiendo un puñal oculto bajo su túnica, hunde su hoja en el cuerpo de Amurat.

Este grita, y los tschauschs se precipitan sobre el asesino. Milosch se levanta, blandé el acero, tiende á

sus piés á ocho guardias, sale de la tienda, llega adonde está su caballo, lo monta y vuelve á la orilla opuesta, cuando la caballeria de Bajazet, se arroja al rio en su persecucion, lo alcanza junto á su mujer, y lo sacrifica en holocausto de la sangre de Amurat.

La llanura de Cosova está marcada con tres piedras colocadas á cien pasos de distancia; la una indica la tienda en donde Milosch hirió de muerte al sultan, las otras dos el sitio donde estuvo á punto de salvarse y el borde del rio donde cayó de su caballo, muerto por los genizaros de Bajazet. La escena es siniestra como el crimen y la venganza. La sombra de las montañas de la Bosnia tiende sobre ella muy temprano un velo fúnebre. La llanura resuena como un sepulcro, en donde los cadáveres de los ejércitos, sepultados y consumidos por el tiempo, han dejado un inmenso vacío bajo el cespéd.

## XXXIII

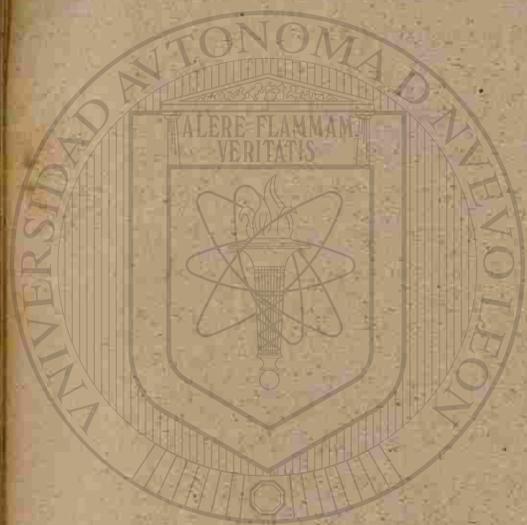
Aunque herido mortalmente, y sin mas esperanza que la de la felicidad eterna del mártir, creyendo

vengarse él mismo en el instigador de su muerte, mandó antes de espirar que mataran á Lázaro, rey de los servios, traído prisionero á su tienda por uno de sus soldados de caballería. Lázaro no supo el asesinato de Amurat hasta que vió al sultan bañado en su sangre ordenando su suplicio. Tarde conoció la fidelidad del patriota servio que habia sacrificado su vida, y hasta su honor, para justificarse por siempre ante los suyos.

« ¡ Gran Dios! exclamó Lázaro entregándose á sus  
« ejecutores y juntando las manos como en accion de  
« gracias; ¡ gran Dios! ¡ Tú puedes llamarme ya á tí,  
« puesto que has permitido ver morir al enemigo de  
« mi religion, de mi pueblo, y de mi familia á ma-  
« nos de un guerrero de quien se sospechaba injus-  
« tamente! »

Su cabeza rodó á la puerta de la tienda del sultan con las cabezas de todos sus parientes y de todos los nobles cogidos con él en su fuga. La venganza hacia implacables á los hijos de Amurat. El luto cubrió á vencedores y vencidos. Los dos soberanos, muertos al mismo tiempo en aquel campo de batalla tan sangriento, dejaban, el uno, á los vencidos sin esperanza; el otro, á los vencedores sin regocijo. El llano de Cossova no vió en tres dias mas que funerales. La valla de la Europa occidental habia caído con Lá-

zaro: pero los otomanos no tenian un sultan que realizara en las costas del Adriático y las márgenes del Danubio el pensamiento de Amurat, interrumpido en medio de su camino. El sacrificio de Milosch habia hecho ganar tiempo á su desventurada patria. Su nombre fué entre los servios lo que el de Judit entre los hebreos, y el de Harmodio entre los griegos. Su familia, ilustrada por este acto heroico ó criminal, segun se considere como muerte patriótica en el campo de batalla, ó un asesinato desleal, se popularizó en aquellas montañas, y se confundió en los dias lejanos del pasado en las poesías nacionales, el patriotismo de los antiguos y con la salvacion de la patria. Ella ofrece á estas horas á la Servia, mas bien vasalla que sometida, los grandes ciudadanos y los grandes agitadores que se apoyan unas veces en los turcos, otras en los rusos, para afianzar su ascendiente sobre sus compatriotas. Cinco siglos no han resuelto todavía el problema de la servidumbre ó de la independencía de los servios, igual y constantemente amenazados por los dos imperios de Constantinopla y de Petersburgo, que tal vez verán desplomarse al pié de sus bosques, conservando ellos la eterna juventud y la incontrastable solidez de sus montañas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO SEXTO

# YUCATÁN

Los dos hijos de Amurat, Yacub y Bajazet, queridos de su padre y de los otomanos por su intrepidez y buen comportamiento á la cabeza de sus tropas, merecían igualmente la herencia paterna. El imperio, que no recaía aun por una ley determinada, en el primogénito, podía ser destrozado en campo raso por los dos competidores del trono y vengar así á los cristianos por la mano misma de los musulmanes. Yacub no era ménos adorado por los soldados, que

mandaba, que Bajazet por los suyos. El voto del ejército era pues tan dudoso como el éxito de un combate. La corona, teñida en olas de sangre, hubiera dejado heridas profundas y resentimiento en los vencidos, eternas venganzas en los vencedores. Las tropas, indecisas y pronunciando ya nombres diferentes, amenazaba con graves sediciones al primero de los dos hijos que se apoderara del imperio.

Amurat, consternado por la muerte de Saudji, su hijo primero y su primer rebelde, había aplazado hasta su muerte la designación al trono de Bajazet, su hijo predilecto. Tal vez había temido que la preferencia ofendiese el orgullo y provocara la envidia de Yacub. Castigar de muerte dos veces á un hijo rebelado ú ambicioso, le pareció un esfuerzo superior á su ánimo; así, ó había puesto las cosas en manos de la Providencia, ó había dejado este crimen para su heredero. Además, según se ha visto mas arriba, por la correspondencia confidencial de Amurat y Bajazet, este y Yacub se amaban como dos hermanos mucho mas que se aborrecían como rivales pretendientes del imperio. Yacub, irreprochable y obediente, participaba mas de la virtud de su tío Alaeddin, que de la ferocidad de su padre Amurat, ó del ímpetu belicoso de su hermano Bajazet. Se había también acostumbrado á las preferencias de cariño y de mando que

Amurat daba á este último. Mas que Yacub, inquietaba su partido en el ejército al beglerbeg, al gran visir y al consejo de ministros de Amurat acerca del advenimiento posible de Bajazet al trono de los otomanos.

## II

El gran visir Alí-Bajá, confidente de todos los pensamientos y depositario de todo el poder del sultán difunto, se apresuró á convocar, sin conocimiento y en ausencia de Yacub y Bajazet, que lloraban á su padre, ese divan ó consejo de los principales ministros y de los generales mas acreditados por su sabiduría y por su prestigio. Este divan se reunió secretamente en la noche que siguió á la batalla, en la tienda y cerca del cadáver de Amurat, que parecía presidirlo todavía. Los historiadores otomanos, bien por ignorancia ó por discreción, no refieren lo que se habló en aquel consejo nocturno; solo citan este pasaje del Corán, dictado por Mahoma á sus sucesores, pasaje que justificaba de antemano los recelos de los sultanes que subían al trono y los crímenes de familia : *Mas vale un suplicio que una rebelion!*

Este fué evidentemente el texto sanguinario comentado por el visir y los ancianos compañeros de Othman. La muerte de Saudji, que no habia hecho vacilar á su padre, les pareció sobre el rostro inanimado de Amurat, la confirmacion muda del asesinato que iban á mandar cometer en su nombre. Sea como quiera, algunos tschauschs salieron de la tienda imperial ántes de que amaneciera, entraron en la de Yacub, le intimaron por la salvacion de la fé la órden de morir, lo dejaron orar, y cortándole la cabeza con respeto, dejaron el cadáver tendido en tierra delante de su tienda, para que supiera el ejército al despertar que no tenia mas que un señor, el sultan Bajazet.

III

La rapidez de esta ejecucion mostraba al ejército que la estirpe de Othman no economizaria su propia sangre por la salvacion y por la unidad del imperio. Los analistas griegos pretenden que aquel rayo nocturno, hiriendo ántes del crimen, fué el origen del nombre de Ilderim (rayo) que fué dado despues de

aquel homicidio á Bajazet. Los historiadores otomanos contemporáneos dicen, por el contrario, que el divan y el gran visir se anticiparon á Bajazet, á quien costó muchas lágrimas y mucho dolor la muerte de su inocente hermano. Luego verémos, que este fatal ejemplo, que convierte en crimen el ser uno de los hijos del sultan, y que encomienda á otro crimen el afianzamiento de la paz del imperio, fué en lo sucesivo sino una ley, á lo ménos una barbarie legal del serrallo de Constantinopla, hasta este reinado generoso y blando de Abdul-Medjid, que exaltó la política humanitaria, dejando la vida á sus hermanos y fiando su suerte á la naturaleza en vez de fiarla á los verdugos.

IV

La fatalidad, esta voluntad, consumada del hado, apaciguó toda agitacion del ejército, á la vista del cadáver de Yacub.

Bajazet no dió á sus tropas tiempo para que reflexionaran y se indignaran contra el asesinato de un príncipe adorado de los soldados; lanzóse por la llanura

de Cossova hasta el corazon de la Servia; estrechó, con sus alas abiertas y replegadas los restos del ejército servio, atrincherados en las montañas; recibió pronto la sumision de todos los nobles, y obligó á Esteban, hijo y heredero del trono de Lázaro, á que le jurara fidelidad, alianza y parentesco, prometiéndole para esposa á su hija, muy niña á la sazón.

Libre de toda hostilidad en Bulgaria, en Servia, y en Epiro, Bajazet se dirigió hácia el Bósforo y el Asia, adonde lo llamaban las disensiones del palacio de Constantinopla, en el que la rebelion de los hijos contra el padre y las traiciones domésticas buscaban por árbitros el sable y la ley del enemigo comun de los cristianos. Volvamos á las discordias intestinas de este palacio de los emperadores Paleólogos.

Se ha visto que Andrónico, hijo del anciano emperador Juan II Paleólogo, y su nieto Juan, habian conspirado con el hijo de Amurat, el parricida Saudji, para usurpar el trono de su padre y de su abuelo; no se habrá olvidado que los dos emperadores, igualmente ofendidos, se habian prometido mutua venganza contra sus rebeldes hijos. Amurat habia cumplido su palabra decapitando á Saudji. El viejo Paleólogo habia limitado la suya á privar de la vista á su hijo y á su nieto, mandándoles echar aceite hirviendo en los párpados. Pero los ejecutores de este

tormento, y acaso tambien la indulgencia paternal habian suavizado la terrible sentencia. Andrónico y su hijo Juan, no quedaron completamente privados de la luz. Aun les quedó bastante vista para aspirar de nuevo al trono por el parricidio. Encerrados en un calabozo del palacio de los Blakernes, en Constantinopla, Andrónico ablandó ó corrompió á la guardia, y pidió á Bajazet socorro por medio de cartas contra el emperador, su padre.

Bajazet, á pesar del horror que le causaba el cómplice de Saudji, se aprovechó con su rapidez instintiva y su habitual resolucion de esta coyuntura para intervenir en las disensiones de la familia imperial. Púsose á la cabeza de diez mil hombres de tropas escogidas y marchó por los bosques de Belgrada hácia Constantinopla, cuyas puertas le abren la cobardia de los griegos y sus inteligencias con Andrónico. Pone en libertad á este y á su hijo, corona al usurpador sedicioso, y encierra en una torre, á orillas del mar de Mármara al viejo Paleólogo y á Manuel, su hijo y colega del imperio.

Bajazet entrega las llaves de esta prision á Andrónico, poniendo en su mano la suerte de los dos soberanos destronados. Al ejemplo de los otomanos, que sofocan toda rivalidad y toda aspiracion al trono con el homicidio, Bajazet aconsejó á Andrónico, á lo que

se dice, que consumara su crimen dando muerte á su padre y á su hermano. Fuese escrúpulo ó lentitud, Andrónico habia vacilado. Durante su duda, los soldados búlgaros, tropas venales é indisciplinadas que tenian á su cargo la custodia de la torre, abrieron el calabozo, en que estaban encerrados los emperadores, mandaron acercar una barca á favor de las tinieblas de la noche, y bogando con sus augustos cautivos hácia la costa asiática del mar de Mármara, entregaron á Juan y á Manuel en manos de Bajazet. Todo revela que estos búlgaros, corrompidos por el sultan, habian sido instrumentos de su política. Después de haber perturbado el imperio con la rivalidad del hijo contra el padre, le convenia agitarlo tambien con las reivindicaciones del padre contra el hijo. De este modo tenia en sus manos los elementos de la guerra doméstica de aquella desventurada y criminal casa imperial.

Recibió al anciano con los honores de su rango, prohiendo sus derechos y su venganza. El mismo dictó en 1390 á Juan y á Manuel un tratado semejante al que los generales romanos dictaban á los reyes vasallos del Asia, á quienes dispensaban su proteccion. El emperador se comprometia por este tratado á pagar anualmente al sultan de los turcos un tributo de cuarenta mil ducados de oro de Venecia, á

dar además en la primavera de cada año un contingente de doce mil cristianos al ejército otomano para conquistar en Europa y en Asia provincias que aceptaran la ley del profeta; en fin á declararse vasallo de los conquistadores de Brusa y de Andrinópolis.

## V

Con estas condiciones llevó Bajazet contra la capital de los griegos, para coronar en ella á Juan y á Manuel, el mismo ejército que habia llevado el año anterior para destronar á este viejo.

Andrónico no se atrevió á pelear contra el sultan, y entabló negociaciones, en las que pedía la division del resto del imperio. Este reparto, que lo aniquilaba, favorecía demasiado los proyectos de Bajazet para que no lo aceptara. Constantinopla acogió con dócil entusiasmo al emperador á quien habia llorado. Andrónico fué á reinar en Tesalónica, Rodosto y otras varias ciudades de la costa y del golfo que reconocian aun nominalmente la soberanía de los Paleólogos.

Seguro de la próxima disolucion de esta sombra de

imperio, Bajazet, de vuelta en Andrinópolis, no guardó siquiera á Andrónico la apariencia del respeto que se guardan los soberanos en presencia de sus pueblos. Habiendo sabido que una jóven princesa de Italia, célebre por su belleza, debía atravesar el golfo de Salónica para casarse con Andrónico y reinar con él en aquella parte del imperio, envió á navegar en aquellas aguas á Saridje-Bajá, su visir y su almirante. Saridje se apoderó de la galera veneciana que llevaba á la novia y sus tesoros, y la condujo á la corte del sultan. Enamorado Bajazet de los hechizos de la jóven cristiana, destinada á ser emperatriz de Oriente, se negó á entregarla á Andrónico. Casóse con ella con mucha pompa en Andrinópolis, y la envió como un despojo de la guerra á aumentar el número de las esposas que engalanaban con sus encantos su haren de Europa.

## VI

Su audacia crecía con su fortuna. Solo una ciudad populosa quedaba que subyugar en Asia. Era la antigua Filadelfia, capital de un principado bizantino en

el valle que confina con Aidin. Bajazet creyó que no humillaba bastante á los emperadores griegos si no los obligaba á que pelearan ellos mismos contra los últimos defensores de su propio imperio. El rey de Servia, el emperador Manuel y los príncipes de su casa recibieron la intimacion de reunirse á los otomanos para castigar la fidelidad de Filadelfia á Bizancio. Estos príncipes obedecieron, dice Chalcondylo, deplorando su servidumbre. Siguieron á Bajazet en su expedicion á Filadelfia, y para mostrar mejor su celo servil, ellos mismos llevaron á los griegos al asalto de aquellas últimas murallas griegas.

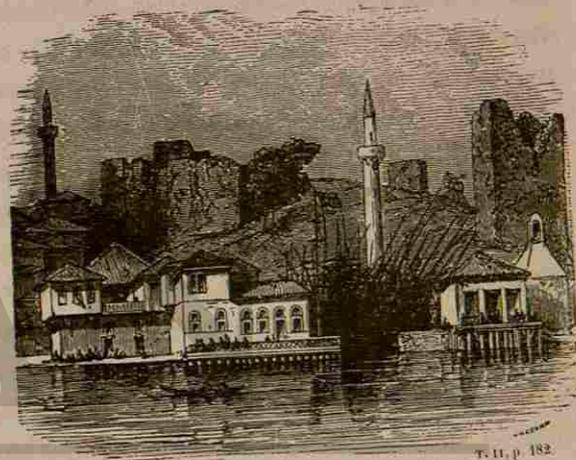
Bajazet puso á su conquista el nombre de Alaschyr, levantó mezquitas sobre los cimientos de las iglesias bizantinas, é impuso un tributo á los habitantes que aplicó á la conservacion de la magnífica mezquita que edificaba, y que asombra hoy mismo á los viajeros que la contemplan desde la colina de Andrinópolis.

## VII

Orgullosa con este triunfo, Bajazet marchó con su doble ejército de turcos y de griegos desde Alaschyr

á la Cilicia Petrea, valles y flancos casi inexpugnables del Taurus, adonde se habia replegado el emir mal sometido de Caramania, que obtuvo el perdon y la paz cediendo lleno de temor todas sus ciudades fuertes. El viejo Timurtasch, compañero de glorias de Amurat, fué investido con el gobierno militar de aquellas ciudades y de aquellos valles de la Cilicia. Bajazet le dejó un puñado de turcos suficiente para que respetaran aquellos turcomanos el poder, presente en todas partes, del sultan de Brusa. La celeridad de sus movimientos suplia su número; viva siempre su imágen aterradora en la imaginacion de los pueblos conquistados, podia ausentarse sin inconveniente para ir en busca de nuevas conquistas.

Aun se le creia en Cilicia cuando ya estaba de vuelta en Brusa, habia atravesado con su ejército el Bóstoro y abria un puerto en Galipoli para que rivalizara con el de Constantinopla y desafiara las galeras de Venecia, de Génova y de las costas del Mediterraneo. Todavía se admiran sobre los muelles avanzados de este primer puerto militar de los otomanos, las torres colosales que lo protegían. Sesenta buques muy capaces se armaron bajo las órdenes de su almirante Saridje para trasportar en ellos armas y soldados. Esta escuadra amenazó á Samos, Lesbos, Lemnos, Chio, Rodas, Chipre, Negroponto y todas las



T. II, p. 182.

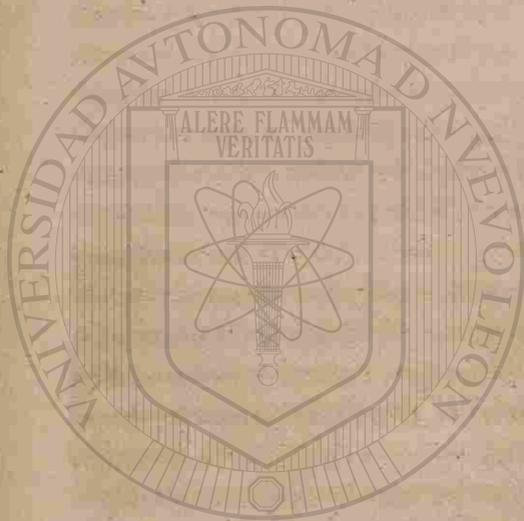
GALIPOLI.



islas fortunadas del Archipiélago, que debian únicamente á las olas su independencia, su religion y sus riquezas.

Apremiado el emperador Manuel por Bajazet á que le ayudara á nuevas conquistas contra sus propios súbditos, se humilló sin titubear ante la voluntad de su señor. El mismo mas como suplicante que como vasallo, fué á llevar á Galípoli el tributo impuesto á Bizancio y á conducir el contingente de auxiliares llamado el ejército de la primavera. Negroponto, la antigua Eubea, y la isla de Chio, que acababa apenas de salir de sus cenizas, vieron desembarcar á los otomanos, incendiar sus naranjos y llevarse cautivos á sus hijos y sus doncellas. Este espectáculo consternó los mares y las costas. Juan Paleólogo recobró alguna energía por exceso de terror. En el incendio del Archipiélago vió el preludio del asalto de Constantinopla, y se atrevió á reparar sus fuertes y á construir nuevas murallas sobre el mar de Mármara. El castillo de las cinco torres fué flanqueado por dos torres nuevas que entraban en el agua por un lado, y que defendian por el otro el ángulo de las robustas murallas de la ciudad sobre la llanura de Tracia.

Bajazet sintió ó fingió sentir un ultraje al ver tomar aquellas precauciones contra su poder. Consigo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenia como rehen en Andrinópolis á Manuel Paleólogo, hijo de Juan. Este jóven servia en las tropas del sultan y bajo sus órdenes, para que aprendiera, decia el emperador, el rudo oficio de las armas. Bajazet lo ponía de guardia á la puerta de su serrallo, como á uno de sus pajes favoritos. Escribió á Juan Paleólogo que si no arrasaba inmediatamente las torres y los fuertes que acababa de construir, haría sacar los ojos á Manuel.

Forzado el viejo á escoger entre la obediencia ó la ceguedad de su hijo, destruyó lo que acababa de levantar, y murió de pesar, de oprobio y de terror en su amenazado palacio. El jóven Manuel, noticioso ántes que el sultan de la muerte de su padre, que le habia comunicado un mensajero secreto, se escapó de Brusa y llegó á Constantinopla con toda felicidad para revestirse con la púrpura imperial. Irritado Bajazet con su fuga, hizo estrangular á los guardias del palacio de Brusa, culpables de negligencia en la custodia del príncipe fugitivo. Un nuevo tratado, mas humillante que los precedentes para el orgullo cristiano, calmó el resentimiento de Bajazet. El sultan exigió que cadis ó jueces mahometanos administrasen una justicia privilegiada á sus súbditos dentro de Constantinopla, en donde se edificaron muy luego mezquitas frente por frente de Santa So-

fía, como para desafiar de mas cerca al cristianismo de los griegos.

No contento con estas satisfacciones, extendió todo su ejército de Asia por Galípoli, la Tracia, devastando los campos, imponiendo contribuciones á las ciudades, cortando los caminos é insultando á los griegos hasta al pié de sus fortificaciones. Encerrados estos dentro de sus muros, lo único que tenían libre eran sus suspiros. Bajazet, seguro de su terror, y mas seguro de su cobardía, llevó como un torrente sus dos ejércitos de Europa y de Asia contra los valacos y los húngaros, pueblos belicosos situados en la márgen izquierda del Danubio, á quienes tenia por enemigos, sin mas razon que la de ser sus vecinos. Su política, opuesta á la de su abuelo Othman, que contemporizaba con los cristianos, consistía en no dejar hacer al tiempo lo que la actividad puede arrancar á la fortuna. Pero esta vez le falló esta por apresurarse demasiado.

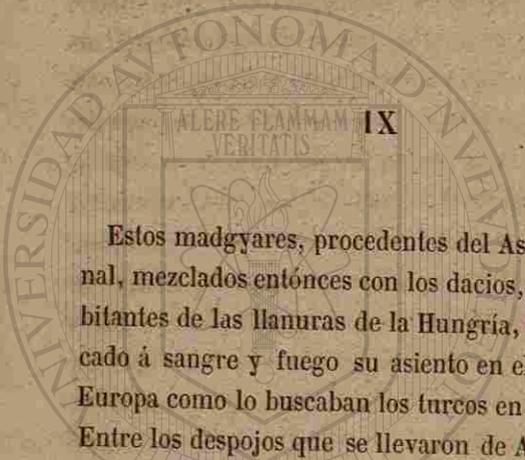
## VIII

Cuanto mas se alejaba de Constantinopla, centro de la molicie y de la corrupcion de los bizantinos

degenerados, encontraba poblaciones nuevas, mas sanas, obstinadas, capaces de luchar contra sus otomanos. Las razas limítrofes del Danubio han bebido constantemente el heroísmo en sus aguas. Los hunos han importado allí cierta barbarie natal, la aventurada intrepidez y el feroz patriotismo de las razas del Cáucaso. Pastores como los otomanos, enamorados como ellos del desierto y del caballo, ese belicoso compañero del hombre, no domados por los romanos, mal sometidos por Trajano, convertidos tarde al cristianismo, no por las armas, sino por el instituto que arrastra hácia lo sobrenatural, regidos por reyes que no conquistaban ni conservaban el trono sino á costa de grandes sacrificios, de grandes hazañas, únicos títulos que impusieran respeto á aquellas gentes, los húngaros parecian colocados por la naturaleza entre las últimas montañas de la Servia y las cadenas montuosas de la Transilvania, en el valle del Danubio, como un ejército apoyado en dos fortalezas, para cerrar á los tártaros el ancho camino del Occidente. Nada es tan semejante al Turkestan como la Hungría, cuyo Danubio es el Oxus, vasto depósito de hombres y de caballos poco adheridos á la tierra, y que forman por consiguiente campamentos con tanta facilidad como ciudades. El aspecto de sus inmensos pastos, vistos por Bajazet desde las mesetas

de Servia y de Bulgaria, cuando hizo sus primeras campañas con su padre, agitaba su sueño ofreciéndole perspectivas de establecimientos para aquellas tribus independientes de turcomanos, demasiado numerosas y demasiado tumultuarias en Asia en derredor suyo, y que se extenderian anchamente por las llanuras del Danubio. Bajazet no temia ya nada junto á Brusa de los griegos vencidos ó enervados; pero temia á los emires de la Bithinia, de la Cilicia, de la Capadocia, de la Colehida, de la Armenia, de la Siria, que podian hacer alarde de mas independencia que la que convenia á la supremacia de los hijos de Othman. El móvil secreto de su política era pues echarlos á Europa, inundar con ellos los llanos del Danubio para afianzar su imperio asiático. No se puede negar que esta política del tercer sultan de los otomanos era al paso que instintiva previsorá. Bien podia ocultarse á los mismos otomanos con el entusiasmo de la guerra y el pretexto de la fé. Bajazet, agitaba y removia alternativamente la Europa y el Asia para establecer el sobrante de los turcos, sobre el Bósforo, cerca del Danubio. Pero habia calculado mal los grados de resistencia que iba á encontrar en aquel desbordamiento sistemático de los otomanos. Aun se ve en este tiempo, que las provincias del otro lado del Danubio, las últimas en someterse á los sul-

tanes, han sido las primeras tambien en recobrar su absoluta independencia ó su libertad federal. Cinco siglos no han podido subyugarlas; los bosques conservan las nacionalidades.



Estos madgyares, procedentes del Asia septentrional, mezclados entónces con los dacios, antiguos habitantes de las llanuras de la Hungría, habian buscado á sangre y fuego su asiento en el Norte de la Europa como lo buscaban los turcos en el mediodía. Entre los despojos que se llevaron de Alemania, de Francia y de Italia, habian trasportado el cristianismo á sus estepas. Una dieta ó asamblea de los jefes nombraba á su rey en Buda, que era su capital. La Rusia, la Polonia, la Bohemia, el Austria, la Bulgaria, la Albania, la Grecia, habian sido una tras de otra devastadas por ellos. La guerra era su naturaleza. Habian bajado hasta Zara, situada sobre el Adriático, que habian arrebatado á los venecianos. Sus príncipes, ocupando varios tronos por medio de matrimonios, y entre otros el de Nápoles, eran considerados

como poderosos auxiliares y admitidos en las grandes ligas de los reyes de la cristiandad. La victoria seguia siempre sus pasos. Recientes trastornos habian perturbado y ensangrentado el reino de los madgyares. Despues de la muerte de uno de sus reyes mas políticos y mas belicosos, el rey Luis de Hungría, su hija Maria, adorada del pueblo, habia sido proclamada, no *reina*, sino *rey* de Hungría, para dar á entender que la nacion habia querido un reinado viril bajo una niña. Carlos, rey de Nápoles, envidió la corona de esta jóven y la destronó. La madre de la reina, apoyada por los nobles, habia hecho asesinar al rival de su hija. Los croatas madgyares semi-salvajes de las costas del Adriático se apoderaron de las dos reinas para vengar la muerte de Carlos. Mataron á la madre, y encerraron á la hija en una torre de Alba-Real.

Sigismundo, margrave de Brandeburgo, cuyo matrimonio con María estaba ajustado ántes de tales reveses, la libró de su prision y recibió en recompensa su mano y el trono de los húngaros. Este príncipe, en quien lo político, lo caballero y lo heroico se juntaban para hacer de él un grande hombre, debia ser elegido un dia emperador de Alemania. Entónces no era mas que un guerrero apostado en la brecha de Europa para defenderla contra la invasion

de los tureos. Amenazado por Bajazet, abandonado por los búlgaros, vencidos ya los servios, da el grito de alarma, llama á los pueblos y príncipes cristianos á otra cruzada defensiva, y forma con todos estos elementos diversos un ejército ansioso de pelear bajo sus órdenes. Uno de sus bastardos, Juan Huniades, el héroe húngaro que debia consumir la salvacion de su pueblo despues de su muerte, habia ya venido al mundo. El destino, por uno de sus augurios, que son las profecias de los grandes caracteres, presagiaba en aquel niño alguna cosa misteriosa y grande. El niño habia nacido de los amores secretos de Sigismundo con la hermosa Isabel Morsinai, cuyo corazon y cuya patria habia conquistado Sigismundo en una de sus expediciones contra los valacos. Isabel habia seguido al rey Sigismundo á Buda, vivia léjos de la córte del rey é inaccesible á los celos de su familia en una caña de los bosques que cercaban la ciudad. Un dia, en que el niño Huniades jugaba en un escampado del bosque con el anillo de Sigismundo, que habia sacado del dedo de su madre, un cuervo, atraido por el brillo del oro, se lanzó sobre el niño, y se llevó el anillo en el pico á la cima de un encino. Matías, hermano de Isabel, testigo del dolor de su hermana, á quien tal vez regañaria Sigismundo por la pérdida de aquella prenda amorosa, mató al cuervo de un

tiro de ballesta, y devolvió el anillo al niño. Este fué el origen del nombre de Corvino, que fué mas tarde el dictado de la dinastía húngara de los hunos y de las armas de esta casa real, en donde se ve á un cuervo que llevaba un anillo en su pico.

## X

Veinte mil franceses, italianos, borgoñeses, alemanes y croatas habian acudido al llamamiento de Sigismundo para pelear contra Bajazet. El ejército del sultan, dividido en muchas columnas, se extendió al mismo tiempo por la Bulgaria, la Servia, y la Valaquia. Las montañas resistieron, la llanura se sometió; Myrtsche, príncipe de los valacos, se declaró vasallo y aliado de los otomanos. Desde esta capitulacion, la Valaquia fué y permaneció constantemente unida al imperio otomano. Sigismundo rechazó con sus generales los ataques de los turcos en las mesetas de la Bosnia. Los hielos separaron á los combatientes. Los turcos no habian logrado la menor ventaja en esta campaña.

Sigismundo, alentado por las vacilaciones de los

otomanos, atravesó el Danubio en la primavera del año de 1392, y puso sitio á Nicópolis, baluarte de los otomanos en las llanuras inmediatas al río. Este fué el escollo de su gloria. Bajazet acudió de Andrinópolis, y reuniendo á todos los generales dispersos en Bosnia, Albania y Tracia, colocó atrevidamente el ejército cristiano de Sigismundo entre la ciudad y su campamento. Provocados los cristianos en el momento de ir á apoderarse de Nicópolis, aceptaron temerariamente la batalla que les presentaban las hordas tártaras, que juzgaban muy inferiores en valor y en táctica. Pero los turcos tenían en su favor su ímpetu y su fatalismo religioso. Los húngaros combatían por la patria, los cruzados por el honor, los otomanos por difundir el islamismo. Veinte mil húngaros, franceses, bohemios y alemanes, cubrieron con sus cadáveres el campo de Nicópolis. Al ponerse el sol, no quedada de la numerosa liga de Sigismundo mas que muertos, esclavos, ó fugitivos, extraviados en los bosques de la Bulgaria. El mismo Sigismundo, no pudiendo repasar á nado el Danubio desbordado, iba á perecer bajo el sable de un spahis de Bajazet, cuando uno de sus ginetes, Blasius Czerei, recibió voluntariamente el golpe por su soberano, y guiándolo á pié, á pesar de su herida, lo condujo á Buda á través de la Italia.

El nombre de Bajazet bastó despues de la victoria para contener pacíficos á los habitantes consternados de las márgenes del Danubio.

## XI

Un mensajero de Brusa le trajo al campo de batalla noticias de Asia, que compensaban tristemente su triunfo en Europa. Timurtasch, su teniente en Bithinia, se habia dejado sorprender por una nueva revuelta del emir de Caramania. Las tropas de Bajazet habian sido dispersadas por los insurgentes de este emir. Timurtasch habia caido prisionero; Brusa amenazada temblaba dentro de sus murallas. La sublevacion de los caramanios salvó la Hungría. Bajazet atravesó con la rapidez del rayo la Bulgaria, la Tracia, el Bósforo, y reapareció con dos ejércitos victoriosos en las pendientes del Olimpo. El emir de Caramania se arrepiente de su audacia, se disculpa y ofrece una reparacion. Bajazet no escucha mas que su venganza, ataca y derrota á los caramanios en la llamura de Akstchai, coge y encadena al emir Alaeddin y á sus dos hijos, y los confia á Timurtasch,

otomanos, atravesó el Danubio en la primavera del año de 1392, y puso sitio á Nicópolis, baluarte de los otomanos en las llanuras inmediatas al río. Este fué el escollo de su gloria. Bajazet acudió de Andrinópolis, y reuniendo á todos los generales dispersos en Bosnia, Albania y Tracia, colocó atrevidamente el ejército cristiano de Sigismundo entre la ciudad y su campamento. Provocados los cristianos en el momento de ir á apoderarse de Nicópolis, aceptaron temerariamente la batalla que les presentaban las hordas tártaras, que juzgaban muy inferiores en valor y en táctica. Pero los turcos tenían en su favor su ímpetu y su fatalismo religioso. Los húngaros combatían por la patria, los cruzados por el honor, los otomanos por difundir el islamismo. Veinte mil húngaros, franceses, bohemios y alemanes, cubrieron con sus cadáveres el campo de Nicópolis. Al ponerse el sol, no quedada de la numerosa liga de Sigismundo mas que muertos, esclavos, ó fugitivos, extraviados en los bosques de la Bulgaria. El mismo Sigismundo, no pudiendo repasar á nado el Danubio desbordado, iba á perecer bajo el sable de un spahis de Bajazet, cuando uno de sus ginetes, Blasius Czerei, recibió voluntariamente el golpe por su soberano, y guiándolo á pié, á pesar de su herida, lo condujo á Buda á través de la Italia.

El nombre de Bajazet bastó despues de la victoria para contener pacíficos á los habitantes consternados de las márgenes del Danubio.

## XI

Un mensajero de Brusa le trajo al campo de batalla noticias de Asia, que compensaban tristemente su triunfo en Europa. Timurtasch, su teniente en Bithinia, se habia dejado sorprender por una nueva revuelta del emir de Caramania. Las tropas de Bajazet habian sido dispersadas por los insurgentes de este emir. Timurtasch habia caido prisionero; Brusa amenazada temblaba dentro de sus murallas. La sublevacion de los caramanios salvó la Hungría. Bajazet atravesó con la rapidez del rayo la Bulgaria, la Tracia, el Bósforo, y reapareció con dos ejércitos victoriosos en las pendientes del Olimpo. El emir de Caramania se arrepiente de su audacia, se disculpa y ofrece una reparacion. Bajazet no escucha mas que su venganza, ataca y derrota á los caramanios en la llamura de Akstchai, coge y encadena al emir Alaeddin y á sus dos hijos, y los confía á Timurtasch,

que era su prisionero el día de la batalla. Implacable este, y ansioso de satisfacer su venganza, hizo extrangular á Alaeddin sin consultar á Bajazet. «La muerte de un príncipe, dicen los historiadores turcos, vale mas que la pérdida de una provincia.» Bajazet se contentó con esta explicacion de Timurtasch, é incorporó la Caramania en el imperio. Echándose desde allí por la izquierda á través del ancho núcleo de la Capadocia, entre el mar Mediterráneo y el mar Negro, sometió las provincias de Tokay, de Siwas, de Kaisariéh, de Castemuni y de Sinope, bañadas al Norte por el Ponto-Euxino.

Bajazet Kœtutum, ó el *Estropeado*, que gobernaba en Sinope, huyó con sus hijos y sus caudillos al lado de Timur-Lenk (Tamerlan), jefe y vencedor de los nuevos tártaros, que comenzaban á asomar á lo léjos como un reflujó de la invasion de Alejandro el Grande, del Oriente hácia el Occidente. La huida del Estropeado y de todos estos príncipes al campamento de Timur dejó á Bajazet dueño de todas las costas asiáticas del mar Negro, desde Sinope hasta la embocadura de Constantinopla, dió el gobierno de Castemuni á su hijo Soliman. Esta provincia, que encerraba minas ricas de cobre, edificios griegos y árabigos, bien cultivada, famosa en literatura, era la patria de la famosa Seinab, la Corina de la Arabia.

Amisus, hoy Samsun, colonia de los atenienses y milesianos, capital en tiempo de los romanos del reino del Ponto, fué agregada á estas conquistas de Bajazet. Las fábricas de lienzo, de cables y de brea que se levantaban en estas colonias comerciantes, á las orillas del Thermodon, enriquecian el tesoro del sultan. Amasia, llamada la Bagdad de la Rumelja á causa de la elegancia de sus monumentos, de sus acueductos y de sus sepuleros, vió alzarse soberbias mezquitas al lado de sus templos y de sus cúpulas. Bajazet veneró allí á un anciano célebre, llamado el scheik Pir-Elias, cuya sabiduría, elocuencia y reputacion de santidad honraban á Amasia. Este anciano, buscado y venerado poco despues por Timur, parecia que dominaba con su fama á los conquistadores sucesivos de su patria. Una safo de la Arabia, llamada Mihri, que vivia entónces en Amasia, y cuya tumba visitan hoy los poetas turcos, atestigua que el cultivo intelectual se extendia al sexo femenino en aquellas ciudades turcomanas. Amasia, Eden ó Arcadia de los poetas árabes y turcos de aquella época, habia sido escogida por el mas popular de estos poetas para la escena imaginaria de los amores de *Ferhad* y de *Schirin*, esa epopeya amorosa y elegiaca de los pueblos de Othman. Allí se enseña un acueducto abierto en la roca, destinado, dice la tradicion, á llevar á la

ciudad los raudales de leche de los rebaños de Schirin. Mas léjos se ve la peña escarpada en que una mendiga dió á Ferhad la noticia falsa de la muerte de Schirin, y desde la que este amante desesperado se precipitó en el abismo para no sobrevivir al objeto de su amor y de sus cantares.

La antigua ciudad griega de Halys, ahora Kiril-Irmak, ilustre tambien con un puente monumental, la arquitectura árabe y turca del tiempo de Bajazet. Llámase puente del sepulcro de Kuyun-Baba, del nombre de un filósofo contemplativo turcomano, que no hablaba jamás, temeroso de interrumpir sus piadosas contemplaciones conversando con los hombres. Limitábase á dejar oír cinco veces por dia, á las horas de oracion, un balbuceo, semejante al baido de las ovejas, de donde le vino el sobrenombre de *Kuyun-Baba* ó el *padre carnero*. Una vasta hospedería gratuita para los orientales, institucion pia de que carece la Europa, existe junto al mausóleo del filósofo.

## XII

Saciado Bajazet de gloria y de conquistas, volvió con su ejército á Andrinópolis, corrompido por las costumbres de los bárbaros y de los griegos, con quienes habia vivido. Su mujer, hija del rey de los servios, lo aficionó al vino y á los indignos deleites de la embriaguez, bajo y grosero placer de los nobles de su patria. Los vinos de Hungría y de Chipre le hicieron olvidar los preceptos de Mahoma, que habia querido conservar en sus pueblos la superioridad de la razon, prohibiendo el uso de licores fermentados.

Los griegos desmoralizados con otros vicios que han conservado su nombre, y que habian ellos mismos imitado de los persas y de los medos, le enseñaron las mas infames voluptuosidades, buscadas contra la naturaleza en el gusto pervertido de los sexos. Su serrallo y el serrallo de sus ministros se vieron poblados, no solo de bellas esclavas, despojos de la guerra, sino tambien de jóvenes de hermosura sospechosa, los unos destinados á la mutilacion,

como los eunucos de los emperadores bizantinos, los otros á los horrores del monstruoso capricho de los sentidos. Los desórdenes de Tiberio en la isla de Caprea deshonraron el palacio del sultan. Estos favoritos del serrallo pasaron como una institucion á las costumbres. Los muchachos de belleza femenina fueron rivales, muchas veces vencedores, de las bellezas del haren. Educados, por uso tan vergonzoso, como pajes, que pasaban despues á otras dignidades del imperio, perpetuaron la memoria y la aficion á los vicios que los habian dotado. Este desarreglo, que parecia venir del Oriente, de la vida militar y pastoril, y de la poligamia, manchó desde muy temprano la pureza de las costumbres de los turcos. Innumerables eunucos crearon muy pronto entre ellos, siguiendo el ejemplo del palacio de Constantinopla, un tercer sexo, encargado de vigilar á mujeres y muchachos, privados de las fuentes del amor y del valor en el hombre, y no conservando de las pasiones viriles mas que las frias del odio, de la envidia y de la ambicion. La ley de Mahoma habia proscrito en vano estas dos degradaciones de la naturaleza en los preceptos formales del Coran. Imitando á los griegos de la edad heróica, que mantenian en Tebas un cuerpo de eunucos, y á los macedonios, que habian formado de jóvenes llamados por igno-

minia los *inmortales*, los turcos eligieron en Georgia y en Circasia la flor de la juventud para convertirla en esclavos favoritos. Bajazet reemplazaba su ejército y su serrallo pidiendo tributo de muchachos cristianos. Pero el espíritu militar, que se concilia bien con las costumbres licenciosas, sobrevivía en el sultan y en su pueblo á pesar de estas depravaciones. Excepto en los momentos en que el vino le dictaba sentencias, arrancadas á la embriaguez, su justicia era incorruptible y su disciplina inexorable. Su gran visir Ali-Bajá, compañero y cómplice de sus excesos, aunque conservando mas sangre fria en los momentos de delirio, aplazaba ó corregía á menudo estos fallos.

Cuéntase, que habiéndose quejado una vieja de Brusa de uno de sus pajes, á quien acusaba de haberse bebido la leche de sus cabras, al llevarla á la ciudad, Bajazet mandó abrirle el vientre para cerciorarse, con peligro de matar á un inocente, si el paje era culpable.

Otra vez hizo encerrar en una casa de Begschehri á todos los jueces de Brusa, acusados de haber vendido la justicia, y ordenó que los quemaran vivos bajo las ruinas de aquel edificio. El visir Ali-Bajá difirió la ejecucion y se puso de acuerdo con un bufon árabe, favorito de Bajazet, para hacer com-

prender al sultan, cuando estuviera en ayunas, la locura de semejante suplicio en masa, sin distinguir al criminal del inocente.

« Vengo á pedirlos que me enviéis con una embajada á Constantinopla, dijo el árabe á Bajazet.

— ¿Para qué me pides tal empleo? respondió el sultan.

— Para rogar al emperador griego que nos envíe sus frailes para juzgarnos.

— ¿Qué quieres decir con eso? dijo de nuevo Bajazet.

— Quiero decir, replicó el bufon, que puesto que vamos á quemar nuestros jueces que propagan el Coran, será preciso tratar de que los reemplacen algunos frailes cristianos que nos ayuden á difundir el Evangelio. »

Esta leccion hirió al sultan. Informóse de las causas de la venalidad de los juicios en su imperio. Ali-Bajá le dijo que la indigencia del juez era la perdicion del justiciable, y que para lograr que los jueces fuesen integros, era necesario que los pusieran fuera del alcance de la corrupcion, señalándoles sueldos fijos y suficientes. El sultan aumentó el salario á los jueces, y organizó una distribucion imparcial de la justicia en todos sus dominios.

## XIII

La edad amortiguaba las pasiones de Bajazet; la religion las domó. La guerra no habia menoscabado la autoridad moral de los representantes de los kalifas al lado de los emires y del sultan. Este reinaba sobre el pueblo, pero el Coran reinaba sobre él. Los ministros de la religion conservaban la libertad de los consejos, de las reprensiones, hasta del anatema; en la corte, un dervis hacia palidecer á un conquistador.

Habia entónces en una soledad inmediata á Brusa un célebre scheik árabe, lleno de años, de sabiduría y de reputacion, llamado Bukara. Investido por el kalifa de Egipto con el título de delegado suyo cerca del sultan, encargado de ceñir el sable á Bajazet cuantas veces emprendia este príncipe una campaña para la propagacion de la fé musulmana, el viejo scheik se habia conciliado la deferencia y la veneracion de su señor. Él aprovechaba con santa audacia todas las ocasiones que se le ofrecian para reprenderlo severamente, aunque con tono humilde,

por los escándalos que daba con sus dos vicios, la embriaguez y la depravacion de costumbres. Virtuoso, elocuente, persuasivo, sufrido, como la virtud que representaba en medio de la desmoralizacion del serrallo, Bukara logró por fin despertar el remordimiento en el alma de Bajazet. Este principe, secundado por el anciano, comparó su vida con la pureza del precepto del Coran, y se avergonzó de la comparacion.

« O Mahoma es un falso profeta de Dios, le dijo Bukara, ó tú eres un falso discípulo del profeta. »

Bajazet se dió golpes de pecho, y juró al scheik hacer penitencia por sus pecados. Purgó el serrallo de pajes deshonrados, é hizo verter en la arena los vasos que contenian los vinos de Chipre y de Tokai. Aun estaba en la edad en que los hábitos no han dominado la voluntad: fogoso en la virtud como lo era en la guerra y en los vicios, Bajazet lloró sus culpas, edificó mezquitas, actos de fé esculpidos en piedra y mármol, en que las oraciones de los fieles creyentes se reflejaban en la memoria del fundador. Él fué quien para alcanzar que el Todopoderoso bendijera sus campañas militares, confirió á Bukara, vice kalifa, y mas tarde á sus sucesores, el privilegio de ceñir el sable á los sultanes, cuando partian para una expedicion militar.

En aquel mismo tiempo, como para desafiar ó vigilar de mas cerca á Constantinopla, Bajazet hizo construir en frente de esta capital, en la orilla asiática del canal de Bósforo, la fortaleza de Guzeldje Hissar, ó el *Hermoso Castillo*. Guzeldje Hissar, cuyas ruinas cubren hoy los palacios y jardines del sultan, era el primer anillo de la cadena que tenia por segundo eslabon el palacio levantado en la orilla europea por Mahoma II, que no iba á tardar á bloquear por mar y tierra la ciudad de los emperadores bizantinos.

## XIV

Sin embargo, Bajazet ostentaba generosidad respecto de estos débiles emperadores. Pareció que combatia por ellos recobrando á Tesalónica, ocupada por los cruzados italianos, que se habian apoderado de ella durante la anarquía del Oriente, y restituyó esta ciudad imperial á los Paleólogos, bien convencido de que sus despojos, arrancados así á los cristianos, vendrian un dia á poder de los otomanos.

Una formidable invasion de Sigismundo, rey de

Hungría, secundada por seis mil franceses, ansiosos de gloria, llamó á Bajazet bajo los muros de Nicópolis á las márgenes del Danubio. Los nombres mas ilustres de la caballería francesa, el conde de Eu, condestable de Francia; el conde de Nevers; Juan-sin-Miedo, hijo del duque de Borgoña aun adolescente; el conde de la Marche, Juan de Borbon; el almirante Juan de Vienne; Boucicault, mariscal de Francia; el sire de Coucy; Guy de la Tremouille, mandaban aquellos auxiliares franceses del rey de Hungría. El Danubio les llevaba hasta el pié de Nicópolis los viveres y las armas que necesitaban para tan lejana expedición, junto con las cortesanas corrompidas y corruptoras de aquellos campamentos, cristianos de nombre, desbordados de costumbres. Todo cae ante ellos al aparecer en la margen derecha del rio. La Transilvania, la Servia, la Bulgaria, devastadas por sus soldados, se convirtieron en soledades, y deploraron la pérdida de sus señores musulmanes, ménos funestos para ellos que sus libertadores.

Este ejército, que reunió muy pronto ochenta mil soldados enfrente de Nicópolis, sitió el baluarte de los otomanos. El intrépido Toghan, general de Bajazet, aunque con débil guarnicion, resolvió perecer con todos los suyos en la brecha, para que Bajazet tuviera tiempo de acudir á la defensa de sus fronte-

ras. Defendido por la espesura de los bosques de la Bulgaria, Bajazet avanzaba sin que la incuria de los franceses y húngaros sospechase su marcha. El campo de los confederados, orgulloso por su número, sumergido en los placeres, desdeñoso de toda disciplina, no supo la llegada del enemigo, hasta que sintió encima el sable de los azabs, caballería ligera del sultan.

Los húngaros y los franceses, tan bravos como licenciosos, se disputaron el puesto avanzado en el campo de batalla. Miéntras que la infantería húngara, mandada por Sigismundo, formaba sus líneas y tomaba posiciones, la caballería francesa, no escuchando mas que su impaciencia, embistió á Bajazet, dejó diez mil cadáveres tendidos en la llanura, y pasó á cuchillo ignominiosamente á tres mil prisioneros envueltos por sus escuadrones. El viejo sire de Coucy conjuró en vano, invocando su experiencia, á los caballeros franceses á que se contentaran con la victoria alcanzada en aquel dia. Todo consejo pareció cobardía á aquella juventud embriagada de orgullo, de valor y de sangre. La caballería francesa volvió á la carga sin dejar descansar á los caballos, fatigados y rendidos con tan larga carnicería. Ella persiguió á los spahis de Bajazet hasta la cima de una colina que ocultaba el ejército del sultan. De re-

rente brillaron cuarenta mil lanzas con los últimos rayos del sol, inmóviles ante los escuadrones franceses. Bajazet, á caballo en medio de aquel bosque de lanzas y sables, no dió lugar á que el enemigo reflexionara en su temeridad. Lanzóse sable en mano al centro, y extendiendo sus dos alas por dos vallecillos abiertos, á espaldas del ejército francés, encerró á la caballería en una especie de red de hierro. En vano les ofreció Bajazet la vida, si se rendían.

« ¡No, no, respondió en su nombre el almirante  
« Juan de Viene, Dios nos preserve de preferir la vida  
« al honor de la Francia; es menester combatir, no  
« por la victoria, sino por la muerte! »

Todos sucumbieron, ó se entregaron despues de haber peleado con el último fragmento de sus armas.

La numerosa infantería húngara, valaca y alemana, que contemplaba de léjos aquella matanza, no intentó siquiera el batirse. El mismo Sigismundo huyó abandonado por los húngaros; el rey de los servios, aliado secreto de Bajazet, se unió á los otomanos. Los caballeros de Estiria y de Baviera fueron los únicos que igualaron en denuedo á los franceses. Ellos cubrieron la retirada de Sigismundo, y lo metieron en una barca que la corriente del Danubio se llevó fuera del alcance de los tiros de Bajazet.

El rio estaba obstruido de cadáveres: sesenta mil muertos ó heridos cubrían las llanuras de Nicópolis. Los turcos habian tenido tanta pérdida como los cristianos. Bajazet lloró, recorriendo al dia siguiente á caballo al campo de batalla, y juró vengar la sangre otomana, vertida con tanta profusion por los vencidos. Sentado en el umbral de su tienda, hizo traer á su presencia á diez mil prisioneros atados de dos en dos con la correas de los caballos muertos. El conde de Nevers, y un jóven noble de Baviera, llamado Schildberger, que nos han trasmitado esta narracion, se vieron obligados á asistir á la ejecucion de esta venganza detrás de Bajazet.

Comenzó este por conceder la vida al conde de Nevers y á veinticuatro señores ó pajes de los mas ilustres entre los prisioneros. En seguida dió la señal para la matanza. Cada prisionero, llevado con una cuerda delante de la tienda, se arrodillaba para tender el cuello al sable otomano, y rodaba su cabeza por la orilla del rio. El jóven paje Schildberger, cubierto

ya con la sangre de cinco compañeros de armas, iba á recibir como ellos el golpe mortal, cuando el hijo de Bajazet, que presenciaba este suplicio al lado de su padre, admirado de la belleza del paje y llamándole la atención su juventud, se acercó al oído del sultan, y le hizo observar que aquel muchacho no tenía al parecer la edad necesaria para darle muerte.

La ley musulmana prohibía imponer esta pena al vencido que no tenía veinte años. Bajazet mandó suspender la ejecución con un signo, y mandó poner aparte el paje, con otros muchachos perdonados por la misma causa. Los caballeros murieron valerosamente invocando no el perdón, dice este testigo ocular, sino el cielo. El último de los diez mil exclamó mirando al conde de Nevers y á los veinticuatro indultados: « A Dios, sed testigos de que derramamos sin « debilidad nuestra sangre por la causa de Jesucristo; « nuestra muerte nos llevará triunfantes al cielo. »

## XVI

Schildberger cuenta que este suplicio de los diez mil vencidos duró desde la aurora hasta que declinó

el sol. Cuando se creyó bien rescatada la sangre de los otomanos por los torrentes de la cristiana, cobardeamente derramada despues de la victoria, Bajazet, á ruegos de sus hijos y de sus visires, concedió la vida á los restantes prisioneros y los distribuyó como parte del botin entre sus soldados. El duque de Borgoña, los veinticuatro caballeros y los pajes fueron conducidos como esclavos reservados para el sultan, y encerrados en la torre de Galípolis.

El rey de Hungría, Sigismundo, á quien la corriente del Danubio habia arrastrado hasta el mar Negro, donde un buque veneciano lo recibió á su bordo y lo trasportó á Constantinopla, pasó algunos meses mas tarde en un barco griego por delante de la torre de Galípolis, donde languidecian sus aliados cautivos. Mas dichoso que ellos, iba á entrar en sus estados por el Adriático. Los turcos hicieron subir á los prisioneros á la plataforma de la torre, para que vieran cruzar la embarcacion de Sigismundo: « Vén á redimir á tus camaradas, si te atreves á ello, gritaron « al rey mostrándole á sus auxiliares encadenados! » Sigismundo lloró de vergüenza y compasion, y prosiguió su derrotero para ir á mendigar su rescate por Europa.

Se lee en la historia de los húngaros que el rey de Francia y el de Chipre enviaron á Bajazet ricos pre-

sentés para contribuir á este rescate; que Lusignan, rey de Jerusalem, ofreció diez mil ducados en un vaso de oro antiguo, cincelado, de un precio incalculable; que el rey Carlos VI, conociendo la pasión de los otomanos á la caza con halcon, envió á Bajazet una porción de halcones adiestrados por sus halconeros y magníficas telas de escarlata, iguales á la carga de seis caballos. Así se reunió, de país en país, la cantidad de doscientos mil ducados de oro, que le parecieron á Bajazet suficientes para el rescate de sus prisioneros personales, que vivían muchos años hacia en su deliciosa capital de Brusa, en un palacio inmediato al del sultán. Muchos murieron antes de que sonara la hora de su libertad; el sire de Coucy, de vejez; el almirante, de resultas de sus heridas. Boucicault y la Tremouille fueron conducidos á Venecia. El conde de Nevers fué relevado del juramento que por lo comun exigían los vencedores á los vencidos, cuando se despidió de Bajazet.

« No solamente, le dijo este con desden, te relevo  
 « de la promesa de no pelear contra mí; sino que, si  
 « tienes honor, te provocho á que vuelvas á empuñar  
 « las armas, á que reunas todas las fuerzas de la cristiandad para atacarme; de ningún modo podrías  
 « probarme tu gratitud mejor que proporcionándome la ocasión de adquirir nueva gloria. »

Antes de despedir á estos caballeros y príncipes, Bajazet los invitó á una cacería en los valles del Olimpo. Esta cacería, que prueba el grado de esplendor á que se había elevado la familia de Othman en tan pocos años de reinado, aun fué servida por siete mil halconeros á caballo y siete mil guarda-bosques imperiales del Olimpo, los perros llevaban mantillas de púrpura y collares adornados con piedras preciosas. Los jefes de estos dos cuerpos de servidores de la corte eran tenientes del agá ó general de los genizeros.

## XVII

Mientras que Bajazet gozaba de las delicias de su victoria de Nicópolis en sus palacios de Brusa y de Andrinópolis, sus generales Evrenos y Timurtasch continuaban sus conquistas al otro lado del Danubio y del Save, volviendo él mismo á sus exigencias contra los soberanos de Constantinopla.

Su visir Ali-Baja, estrechaba años hacia á Constantinopla con un ejército acampado á corta distancia de las murallas en la llanura de Tracia. Afligia á la ciu-

dad un bloqueo que podia privarla de los viveres por la parte de tierra, y preferia resueltamente la franca dominacion de los turcos á una falsa independencia bajo principes que no podian protegerla.

A su regreso de Hungría, Timurtasch sometia una tras otra todas las ciudades griegas de las costas del mar Negro, que reconocian todavía la soberanía de los emperadores. Desde allí, atravesando el Bósforo, derramaba su ejército por el otro lado del Taurus hasta el Eufrates, haciendo remontar así, como á su origen, el poder de las tribus de Othman.

En tanto que Timurtasch llevaba á cabo esta empresa, Bajazet emprendió la conquista de la Grecia continental, instigado por algunos griegos traidores á su patria, que le exageraban las delicias y la riqueza de aquella comarca. Pasó sin obstáculo las indefensas Termópilas, y subyugó uno á uno los principados y los ducados que habian fundado los caballeros de las cruzadas sobre las ruinas de la soberanía de los emperadores de Bizancio en sus diferentes provincias del Peloponeso.

Una de las princesas del Peloponeso, viuda de Delwos, príncipe de la casa de España, fué denunciada á Bajazet por sus obispos como culpable de cultivar una pasion ilícita con su ministro, el griego Strates. Para evitar las consecuencias de tan odiosa delacion,

la princesa fué á presentarse al sultan con toda su corte, su tesoro y una de sus hijas, célebre por su belleza. Todo se lo ofreció á Bajazet; este se casó con la jóven griega sin exigirle que renunciara á su religion. Dueño en pocos meses del Peloponeso, envió millares de prisioneros griegos al Asia, y llevó á Grecia turcos en su lugar, para diseminar la poblacion, y mezclar los cristianos con los mahometanos, á fin de preparar las orillas del Adriático á recibir el islamismo.

Aténas, convertida en feudo de una casa de caballeros borgoñeses, los Laroche, despues de su época heróica, luego en feudo de una familia plebeya de Florencia, los Acciaioli, vió pasar por debajo de su Partenon al terrible apóstol del islamismo, pero sin que fuera entónces incorporada en el imperio otomano. Bajazet respetó, no su pasada gloria, sino la posesion de un comerciante italiano que le daba hospitalidad dentro de sus muros.

## XVIII

De vuelta en Brusa, harto de gloria y de fortuna, Bajazet vivia allí como un Salomon del Oriente, si

hemos de dar crédito al historiador bizantino Ducas, testigo de su prosperidad. « Su residencia predilecta « dice Ducas, era Brusa. Ningun goce le faltaba; sus « palacios y sus jardines encerraban todo lo que « Dios ha criado para debilitar los sentidos humanos. « Se despertaba con el canto de las aves de sus bos- « ques de Bithinia, y con el murmullo de los perenes « manantiales del monte Olimpo. Animales raros « de todos los climas, y metales preciosos ornaban « y vivificaban sus palacios de recreo. Innumerables « esclavos de ambos sexos, escogidos por la exquisita « belleza de sus rostros, vivian en ellos únicamente « para deleitar su vista. Cantantes y bailarinas de « regiones apartadas, sometidas por sus soldados, de « la Grecia, la Valaquia, la Albania, la Hungría, las « islas del Archipiélago, Venecia y Roma, cantaban « y bailaban al estilo de su país en presencia de su « corte. »

Corregido un instante de su afición á los placeres por la severa voz del scheik Bukara, Bajazet, sediento siempre y siempre saciado de placeres, pasaba de nuevo sus días y sus noches entregado á la ociosidad ó á los deleites. Parecia que no amenazaba nada ni en Europa ni en Asia su imperio ó su vida, cuando un mensajero de las márgenes del Eufrates, llegó á Brusa é hizo resonar por primera vez en sus oídos el

nombre de Timur. Al escucharlo, Bajazet se levanta sobresaltado, pero ya era tarde. Con los ojos fijos en Europa y Bizancio, habia dejado crecer y desbordarse, sin ponerle un dique, el torrente que se iba á tragar su imperio y su fortuna.

Refiramos lo que habia pasado en la Gran-Tartaria, fuente inagotable de estos invasores del Oriente, mientras que la primera inundacion de aquel manantial de hombres habia esclavizado el Asia Menor y la Europa con la primera emigracion de los turcos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO SEPTIMO

Entre la India y la Siberia, entre la China y el mar Caspio, se extiende un inmenso territorio, semejante á un océano sólido sobre el que se levantan las montañas del Thibet, como un cabo avanzado, que interrumpen de distancia en distancia raras ondulaciones, mas bien como olas que se hinchán y suben sobre el nivel del mar que como cadenas de montes que separan los países y las razas humanas. El nombre genérico de esta meseta ele-

vada del globo es Tartaria. Este nombre comprende en su generalidad otros nombres que corresponden á las subdivisiones geográficas ó históricas de esta parte que es la mas fecunda y la ménos conocida del mundo; Tartaria mayor, Tartaria menor, Turkestan, Mongolia, desierto, país de los Mantchus, tierra de la nieve, tierra de la arena, tierra de las yerbas; todas estas denominaciones se funden en el nombre universal de Tartaria. Un viajero moderno, penetrando mas que el comun de los hombres en aquel océano de arena y de nieve, que ningun Cristóbal Colon ha explorado hasta sus últimos límites, el padre Huc, apóstol errante de la fé, tan apto para ver bien como para describir, ofrece en este momento á la historia la mas grandiosa y mas pintoresca descripción de las costumbres inmutables de los tártaros y de los sitios monotonos de la Tartaria mayor. No se puede comprender la invasion de Timur sin haber sondeado el manantial del Asia central, donde sacó este conquistador los hombres que iba á transportar de repente al Asia Menor. Su expedicion parece un reflujo de la de Alejandro á las Indias. La Europa se habia lanzado á las Indias, la Tartaria desbordaba sobre la Europa.

Oigamos al padre Huc.

## II

« La Tartaria tiene por lo general un aspecto triste  
 « y salvaje; jamás el ojo se recrea con el encanto y  
 « la variedad de los paisajes; la monotonía de las  
 « estepas no está entrecortada mas que por bar-  
 « rancos, terrenos quebrados, ó colinas pedregosas  
 « y estériles. Hacia el Norte, la naturaleza parece  
 « mas viva; los árboles decoran la cima de las co-  
 « linas, y numerosos rios riegan los abundantes  
 « pastos de las llanuras. Pero en la larga estacion del  
 « invierno, la tierra se halla cubierta con una espesa  
 « capa de nieve. Hacia la China, la *Tierra de las Yer-*  
 « *bas* se corona de cereales, y los pastores mongoles  
 « se ven impelidos al Norte por la extension del  
 « cultivo.  
 « Los llanos arenosos (ó desiertos) ocupan tal vez  
 « la mayor parte de la Tartaria mongol. Nunca se  
 « encuentran allí árboles; algunas yerbas bajas y  
 « quebradizas, que parece que brotan con dificultad  
 « en aquel suelo endurecido, espinos rastrosos, y  
 « brezos dispersos constituyen la única vegetacion

« y los únicos pastos de estos páramos. Las aguas se  
 « encuentran con mucha dificultad, de vez en cuando  
 « se ve algun pozo profundo, abierto para las cara-  
 « vanas obligadas á cruzar este desgraciado país.

« En Tartaria no se conocen mas que dos esta-  
 « ciones; nueve meses de invierno y tres de ve-  
 « rano (1). A veces los calores son sofocantes, sobre  
 « todo entre las arenosas estepas; pero por fortuna  
 « no duran mas que unos pocos dias. Las noches son  
 « por lo regular frias. En los países agrícolas, inme-  
 « diatos á la China, todos los trabajos deben ejecu-  
 « tarse en tres meses. Cuando la tierra está suficien-  
 « temente deshelada, se labra en seguida poco  
 « profundamente, ó por mejor decir no se hace mas  
 « que escarbar con el arado la superficie del terreno,  
 « luego se siembra el grano; la mies crece con una  
 « rapidez sorprendente.

« Apenas se ha segado esta, ya está el invierno  
 « encima con sus terribles hielos. En esta estacion  
 « se trilla. Como el frio abre grandes grietas en el  
 « terreno, se derrama agua en la superficie de la era,  
 « y se trilla sobre el hielo.

« La Mongolia, á causa de sus vastas soledades,  
 « está poblada de muchos animales salvajes. A cada

(1) En Madrid se cuenta lo mismo: « Nueve meses de in-  
 vierno, se suele decir, y tres de infierno. »

« paso se ven liebres, faisanes, águilas, cabras ama-  
 « rillas, ardillas grises, zorros y lobos. Es de notar  
 « que los lobos de la Mongolia atacan mas abierta-  
 « mente á los hombres que á los animales; hay ve-  
 « ces que atraviesan muchos rebaños de carneros sin  
 « hacerles unigun mal, para ir á precipitarse sobre  
 « el pastor. En las cercanías de la gran muralla, van  
 « con frecuencia á los pueblos tártaro-chinos, entran  
 « en las granjas, no hacen caso de los animales do-  
 « mesticados de los corrales y penetran en el inte-  
 « rior de las casas para buscar sus victimas, que co-  
 « gen casi siempre por el pescuezo y las estrangulan  
 « sin compasion. Acaso no hay pueblo en Tartaria  
 « que no deplora cada año desgracias de esta natura-  
 « leza; se diria que los lobos de aquellas regiones se  
 « proponen vengarse contra los hombres de la guerra  
 « encarnizada que les hacen los tártaros.

« El ciervo, la cabra montés, el caballo indómito,  
 « el camello salvaje, el yak, el oso pardo y negro, el  
 « lince, la pantera y el tigre frecuentan los desiertos  
 « de la Mongolia. Los tártaros no viajan sin ir bien  
 « armados con arcos, fusiles y lanzas. Cuando se  
 « piensa en este horroroso clima de la Tartaria, en  
 « esta naturaleza sombría y helada, dan tentaciones  
 « de creer que sus habitantes están dotados de un ca-  
 « rácter duro y feroz; su fisonomía, sus maneras, el

« vestido que traen, todo parece que viene en apoyo de  
 « esta opinion. El tártaro tiene el rostro aplastado,  
 « los juanetes de las mejillas salientes, la barba  
 « corta, la frente hácia arriba, los ojos pequeños,  
 « oblicuos, de un color amarillento y como inyec-  
 « tados de bilis, los cabellos negros y rudos, la barba  
 « clara, la tez bronceada y áspera. Su talla es me-  
 « diana; pero sus enormes botas y su ancho traje de  
 « pieles de carnero lo hacen parecer mas pequeño y  
 « rehecho. Para completar este retrato es menester  
 « añadir que tiene un andar pesado, un lenguaje  
 « duro, chillon y erizado de horribles aspiraciones.  
 « A pesar de este exterior salvaje, el tártaro tiene un  
 « genio dulce y benévolo; de repente pasa de una  
 « alegría loca y extravagante á la melancolía mas  
 « profunda. Timido con exceso en sus hábitos ordi-  
 « narios, cuando el fanatismo ó el deseo de ven-  
 « ganza lo excitan, despliega en su valor un impetu  
 « que nada es capaz de contener; es sencillo y cré-  
 « dulo como un niño; por eso ama con pasion las  
 « anécdotas y cuentos maravillosos. El encuentro de  
 « un lama viajero es siempre para él una fortuna.

« La aversion al trabajo y á la vida sedentaria, la  
 « aficion al pillaje, la rapina, la crueldad y los de-  
 « sórdenes sodomíticos, tales son los vicios que por  
 « lo comun han sido atribuidos á los tártaros. Noso-

« tros nos inclinamos á creer que el retrato hecho  
 « por los escritores antiguos no ha sido exagerado,  
 « porque siempre se vieron aquellas hordas terribles,  
 « en tiempo de sus gigantescas conquistas, llevar  
 « consigo el robo, el saqueo, la muerte, el incendio  
 « y toda especie de males. No conocen ninguna in-  
 « dustria; no merecen tal nombre las alfombras de  
 « fieltro, las pieles mal adobadas, y algunos borda-  
 « dos de cuero que hacen. En cambio, poseen con  
 « perfeccion las facultades de los pueblos pastores y  
 « nómadas. Tienen los sentidos del oido, de la vista,  
 « y del olfato prodigiosamente desarrollados. El tár-  
 « taro es capaz de oir á una distancia fabulosa el paso  
 « de un caballo, de distinguir la forma de un objeto,  
 « de sentir el olor de los rebaños ó el humo de un  
 « campamento.»

## III

La inmutabilidad de las costumbres en este centro  
 del Asia hace que el tártaro de hoy sea semejante al  
 tártaro de la época de Timur. Nada se renueva, mas  
 que las generaciones, en este vivero de hombres,

inaccesible á los vientos y á las ondulaciones de las comarcas movibles de la tierra. El desierto los protege contra nuestras vicisitudes de religion, de opiniones, de civilizacion y de costumbres. Son los árabes del Norte. Ellos ven como cambia todo en derredor suyo, sin cambiar ellos mismos. Adheridos por la necesidad de la vida pastoril á la *gleba* de sus desiertos, no conociendo las ciudades, habitando la tienda en lugar de la casa, recorriendo lentamente, pero sin cesar, sus soledades para buscar como los pájaros, las estaciones y para dejar que crezca la yerba de los prados en que han apacentado sus rebaños, llevándose todo consigo en el camello, el caballo y el carnero, su única riqueza, capaces de reunirse de repente en multitudes innumerables á la voz de sus jefes, para hacer la guerra ó emigrar, sin tener cuidado de sus viviendas ó provisiones, puesto que el camello lleva la tienda, el caballo sus armas, el carnero su vestido y su alimento, ningun pueblo fué jamás tan apto para multiplicarse y desbordar sobre las regiones de la India, de la China, de la Bukaria ó de la Persia, que forman, por decirlo así, las costas de su océano. Su religion primitiva, mezcla de pueriles idolatrias, de sublimes revelaciones de la India y de la filosofia de los sabios de la China, habia cedido con facilidad al mahometismo,

dogma sencillo y contemplativo, importado á sus desiertos por los soberanos de Samarcanda, convertidos los primeros de sus supersticiones á la unidad del Dios de Mahoma.

Tal era la Tartaria mongol, sometida todavía á los descendientes de Gengis-Khan, cuando nació Timur, para dar salida á estas muchedumbres, y para deramar sobre el Oriente envejecido la juventud renaciente de esa raza que no envejece ni se acaba jamás en aquella cuna de las razas eternamente primitivas.

## IV

Su nombre de Timur era la profecía ó la significacion resumida de su mision. Timur (*Dimur* en turco) quiere decir el hierro ó el instrumento de la muerte ó de la esclavitud del mundo. Era hijo de un pequeño principe nómada de Tartaria mongol, que gobernaba una de las numerosas tribus que componen una nacion en Oriente. Su padre, Taraghai, tenia la pretension de descender de Gengis-Khan, el primer conquistador grande de los tártaros y el fundador de una dinastía que se extinguia dos siglos despues de

su gloria. Timur nació en el año 736 de la hegira, 1335 de la era cristiana. La historia, que ignora las vicisitudes oscuras de su primera juventud, no lo entrevé hasta los veintisiete años de edad, todavía sin imperio, pero ya célebre por sus hazañas entre los guerreros de la Tartaria Occidental ó Turkestan.

Es verosímil que el jóven Timur adquiriera esa fama popular en los campamentos del emir Hussein, que reinaba sobre las tribus de las márgenes del Oxus, que peleaba contra los persas, y que residia en las ciudades fuertes, fronterizas de la Tartaria, de Balkh y Herat.

Timur llevaba ya en este tiempo el nombre de Timur-Lenk ó Timur el Cojo. Este mote, que recordaba justamente su enfermedad y su gloria precoz, le habia sido dado á consecuencia de una herida que habia recibido combatiendo por su patria. Usábalo como un título honorífico despues de su nombre.

Bien porque la sangre de Gengis-Khan, que corria por sus venas, hubiese ennoblecido su tribu, bien porque hubiese nacido de una de las madres indias ó persas que trasformaban con su belleza en los harems de Samarcanda la rústica apariéncia de la raza tártara, el jóven Timur no tenia de su tribu mas que el genio nómada y el valor. Así pues, mas pertenecia á los turcos orientales que á los tártaros propiamente

dichos. Su exterior y su educacion eran de un príncipe, y no de un pastor de camellos. Su estatura era elevada, su cuerpo delgado y flexible como el de un árabe; su tez, blanca y sonrosada como la de un hindú; sus facciones, en vez de ser aplastadas como las de los tártaros, eran las de un griego del tipo de Alcibiades. Los ojos bien rasgados, la nariz casi aguileña, la boca bien formada, las mejillas ovaladas, la frente ancha y elevada, la inteligencia, la fuerza y la gracia en la sonrisa; el traje indio, las armas enriquecidas con piedras preciosas, los chales del valle de Cachemira en la cintura y al rededor de la cabeza; el sable de Damasco, el arco de asta cincelada al hombro, el carcax adornado de arabescos en relieve, el caballo del Nedjed, cuyas crines y cola estaban teñidas con el jugo dorado del henné, en fin, dos pendientes de orejas formados cada uno de ellos con una perla ovalada, realzaban la belleza á la vez varonil y afeminada de su persona. Una sola cosa contrastaba, segun los historiadores tártaros, con esta juventud y gracia de su rostro: sus cabellos que habian encanecido casi en su cuna. Este fenómeno, que recordaban, segun sus biógrafos, los cabellos blancos del héroe popular de los persas, Sam, cuyas hazañas han sido celebradas en el Schahnaméh, habia contribuido á atraer hácia el jóven

Timur la atención y el respeto de los tártaros. En esta singularidad habian visto un signo de madurez prematura, puesto por el cielo en aquella corona de sabiduría que ceñía la frente del niño. Habian concebido el anuncio de una inteligencia consumada con un corazon heróico. Él mismo se envaneía con esta desgracia de la naturaleza como si fuera un privilegio celestial. Aquellos cabellos blancos sobre una cabeza de veinte años daban realce á su brillante fisonomía é imprimian un sello extraño, pero mas bien gracioso que desagradable á su belleza.

Su caracter era, como su fisonomía, la expresion de ese contraste entre la cabeza cubierta de canas y el corazon lleno de vigor. Serio, pensativo, sin reirse nunca, lento para deliberar, pronto en la ejecucion, perseverante en su propósito como un fatalista, persuadido de que los acontecimientos no están escritos de antemano por un destino inexorable, sino de que son resultado del libre albedrio del hombre, y de que ceden á aquellos que saben encaminarlos al fin que

se proponen; franco como la palabra humana, que, segun los tártaros, debe ser la luz del alma, capaz de oprimir, jamás de engañar, mentir ó halagar; poco aficionado á los cuentos que deleitaban la ignorancia pueril de sus compatriotas; despreciador de los bufones que viven degradando en sí mismos su dignidad moral; apasionado por los filósofos que procuran descubrir los secretos del mundo por medio de sus investigaciones; protector de los verdaderos poetas, *esos espejos de la naturaleza y esos ecos vivos de Dios*, segun sus palabras; instruido en la astronomía, en el derecho público, en historia, medicina y religion, materias que trataba con gusto con los scheiks mas venerados de Samarcanda; liberal con los que oraban porque creia, como Mahoma, que la oracion tenia, por decirlo así, un poder físico, que violenta la voluntad de Dios adorándolo; leyendo mucho, escribiendo con gracia y energia; hablando las tres lenguas del Asia, el árabe, el turco y el persa; admirador de la sabiduría del código nacional de Gengis-Kan, que asociaba á los preceptos del Coran; no entregándose en sus ratos de ocio mas que á una diversion, de cálculo y estudio como su vida, al juego meditativo del ajedrez, ejercicio del entendimiento, inventado por el espiritualismo de la India; tal era Timur, nacido para gobernar el mundo si no

hubiera tenido que desolarlo. La guerra lo había sorprendido en la cuna durante las revueltas de los mongoles, á que daba lugar la decadencia de la dinastía de Gengis-Kan. Su pasión por aquella era extremada, juzgando que solo por este medio podía fortificar y extender el poderío de su raza. Su punto de partida fué el mando militar de una tribu oscura de la Tartaria.

Esta tribu, á las órdenes de su jóven caudillo, hizo proezas en las fronteras del Khorassan.

Timur convirtió su ejército en familia suya. Su fama atrajo á sus filas á todos los tártaros ansiosos de gloria y de botín. Su buen acogimiento estimuló á venir de la Persia á los sofís ó sabios, á los historiadores y á los poetas que refieren y cantan los altos hechos de los héroes. Su nombre voló bien pronto en sus narraciones y sus versos hasta las últimas tienditas de la Tartaria. Antes de ser conocido era ya popular: todas las hordas hablaban de él en sus desiertos como de un guerrero semejante al fabuloso

Rustem, como de un profeta igual á Mahoma. Había ganado á los hombres de su raza por la cosa mas crédula y mas irreflexiva de la especie humana, la imaginación. Fuerte con este prestigio, no le faltaba á su fortuna mas que la ocasión. Pronto se le presentó.

El emir Hussein, soberano de Herat y de Balkh, había sido atacado en las dos orillas del Oxus por los djettas, pueblos bárbaros que minaban los restos del poder mongol de Gengis-Kan. Timur voló con su tribu al socorro del emir. Dispersó á los djettas, y afirmó el trono del heredero de Gengis. Hussein, deseando mostrar su reconocimiento á tan heroico aliado, dió á Timur una de sus hermanas, la bella Turkhan, honrada con el dictado de khan ó de reina. Esta union enlazó á Timur con la casa real de Hussein. Pero su gloria y su mérito borrarón muy pronto á los ojos de los tártaros, al soberano de quien Timur parecia mas bien rival que protector.

La muerte prematura de su mujer rompió los lazos de sangre que unían á los dos principes. La rivalidad engendró la injusticia; los emires, vasallos de Hussein, se sublevaron contra su soberano; Timur, proclamado por ellos su jefe y su vengador, evitó los lazos que le tendió el visir de Hussein, venció ó sedujo sus tropas, sitió á Herat, capital de su ene-

migo, entró en ella por la brecha á la cabeza de los tártaros rebelados y vió á los emires que incendiaban en su presencia el palacio y que daban muerte á su suegro y su familia. La historia no lo acusa de haber querido este crimen, pero sí de haber asistido á él y de haber recogido voluntaria ó involuntariamente su fruto.

Los tesoros, las mujeres, los hijos del desgraciado Hussein cayeron en poder de la feroz soldadesca. Timur recibió, cuatro de estas mujeres para su haren, y se casó con dos, que eran célebres por sus hechizos. Las otras se casaron con los principales emires, compañeros de su triunfo. La voz del ejército le decretó el trono que acababa de derribar manchándolo de sangre, al paso que devoraban las llamas á Herat. Esta capital no era mas que un hogar que humeaba en medio del desierto. Llevó el ejército y los habitantes á Samarcanda, esta ciudad celeberrima, situada en medio de un fértil oasis de la Tartaria occidental, que queria convertir en capital de un imperio mas vasto.

## VII

Unicamente el sufragio universal sancionaba entre los tártaros como entre los galos los derechos de la victoria. La asamblea general de los jefes y los sabios de las tribus se reunió debajo de las tiendas en la llanura de Samarcanda. Allí fué proclamado por unanimidad heredero legítimo de Gengis-Kan, y soberano ó kan de todos los tártaros. El scheik ó el pontífice supremo, le ofreció lo que servia á los tártaros de cetro y de corona, el *tambor* que convoca al pueblo, y el *estandarte* que reúne los soldados. Llamósele *señor del tiempo y del mundo vivo*; entregósele el sello del imperio, en el cual estaba grabada esta máxima del Coran: « *La justicia es la salvacion de los hombres,* » testimonio imponente de la conciencia universal de la humanidad, inscrito en el sello mismo de un usurpador.

Veintisiete dinastías ó soberanías de la Tartaria y todas las tribus reconocieron su supremacía. Reunió en su mano el poder civil, militar y político de mas de ciento cincuenta millones de hombres, que

ansiaban abandonar sus ásperas regiones para emigrar á climas mas templados. Este imperio se extendía desde el centro de la Rusia hasta la gran muralla de China, y desde el Thibet hasta la Persia.

Timur, que se sentia exaltado sobre la humanidad por ese instinto de desbordamiento de tantos millares de hombres, no lo dejó amortiguarse. Los años de su reinado fueron una serie de campañas en las cuales sometió el Kharismo, el Kaptschak, la Georgia, el Hindustan, la Persia, el Irak, la Siria y el Asia Menor, otros doscientos millones de súbditos. No era la guerra, era una inundacion. Los cuarenta mil soldados de Alejandro se habian convertido en ochocientos mil combatientes, y un millon de esclavos, que desecaban la tierra que pisaban. La magnificencia de esta córte nómada de Timur igualaba la multitud de los combatientes. Jamás vió la Europa ese número, ese fausto asiático, ni en la invasion de Atila, ni en la de los árabes, ni en la campaña de Moseú, á la que el conquistador moderno llevó tantos bravos á presenciar su incendio y á morir entre los hielos.

## VIII

Timur queria deslumbrar tanto como vencer. Sabia que la espada debe brillar y herir al mismo tiempo para subyugar á los hombres del Oriente. El matrimonio de uno de sus hijos, niño todavía, con la hija de uno de los soberanos de la frontera persa, le permitió ostentar en los festejos de este matrimonio todas las riquezas que el botin del Hindustan le habia ofrecido. Un trono de oro, coronas de diamantes, urnas llenas de pedreria vertida como el agua á los piés de los jóvenes esposos, hileras de pebeteros en que humeaba el almizele y el ámbar; la tierra cubierta con alfombras á muchas millas de distancia, colgaduras de brocado, el cielo de la tienda nupcial formado por un firmamento de lapislazulis, en el que los diamantes incrustados representaban las constelaciones y las estrellas de la bóveda celeste, los cortinajes de la tienda de oro tejido, la piña que la coronaba por fuera, cincelada en un fragmento de ámbar fino, mostraban tal abundancia de despojos, que la misma imaginacion de los árabes cedia ante la realidad.

## IX

Samarcanda, centro de estas magnificencias, depósito de estas riquezas, se elevaba y extendía como por encanto, cada vez que Timur volvía de estas expediciones. Babilonia, Bagdad, Persépolis, Palmira, Baalbeek, Damasco, Constantinopla, Roma, Atenas, quedaban oscurecidas por estos palacios, estos jardines, estos acueductos, estas mezquitas que se levantaban de repente en medio de las estepas de la Tartaria á la voz de Timur y bajo la mano de los artistas griegos y árabes traídos de su patria para decorar la habitación de un bárbaro.

Para su matrimonio con una princesa cautiva del Khorassan, mandó construir doce jardines convertidos muy luego en un solo al borde del rio, llamados por su lujo y sus delicias los *jardines del Paraiso*. Timur quiso que el pueblecillo tártaro de Kesch, en donde habia nacido, llevase á la posteridad el magnífico vestigio de su cuna en monumentos y fundaciones eternas. Una ciudad rival de Samarcanda reemplazó los tugurios de este lugar. Púsole el nombre de

*emporio de las ciencias y de la civilizacion*, y llamó de la Arabia y de las Indias á los sabios más capaces de enseñar la virtud y las artes á los tártaros.

## X

La fortuna no habia endurecido su corazón ni extraviado su juicio; se gloriaba de no haber perdido jamás el sentimiento de los afectos humanos. La muerte prematura de su hijo y de una de sus hermanas lo sumergió en una melancolía misantrópica, que habia desolado su corazón en medio de sus deleites exteriores. No volvió á la resignacion y al gusto de la vida, que deseaba perder, mas que á fuerza de leer los consoladores versículos del Coran, que enseñan al hombre á respetar su propio dolor como una disposicion de la sabiduría divina, superior á la sabiduría humana.

Pero solo la ambicion parece que colmaba en él el vacío de la muerte. La rapidez y la facilidad de sus conquistas le persuadian que Dios iba delante de sus tropas, y que le mandaba seguirlo para uniformar la fé de todos los hombres, entregados á indignas su-

persticiones. Sus cortesanos le oían repetirse á menudo este sueño de la monarquía universal, del que no despiertan hasta la muerte los conquistadores de todos los siglos :

« Así como no hay mas que un señor en el cielo,  
« decia, no debe haber mas que un Señor en la tierra.

« La tierra es demasiado pequeña para satisfacer la  
« ambicion de una alma grande. »

« La ambicion de una alma grande, le dijo un día  
« el scheik de Samarcanda, no se satisface con la po-  
« sesion de un pedazo de tierra, agregado á otro pe-  
« dazo de tierra, sino con la posesion de Dios; Dios  
« solo es bastante grande para llenar un pensamiento  
« infinito. »

XI

Las palabras del scheik hicieron mella en Timur, pero no prevalecieron sobre sus instintos de nómada y de conquistador. Pronto se puso en marcha á la cabeza de lo mas selecto de sus tribus hácia los últimos confines de la Persia, no visitados todavía por su cólera. Las ciudades abrian sus puertas, las campiñas

se despoblaban á su aproximación; el furor de la matanza parecia que se habia apoderado de él para purgar la Persia y la Arabia de las antiguas supersticiones que existian todavía á pesar del islamismo. Millares de cadáveres de idólatras marcaban en pos de él el camino de su ejército. Solo se paraba con piedad y respeto ante los sepulcros de los Imanes, intérpretes de Mahoma, de los sabios memorables ó de los poetas ilustres. A su entrada en las ciudades, se hacia llevar delante de estos monumentos, bajaba del caballo, é invocaba la memoria de aquellos grandes genios, lumbreras extinguidas de la humanidad. Así tocó en Thus con su frente el sepulcro del eminente poeta épico, el persa *Ferdusi*.

Bagdad, Tauris, Kars, Djulfa, se sometieron sin resistencia al acercarse á sus muros. Esta vez, en lugar de volverse hácia el Oriente, se dirigió al Norte, atravesó los reinos que separaban en otro tiempo el Mediterráneo del mar Negro, entró en Georgia y se quedó á pasar el invierno en Tiflis, capital de este reino, ántes de atravesar el Cáucaso.

Los reyes de Georgia y de Schirvan abjuraron el cristianismo por conservar sus Estados. Sus pueblos los imitaron. Con sus regalos en oro, esclavos y caballos obstruyeron las tiendas de Timur. La Armenia y la Mesopotamia rindieron vasallaje á la Tartaria

para evitar su invasion. Las ciudades que intentaron resistir detrás de sus murallas, fueron arrasadas; Timur hizo construir en el sitio que ocupaban torres cuyas paredes eran hechas con hombres vivos, amasados con cal. Estas pirámides y estos arcos de la muerte fueron imitados mas tarde por los turcos en los campos de batalla de la Servia y de la Bulgaria. Nosotros mismos hemos suspirado al pasar por estas catacumbas expuestas á la luz del sol.

## XII

Mientras que invernaba al pié del Cáucaso y convidaba á pueblos enteros á cacerías gigantescas, imágenes de los placeres de la Tartaria, Ispahan, ocupada por la retaguardia de su ejército, se sublevaba al son del tambor de un herrero patriota, que habia enarbolado por estandarte su delantal de cuero. A su voz, los persas inmolan tres mil tártaros, y limpian la ciudad de sus opresores. Pero Timur envia allí en seguida cien mil soldados con orden de que cada uno le traiga la cabeza de un persa, si no quieren ellos perder la suya propia. Ispahan consternada pagó á

este precio la rebelion del herrero. Timur no exceptuó mas que á los sabios, á los religiosos y á los poetas, como Alejandro habia exceptuado á Píndaro. La piedad, la ciencia y el númen eran divinos á sus ojos. Estas cien mil cabezas sirvieron para formar pirámides que se alzaron sobre las plazas de la desierta ciudad.

Regresando en la primavera por la Persia oriental, Timur arrasó las ciudades populosas y se llevó delante de sí á sus habitantes hácia Tartaria. Pobló á Samarcanda con los príncipes del territorio de Fars, centro de la Persia antigua, despues de haber sembrado de sal el terreno que ocupaban sus palacios y sus jardines.

## XIII

Samarcanda lo esperaba con las fiestas triunfales con que celebraba su vuelta de la guerra. En tanto que preparaba una inmensa expedicion contra un kan rebelde de la Tartaria mayor, empleó los ócios del invierno en cazar cisnes en los lagos helados y en los pantanos de Bokhara. Estas cazas magníficas,

para evitar su invasion. Las ciudades que intentaron resistir detrás de sus murallas, fueron arrasadas; Timur hizo construir en el sitio que ocupaban torres cuyas paredes eran hechas con hombres vivos, amasados con cal. Estas pirámides y estos arcos de la muerte fueron imitados mas tarde por los turcos en los campos de batalla de la Servia y de la Bulgaria. Nosotros mismos hemos suspirado al pasar por estas catacumbas expuestas á la luz del sol.

## XII

Mientras que invernaba al pié del Cáucaso y convidaba á pueblos enteros á cacerías gigantescas, imágenes de los placeres de la Tartaria, Ispahan, ocupada por la retaguardia de su ejército, se sublevaba al son del tambor de un herrero patriota, que habia enarbolado por estandarte su delantal de cuero. A su voz, los persas inmolan tres mil tártaros, y limpian la ciudad de sus opresores. Pero Timur envia allí en seguida cien mil soldados con orden de que cada uno le traiga la cabeza de un persa, si no quieren ellos perder la suya propia. Ispahan consternada pagó á

este precio la rebelion del herrero. Timur no exceptuó mas que á los sabios, á los religiosos y á los poetas, como Alejandro habia exceptuado á Píndaro. La piedad, la ciencia y el númen eran divinos á sus ojos. Estas cien mil cabezas sirvieron para formar pirámides que se alzaron sobre las plazas de la desierta ciudad.

Regresando en la primavera por la Persia oriental, Timur arrasó las ciudades populosas y se llevó delante de sí á sus habitantes hácia Tartaria. Pobló á Samarcanda con los príncipes del territorio de Fars, centro de la Persia antigua, despues de haber sembrado de sal el terreno que ocupaban sus palacios y sus jardines.

## XIII

Samarcanda lo esperaba con las fiestas triunfales con que celebraba su vuelta de la guerra. En tanto que preparaba una inmensa expedicion contra un kan rebelde de la Tartaria mayor, empleó los ócios del invierno en cazar cisnes en los lagos helados y en los pantanos de Bokhara. Estas cazas magníficas,

instituidas por Gengis-Kan como una prerogativa salvaje de la soberanía, servian para retener al lado del kan á los jefes y á la juventud de las tribus, y para entretenerlos con los rudos ejercicios de la guerra.

Después que convocó el consejo general de los veintisiete reinos, llamando á las armas á quinientos mil ginetes, Timur entró en campaña ántes de que se acabara el invierno. Esta vez dejó en Samarcanda á su córte y su haren, para evitar á sus esposas y á sus hijas las fatigas de una guerra en los mas ásperos climas del Thibet. Una sola mujer favorita y confidente de sus mas secretos pensamientos, lo acompañaba en un pabellon llevado por un elefante. Era una cautiva, hija de un príncipe de la raza de los djettas, que había conquistado el corazón del vencedor de su familia, y á la que sus hechizos habían valido el nombre de *Estrella de la mañana*. La saciedad no excluía estas preferencias apasionadas en el alma de Timur, del mismo modo que sucedía á Mahoma. Pronto veremos otros ejemplos de esto en el haren de los sultanes musulmanes.

Apénas salió Timur de Samarcanda, vió acudir á él á los embajadores del príncipe á quien iba á destronar, para pedirle la paz y solicitar su perdon. Requería el uso de la Tartaria que los embajadores re-

corriesen á galope la distancia que los separaba del kan, y que precipitándose de los caballos á su aspecto, aparentasen refugiarse en su sombra. Estos mensajeros de paz presentaron á Timur una carta con las disculpas de su señor, una ave de rapiña domesticada, y nueve caballos de carrera, cuya incomparable agilidad se halla confirmada por numerosos testimonios.

Esta sumision no ablandó á Timur. Continuó su camino hasta una cadena de colinas que domina la gran Tartaria. Al llegar á la cima de esta meseta, contempló el inconmensurable océano de verdes estepas que no tenían á sus ojos otro límite que el cielo. Cada uno de sus soldados llevó al pasar una piedra para edificar en el sitio en que el kan se había sentado, una torre monumental, destinada á recordar eternamente la reunion de aquella multitud de hombres para llevar á cabo la venganza celeste.

Al pié de la meseta, dispuso una cacería de muchos dias en las estepas para proveer al ejército de caza y animales salvajes. Millares de bueyes, carneros, camellos y cabras, seguian además al ejército á cierta distancia, apacentándose por el camino y suministrando leche y carne á aquella nacion de soldados.

Después de las cacerias, Timur, montado en un caballo persa, de maravillosa alzada, con la corona

de rubíes en la cabeza, y un cetro de oro, terminado en una cabeza de buey en la mano, pasó la revista á su ejército. Todo emir y todo jefe de una horda se apeaba delante de él, y con su caballo de la brida, prosternaba la frente en el suelo y bendecía al soberano.

El santo imán de la Tartaria, el viejo scheik que habia predicho el primero el destino todavía entre sombras de Timur, se prosternó tambien, recogió un puñado de polvo y arrojándolo hácia la parte por donde se debía encontrar el enemigo, exclamó como si el cielo lo inspirase:

« Que vuestros rostros sean ennegrecidos por la  
« infamia y la derrota! Ahora, marcha, continuó el  
« viejo dirigiéndose al kan, marcha adonde quieras,  
« en todas partes serás vencedor! »

Las trompetas resonaron en el campamento, y el ejército, con voz unánime, lanzó el grito de: *Surun!*  
ó *Adelante!*

## XIV

El rebelde, vencido por el terror ántes de serlo en el combate, huyó, de derrota en derrota, hácia el

Norte, hasta el rio, hoy ruso, del Volga. Su ejército, su corte, sus esclavos, sus mujeres, sus rebaños, sus tesoros, no pudieron atravesar el rio tan pronto como él. Una nacion entera cayó y se convirtió en botin del ejército de Timur. El kan se apropió lo mas selecto y de mas valia. Las mas hermosas cautivas fueron elegidas para su haren de Samarcanda; seis mil jóvenes escogidos por sus bellas formas y su agradada fisonomía fueron reservados para el servicio del interior de sus palacios. Cada emir tuvo su parte, cada soldado su despojo en la distribucion de los tesoros, de los esclavos y de los rebaños. La historia iguala al poema, cuando refiere el lujo de las fiestas que Timur dió á su ejército en las márgenes del Volga.

« Sentóse al sol, dicen los historiadores de la época,  
« sobre el trono de oro de los antiguos reyes de la  
« Tartaria mayor, rodeado de beldades veladas del  
« haren del kan vencido, fijando deleitosamente sus  
« miradas en la favorita de su corazon, la *Estrella*  
« *de la mañana*, en sus hijos, sus nietos, sus genera-  
« les, vestidos con los mas brillantes uniformes de  
« guerra y de corte, banquetes incesantes reunian á  
« un millon de convidados; las bailarinas embria-  
« gaban los ojos, los músicos encantaban los oidos,  
« los poetas arrebatában el corazon de los conquista-

« dores. Dario y Jerjes se oscurecian ante este Alejandro del desierto. »

En la primavera del año siguiente, continuó su marcha hacia la Mesopotamia atravesando de nuevo la Persia; Bagdad y Schiras lo vieron pasar por la tercera vez. La victoria y el imperio no habian enervado su valor. Vencer era para él mas que reinar. Se complacia en adelantarse á su ejército, seguido por algunos centenares de sus mas intrépidos emires, y en pelear como un simple soldado contra los principales árabes ó persas que querian cerrarle los desfiladeros de las montañas. En una de estas ocasiones, estuvo á pique de perecer bajo el sable del schah Mansur, usurpador de las provincias montuosas de la Persia. El hijo favorito de Timur, Mirza-Schah-Rokh, se interpuso entre el kan y su enemigo, derribó de un bote de lanza al guerrero persa, le cortó la cabeza, y presentándosela á Timur: « Así, dijo, » deben rodar á los piés de tu caballo las cabezas de

« todos tus enemigos. » Los tártaros que presenciaron esta proeza, tocaron nueve veces la tierra con su frente como muestra de alegría y de admiracion por el héroe, que revivia ya en otro héroe.

Timur dió la soberanía de la Persia reconquistada á Miran-Schah, su hijo y su vasallo, regresó á Bagdad en una galera llamada el *Sol*, dejó descansar allí dos meses á sus tropas, restableció la disciplina, relajada por la guerra, hizo verter en el Eufrates todo el vino que se encontró en la ciudad, recibió á los embajadores de los sultanes de Siria y de Egipto, que intentaban detenerlo con su sumision, y entró en la Mesopotamia por el gran desierto. Señaló su pasaje por la venganza contra todo lo que oponia resistencia, por su liberalidad con los sabios, los sacerdotes y los poetas de las dos religiones que se disputaban el dominio de aquellas provincias, los cristianos y los mahometanos. Alternativamente iba á orar sobre los sepulcros de los santos y sobre los de los dervises memorables. ¿ Su culto por la ciencia y por la virtud era imparcial, era filosofia, era política? La historia no ha explicado este misterio de la vida del conquistador.

Al llegar cruzando la Armenia á las Puertas de Hierro, que cierran el Cáucaso, supo que el rey vencido de la Gran-Tartaria, Toctamisch habia reunido

su gente detrás del Volga , habia pasado las gargantas del Cáucaso, y se acercaba para renovar la lucha en este nuevo campo de batalla. « Tanto mejor , dijo á los tártaros uzbeks que le anunciaron esta nueva ocasión de gloria; dejemos venir á Toctamisch y su ejército; mas vale que la caza venga á las redes, que tener que explorar el terreno para levantarla. Un faisán viejo no teme al halcon , y cuando la langosta ha crecido bastante para que tengan sus alas el color de sangre , vuelve picotazo por picotazo al gorrion que quiere devorarla. »

El campo de batalla fué la costa oriental del mar Caspio. La larga marcha habia disminuido el ejército de Timur; ántes de la accion pasó revista á los tártaros con una severidad minuciosa , examinando si los soldados tenian sus espadas , sus lanzas , sus mazas y la red con que los guerreros tártaros envuelven á su enemigo desarmado. Él mismo , á caballo , á la cabeza de treinta escuadrones escogidos , cayó como el rayo sobre el centro de los enemigos desordenados , y precipitándolo en las olas , vió huir á las alas que hicieron prisioneras sus ginetes. El Volga y el Dnieper despejados así lo vieron devastar la Rusia hasta Moscú en una campaña de cinco años. Los rusos , que hacian ya temblar á los griegos de Bizancio , tiemblan ante los tártaros y les abandonan sus pro-

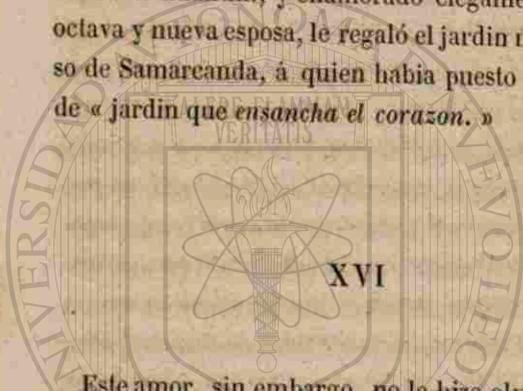
vincias , su marina , sus riquezas , frutos de la espada como las conquistas de Timur.

Volvió por otro camino á Samarcanda , en donde las delicias de los jardines , el amor de las mujeres , el comercio con los literatos , los elogios de sus poetas lo descansaron de cinco años de proezas. Avido de todo género de inmortalidad para su nombre , empleó los dias pacíficos en construir los edificios que transmiten la memoria de los ambiciosos á los siglos venideros , y cuyas ruinas habia contemplado en Persépolis. Levantó un palacio de mármol trasparente , parecido al alabastro , que era obstáculo para el frio , al paso que dejaba penetrar una luz suave en sus habitaciones. Pintores griegos traídos de Bizancio decoraron sus cúpulas con frescos , páginas coloradas de la historia de sus campañas. En ellas aparecia en todas las fases de su vida , desde pastor tártaro hasta soberano de las dos Asias. Este palacio lo dió á una de las hijas del difunto Miran-Schah , llamada Be-ghizzi , nieta suya.

Meditando nuevas expediciones mucho mas distantes , y temiendo las disenciones que pudieran surgir despues de su muerte entre sus hijos por el reparto del imperio , invistió á su hijo Schah-Rokh con la soberanía de las provincias persas , las mas propias en su juicio para afianzar con su posesion la superiori-

dad de las armas y de la política sobre las otras.

Entre los demás hijos ó nietos distribuyó el gobierno de todos sus reinos. Aunque de sesenta y cuatro años de edad, se casó con una jóven mongol, llamada Tukel-khanum, y enamorado ciegamente de su octava y nueva esposa, le regaló el jardin mas delicioso de Samarcanda, á quien habia puesto el nombre de «jardin que ensancha el corazon.»



Este amor, sin embargo, no le hizo olvidar el sueño de todos los conquistadores, la India. La recorrió desde el Indus hasta Delhi, desde el Océano, hasta el Thibet. Su ejército marchaba seguido de un infinito número de esclavos, hechos en las primeras victorias, pero que podian comprometer el éxito de otras batallas. Una orden atroz hizo morir á cien mil en una noche. Cada soldado tártaro se vió obligado á sacrificar los suyos por su propia mano. El remordimiento, la piedad, la indignacion se apoderaron de las tropas; los imanes presagiaban la cólera del cielo. Timur respondió á esta sublevacion de la conciencia

de sus soldados con la toma y la carnicería de Delhi. La sangre que habia vertido á torrentes le embriagaba. La obediencia de los hombres le habia enseñado á despreciarlos como al polvo que pisaban los piés de su caballo. La lista de su botin, dividido entre sus soldados despues del asalto de Delhi, y la narracion de sus crueldades contra los indus inocentes de todo crimen, harian dudar de la historia, si no confirmaran su autenticidad europeos del ejército de Timur, que fueron testigos oculares. Oro, plata, piedras preciosas, diademas, cinturones sembrados de diamantes de Golconda, rubies y zafiros de Ceylan, elefantes amansados, caballos y camellos innumerables, y esclavos de ambos sexos constituian estos despojos. Cada soldado recibió cien esclavos por su parte, cada tártaro de los que seguian el ejército, recibió veinte. Diez filas de elefantes acompañaron los cortejos que iban á llevar las cartas de las victorias de Timur á los príncipes tributarios de la Tartaria, del Kaptchack y de la Persia. Repartió entre ellos á millares los artistas, los trabajadores, los pintores, los arquitectos que habian decorado el Hindustan con sus obras, á fin de que introdujesen las mismas artes y levantasen los mismos monumentos en la Tartaria. Despobló la India para poblar las estepas de Samarcanda. Los ídolos indios fueron mandados trasportar

por él á su capital para que sirvieran de material á las mezcuitas. Todos los güebros ó adoradores del fuego, inmolados en las orillas del Ganges, tiñeron las aguas sagradas de color de sangre. Al fin de cada expedicion, una cacería de leones, de tigres, rinocerontes, ciervos azules, pavos reales y papagayos sirvió para celebrar su triunfo. Habiendo bajado al valle misterioso de Cachemira, el eden de la India, gozó algunos días de sus deleites, derribó los templos de la idolatría, y volvió á Samarcanda, habiendo llevado á cabo en un año la campaña que costó diez á Alejandro.

## XVII

Despues de algunos días de reposo se dirigió por la parte de Occidente inclinándose hácia el mar Caspio. Entró por aquellos valles profundos en el Cáucaso, ciudadela natural de estas regiones, cuya posesion quiso trasmitir á los de su raza. Los georgianos se defendieron contra el dominador de la Tartaria con la misma constancia que despliegan hace casi un

siglo en defenderse contra el czar, dominador del Norte. Para atacarlos cuerpo á cuerpo en las gargantas inaccesibles del Cáucaso, obstruidas por los georgianos, empleó los caminos aéreos. Hizo construir cestos inmensos, que llenó de soldados, haciéndolos bajar con cuerdas pendientes de poleas al fondo de aquellos precipicios, á trescientos ó cuatrocientos codos de profundidad. Sus soldados peleaban desde allí contra los georgianos, asaetados por sus dardos. Para dar ejemplo á sus tropas, el mismo Timur bajó y subió siete veces en aquellas balsas aéreas. Apelando á medios bárbaros que se han visto renovar en estos tiempos en Africa, hizo tapiar las cavernas en que se habían refugiado algunas tribus del Cáucaso, como quien encierra á animales en sus madrigueras. Estos sacrilegios horribles sublevaron el ánimo de sus mismos tártaros.

Desde el pié del Cáucaso se dirigió á Sinope y Cesárea. Sus hordas pisaban por la vez primera las recientes posesiones de los turcos en las orillas asiáticas del mar Negro. Dos principes de Caramania y de Kermian, destronados, segun hemos visto, por Bajazet, se escaparon de la prision en que los habia encerrado Timurtasch, cruzaron toda la Capadocia y toda la Georgia, el uno disfrazado de batelero enseñando monos á los aldeanos, el otro cubierto con la

espesa cabellera de un dervis, no dejando expuesto su rostro á las miradas de sus antiguos vasallos. Estos dos proscritos, sedientos de venganza, llegaron de este modo á la llanura de Karabagh, en donde el numeroso ejército de Timur se hallaba acampado, no sabiendo si marchar hácia el Norte ó el Mediodía del Asia.

Un tercer príncipe, desposeido por Bajazet, el jóven soberano turcomano de Aidin, huyó igualmente de su torre, y ejercitando en el camino el oficio de bailarín de cuerda, llegó al mismo tiempo al refugio de los príncipes expropiados. Timur escuchó sus quejas, pretextó la venganza de los oprimidos y el castigo de la vida licenciosa de la corte de Bajazet, contraria á la ley del profeta, y abrazó su causa. Las noticias que recibia de todas partes del rápido acrecentamiento del poder de los turcos, antiguos compañeros suyos de las márgenes del Oxus, ofendieron su orgullo ó tentaron su valor. Creía que el mundo era pequeño para dos sultanes. Sin embargo, no descargó el golpe sin prevenir ni amenazar. Algunos embajadores, encargados de pedir á Bajazet explicaciones de su violencia y reparacion de sus injusticias con los príncipes independientes de su raza, partieron para Brusa, portadores de una carta imperiosa de Timur á Bajazet.

## XVIII

Indignado este con el tono de la carta de un bárbaro que buscaba todavía un imperio errante en el Asia, mientras que el suyo, firme y sólido, se asentaba tres generaciones hacia en las comarcas mas civilizadas del Asia y de la Europa, dió por toda respuesta orden de matar al enviado que habia tenido valor para traer semejante pretension al pié de su trono. Los verdugos iban á ejecutar la sentencia del sultan, cuando el gran visir, el venerable scheik Bukara y el juez mayor de Brusa se arrojaron á sus plantas, y le pidieron que no deshonrase á su nacion atentando á la inviolabilidad de los embajadores, aun cuando se tratara de los de un tártaro insolente. Cediendo Bajazet á sus consejos y sus súplicas, se contentó con injuriar á los diputados de Timur, y á entregarles una carta insultante y amenazadora para su señor.

Al oír la narracion de esta ofensa y la lectura de esta provocacion, Timur, que habia reunido mas de ochocientos mil hombres en la llanura de Karabagh,

no vaciló ya en lanzarse con ellos hácia el Asia Menor. Seguido por esta innumerable multitud que cubria á su paso provincias enteras, se dirigió á Siwas, fuerte y populosa ciudad del imperio otomano.

Siwas, en otro tiempo Sebasto, ciudad opulenta de la Grecia asiática, destruida y reedificada por la invasion del sultan seldjukida Alaeddin, abria el imperio por un costado. Rodeada de anchos fosos llenos de agua corriente, circunvalada de murallas de prodigioso espesor, poblada con ciento cincuenta mil almas, defendida por intrépidos armenios, parecia que desafiaba orgullosa los asaltos de la muchedumbre tártara que no poseia artillería de sitio para derribar sus fortificaciones. Timur se detuvo un momento, como si dudara, al aspecto de aquel baluarte del imperio. Pero el número de su gente suplía el arte de la guerra; pródigo de hombres, que el manantial perenne de la Tartaria renovaba sin cesar, puso á millares de soldados á minar las peñas que servian de cimientos á los muros, desecó los fosos con canales abiertos debajo de la ciudad; cortó los bosques de nogales para apuntalar con sus troncos las galerías subterráneas abiertas al pié de los fundamentos de las murallas; luego, encendiendo hogueras cerca de las torres minadas de la ciudad, vió que el suelo

se abria á sus piés y se las tragaba entre la llama y el polvo.

Veinte días y veinte noches fueron suficientes para abrir brechas enormes entre estas ruinas. Siwas, descubierta y temblando ante él, no aguardó el asalto y se entregó. Timur prometió únicamente perdonar la vida á musulmanes y cristianos contentándose con su servidumbre. Pero apenas entró en Siwas, la inundó con la sangre de sus defensores. Fuese cólera, fuese política, su ferocidad estremeció al Oriente. ¡Cuatro mil otomanos fueron enterrados vivos hasta al cuello, y aguardaron de aquella suerte el fin de sus vidas y de sus tormentos; espectáculo digno de la brutalidad de los tártaros!

Los cristianos, echados de dos en dos en hoyos cubiertos con una tabla, y cargados en seguida de tierra, sufrieron una agonía prolongada bajo las tiendas de los tártaros, que oian sus gemidos. Los valientes fueron muertos para que no contagiaran con su valor á los cobardes; los cobardes murieron por su cobardía, que los hacia indignos de conservar la vida. Todo pretexto era bueno para la muerte. Timur hizo inmolar hasta á los desgraciados leprosos de los hospitales de Siwas, para que no se comunicase su enfermedad á los tártaros, entre quienes no era conocida. Exceptuando los muchachos propios para la esclavi-

tud, las jóvenes á propósito para los harens, todos los habitantes fueron ahogados en su sangre. Uno de los hijos de Bajazet, que gobernaba á Siwas, y que habia peleado como hijo y héroe contra los enemigos de su padre y de su raza, no sobrevivió mas que unos pocos dias para contemplar el suplicio de sus compañeros de armas. Arrastrado por el suelo detrás del caballo de Timur, su cabeza, cortada por orden del vencedor, fué echada para pasto de las águilas de Armenia.

## XIX

Con la noticia de esta invasion, y de la muerte de su hijo, Bajazet Ilderim, recobrando su antigua actividad y despierto su valor en presencia del peligro, se apresuró á traer de Constantinopla, de Andrinópolis, de todas sus provincias de Europa y de Asia los ejércitos que cercaban á Bizancio y que habian hecho temblar la Hungría. Bajó del monte Olimpo á los valles que conducen á Siwas, puesto á la cabeza de todos los que podian empuñar las armas. Pero la imágen de su hijo vencido y asesinado, iba de-

lante de él. Su tristeza parecia de antemano un presentimiento de su suerte. Sus generales y sus cortesanos reconocian su valor, pero no su confianza y buen humor. Todo le parecia de mal agüero en el camino : habiendo oido una noche á un pastor que tocaba la flauta y que cantaba guardando sus camellos en un valle del mar de las Hojas :

« ¡ Ah ! le gritó melancólicamente Bajazet, no me  
« cantes ahora otra cancion que esta, la única que  
« me canto á mí mismo dentro de mi pecho : ¡ Sul-  
« tan ! ; tú no debiste dejar caer á Siwas, ni perecer á  
« tu hijo ! »

## XX

Entretanto Timur se habia separado un poco despues de la toma de Siwas de la via recta de Bithinia para marchar sobre Alepo, donde tenia que vengar alguna injuria del sultan de Egipto, dueño entónces de Siria. Todas las tropas del Egipto, de la Siria y de la Arabia defendian á Alepo. El aspecto de los elefantes de Timur, desde los que los tártaros, instruidos por tráfugas griegos, lanzaban el fuego griego

asombró á los egipcios. Los inmóviles elefantes se ponen en movimiento por orden de Timur, que los mandaba. Animados del furor del combate, compartiendo las pasiones de los hombres, estos monstruos, invulnerables á los dardos de los árabes, cogian á los egipcios con sus trompas, los arrojaban contra sus compañeros, los pisoteaban, los hacian polvo, y abrian asi, como gastadores, ancho paso á los tártaros.

## XXI

El ejército egipcio, destrozado el orden de su centro, y envueltas sus alas por doscientos mil caballos, se precipitó con tal violencia terrorífica hácia la ciudad, que los fosos se colmaron de vivos y muertos apilados bajo las fortificaciones, y Timur, haciendo cruzar sus elefantes por este puente de cadáveres, entró de este modo en Alepo, ahogada como Siwas por este diluvio tártaro, el 30 de octubre del año 1400. Todo el que no pudo refugiarse en el Taurus, en el Líbano ó en el desierto, pereció ó fué hecho esclavo de las hordas de Timur. Sin embargo, como siempre, Timur

salvó y protegió á los literatos de la ciudad conquistada, despreciando absolutamente á la humanidad, no hacia mas excepcion que para los hombres pensadores.

Algunos dias despues de la conquista y del exterminio de la mayor parte de la poblacion, subió á la plataforma de la ciudadela, y se deleitó con el rico paisaje de los jardines, de las aguas, de las colinas y de las montañas de nieve del horizonte sirio de Alepo. Allí convocó en derredor suyo á los sabios, á los poetas y á los religiosos de aquella ciudad célebre por el cultivo de la literatura árabe, y conferenció con ellos no como maestro sino como discípulo; luego, en una conversacion festiva, les dirigió ciertas preguntas capciosas, cuya respuesta, si no era una adulacion, podia ser un peligro para sus interlocutores.

« Resolvedme, les dijo, dudas que los sabios de mis escuelas de Samarcanda no han sabido nunca aclararme. »

Todos se rechazaban mutuamente el peligroso honor de responder al vencedor de Alepo. El historiador Ibn-Schohne aceptó el diálogo :

« ¿ Quiénes han sido mártires, le preguntó el kan, á los ojos del cielo, en la batalla que se ha librado bajo vuestros muros ? »

— « Los que han peleado por la palabra de Dios, le contestó el historiador, sirviéndose de un texto del Coran. »

Timur se conformó con el ingenioso equívoco que dejaba á Dios el juicio de la justicia de la causa musulmana de ambas partes, sourió, y mostrando con la mano á los literatos de Alepo su pierna estropeada y la flaqueza de su cuerpo, gastado por la guerra y la vejez :

« Mirad, les dijo, no soy mas que medio hombre, y no obstante, he conquistado el Irak, la Persia y las Indias.

— Da gracias á Dios, le respondió el mufti de Alepo, y no mates á nadie.

— Dios es testigo, dijo con aparente sinceridad el destructor de tantos millones de hombres, que no hago morir á nadie con premeditacion; no, lo juro, no mato á nadie por crueldad; pero vosotros, vosotros asesináis vuestras almas! Id, os perdono la vida y os dejo vuestros bienes. »

Habiendo llegado la hora de la oracion de la tarde durante esta conferencia, oró, se prosternó, se arrojó con ellos como un simple creyente.

## XXII

Él mismo no podia contener el torrente que habia desencadenado. Viniendo nuevos cuerpos de ejército unos tras de otros por espacio de veinte dias, saqueaban á pesar suyo todo lo que habian dejado los que los habian precedido. En tanto que Timur, segun la costumbre tártara, celebraba el festin de la victoria en la ciudad de Alepo, los gritos de los habitantes sacrificados se mezclaban con el cántico de sus músicos y con los himnos de sus poetas. Timur salió á reprimir la carnicería :

« Que se perdone la vida, dijo, á cristianos y musulmanes: yo hago la guerra á los idólatras y á los asesinos de sus almas; sus cabezas son las que deben formar la pirámide que se va á levantar en mi nombre. »

Costeó las faldas del Libano, al dejar á Alepo, y avanzó por el valle del Bkaa hácia Baalbech, ese prodigio inexplicado del desierto. Los gigantescos monumentos de Baalbeck, cuya construccion atribuyó á demonios ó genios, no pudiendo atribuirlos á los

hombres, le parecieron superiores á los de Persépolis. Sintió el aguijon de la envidia contra los soberanos incógnitos de aquellos misteriosos edificios. « Es « decir que han degenerado los mortales, exclamó, ó « han vegetado las piedras arrancadas de las canteras! » Los monumentos de Samarcanda le parecían mezquinos comparados á los de Baalbeck y á las ruinas de Palmira.

Su vanguardia tocaba ya , despues de haber atravesado el Ante-Líbano, en la llanura de Damasco, parecida á una Tartaria regada, arbolada y fertil. Contemplóla con placer desde lo alto de las colinas que le servian de cintura por la parte del Norte. El ejército egipcio entraba aterrado otra vez dentro de las puertas.

No hubo jamás ciudad mas propia para ser mirada desde una eminencia, y para tentar la ambicion de un conquistador. Cercada de verdes jardines, cuyos alberchigos cubren el suelo con su dorado fruto, al paso que siete rios bañan los prados á corta distancia de las montañas del Ante-Líbano, que sirven por un lado de sombrías murallas á este jardin de la Siria ; abierta por el otro al frente de un desierto sin horizonte, lleno de misterio, y en el fondo del cual, la imaginacion no se detiene hasta Babilonia ó Bagdad, Damasco, circundada de muros de mármol blanco y

negro, guarnecida de almenas, coronada de torres, lanzando como tulipanes de alabastro y de oro sus cúpulas y sus alminares dorados á un firmamento puro, oscurecia á Samarcanda, y ofrecia á los ojos de Timur la capital maravillosa que habia imaginado para la Tartaria. Damasco tenia además para él un carácter que unia la supersticion al prestigio. Era una ciudad sagrada ; era la mansion y el sepulcro de los califas omniadas, sucesores del profeta cuya fé profesaba él mismo , pretendiendo extenderla por toda la tierra. Largo rato permaneció en éxtasis, en súplica y adoracion ante aquel espectáculo de la ciudad santa. Al salir de aquella muda contemplacion, dió á su ejército las posiciones que le indicó su golpe de vista, ejercitado en tantos sitios y combates. No dudaba que capitularia pronto la ciudad.

## XXIII

Sin embargo, una traicion doméstica difirió algunos dias su victoria. Un joven insensato, Mirza Hussein, sobrino suyo, seducido por no se sabe qué ambicion quimérica, ó impelido á la ingratitud por des-

hombres, le parecieron superiores á los de Persépolis. Sintió el aguijon de la envidia contra los soberanos incógnitos de aquellos misteriosos edificios. « Es « decir que han degenerado los mortales, exclamó, ó « han vegetado las piedras arrancadas de las canteras! » Los monumentos de Samarcanda le parecían mezquinos comparados á los de Baalbeck y á las ruinas de Palmira.

Su vanguardia tocaba ya , despues de haber atravesado el Ante-Líbano, en la llanura de Damasco, parecida á una Tartaria regada, arbolada y fertil. Contemplóla con placer desde lo alto de las colinas que le servian de cintura por la parte del Norte. El ejército egipcio entraba aterrado otra vez dentro de las puertas.

No hubo jamás ciudad mas propia para ser mirada desde una eminencia, y para tentar la ambicion de un conquistador. Cercada de verdes jardines, cuyos alberchigos cubren el suelo con su dorado fruto, al paso que siete rios bañan los prados á corta distancia de las montañas del Ante-Líbano, que sirven por un lado de sombrías murallas á este jardin de la Siria ; abierta por el otro al frente de un desierto sin horizonte, lleno de misterio, y en el fondo del cual, la imaginacion no se detiene hasta Babilonia ó Bagdad, Damasco, circundada de muros de mármol blanco y

negro, guarnecida de almenas, coronada de torres, lanzando como tulipanes de alabastro y de oro sus cúpulas y sus alminares dorados á un firmamento puro, oscurecia á Samarcanda, y ofrecia á los ojos de Timur la capital maravillosa que habia imaginado para la Tartaria. Damasco tenia además para él un carácter que unia la supersticion al prestigio. Era una ciudad sagrada ; era la mansion y el sepulcro de los califas omniadas, sucesores del profeta cuya fé profesaba él mismo , pretendiendo extenderla por toda la tierra. Largo rato permaneció en éxtasis, en súplica y adoracion ante aquel espectáculo de la ciudad santa. Al salir de aquella muda contemplacion, dió á su ejército las posiciones que le indicó su golpe de vista, ejercitado en tantos sitios y combates. No dudaba que capitularia pronto la ciudad.

## XXIII

Sin embargo, una traicion doméstica difirió algunos dias su victoria. Un jóven insensato, Mirza Hussein, sobrino suyo, seducido por no se sabe qué ambicion quimérica, ó impelido á la ingratitud por des-

contento, abandonó su campamento por la noche, se presentó á las puertas de Damasco, como un tránsito que venia á pelear con los árabes en contra de los tártaros, y fué recibido en la ciudad como un libertador. Paseáronlo con pompa regia por las calles de Damasco. El pueblo creyó poseer un rival del Señor del mundo. La ilusion no tardó en desvanecerse. Los rios secos por la extravasacion de las aguas, las murallas minadas por excavaciones subterráneas, sostenidas por un momento con pilares de madera incendiadas luego, bajo los cimientos, dejaron como en Siwas ancho paso á los tártaros, Hussein, entregado á su tio por el pueblo para ablandarlo, fué tratado por Timur mas bien como un insensato que como parricida. El kan se limitó á hacerle infligir en su presencia el suplicio infamante de la bastonada en las plantas de los piés, mandándolo en seguida libre á su madre, hermana de Timur.

Un millon de ducados de oro rescataron la vida del pueblo. El gobernador y la guarnicion de la fortaleza fueron condenados á muerte por haber retardado algunas horas el triunfo del conquistador. Los literatos, los religiosos, los artistas, los obreros que mejor fabricaban las armas, fueron enviados en masa á Samarcanda, para civilizar en la Tartaria el mismo Oriente que desolaba en la Mesopotamia.

Pero aquí como en Alepo, la política del fundador de Samarcanda fué eludida por la ferocidad de sus soldados. El ejército que Timur conservaba fuera de los muros, con diversos pretextos penetró un dia en la ciudad contra su voluntad, fingiendo que iba á vengar la causa del kalifa Ali contra Omar, pasó á cuchillo á casi todos sus habitantes é incendió la capital herética á la vista del kan.

« Las casas y los palacios de Damasco eran entonces, dicen los testigos de aquella terrible destrucción, de tierra, piedra y mármol hasta el piso primero; la parte superior de preciosas maderas esculpidas. Ardieron estas como una hoguera preparada por los siglos; un fuego de siete leguas de circunferencia flotó durante siete dias y siete noches, como un mar ondulando sus llamas de todos colores al soplo de los vientos por la circunvecina llanura. El ciprés, el enebro, el zumaque, el cedro, maderas ó barnices que decoraban aquellos palacios, esparcieron con su humo por la atmósfera un perfume que se respiró hasta en Palmira y en Jerusalem. Aquel era el incienso del sacrificio de sangre y de fuego consagrado á la barbarie. »

## XXIV

Timur lo contempló con tristeza y no se atrevió á castigar la supersticion de su ejército; pero quiso al ménos salvar la gran mezquita de los kalifas omniadas, templo que fué ántes cristiano, y que, como la Santa Sofia de Constantinopla, fué trasformado en templo del islam. Acudió allí para apagar el fuego, pero ya era tarde. El ardor del incendio habia derretido el plomo que cubria la cúpula. Torrentes de este metal liquidado caian sobre las paredes é impedian á los soldados acercarse. La cúpula se hundió, y aquella obra maestra de la arquitectura árabe desapareció para siempre del horizonte del desierto. Solo quedó en pié un alminar, separado de la mezquita, cuya flecha existe todavía. En la cima de este alminar suponen las tradiciones árabes de los musulmanes que aparecerá Jesucristo al fin de los siglos, cuando venga á separar los justos de los impíos en el valle de Josafat.

## XXV

Después de este desastre, expiacion de su victoria, Timur dejó descansar á sus tropas segun su costumbre, en la llanura de Damasco, llamada *uno de los cuatro paraísos* del globo. La llanura de Damasco, sombreada con huertas, refrescada por aguas corrientes, el valle de Bevivan en Persia, el valle del Eufrates, debajo de Bagdad, y en fin la llanura de Samarcanda eran á los ojos de los tártaros los cuatro paraísos prometidos á su nacion. Se complacian en atravesarlos y en pararse en ellos alternativamente.

Durante este alto de su ejército en la llanura siria, cruzó él el desierto de cuarenta días con un cuerpo escogido, y corrió á sitiar á Bagdad, tercera vez rebelada. Su venganza fué esta vez implacable. Los cien mil tártaros que lo habian seguido al sitio de Bagdad recibieron orden de presentarle cada uno una cabeza de un rebelde. Todo pereció en Bagdad, desde la edad de ocho años hasta la de ochenta; pero tambien allí salvó á los literatos, á los artistas, á los obreros, á los sacerdotes, á los poetas, á los his-

toriadores, á los sabios, todo lo que revela la inteligencia de la raza humana.

Para que visitaran con él los sepulcros de los kalifas, mandó venir de Samarcanda á Bagdad á su sultana favorita, la emperatriz Tumanaga, á su hija querida Beghsyaga, y á su prima Sadekina. Estas mujeres, preferidas por Timur, le trajeron de Samarcanda, ropajes bordados con perlas, y derramaron sobre su cabeza, como polvo, diamantes de la India que él mismo les había regalado al volver de Golconda.

## XXVI

Desde allí, reuniendo todos los cuerpos de su ejército mandados por sus hijos, sus nietos, sus principales kans, volvió á emprender su marcha interrumpida hácia la península formada por el Mediterráneo y el mar Negro, y acampó, no léjos de las ruinas de Siwas en el límite del Imperio Otomano. Algunas cartas, cambiadas inútilmente entre Bajazet-Ilderim y Timur, en vez de evitar la guerra inminente, la agriaron y envenenaron. Timur sentia atacar en los

turcos de su propia sangre á los campeones del profeta, que peleaban como él por el triunfo del islamismo. Esta guerra le parecia una especie de guerra civil tan impolitica en sus resultados como impía en su victoria. Es imposible desconocer que la negociacion, que precedió á la lucha, fué moderada, sufrida, conciliadora por parte de Timur, violenta, absoluta é imperiosa por parte de Bajazet. Para honrar á los últimos embajadores de Bajazet, y tal vez para darles una idea imponente de su fuerza, ordenó en su presencia una gran cacería tártara en las dos orillas del Araxes, rio limitrofe que no habia pasado todavia. Llanos, montes, provincias enteras fueron rodeadas en esta cacería por un cordon de soldados de diez en fondo. Estas tropas, estrechándose, trajeron á los piés del kan y de los embajadores multitud de animales feroces y reses de toda clase que caian heridas por las flechas de los emires. Los enviados de Bajazet partieron colmados de presentes. Timur dejaba lugar á la reflexion de Bajazet hasta la primavera. Solo le pedia la restitution de una fortaleza y el restablecimiento en sus tronos de los emires de Carmania y de Kermian, expulsados por sus tenientes.

Los príncipes, hijos ó nietos de Timur se incorporaron con él sucesivamente en las márgenes del Araxes. Mohammed Mirza, el mas jóven y el mas

querido de sus nietos fué acogido por su abuelo como favorito de su casa y heredero del imperio. Timur, despues de haberlo abrazado vertiendo lágrimas de alegría, le puso una corona de oro en la cabeza. Le hizo el presente real de los tártaros, nueve filas de caballos de guerra, cada una de nueve caballos árabes, turcomanos ó persas. Cada fila se componia de caballos de diferente color, desde el negro hasta el blanco. Todos ellos tenian silla, bridas y penachos de oro y perlas. El invierno de 1401 á 1402 trascurrió así en fiestas militares. Un cometa que apareció en el cielo como el rayo de la guerra, vibrando sus reflejos de sangre y fuego, aterró al principio de la primavera á los pueblos situados entre la India y Bizancio.

Una carta insolente de Bajazet, respuesta á las de Timur, confirmó los siniestros presagios de la guerra. Bajazet intimaba al tártaro que evacuara sus fronteras, y añadía á la intimacion el peor de los insultos entre los musulmanes; decia á Timur que se privaría de su haren y se creeria indigno de acercarse á una mujer mientras no hubiera castigado la invasion de sus Estados. Al final de esta carta, Bajazet ponía su nombre con letras mayúsculas de oro encima del de Timur, escrito en letras pequeñas, como el nombre de un vasallo despreciable.

A la vista de aquel insulto y de aquellas amenazas tan indecentes en los términos como desdeñosas en el fondo, puesto que el uso oriental entre hombres que se respetan es no hablar nunca de sus mujeres; « ¡ decididamente el hijo de Murad está loco ! » exclamó Timur. Al dia siguiente revistó sus tropas y felicitó á su nieto Mohammed-Mirza por la feliz ocurrencia que habia tenido de dar un uniforme de distinto color á cada una de las tribus que componian su ejército. Esta es la primera vez, dice el historiador Chereffedin, citado por Hammer, que se vieron uniformes en Asia. La caballería de Mohammed-Mirza tenia estandartes, caftanes, mantillas, corazas, sillas, aljabas, escudos y mazas de armas pintadas de encarnado. La infantería usaba los colores blanco y rojo; las corazas, primeras que se vieron brillar con sus escamas de acero en regimientos enteros, distinguian á los escuadrones invulnerables.

Un dia de estío fué escasamente suficiente para que el ejército desfilase por delante del kan. Apeóse del caballo al ponerse el sol, y arrodillándose en tierra oró á la par con sus soldados. Al levantarse ofreció por última vez la paz á los embajadores de Bajazet.

« Decid á vuestro amo, les repitió con voz que sua-

« vizaba la reflexion, que aun puede, aceptando mis  
 « condiciones justas y moderadas, impedir esta con-  
 « tienda fatal á los servidores del Dios único, y el  
 « derramamiento de torrentes de sangre que van á  
 « inundar el Asia. »

Bajazet no escuchó ni las proposiciones pacíficas de Timur ni los consejos de sus visires y de sus generales. A pesar de la desercion de los tártaros de su guardia, seducidos por los emisarios de Timur, y de una revuelta de los genizaros pidiendo su paga, síntomas claros de la opinion y el estado de su ejército, Bajazet perseveró en su propósito.

« Pagad al ménos á las tropas, le dijeron sus con-  
 « sejeros; ¿de qué os servirán esos tesoros acumula-  
 « dos en vuestros palacios de Brusa, si no sirven  
 « para salvar esos mismos palacios? La miel que se  
 « come por la noche está manchada con la cera y los  
 « cadáveres de las abejas; lo mismo sucede con los  
 « tesoros guardados en los cofres; cuando llegan las  
 « horas de las tinieblas y de la confusion, ya no hay  
 « lugar para servirse de ellos. »

Dominado Bajazet por el orgullo y los deleites sensuales, se negó á emplear en su salvacion las riquezas conservadas para sus placeres; continuó su marcha, engañándose á sí mismo hácia Tokat, ciudad turca á mitad de camino entre Siwas y Brusa,

como para afrontar á Timur. La costumbre que tenia de vencer peleando contra las tropas aguerridas de la Europa, le hacia despreciar á aquellos tártaros, que no eran á sus ojos mas que un diluvio de hombres incapaces de medir sus armas con los otomanos.

## XXVII

Timur, informado dia por dia de su marcha y del número de sus soldados, puso en movimiento su ejército, y atravesando los extensos bosques que separan á Siwas de Angora (Ancyra), escogió al rededor de esta ciudad central de la Capadocia y en la cuenca formada por las montañas, el campo de batalla en donde iba á decidirse si el imperio habia de pertenecer á los otomanos y turcos orientales ó á los tártaros. Segun lo observa el historiador bizantino Ducas, era el mismo campo de batalla en donde Pompeyo habia batido en otro tiempo á Mitridates, el último rey rebelde á la ambicion romana, al pié del monte de Stella. Parece que el instinto de la guerra conduce de siglo en siglo los ejércitos de los imperios que se suceden á los mismos teatros de guerra para dispu-

tarse la fortuna, y que la geografía ha designado de antemano ciertos campos de batalla como palenques cerrados para esos grandes sacrificios de la humanidad.

Para provocar á Bajazet y traerlo al punto escogido por él como estratégico, Timur fingió que ponía sitio á la rica y populosa ciudad de Angora, que Bajazet tenía por fuerza que socorrer. Hizo minar las fortificaciones y cortar las aguas del riachuelo de Angora que servía de foso á los vergeles. Bajazet, que acampaba á corta distancia entre Tokat y Angora cayó en el lazo y acudió al socorro de su capital. Esperaba coger al enemigo entre dos fuegos, con el ejército de Yacub-Bajá, gobernador de Angora y con el que él mandaba; pero al desembocar con los otomanos en la llanura al otro lado de Angora, encontró las tropas de Timur formadas en batalla, á tres leguas de las murallas, á la márgen opuesta del rio, que tenía que pasar expuesto á sus tiros ántes de poder atacarlo en sus posiciones.

## XXVIII

Los dos guerreros se contemplaron un momento como quien espía un movimiento falso del adversario. Pero Timur, provisto de rebaños, de yerbas, de granos, y fuerte en la situación culminante que ocupaba, al borde de un rio suficiente para abrevar su caballería, no dió un paso ni hizo un gesto en su presencia. Este, sin duda para llevar al kan de los tártaros á un terreno ménos ventajoso, fingió alejarse de Angora con cierto desprecio, como si tales hordas fuesen indignas de su atención, y marchando sobre su izquierda, mandó á su ejército que diera una gran batida de caza para proveerse de víveres.

Era á principios de julio; el calor, concentrado en las gargantas de Angora, agostaba la yerba; cinco mil caballos y muchos ginetes perecieron de sed, de fatiga y de calor en la meseta sin sombra, adonde los llevó imprevistamente este fastuoso ejercicio. La carcería duró tres dias de verano fuera de la vista del ejército tártaro. Timur creía que su enemigo, aterrado á su aspecto, buscaba un rodeo para replegarse

por otros valles á Tokat. Se equivocaba : Bajazet sentia unicamente un vértigo. Sus tropas, aunque perdidas sus fuerzas, conservaban su valor, y volvieron á presentarse al tercer dia en la llanura de Angora ; pero Timur se habia aprovechado de su ausencia para fortificar las avenidas del rio y agotar los manantiales que podian surtir de agua al ejército de Bajazet. De este modo no dejaba otra alternativa á los otomanos que la de optar entre una retirada deshonrosa ó una batalla ofrecida desde posiciones ventajosas y en un campo atrincherado.

## XXIX

Nunca, desde Gengis-Kan y Alejandro, habia alumbrado el cielo del Asia tan numerosa multitud. Aunque Timur no hubiese llevado al combate mas que los cuerpos preferentes, quinientos mil guerreros de á pié y á caballo cubrian las colinas que se alzaban en anfiteatro á espaldas del rio al Norte de Angora. Bajazet, que habia llamado á todos sus tributarios ó todos sus aliados, turcos, búlgaros, albaneses, húngaros, servios, desde el golfo mediterraneo de Satalia

hasta la márgen del Danubio y los montes del Epiro, mandaba un número casi igual de soldados. Los historiadores árabes, griegos y otomanos están conformes en evaluar en mas de un millon de hombres los dos ejércitos que se preparaban á batirse en aquel palenque cerrado. La disposicion natural del terreno aumentaba la majestad trágica del espectáculo. La llanura, los collados y las montañas ásperas de Angora formaban un circo digno de aquellos dos gladiadores del Asia.

## XXX

Timur, seguido á todas partes, segun las costumbres patriarcales de los pueblos pastores, por todos los miembros de su familia, que tenian la edad necesaria para llevar las armas, habia dividido sus fuerzas en nueve cuerpos, número sagrado entre los tártaros, cuatro hijos y cinco nietos suyos mandaban estas nueve divisiones. Él mismo, el mas viejo y mas experimentado de los guerreros de su raza, habia guardado para sí el mando superior de estos cuerpos, subordinados en la accion á un solo pensa-

miento. Miran schah, su hijo primogénito, mandaba bajo su direccion todos los cuerpos que iban á pelear á su derecha; Abubekre, hijo de Miran schah, servia de teniente principal á su padre. La adhesion filial se pintaba en esta gerarquía de dominio familiar con la obediencia del subordinado á su general. Schah Rokh y Khabil, el segundo y el tercer hijo de Timur, mandaban la izquierda del kan. Mirza-Mohammed, el favorito de Timur, hijo de su primogénito Djehanghir, cuya muerte habia afligido tanto al kan, tenia á sus órdenes, á pesar de su extrema juventud, el centro de los tártaros, á la vista y bajo mano de Timur. Este príncipe, que queria á su nieto con la ternura con que habia amado á Djehanghir, deseaba que la gloria principal de la batalla ilustrase precozmente al adolescente, destinado por él para heredar la mejor parte del imperio.

Cuarenta emires ó generales de todos los principados considerables de la Persia y de la Tartaria estaban colocados en sus puestos á la disposicion de los jóvenes príncipes, establecidos entre las márgenes del rio y el mogote elevado, desde el que Timur contemplaba á caballo la formacion de sus tropas. Cuarenta divisiones de la mejor caballería estaban de reserva á sus espaldas, dispuestas á cargar ó lanzarse en seguimiento del kan para reponer una pér-

rida ó completar la victoria. Cincuenta elefantes cargados con torres formaban otras tantas ciudadelas movibles á la vanguardia del ejército de Timur.

## XXXI

Segun el uso de los turcos, tribus pastoriles como los tártaros, Bajazet tenia por principales tenientes á sus propios hijos. Soliman-Schah, su primogénito, gobernador de la Capadocia, mandaba á la derecha el ejército de Asia. Lázaro, el rey de los servios, cuya hermana era esposa de Bajazet, mandaba á la izquierda las tropas de Europa. Bajazet habia reservado para sí el centro y los mejores soldados de ambos ejércitos. Tres hijos suyos, Isa, Musa y Mustafá, cuyas desgracias prematuras vamos á presenciar, servian de segundos al sultan. Una imponente reserva, á las órdenes de su hijo segundo Mohammed se hallaba situada á cierta distancia, medio oculta por un cabo de montañas que limitaban la llanura á retaguardia de los turcos.

## XXXII

Alumbraron los primeros albos de la mañana sobre las cimas de Ancira ó Angora aquellos dos ejércitos, formados ya en batalla, pero todavía inmóviles. En el momento en que el sol disipó enteramente la sombra al pié de las colinas, las tropas de Bajazet se pusieron en movimiento para acercarse al río, al redoble de los tambores y al grito de *Alá*, que resonó de roca en roca. Al ruido y al ver el polvo, los tártaros dieron el grito de guerra de *Surun! Adelante!* Timur detuvo con un gesto aquel arranque, y apeándose, oró despacio en presencia de su ejército, como si la confianza en la victoria le hubiera apagado la sed del combate; luego, volviendo á montar á caballo, dió orden de rodear á los servios, que acercándose demasiado á los tártaros, dejaban bastante espacio entre ellos y las montañas en que se apoyaban. Miran schah y Abubekre, su hijo y su nieto, ejecutaron este movimiento con prontitud; pero su impetuosidad se estrelló contra la intrépida inmovilidad de una reserva de montañeses servios que rechazaron aquella carga de caballería.

Al ver aquello, el jóven Mohammed-Schah se puso de rodillas delante del caballo de su abuelo, y le pidió permiso para acudir con el centro á socorrer á sus tios. Timur permaneció silencioso hasta el momento en que vió el ejército de Asia de Bajazet, que sobresalía de la línea de los otomanos para envolver temerariamente sus propias colinas. Cayendo entónces con las masas compactas de su reserva, y haciéndose seguir al galope por sus cuarenta divisiones, dividió los ejércitos de Asia y de Europa, arrojando el uno á las colinas de su derecha, el otro á los pantanos de su izquierda, pasando á cuchillo á millares de otomanos, situados en el centro, y obligando al mismo Bajazet, impelido por el reflujo de sus escuadrones, á huir con diez mil genizaros á un mogote destacado de las montañas, cuya rápida pendiente contenía el ímpetu de los ginetes tártaros.

## XXXIII

Paralizado y deshecho por este rompimiento de la línea de batalla, y sin comunicacion ya con el envuelto centro de Bajazet y con el ejército de Europa y

de Esteban Lázaro, el de Asia, compuesto de carmanios y de kermienses descontentos, y de cuerpos turcomanos que consideraban á los tártaros como á hermanos, dejó de pelear, saludó con una aclamacion á sus antiguos príncipes, reconocidos por ellos en el ejército de Timur, y casi todo él se pasó al enemigo en medio del combate.

Libres los tártaros por aquella parte, vencedores en el centro, y únicamente rechazados en la izquierda por el ejército de Europa, acumularon innumerables batallones contra los servios. Su caudillo Lázaro no se intimidó ni por el número ni por la situacion desesperada en que se veian sus compatriotas por la traicion del ejército de Asia y la retirada de Bajazet. Formando con los servios una columna cerrada que los tártaros no pudieron romper, atravesó oblicuamente por entre aquella multitud la llanura de Angora, en la que habia penetrado demasiado por la mañana, llegó al pié de las colinas, cuyas cimas podian ofrecer á los servios su salvacion ó la libertad con la fuga. « Esos miserables paisanos son leones! » exclamó Timur admirando tanto denuedo. La seguridad de la victoria dejaba libre su ánimo para que pudiera conocer el heroismo de los vencidos.

## XXXIV

Entretanto. Lázaro, despues de haber salvado todo lo que pudo del ejército de Europa, solo pensó en morir con gloria ó en salvar tambien á Bajazet; su cuñado y su amigo. Cruzando en un caballo ensangrentado y bajo una nube de flechas el intervalo que lo separaba del sultan y de los genizaros: « Aun es tiempo, dijo á Bajazet, abandonemos un campo terrible en donde solo se puede economizar la pérdida de pocos valientes, y salvemos el imperio libre de la muerte á su jefe y sus hijos. »

Fuese orgullo, desaliento ú fatalismo, Bajazet rechazó como vergonzosa la retirada que aconsejaba su cuñado. Oyendo esto Lázaro, y queriendo por lo ménos poner en salvo á sus sobrinos, se llevó del campo de batalla al hijo mayor de Bajazet, el jóven Soliman, que habia sacado de entre los enemigos teñido de sangre, á Hassan, aga de los genizaros y al valiente gran visir Ali-Baja. Internándose Lázaro con ellos con caballos de refresco en los desfiladeros que conducen desde Angora al mar, arrebató esta presa á Timur.

Los emires de Amasia, auxiliares de Bajazet, cubrieron igualmente á Mohammed y se lo llevaron al galope por los senderos casi inaccesibles de las montañas de la Anatolia.

Contento Bajazet con haber siquiera salvado la vida de sus dos hijos, continuó peleando por la gloria ó por la muerte hasta la mitad del día detrás de un parapeto que formaban con sus cuerpos diez mil genizaros tendidos en tierra. Nunca se ha visto una fidelidad mas desesperada y mas inalterable. El alma del héroe resucitó en Bajazet, y se comunicó en medio de su desastre á todos aquellos jóvenes soldados. Ellos sabian que su nacimiento entre cristianos y su nombre de renegados no les permitian mas que escoger entre morir en la pelea ó en el suplicio. La retirada de los diez mil despues de la muerte de Ciro, no igualó al suicidio glorioso de los diez mil genizaros al rededor del sultan. Cuando las sombras de la tarde comenzaron á oscurecer los flancos escarpados de la montaña, en que Bajazet ocupaba un promontorio avanzado sobre la llanura, le presentaron su caballo, escondido en la espesura desde por la mañana, montó en él y huyó seguido de algunos ginetes por los senderos arbolados del monte Stella. Cuatro hijos suyos habian desaparecido. Mohammed corria hácia Amasia, Isa hácia la Caramania, Soliman con Lázaró hácia

Europa, Mustafá que no se volvió á ver dejó á su padre en la triste duda de haber caido como tantos valientes en el campo de batalla, ó de ser esclavo de algun soldado tártaro en los arenales de Bokhara. Los que acompañaban al sultan en su fuga nocturna eran : su hijo menor Muza, Ali Beg, Mustafá Beg, jefe de los eunucos del serrallo, y el beglerbeg Timurtasch, el mas famoso y el mas opulento de todos sus generales, gobernador antiguo de los reinos de Anatolia, que atravesaban entónces para salvar á su señor.

## XXXV

La caballería de Timur perseguia de cerca á Bajazet, ansiosa de presentar al khan tan interesante presa. La aurora iba á despuntar, y Bajazet que oía en pos de sí el galope de los caballos tártaros, estaba á punto de salvarse atravesando á nado un rápido torrente, cuando una herradura de su caballo, gastada en la carrera, se partió por mitad y su bridon vino con él al suelo. Nadie quiso ponerse en salvo sin su señor; miétras uno de los begs ofrecia su caballo al sultan, un emir tártaro, descendiente de

Gengis, y khan del Djaghatai, Mahamud alcanzó con sus ligeros soldados el grupo de los otomanos y los destrozó. Bajazet, su hijo Musa, Timurtasch, el visir, los begs, y los eunucos caen prisioneros, y son llevados al día siguiente al campamento de los tártaros y á la entrada de la tienda de Timur.

Rodeado este por su ejército victorioso y ya sin enemigos que combatir, gozaba en aquel momento á la sombra de la tienda de un placer agradable á los tártaros como á los otomanos, jugaba al ajedrez con su hijo Schah Rokh, esperanza y fuerza de su estirpe, poseía ya el imperio del Kurdistan. Acababa, dicen los cronistas, de mover el rey contra la torre, es decir el trono contra la prision, cuando acudieron á anunciarle la captura del sultan que iban á presentar cautivo en su presencia.

El ingenioso refinamiento de la imaginacion de los persas, que busca interpretaciones en las consonancias y en la doble significacion de las palabras, halló una singular analogía de circunstancias en este golpe de Timur en el ajedrez y la suerte de Bajazet en el campo de batalla : de ahí, dicen, provino el sobrenombre puesto al hijo de Timur, que jugaba con su padre, de *Schah-Rokh*, que significa en persa rey y torre. Bajazet, cubierto de polvo y de sangre fué presentado en aquel instante á Timur.

## XXXVI

El vencedor no aparentó orgullo ni insolencia por su triunfo delante del vencido. Su alta filosofía, ejercitada en la escuela de muchos historiadores, de muchas vicisitudes militares, recordó las máximas de los sabios y respetó el dedo de Dios hasta en el enemigo que acababa de vencer. Se acordó especialmente de que Bajazet peleaba por la misma fé y por la misma raza que él, y casi le pidió perdon de su victoria. Mandó al punto que soltaran sus ligaduras, le rogó que se sentara en el umbral de la tienda al par con él mismo, le habló con voz dulce y consoladora de su derrota, honrosa por su valor, y del sentimiento que le causaba verse obligado á vencer á un co-religionario y un emperador como él, cuya amistad le hubiera sido preferible á su ruina. Le prometió bajo juramento que no peligraría su vida en su breve cautiverio. Ordenó que plantaran para el sultan, mas bien su huésped que su prisionero, tres tiendas imperiales junto á las del khan, en las que

Gengis, y khan del Djaghatai, Mahamud alcanzó con sus ligeros soldados el grupo de los otomanos y los destrozó. Bajazet, su hijo Musa, Timurtasch, el visir, los begs, y los eunucos caen prisioneros, y son llevados al día siguiente al campamento de los tártaros y á la entrada de la tienda de Timur.

Rodeado este por su ejército victorioso y ya sin enemigos que combatir, gozaba en aquel momento á la sombra de la tienda de un placer agradable á los tártaros como á los otomanos, jugaba al ajedrez con su hijo Schah Rokh, esperanza y fuerza de su estirpe, poseía ya el imperio del Kurdistan. Acababa, dicen los cronistas, de mover el rey contra la torre, es decir el trono contra la prision, cuando acudieron á anunciarle la captura del sultan que iban á presentar cautivo en su presencia.

El ingenioso refinamiento de la imaginacion de los persas, que busca interpretaciones en las consonancias y en la doble significacion de las palabras, halló una singular analogía de circunstancias en este golpe de Timur en el ajedrez y la suerte de Bajazet en el campo de batalla : de ahí, dicen, provino el sobrenombre puesto al hijo de Timur, que jugaba con su padre, de *Schah-Rokh*, que significa en persa rey y torre. Bajazet, cubierto de polvo y de sangre fué presentado en aquel instante á Timur.

## XXXVI

El vencedor no aparentó orgullo ni insolencia por su triunfo delante del vencido. Su alta filosofía, ejercitada en la escuela de muchos historiadores, de muchas vicisitudes militares, recordó las máximas de los sabios y respetó el dedo de Dios hasta en el enemigo que acababa de vencer. Se acordó especialmente de que Bajazet peleaba por la misma fé y por la misma raza que él, y casi le pidió perdon de su victoria. Mandó al punto que soltaran sus ligaduras, le rogó que se sentara en el umbral de la tienda al par con él mismo, le habló con voz dulce y consoladora de su derrota, honrosa por su valor, y del sentimiento que le causaba verse obligado á vencer á un co-religionario y un emperador como él, cuya amistad le hubiera sido preferible á su ruina. Le prometió bajo juramento que no peligraría su vida en su breve cautiverio. Ordenó que plantaran para el sultan, mas bien su huésped que su prisionero, tres tiendas imperiales junto á las del khan, en las que

seria servido con el respeto y la magnificencia debida á su rango, á su bravura y su infortunio.

Enternecido Bajazet con semejante acogida, no pudo contener algunas lágrimas pensando en sus cuatro hijos, cuya suerte ignoraba.

Timur envió destacamentos que corrieran en su busca con orden de traérselos vivos á su padre. Mustafá, probablemente confundido con los cadáveres de sesenta mil otomanos, no podia ser restituido á su padre. Tal vez Timur, noticioso de la muerte de este jóven, quiso dejar por compasion la incertidumbre de tal pérdida en el corazon de su prisionero. Soliman é Isa se habian refugiado en las gargantas del Taurus; los tártaros no pudieron alcanzar mas que á Musa, descubierto en una caverna del monte Stella, donde se habia escondido á consecuencia de sus heridas. Lleváronlo á la presencia de Bajazet, cubierto con un castan de honor, y su vista calmó el dolor de su padre.

Dos de los emires principales de la Tartaria, Hassan Berlas y Tschempai, fueron encargados de la guardia de honor y del servicio de las tiendas del sultan. Uno de ellos habia ido de embajada á Bajazet, y le dulcificaba con los recuerdos de Brusa el sentimiento de su cautividad.

## XXXVII

Entretanto, los dos hijos de Bajazet que no habian caido en poder de los tártaros que los persiguieron despues de la batalla de Angora, informados de las consideraciones que tenia Timur con su padre, y temiendo que algun desmembramiento del imperio fuera el precio de su rescate, se concertaron con Bajazet por medio de emisarios, ocultos con el traje de dervises, para lograr su libertad por medio de la fuga. Mohammed se aproximó al campamento para vigilar y dirigir con mas misterio el proyecto de evasion. Algunos infantes turcos de los que habian desertado del ejército de Bajazet, y habian sido alistados en el de Timur, acordándose de sus antiguas banderas, se dejaron seducir fácilmente por Mohammed. Estos hombres, destinados á minar para volarlas las fortificaciones de las ciudades, envolviendo á sus defensores entre sus ruinas, poseian el arte y los útiles necesarios para estas excavaciones subterráneas y silenciosas. Aunque Bajazet gozase en lo interior de sus tiendas de completa libertad, algunos centinelas,

encargados de vigilar todos sus movimientos, estaban apostados de dia y de noche al rededor de ellas. Las entrañas de la tierra eran pues el único camino por donde pudiera escaparse el sultan.

Segun el plan dado á los mineros por Mohammed, se establecieron estos en una tienda muy próxima á la de Bajazet, y despues de haber examinado con la vista la distancia que habia de una á otra, hicieron un agujero que iba á dar debajo de la alfombra del prisionero. Algunos golpes de pico bastaban para abrir el piso de la tienda imperial, y hacer desaparecer por allí á Bajazet. Corceles veloces, colocados por Mohammed de trecho en trecho en los senderos que conducen por las montañas á Amasia, aseguraban el éxito de su fuga.

## XXXVIII

Bajazet y el jefe de los eunucos, Firuz-Beg, que dormian solos en la tienda, tenían ya puestos sus caftanes y sus armas para bajar al primer hundimiento del terreno al subterráneo, cuando los guardias de media noche, que iban á relevar los de la

vispera, oyeron un ruido sorprendente á sus piés, y poniendo la oreja en el suelo, reconocieron los golpes regulares y sordos de la zapa. Se precipitaron en la tienda del sultan, y no dudaron del plan de su fuga al verlo en pié, vestido y armado, con el jefe de los eunucos. Los mineros que oyeron á su vez el ruido y las reprensiones de los guardias encima de sus cabezas, favorecidos por la ignorancia del punto y de la direccion del subterráneo arrojaron los útiles, volvieron á su tienda ántes que la registrasen, y se marcharon al campo.

## XXXIX

Irritado Timur al ver que Bajazet confiaba mas en la astucia que en la generosidad de su vencedor, hizo comparecer al prisionero en su presencia, le echó en cara la tentativa de evasion, y mandó cortar delante de él la cabeza á Firuz-Beg, su fiel eunuco, por haber conspirado para libertar á su señor. Sin embargo lo dejaron á Bajazet en sus tiendas, le hicieron los mismos honores, y le permitieron gozar de la libertad interior de que habia disfrutado hasta entónces

durante el dia, pero de noche lo sujetaban en una de esas literas enrejadas que sirven de lecho, llamadas por los árabes y los turcos *kafes*, en las cuales viajan las mujeres llevadas entre dos mulas. De ahí proviene la tradicion popular, pero errónea, que se propagó por el Oriente, de la jaula de hierro, en que Timur habia encerrado al sultan.

El paje bávaro Schildberger, que despues de haber sido librado por Bajazet de la matanza de los prisioneros húngaros á consecuencia de la batalla de Nicópolis, habia seguido al sultan á Angora, habia caido en poder de Timur, y era el esclavo favorito de su hijo Schah-Rokh, no habla siquiera de la jaula de hierro en la narracion circunstanciada que hizo de la cautividad del sultan, como testigo ocular. Otros historiadores contemporáneos añaden que el mismo Bajazet, enojado con la curiosidad de los tártaros y de los sirios cuando entraba á caballo en las ciudades con el acompañamiento de Timur, pidió que lo sustrajeran á las miradas de la muchedumbre permitiéndole viajar en una litera cerrada de mujer, que ocultara su vergüenza. Algunos cronistas bizantinos, siempre amigos de fábulas, sobre todo de las que desconceptuaban á los sectarios del profeta, refieren, sin fundamento tambien, que cuando Timur montaba á caballo, apoyaba el pié en la espalda del

sultan como si fuera un escabel, para ponerse en la silla. Timur respetaba demasiado en el sultan la conformidad de fé y el carácter de la soberanía para dar á su ejército ejemplos que degradaran las creencias y el imperio. Schildberger y los escritores persas, compañeros de Timur en la expedicion y en la vuelta á Samarcanda, cuentan por extenso las conversaciones picantes y filosóficas de los dos emperadores, mentis seguro de la brutal tradicion de los bizantinos.

## XL

Un dia en que los dos soberanos hablaban familiarmente despues de comer, de sus vicisitudes y varia fortuna, sometidas á la distribucion del destino hecha por Dios á sus criaturas:

« Preciso es confesar, dijo Timur al sultan, que los dos le debemos grandes beneficios al soberano Señor de los imperios. »

« — ¿Porqué ? le preguntó Bajazet. »

« — Por haber dado estos imperios, repuso Timur, á un cojo como yo, y á un estropeado como tú. »

« Ver á un cojo como yo y á un impedido como tú  
 « gobernar el uno el Asia y el otro la Europa; ¿ no  
 « es una prueba grande del desprecio con que mira  
 « el soberano Señor el imperio? » Luego, cambiando  
 de conversacion; « porque has sido ingrato con  
 « Dios, añadió Timur, te ha enviado estos castigos y  
 « me ha dado la mision de infligírtelos; pero ahora,  
 « hermano mio, no te aflijas, el hombre que vive re-  
 « monta fácilmente á la prosperidad. »

En este momento trajeron á Timur un vaso lleno  
 de leche cuajada, delicia de las comidas tártaras:  
 Bajazet palideció.

« — ¿ Porqué palideces? le preguntó Timur.

« — Porque esa leche cuajada, respondió el sultan,  
 « confirma milagrosamente para mí una profecía que  
 « mi adivino Djelair me anunció un dia diciéndome  
 « que comería una vez leche cuajada con el kan de  
 « los tártaros.

« — Ese Djelair, replicó Timur burlándose de los  
 « adivinos que sustituyen las maravillas á la razon,  
 « única inspiradora de toda sabiduría, era un hom-  
 « bre hábil, y le estoy muy agradecido, porque si no  
 « hubiera estado á tu lado para adormecerte con sus  
 « presagios, tú te hubieras dejado guiar por tu buen  
 « sentido, y no estarias ahora conmigo en este sitio. »

## XLI

Para consolar á su prisionero, Timur le permitió  
 traer las mujeres mas queridas de su haren. La prin-  
 cesa de Servia, hermana de Lázaro, llegó al campa-  
 mento de Timur, y fué en él objeto de las atenciones  
 del vencedor de su marido. Timur exigió una vez  
 sola, que le sirviera ella una copa de vino de Chipre,  
 única venganza que quiso tomar contra la carta in-  
 juriosa en que Bajazet le amenazaba con arrebatarle  
 su haren.

« Tus hijos sublevan la Anatolia y la Europa con-  
 « tra mí, dijo un dia á Bajazet. Te reconoceran por  
 « soberano si te restituyera la libertad?

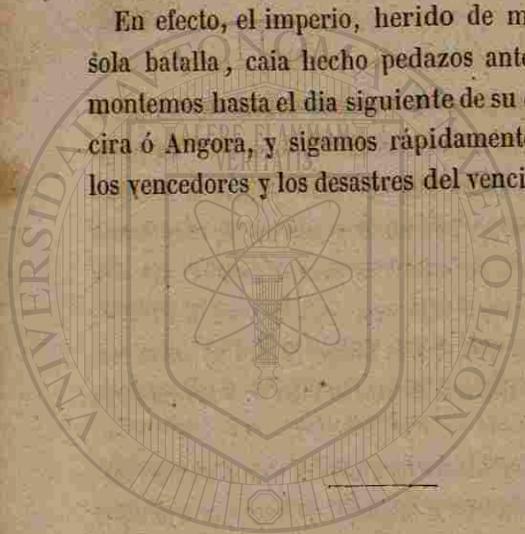
« — Rompe mis cadenas, respondió Ilderim, y  
 « pronto les haré cumplir con sus deberes.

« Animo, sultan, replicó Timur, primero quiero  
 « llevarte á Samarcanda, y cuando hayas visto mi  
 « imperio y mi capital, te enviaré con un ejército á  
 « tus Estados. »

Pero Bajazet, desalentado con las noticias que re-  
 cibia de Brusa y de Andrinópolis, por la descompo-

sición de su imperio, por la desobediencia y las discusiones de sus hijos Soliman y Mohammed, cayó en una tristeza invencible, y cesó de creer en la restauración de su propia soberanía.

En efecto, el imperio, herido de muerte en una sola batalla, caía hecho pedazos ante sus ojos. Remontemos hasta el día siguiente de su derrota de Ancira ó Angora, y sigamos rápidamente los pasos de los vencedores y los desastres del vencido.



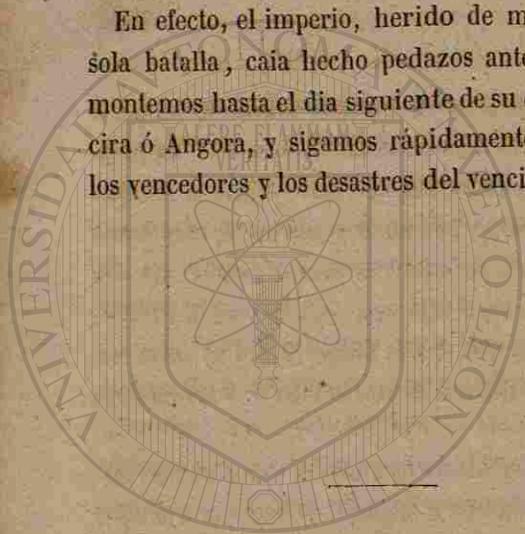
## LIBRO OCTAVO

1

Ya se ha visto que en el momento en que Bajazet no peleaba mas que por la gloria ó por morir sobre los cadáveres de sus diez mil genízaros, habia mandado á sus hijos que se libertaran del hierro de Timur y que buscaran su salvacion en la velocidad de sus caballos. Su hijo primogénito Soliman, seguido por algunos generales adictos y por el gran visir, despues de haber atravesado con dificultad por los senderos mas inaccesibles el grupo de montañas que se

sición de su imperio, por la desobediencia y las discusiones de sus hijos Soliman y Mohammed, cayó en una tristeza invencible, y cesó de creer en la restauración de su propia soberanía.

En efecto, el imperio, herido de muerte en una sola batalla, caía hecho pedazos ante sus ojos. Remontemos hasta el día siguiente de su derrota de Ancira ó Angora, y sigamos rápidamente los pasos de los vencedores y los desastres del vencido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LIBRO OCTAVO

1

Ya se ha visto que en el momento en que Bajazet no peleaba mas que por la gloria ó por morir sobre los cadáveres de sus diez mil genízaros, habia mandado á sus hijos que se libertaran del hierro de Timur y que buscaran su salvacion en la velocidad de sus caballos. Su hijo primogénito Soliman, seguido por algunos generales adictos y por el gran visir, despues de haber atravesado con dificultad por los senderos mas inaccesibles el grupo de montañas que se-

paran á Angora de Jenischyr, habia llegado á Brusa tan pronto como la noticia de la derrota de su padre.

Pero la prontitud de Mohammed-Schah, nieto de Timur y el mas querido de sus descendientes, no habia dado lugar á Soliman para que salvara los objetos preciosos que encerraba en Brusa el palacio de Bajazet Ilderim. Cuando tocaba Soliman á las puertas de su capital, los treinta mil caballos tártaros de Mohammed-Schah, que habian hecho en cinco dias, casi siempre al galope, el camino desde Angora hasta el monte Olimpo, habian entrado, cual torrente desbordado, en la ciudad, y habian forzado al infortunado Soliman á que saliera fugitivo por otra puerta. Atravesando rápidamente en un caballo de refresco la llanura que separa á Brusa de los Dardanelos, Soliman no habia tenido tiempo mas que para desatar una barca de pescador de la costa de Asia y refugiarse casi solo en la Europa.

Mohammed-Schah y sus tártaros saquearon sin resistencia la magnífica capital del nuevo imperio. Los palacios, las mezquitas, las escuelas, con que habian embellecido la ciudad los dos últimos reinados, fueron trasformados en cuadras para los caballos de la escolta de Timur. Los tesoros, tan estérilmente acumulados por Bajazet, la vajilla de oro y plata, las armas, los brocados y las alfombras tegidas por las

mujeres de Caramania para sus divanes, habian sido divididos entre los vencedores y servian, los unos de colleras, los otros de cama á sus caballos. Mohammed-Schah se habia llevado del haren de Bajazet sus mujeres, sus hijos, sus esclavas favoritas, y hasta la hija de Djelair, prometida á su hijo Mustafá, cuyo cadáver buscaba en vano bajo los montones de muertos que cubrian la llanura de Angora. Pero Mohammed-Schah, imitando á Timur, al conducir consigo aquellas cautivas, habia respetado su sexo y su desventura. Aun respecto de sus prisioneros, los tártaros, como los turcos, contemplaban en las mujeres la debilidad, la virginidad y la maternidad, esos tres sellos de Dios; Mohammed-Schah las habia enviado con buena escolta á su abuelo Timur, para que dispusiese de ellas segun se le antojase, bien fuera volviéndolas á Bajazet, bien fuera encerrándolas en el haren de Samarcanda. El jóven vencedor habia sacado al mismo tiempo de las prisiones de Brusa á los príncipes de Caramania, tenidos en cautiverio por Bajazet.

Despues de haber dispuesto de tal manera la distribución del botin y la seguridad de las mujeres, Mohammed-Schah, habia incendiado á Brusa para obedecer al resentimiento de Timur y borrar de la tierra la plaza del imperio que habia osado desafiar el suyo.

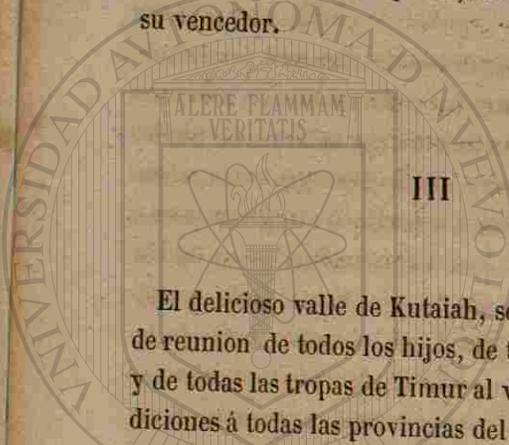
El Mediterráneo, los Dardanelos, la Propóntide y el Bósforo habian visto elevarse durante cinco noches y cinco dias las llamas y el humo de aquella vasta hoguera humana al pié del Olimpo. Sin embargo, en el saqueo que habia precedido al incendio, los tártaros habian perdonado la vida á los habitantes; sabiendo con cuanta solicitud exceptuaba Timur de las calamidades de la guerra á los hombres ilustres por su ciencia, sus letras ó su virtud, Mohammed-Schah puso en libertad al santo scheik Bokhari, al profundo jurisconsulto Schemseddin, y al teólogo Djezeri, luz y gloria de la capital de los otomanos. Timur los recibió en Kutaiah, ciudad adonde habia trasladado su tienda imperial, y los colmó de distinciones para decidirlos á que fueran con él á Samarcanda. El scheik Bokhari, que se habia casado con una hermana de Bajazet, enamorado de su fama, rehusó abandonar al cuñado en su infortunio; Djezeri, á quien no contenia ningun lazo de familia, consintió en desterrarse siguiendo al conquistador á la capital de la Transoxiana. Timur lo nombró mas tarde *molla* ó juez supremo de Samarcanda; él le confió el sello del imperio, este canciller extranjero fué, segun opina Scherifeddin, quien redactaba y leía en la asamblea general de los tártaros los actos legislativos de este Carlomagno del Asia.

## II

Cuerpos de caballería tártara, lanzados por Timur y por su nieto contra la ciudad de Nicea y hasta las costas europeas, persiguieron por todas partes á Soliman y á los otros hijos de Bajazet, que procuraban alcanzar á los últimos soldados de su padre. Estos débiles núcleos no hallaron refugio mas que en las montañas de la Tracia y del Asia Menor. Mohammed, sin enemigos ya, se apartó de las ruinas de Brusa, se incorporó con la vanguardia del ejército tártaro en la cuenca de Jenischyr, y celebró, en presencia de su abuelo y del sultan cautivo, su matrimonio con la hija mayor de Bajazet, quien de cautiva que era se convirtió en su esposa.

En el momento en que aquel matrimonio iba á mezclar la sangre de Timur con la de Othman, fué presentado á Timur con pompa el haren de Bajazet, precedido de bailarinas y de músicos, y devuelto á este con magnificencia. Timur mostró especialmente el mayor respeto á la princesa de Servia, hermana del héroe Lázaro y mujer principal del sultan. Esta

emperatriz, que habia practicado hasta entónces con libertad la religion cristiana en el palacio de su marido, cediendo á la necesidad, abjuró en Kutaiah la fé de sus padres y abrazó, por adherirse á la desgracia que queria compartir, el culto de su esposo y su vencedor.



El delicioso valle de Kutaiah, señalado para punto de reunion de todos los hijos, de todos los generales y de todas las tropas de Timur al volver de sus expediciones á todas las provincias del Asia otomana, fué ilustrado entónces con las fiestas que coronaban todas las campañas del conquistador. Timur, despues de haber mandado decapitar sin piedad, y sin consideracion á sus servicios á los jefes y soldados que habian deshonorado la victoria con crímenes contra el Coran ó contra la conciencia humana, convidó á un banquete nacional á todo su ejército. El mismo Bajazet tomó en él asiento al lado del khan. Esclavos innumerables de todos los países, vestidos de diverso modo, sirvieron de escanciadores á los tártaros. El

vino de Schiraz y de Chipre corrió á torrentes. En aquel tiempo no se practicaba con severidad la ley del islamismo que proscribe como un pecado el uso del licor que embriaga, aunque da también la cordialidad, la fuerza y la alegría. La Persia habia acostumbrado á él á los tártaros; la Grecia y las islas del Archipiélago á los otomanos.

Timur envió desde allí embajadores á Egipto y á Constantinopla para mandar al sultan Mamluk que grabara en lo sucesivo su efigie en la moneda, y para exigir del emperador de Bizancio el tributo que los griegos pagaban mucho tiempo habia á los turcos. Otro embajador de paz fué enviado á Soliman, hijo primogénito de Bajazet, que se habia hecho fuerte en el castillo de Guzeldje-Hissar, fortaleza inexpugnable de la costa de Asia, donde aguardaba el reflujo de los tártaros para reconquistar el desmembrado imperio. Timur, en su mensaje, convidaba á Soliman á venir con confianza á reconocer en él, no al vencedor, sino al protector de su padre Ilderim.

Soliman respondió por medio de Ramazan, embajador suyo, y de un rico tributo de caballos turcomanos y de aves de rapiña, amaestradas para la caza, que envió con él.

« Dí á tu señor, respondió Timur á Ramazan, acogiéndolo con favor su tributo, que he borrado de mi

« memoria lo pasado; que venga pues á recibir él  
 « mismo pruebas de reconciliacion y de mi amis-  
 « tad. »

Solo se mostró implacable contra el general de Bajazet, Timurtasch, cuyo orgullo ofendia el suyo, y cuyas posesiones, iguales á las de un sultan, cubrian la Capadocia y la Caramania.

« ¿ Con qué intenciones has acumulado tantos te-  
 « soros? le dijo severamente Timur. No valia mas  
 « gasarlos en servicio de tu soberano para ayudarlo  
 « á preservar de mi cólera sus estados, su trono y su  
 « familia? Los ministros y los generales que se enri-  
 « quecen arruinan los imperios. »

Torpe de lengua, ó insolente carácter, Timurtasch respondió para disculparse :

« Mi emperador, dijo al pastor tártaro, convertido  
 « en rey de reyes, no es emperador de ayer; para  
 « pagar sus tropas no necesita del oro de sus genera-  
 « les ni de sus ministros, como los príncipes advene-  
 « dizos que ántes de poseerlo todo, no poseian  
 « nada.

« — Insolente! replicó Timur, tú expiarás esa in-  
 « juria con la pérdida de tú libertad, la de tu familia  
 « y la de tus bienes que iba á devolverte. »

La cautividad de Timurtasch y de sus hijos, junto con la confiscacion de sus innumerables tierras, esclavos

y ganados fué la consecuencia de esta réplica. De la opulencia de un sátrapa cayó en la indigencia de un dervis. Pero la fortuna no se habia desprendido para siempre de este héroe de los otomanos; Timur no queria herir sin remision al que era el azote mas terrible de los cristianos. Lo veremos elevarse otra vez al poder.

## IV

Despues de estos actos de clemencia y dureza, pareció que Timur vacilaba entre su regreso á Samarcanda y la visita del nuevo imperio que acababan de conquistar sus hijos en el Mediterráneo.

Decidióse por fin á prolongar su campaña y á continuar su marcha hácia el golfo de Esmirna. Políticamente vacilaba del mismo modo en restablecer en su imperio á Bajazet ó en guardarlo cautivo. Por una parte, el carácter heróico é impetuoso de Ilderim le hacia temer la restitucion de semejante cabeza y semejantes brazos á los otomanos; por otra, las disensiones de los tres hijos de Ilderim, buscando partidarios que los ayudaran á reconquistar su trono,

podian debilitar de tal suerte á los otomanos que la fé comun padeciera y que la victoria de Timur fuese la victoria de los cristianos y la ruina del islamismo en Europa.

Para prevenir esta decadencia prematura del ascendiente de su raza en el Norte del imperio, Timur otorgó á Soliman, por medio de otra embajada, la soberanía de las provincias de Europa, reservando el Asia bien fuera para Bajazet, cuando le restituyera la libertad y el trono, bien fuera á alguno de sus hijos ó á los principes turcomanos de la Caramania.

En el momento en que Timur flotaba indeciso entre la vuelta á Samarcanda y algunos pasos mas en la via de sus conquistas en Anatolia, un interés á la vez religioso y político lo llamó inopinadamente á nuevas playas y nuevas empresas.

Se ha visto en el curso de esta narracion, que las cruzadas habian dado lugar á la fundacion de reinos precarios y principados feudales en diferentes partes del Oriente, en Jerusalem, Tiberiades, Da-

masco, Antioquia, el Peloponeso, Chipre y las islas del archipiélago griego. Estos reinos y estos principados, despojos de la guerra contra los kalifas, no habian tardado en ser recobrados por los emires, por los sultanes, por los generales de los árabes, de los egipcios, de los turcos, y por fin de los tártaros. El flujo de la Europa cristiana hácia el Oriente, rechazado y desalentado por tanta sangre, inútilmente vertida, habia disminuido y se habia por último parado. Al avanzar y establecerse sólidamente en el Asia Menor, los turcos levantaban al cabo de un siglo escaso un baluarte inexpugnable del islamismo en aquellas comarcas. El miserable resto del imperio bizantino que subsistia aun nominalmente en el Bósforo, y cuyo territorio habian violado los mismos cruzados, saqueado su capital, asediado las ciudades, desmembrado las provincias con el pretexto de extirpar la heregía, era el único vestigio que quedaba de la dominacion cristiana en las costas del Asia. Los turcos, con una tolerancia propia de su dogma y de su política, y que atestigua en todas partes la historia, habian dejado á las poblaciones cristianas de la Persia, de la Servia, del Líbano, del monte Athos, de la Bulgaria, del Archipiélago, del Asia Menor y de la Tracia, su culto, sus sacerdotes, sus monasterios, sus templos, á excepcion de algunas iglesias monumen-

tales que habían convertido en mezquitas para glorificar con ellas su propia religion.

Salvo el derecho del gobierno político y el derecho de empuñar las armas, no había entre musulmanes y cristianos otra diferencia que la del título de pueblo conquistador y pueblo conquistado. La prueba evidente de esta tolerancia civil y religiosa de los musulmanes con las poblaciones cristianas sometidas entonces á su dominación, no necesita mas testimonio que el de los hechos. Desde Bagdad y Damasco hasta el Danubio, y desde la extremidad del Ponto Euxino hasta el fondo del Adriático, la Persia, la Siria, la Colchida, la Capadocia, la Bithinia, la Tracia, la Bulgaria, la Servia, el Peloponeso, la Albania, estaban cubiertos de ciudades, de villas cristianas, á las que los vencedores no habían impuesto jamás la opción atroz entre el islamismo y la muerte, con que los instigadores de las cruzadas excitaban y alimentaban la indignación popular del Occidente. Estas ciudades, estas villas, estas poblaciones políticamente subyugadas, pero libres en sus creencias y en su culto, florecían, trabajaban, comerciaban, navegaban y se multiplicaban tan libremente bajo la dominación musulmana como bajo la bizantina. La prueba de que podían existir, es que existían, y que en aquella época, como en la actual, el número de

los pueblos cristianos, incrustados en el Imperio Otomano excedía mucho al de la población turca. Los cristianos del Occidente no eran pues llamados á Oriente por la piedad generosa de hermanos que van á arrancar á sus hermanos de la apostasia ó el martirio. Esta verdad comenzaba á penetrar en el Occidente, apesar de las exageraciones de los frailes y de los peregrinos. La Europa por otra parte, ocupada en sus intereses, en sus ambiciones y guerras intestinas, no tenía bastante tiempo ni bastante fanatismo, ni bastante sangre para ir á pelear eternamente contra los sectarios de un profeta de Arabia. Veía como los reyes de los servios, de los húngaros, de los búlgaros, y los emperadores griegos de Constantinopla, las repúblicas cristianas y católicas de Venecia y de Génova, los príncipes y los duques de la Morea, hacían tratados, contraían alianzas, pagaban subsidios, prestaban flotas y soldados á esos otomanos, que se pintaba como verdugos de los cristianos; y poseían en medio de ellos islas, provincias, puertos, industrias, comercios libres, que eran otros tantos testimonios que desmentían cuadros tan sombríos y exagerados. Estas mezclas de dos razas, esta promiscuidad de territorios, costumbres, política y religion; este espectáculo cotidiano en el Mediterraneo de las relaciones mas amistosas y mas útiles

entre los venecianos, los genoveses, los sicilianos, los jonios y los turcos, desacreditaba diariamente y cada vez mas la antipatía por mucho tiempo popular entre los reinos cristianos y el imperio musulman. El mismo pontificado comenzaba á tratar con los sultanes, y no estaba léjos el momento en que el papa Alejandro VI recibiese subsidios de un Bajazet para libertar á precio de oro el imperio otomano de un competidor al trono, que podia introducir la anarquía en el imperio.

## VI

Entretanto, el espíritu de las cruzadas que se extinguía en las córtes, en los pueblos y en la misma Roma, subsistia todavía, aunque débilmente entonces, en una institucion singular, monacal, aristocrática y militar juntamente de que la historia antigua no ofrece ningun ejemplo, y la moderna parece que no ha de guardar ningun vestigio; especie de asociacion ó república soberana entre la nobleza de los diferentes estados cristianos de Europa; que confundia todas sus diversidades de nacionalidad, de patria

y de raza en una unidad de zelo para conservar y pagar la fé por medio de las armas; que elegia ella misma á su soberano vitalicio en un conclave de soldados; que neutralizaba en medio de los mares una roca, un puerto ó una isla, para guardar allí, como vestales de la sangre humana, el fuego eterno y sagrado de la guerra; que poseia con este título dominios privilegiados é inalienables, bajo el nombre de encomiendas, en todos los Estados del Occidente, y que hacia religiosamente el voto de exterminar sin piedad á los infieles. Si los otomanos hubieran tenido semejante institucion en el islamismo, ¿qué no se hubiera dicho, y con razon, de su incompatibilidad, no solo con el cristianismo, sino con todo el género humano?

Esta institucion, heróica y bárbara, era la órden de San Juan de Jerusalem, conocida comunmente bajo el nombre de caballeros de Rodas y caballeros de Malta, por las dos islas célebres que han ilustrado.

## VII

La órden militar y religiosa de los caballeros de San Juan de Jerusalem habia sido el último suspiro

de la caballería despues de las cruzadas. Un triple espíritu animaba entónces á la nobleza europea, el espíritu de la fé, el espíritu de la guerra, el espíritu de aventura. Lo que se llama el caballero habia nacido de estos tres espíritus juntos. El corazon piadoso, el brazo guerrero, la imaginacion quimérica; estos tres elementos constituian el perfecto caballero cristiano. Religion, guerra y gloria eran sus tres almas. La Europa era jóven, era aun poco cristiana, salia de la barbarie, tenia aun en su nobleza un resto de su impulso hácia las conquistas que la habian guiado de la Tartaria, del Cáucaso á la Germania, á las Galias, á la Italia, á la España; amaba los climas remotos, las islas desconocidas, las empresas fabulosas, las conquistas ilimitadas, las coronas de la tierra y la corona inmortal del cielo. De estos instintos nació la caballería con sus virtudes y sus vicios. La religion se habia apoderado de ella y la habia convertido en milicia suya cuando los soberanos comenzaban á abandonarla; en vez de reconocer á su señor en los reyes, habian elegido á Dios por soberano, y al papa, vicario de Cristo, por protector.

## VIII

El establecimiento de los hospitalarios en Jerusalem, remonta á los primeros siglos de la era cristiana. En el reinado de Constantino, existia ya un hospicio en la ciudad santa para recibir á los peregrinos que visitaban el sepulcro de Jesucristo; en el séptimo siglo, despues de la muerte de Mahoma, sus sucesores Alí y Moawiah, luchando por la supremacia religiosa, agitaban el Asia con sus guerras. Mas tarde fué conquistada la Palestina por los sarracenos, de la secta de Alí, que gobernaban el Egipto. Durante trescientos años, los kalifas fatimitas, ó soldanes del Egipto, permitieron á los cristianos de Jerusalem ocupar el cuartel inmediato al santo sepulcro, exigiendo únicamente el pago de un tributo. Anteriormente, hácia el siglo nueve, el kalifa Harunal-Raschid, movido por la fama de Carlomagno, habia querido celebrar una alianza con este monarca.

Eginhard cuenta que le envió las llaves del santo sepulcro y de la iglesia del Calvario, con un estan-

de la caballería después de las cruzadas. Un triple espíritu animaba entonces á la nobleza europea, el espíritu de la fé, el espíritu de la guerra, el espíritu de aventura. Lo que se llama el caballero habia nacido de estos tres espíritus juntos. El corazon piadoso, el brazo guerrero, la imaginacion quimérica; estos tres elementos constituian el perfecto caballero cristiano. Religion, guerra y gloria eran sus tres almas. La Europa era jóven, era aun poco cristiana, salia de la barbarie, tenia aun en su nobleza un resto de su impulso hácia las conquistas que la habian guiado de la Tartaria, del Cáucaso á la Germania, á las Galias, á la Italia, á la España; amaba los climas remotos, las islas desconocidas, las empresas fabulosas, las conquistas ilimitadas, las coronas de la tierra y la corona inmortal del cielo. De estos instintos nació la caballería con sus virtudes y sus vicios. La religion se habia apoderado de ella y la habia convertido en milicia suya cuando los soberanos comenzaban á abandonarla; en vez de reconocer á su señor en los reyes, habian elegido á Dios por soberano, y al papa, vicario de Cristo, por protector.

## VIII

El establecimiento de los hospitalarios en Jerusalem, remonta á los primeros siglos de la era cristiana. En el reinado de Constantino, existia ya un hospicio en la ciudad santa para recibir á los peregrinos que visitaban el sepulcro de Jesucristo; en el séptimo siglo, después de la muerte de Mahoma, sus sucesores Alí y Moawiah, luchando por la supremacia religiosa, agitaban el Asia con sus guerras. Mas tarde fué conquistada la Palestina por los sarracenos, de la secta de Alí, que gobernaban el Egipto. Durante trescientos años, los kalifas fatimitas, ó soldanes del Egipto, permitieron á los cristianos de Jerusalem ocupar el cuartel inmediato al santo sepulcro, exigiendo únicamente el pago de un tributo. Anteriormente, hácia el siglo nueve, el kalifa Harunal-Raschid, movido por la fama de Carlomagno, habia querido celebrar una alianza con este monarca.

Eginhard cuenta que le envió las llaves del santo sepulcro y de la iglesia del Calvario, con un estan-

darte como signo de autoridad. La supremacía de protección que la Francia ha pretendido á menudo sobre los cristianos establecidos en Oriente data de aquella época; pero esta autoridad duró poco; uno de los sucesores de Harun-el-Raschid persiguió á los cristianos y saqueó el hospicio. Algunos mercaderes italianos de Amalfi recogieron á los fugitivos y acometieron la empresa de restablecerlos en Jerusalem. Con pretexto del comercio que surtia á toda el Asia de los productos y mercaderías del Occidente, obtuvieron permiso para establecer una factoría en Jerusalem; edificaron sobre las ruinas del antiguo hospicio dos establecimientos, uno para hombres y el otro para mujeres, é instalaron en ellos religiosos y religiosas de san Benito para el servicio de los dos hospicios. Tal fué el origen de los hospitalarios, llamados luego orden de san Juan por haber dedicado una iglesia á san Juan Bautista, levantada en tiempo de Godofredo de Bullon.

Sin embargo, los cristianos no gozaron mucho tiempo de seguridad bajo el protectorado de los mercaderes de Amalfi. De conquista en conquista, los turcos seldjukidas se habian establecido en las provincias del Asia occidental, y en medio de ellos, los turcos ortokidas habian penetrado hasta Palestina; ellos habian adoptado por principio político para go-

bernar con mayor facilidad á sus nuevos súbditos musulmanes, los ritos de la religion de Mahoma, sin comprender su espíritu. Continuando sus agresiones contra el kalifa de Egipto, se apoderaron de Jerusalem, pasaron á cuchillo la guarnicion de los sarracenos y arrasaron el hospicio. Algunos fugitivos que lograron llegar á Europa, despertaron la compasion de los pueblos cristianos con la historia de sus infortunios y provocaron la primera cruzada.

En la misma época, un francés, Gerardo de Martigues, sin aguardar á los cruzados, se embarcó para la Siria y se dedicó solo al restablecimiento de los hospitalarios. Una gran dama romana, disfrazándose bajo el nombre de Sor Ines, movida por el mismo zelo, se dirigió á Palestina y se puso á la cabeza de los hospitalarios. Pero los turcos no toleraron mucho tiempo estos esfuerzos. Gerardo fué hecho prisionero y no salió de la cautividad hasta la toma de Jerusalem. El hospicio, restablecido por Gerardo, recibió entonces todos los soldados heridos, y muchos caballeros jóvenes se consagraron sucesivamente al servicio de los enfermos tomando el hábito de los hospitalarios. Entre estos guerreros se hallan los nombres de Raymundo Dupuy en 1121, Guerin de Montaignu en 1208, Bertran de Comps en 1236, que fueron maestros de la orden.

El zelo de la cristiandad se fijaba entónces en la tierra santa; las limosnas, las dotaciones afluan á Jerusalem; en todas las costas de Europa se fundaron establecimientos para facilitar los viajes de los peregrinos; estos establecimientos se convirtieron mas tarde en encomiendas de la órden de los hospitalarios. Gracias á estas liberalidades, Gerardo se hizo suficientemente rico para edificar la iglesia de san Juan, que dió el nombre á la órden. Pero la introduccion de los guerreros en el hospicio modificó muy pronto el espíritu primitivo de la institucion. Raymundo Dupuy, elegido gran maestre á la muerte de Gerardo, agregó á los votos de pobreza y de castidad el voto de *pelear contra los infieles*.

Así, la órden de los humildes servidores de los peregrinos se cambió en una órden militar. Sin embargo, preciso es decirlo, las necesidades de los tiempos exigieron este cambio. Jerusalem, frontera de los árabes y de los turcos, era habitualmente el campo de sus batallas. El pequeño núcleo de cristianos encerrados en sus muros, obligados á defenderse, debia crearse una milicia. La órden se dividió en tres clases; la gente de guerra, los sacerdotes y los hospitalarios propiamente dichos. Pero los hábitos de guerra, poco compatibles con la abnegacion y la humildad, absorbieron el espíritu de caridad.

El gobierno de la órden se hizo aristocrático, y la tercera clase solo se compuso de *hermanos servientes*, agregados á su servidumbre por los caballeros para cuidar á los heridos en tiempo de guerra.

En el siglo doce, la historia de la órden es la de todas las guerras de Oriente. Los hospitalarios fueron muy luego los únicos defensores de los reyes de Jerusalem, de Antioquia y de Edessa; fácilmente hubieran sucumbido en la empresa, si un refuerzo no hubiera llegado en tiempo de su mayor apuro bajo la forma de una nueva órden de caballería.

Algunos jóvenes franceses con Hugues de Payens á su cabeza, se habian asociado libremente para escoltar á los peregrinos en los desfiladeros de las montañas entre Jaffa y Jerusalem. Reuníanse en una habitacion cerca del templo, pero sin haber adoptado ninguna regla monástica, cuando Hugues, enviado de embajador á Roma por Balduino, rey de Jerusalem, tuvo el pensamiento de ponerse bajo la proteccion del papa Honorio II. El pontífice reconoció la asociacion bajo el nombre de *caballeros del Temple*, y les dió estatutos.

Caballeros jóvenes de todas las naciones se apresuraron á entrar en esta nueva órden militar prefiriéndola á la de los hospitalarios, cuyo nombre recordaba su humilde origen. Los templarios se hicieron ricos

y poderosos muy pronto; alistaron soldados y fueron á socorrer á los hospitalarios, de quienes fueron muy luego rivales; pero en la época de que hablamos, la emulacion de las órdenes y la de la Teutónica, recientemente formada en Alemania, mantuvo la disciplina y los realzó á tanta altura y fama, que muchos soberanos pretendieron la honra de ser admitidos como caballeros, y algunos dejaron al morir todos sus estados á los hospitalarios y á los templarios. La ambicion y todos los vicios de los conquistadores desnaturalizaron poco á poco estas instituciones, fundadas en la abnegacion y la pobreza.

Un jóven aventurero de la raza de los aiubitas, Saladino, á quien hábiles manejos habian elevado al rango de sultan de Egipto, emprendió de nuevo la conquista de Jerusalem para convertirla en baluarte contra los ataques de los turcos seljukidas y los latinos, enemigos suyos.

Un cristiano entregó sus hermanos; el conde de Tripoli, rival de Lusignan, rey de Jerusalem, vendió á los cristianos y abrió la entrada de la ciudad á Saladino.

La toma de Jerusalem es demasiado conocida para hacer aqui su descripcion. Saladino expulsó á las órdenes militares, pero permitió á los hospitalarios el que residieran un año en la ciudad santa para cuidar á los heridos.

A cada eclipse de las órdenes militares, y cuando parecia que los desastres de la guerra las habia aniquilado; se las veia reunirse, reparar sus bajas, y reaparecer mas formidables que ántes; consistia en que su institucion era una necesidad de aquellos tiempos; es verdad que tropas mercenarias podian hacer una campaña y ganar batallas; pero no podian formar un poder defensivo permanente; era menester un lazo mas fuerte que el del sueldo, un objeto mas noble que la misma gloria; por eso, cuando la ambicion mundana, el lujo y la relajacion hubieron desnaturalizado la institucion, los vemos abandonar la defensa del santo sepulcro, convertirse en poder temporal en Rodas y Malta, y acabar por extinguirse en el olvido.

Despues del sitio de Jerusalem, se vuelven á ver en el sitio de Tiro, las órdenes militares, formadas con caballeros alistados en las encomiendas de Europa, peleando por el jóven Conrado, favoreciendo los amores de Isabel, reina de Jerusalem, marchando á la cruzada de Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon. Los hospitalarios hicieron prodigios de valor; pero la rivalidad de los templarios crece mas y mas, y pronto los dos partidos vienen á las manos.

La conquista de Constantinopla arrebatada á los griegos, y el reinado de Balduino, conde de Flan-

des, atrajeron á los hospitalarios á esta frontera de Europa y de Asia; fué la época de su gran prosperidad. Formaron establecimientos considerables, y construyeron iglesias en Constantinopla, Esmirna, Venecia, Florencia y Verona.

La España llamó al gran maestre, Guerin de Montaigu, para que peleara contra los moros; poco despues se halló en la batalla de Bovines. Montaigu no era solamente un guerrero eminente, era además un literato, y se han conservado sus escritos contra un cisma naciente que parece que ha sido precursor de los quietistas modernos.

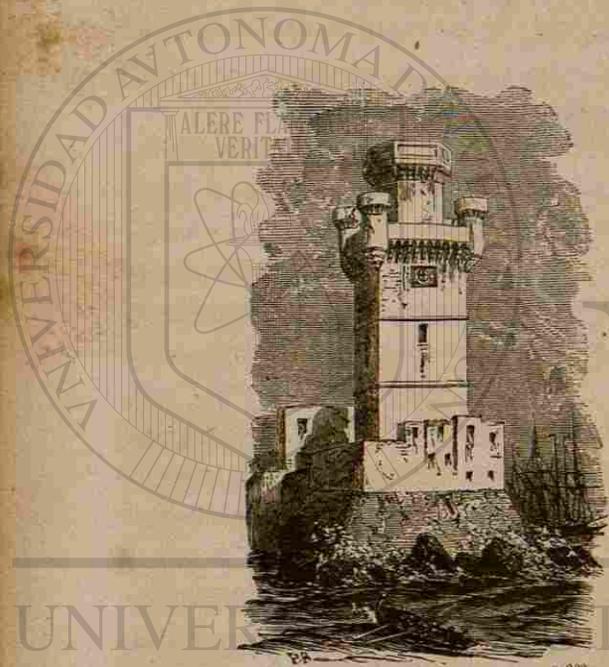
Los hospitalarios sufrieron tales desastres, que se vieron obligados á abandonar completamente la tierra santa. Un pueblo entero, descendiente de los antiguos parthos, llamado Kkwarezmianos ó Kharismianos, expulsado por los mongoles de su territorio, y no hallando asilo en ninguna parte á causa de su reputacion de crueldad y de idolatría, cayó de improviso sobre Jerusalem, saqueó la ciudad, pasó á cuchillo la guarnicion, á los caballeros de las órdenes militares, debilitados por su dispersion en Europa. Los kharismianos cometieron atrocidades inauditas, desconocidas aun en los tiempos mas bárbaros. Los habitantes de Jerusalem que podian huir se dirigieron á la costa y se encerraron en San Juan de Acre;

las mujeres y los niños, reunidos por las hermanas hospitalarias, se refugiaron al pié del santo sepulcro, en donde aguardaron el martirio. Diez y seis caballeros de San Juan fueron los únicos que se salvaron al mando de Guy de Châteauneuf. La narracion de los acontecimientos, escrita por él mismo, decidió la cruzada de San Luis.

Después de la derrota de San Juan de Acre, los hospitalarios se retiraron á Chipre, desde cuyo punto prepararon una expedicion contra la isla de Rodas, habitada por los griegos y gobernada por los musulmanes. La isla tomada y perdida, quedó por fin en poder de los hospitalarios, que se establecieron en ella.

La órden pudo entonces regenerarse. Muchos grandes maestros, hombres de suma capacidad, emprendieron reformas importantes. Es probable que hubieran logrado buen éxito, si la accesion de las vastas posesiones de los templarios, que les fueron adjudicadas al extinguirse la órden, no hubiera corrompido las costumbres con el aumento del lujo y de las riquezas. Entre estos maestros se cuentan los Villanuevas, los Pinos, Heredia, llamado el *domador del dragon*, Berenger, Juillac, etc.

La distancia grande de las encomiendas, la ambicion de independencia de los jefes, habian relajado



T. II.

TORRE DE RODAS.

p. 323.

la disciplina. Formáronse facciones, estallaron revueltas y llegaron al punto de hacer doble elección de grandes maestros. En medio de estos desórdenes, el espíritu militar subsistía únicamente, dando lugar á proezas que distinguen la toma de posesion de Esmirna.

Hé aquí en qué circunstancia :

La ciudad y el puerto de Esmirna, á mediados del siglo XIV, servian de abrigo á bandidos y corsarios que hacian peligrosa la navegacion y el comercio del Mediterráneo. Biandra, general en jefe de las fuerzas de Rodas, formó el atrevido proyecto de destruir aquella madriguera; y logrando apoderarse del puerto, quemó las galeras de los corsarios. Pero el comandante turco de la fortaleza llevó á una emboscada por medio de una retirada falsa á los caballeros, y los pasó á todos á cuchillo.

Veinte años despues, hácia el 1370; el papa Gregorio XI mandó al gran maestro Roberto de Juillac que ocupara el castillo y la ciudad de Esmirna como posesion de la órden. La prudencia del gran maestro objetó la situacion de la ciudad en el centro de los dominios turcos; pero el papa le reiteró la órden de obedecer bajo pena de excomunion. Un crecido armamento de galeras trasportó las tropas al fondo del golfo y despues en un combate encarnizado, en el

castillo de Esmirna se enarbólo el estandarte de los caballeros de Rodas. Las armas de la Iglesia se ven todavía sobre su ruिनosa puerta.

Para limpiar la tierra de Islam de esta dominacion de una colonia de la Roma cristiana avanzaba Timur desde Kutaiah.

## IX

Timur resolvió libertar al Asia Menor del terror que esta colonia militar de la cristiandad hacia reinar en los mares de la Jonia, y sacar del cautiverio á los innumerables esclavos mahometanos que gemian aherrojados por los caballeros de San Juan de Jerusalem. Él solo tenia fuerzas suficientes para prestar este inmenso servicio al islamismo. Con esta última hazaña queria coronar y santificar todas las demás. Partiendo del océano Indico, habia mucha gloria en no pararse hasta otro mar, casi europeo, que ponía límite natural á sus conquistas. Reunió su ejército expedicionario en Kutaiah, y se dirigió con lentitud, segun su costumbre, á Esmirna. Cuanto mas se acercaba á las costas del Mediterráneo, otro tanto encan-

taban su vista los anchos valles de la Bithinia, que ostentaban á sus ojos su vegetacion meridional, sus ciudades griegas y sus pintorescas ruinas, vestigios de tantos imperios borrados de la tierra en que brillaron. Dejando á su derecha las llanuras de Nicomedia, la Propóntide cubierta de ciudades marítimas, los arroyos tibios ó helados y las raíces tenebrosas del monte Olimpo, desembocó á la cabeza de trescientos mil tártaros de caballeria y de infanteria en el valle de Magnesia, la opulenta y fresca Tempé del Asia Menor. Allí permitió á su ejército que gozara de las delicias de aquel jardin de la Anatolia que debia ilustrar y embellecer mas tarde la retirada de Amurat ó Murad II, ese Diocleciano de los turcos, que eligió á Magnesia para descansar sobre los laureles de su victoria.

## X

Marchando en seguida al rededor de la base oriental del monte Tmolus, penetró en las gargantas de Tyra, la antigua Thyatira de los griegos, ciudad que recuerda por las cimas que le dan sombra, por los

bosques que la refrescan y por las cascadas que la bañan, las ciudades de la Helvecia, situadas en las faldas de los Alpes y respirando las brisas de los lagos y la resina de los pinos del Norte. Tyra, aunque mitad griega y cristiana, abrió sus puertas con resignacion á los tártaros, que se extendieron desde allí por las llanuras del Meandro y del Caistro cantadas por todos los poetas de Grecia y Roma, y mas tarde de la Turquía, á causa de la sombra de sus montañas, la riqueza de sus pastos, las sinuosidades de sus rios, la claridad de sus aguas, y la multitud de cigüeñas blancas que anidan sobre los lagos. El autor de esta historia, por una de esas singularidades que acontecen á los hombres oscuros como á los imperios, posee hoy en aquellos valles pintorescos parte de las márgenes y de los prados de ese Caistro celebrado por el poeta romano Virgilio, y en donde acampó Timur, al pié de la torre de mármol que mandó edificar allí y que dió su nombre á la llanura de Burghaz-Owa.

## XI

La mitad del ejército tartaro, mandado por Mohammed-Schah, entraba ya por el valle de Magnesia en el territorio de Esmirna. Timur, con la otra mitad, abandonando las orillas del Caistro á los rebaños y á los esclavos que iban con sus tropas, apareció en el mismo momento en las alturas que dominan el golfo y la ciudad. Nunca un horizonte mas magnífico y delicioso habia embriagado sus miradas desde que habia entrado en el valle de Cachemira. Y aun el valle de Cachemira no era mas que un voluptuoso oasis de verdura y de lagos en el seno de las montañas de la India. El mar, al rededor de Esmirna, se unia á las montañas, á los valles y á los monumentos de los hombres para encantar los ojos y estimular la ambicion del conquistador del mundo.

## XII

La ciudad de Esmirna, capital de la antigua Jonia, famosa por la blandura de su clima, la fecundidad de su suelo, la belleza de sus mujeres y el genio industrioso y literario de sus habitantes, estaba edificada al pié de una montaña, cuya cima forma torreon naturales que se dibujan y destacan sobre el azul casi eternamente sereno del firmamento, asemejándose á una fortaleza construida por los hombres para proteger una gran ciudad por la parte de los valles interiores de la Jonia. Un bosque de pinos negros, creciendo en una pendiente escarpada, imita las empalizadas de un fuerte. Sobre este bosque, una ciudadela ruinosa, semejante al Acrópolis de Atenas, construida por los griegos heróicos, desmantelada por el tiempo, reparada imperfectamente por los bizantinos, derribada por los turcos, restaurada y armada por los caballeros de Jerusalem, se enlaza como un nudo de piedras con las largas y elevadas murallas precedidas de un foso que bajan por ambos lados, siguiendo las ondulaciones de las colinas hasta las

dos orillas del mar. Estas murallas terminan allí en dos fuertes inexpugnables, que batien por sus cimientos las olas del golfo.

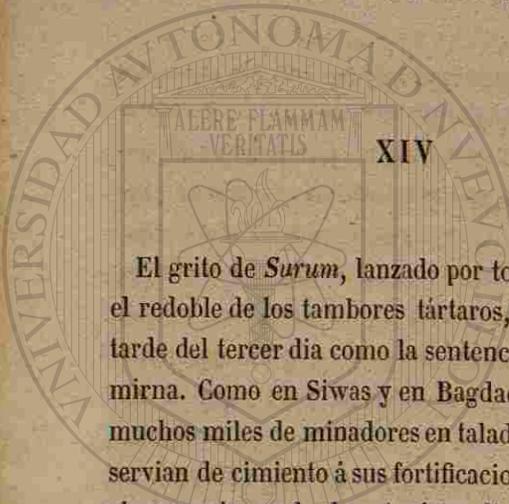
El puerto, lleno de bajeles de la orden y de la cristiandad, llamados en su socorro, se extendia entre estas dos fortalezas marítimas. La ciudad, populosa, comercial y militar, se alzaba desde la costa del mar hasta el pié de la ciudadela superior. A derecha é izquierda, sus aguas, parecidas al principio á un vasto lago encerrado en las montañas tapizadas de bosques, penetraba en las ensenadas y en las mil sinuosidades que recortan el golfo; luego, perdiéndose de vista, dejaban espaciar la mirada por el horizonte ilimitado del mar. Al extremo occidental del golfo de Esmirna, las sombras confusas de Mitylene y de Chio oscurecen casi imperceptiblemente el trasparente azul de las olas como velas lejanas. Las más próximas de los pescadores y jardineros de ambas orillas que abastecen á una gran ciudad surcan el golfo en todas direcciones; ciudades, casas de campo, vergeles, bosques y viñas cubren con su exuberante vegetacion y su sombra los promontorios y las colinas que avanzan por ambos lados del mar hácia la playa. Tal era el espectáculo que suspendió por un momento, no la impaciencia, pero sí el ataque de Timur.

## XIII

Segun su costumbre, conforme con los preceptos del Coran, que manda ofrecer siempre la capitulacion y la paz ántes de la guerra, Timur enarboló sobre su tienda, el primer dia, una bandera blanca, signo de negociacion; el segundo una bandera roja, signo de guerra declarada; el tercero una bandera negra, signo de carnicería implacable y sin cuartel. Estos tres dias dieron tiempo al ejército que mandaba su nieto Mohammed-Schah, para bajar de las gargantas de Magnesia y extenderse por la llanura de Bournabah, delicia de los habitantes de Esmirna.

Los caballeros, aunque intimidados por esta irrupcion de hombres y caballos, cuyas armas brillaban con los rayos del sol sobre todas las colinas del golfo, no deliberaron un momento entre el heroismo y el martirio. Fiábanse en la elevacion de sus murallas, en la profundidad de sus fosos, en el número y la velocidad de sus bajeles, en Dios en fin, que les daría la victoria peleando contra los enemigos del Cristo. Respondieron con dignidad á las intimaciones de Timur.

Numerosas flotas navegando ya entre las islas del Archipiélago y no aguardando mas que un viento favorable para entrar en el golfo, les habian sido anunciadas de Sicilia, España é Italia. Confiaban en que ellas los socorrerian ó les darian un asilo.



El grito de *Surum*, lanzado por todo el ejército, y el redoble de los tambores tártaros, resonaron en la tarde del tercer día como la sentencia fatal sobre Esmirna. Como en Siwas y en Bagdad, Timur empleó muchos miles de minadores en taladrar las peñas que servian de cimiento á sus fortificaciones. Los bosques circunvecinos y las huertas inmediatas al golfo ofrecieron los árboles que, echados con todas sus ramas en los fosos y encendidos con mechas del fuego griego, circundaron la ciudad con una vasta hoguera, cuya llama y humo fueron elevados por el viento á lo alto de las murallas. Los caballeros quemados ó ahogados en la brecha, caian en aquel horno, ó buscaban un refugio en la ciudad. Timur, haciendo acercar á fuerza de brazos plataformas puestas en

ruedas colosales, hacia pasar á sus soldados como por puentes á través de torrentes de fuego. Los cristianos solo defendian las bocacalles detrás de algunas barricadas recién hechas. El incendio corria desde la ciudadela hasta el puerto que tenia en su base. Solo les quedaba la playa. A la entrada del golfo apercebían las numerosas velas que trataban de ofrecerles soldados ó asilo.

Timur, que en medio del asalto se habia apeado y combatia con la antorcha y el sable en la mano, no quiso que los enemigos evitaran su cólera con la fuga. Diez mil tiradores de piedra fueron enviados por él al abrigo de las flechas de doscientos mil infantes á impedir la entrada en el puerto de los buques cristianos. Estos obreros arrancaron é hicieron rodar por el monte enormes rocas que cayeron al mar junto á la boca que debia dar paso á los bajeles. Los restos de este dique gigantesco subsisten todavía y han desviado el puerto nuevo de Esmirna de la ensenada primitiva que ocupaba. Los buques que naufragaron contra estas rocas, privaron á los cristianos de su último refugio. En fin, para penetrar en los dos fuertes marítimos que flanqueaban la bahía, sirviéndoles el mar de foso, Timur hizo construir sobre el agua, á fuerza de hombres un puente, cubierto de tierra, que sus zapadores, protegidos por la tropa acer-

caron paso á paso á los fuertes hasta nivelarlo con las fortificaciones, para que los soldados pudiesen desembocar como un torrente en los fuertes. La intrepidez de los caballeros cedió ante el número, pero no ante el terror. Las dos fortalezas fueron su sepulcro. Los que ocupaban aun la ciudadela superior con Guillermo de Mina, maestre del Hospital, viendo que no debían pensar mas que en salvar su vida, salieron en columna cerrada con espada en mano, se abrieron sangriento camino á través de las llamas y de la sangre, se refugiaron en las montañas inaccesibles á la caballería tártara, fueron de vericuelo en vericuelo costeano el golfo y recogidos uno á uno en las peñas de Focea por las galeras cristianas que surcaban aquellas aguas. Las mujeres, los niños y los ancianos que habian seguido hasta allí la columna de caballeros para salvarse como ellos en los buques de Europa, se arrojaron en vano al mar, agarrándose á los cables, á los remos, y á las áncoras, implorando la compasion de los marineros; las galeras, demasiado cargadas, no podían recibir sin irse á pique aquella desgraciada multitud. Todo pereció en las olas ó en los bosques á los tiros de las flechas de los tártaros. Timur, para desalentar á los que procuraban dar un asilo en sus barcos á los que con tanta penuria lo solicitaban, mandó cargar con

cabezas de hombres los cañones de las fortalezas de Esmirna y los disparó contra los buques. Estas cabezas cortadas, que flotaban sobre las ondas ó rodaban por los puentes de los buques, causaron tan profundo horror á los marineros, que las flotas huyeron á velas desplegadas, abandonando la poblacion cristiana de Esmirna y de las costas á la insaciable venganza de los tártaros.

Los genoveses, que poseian en el golfo el puerto fortificado y la deliciosa campaña de la antigua Focea, madre de Marsella, y las opulentas islas de Chio y de Lesbos, temiendo irritar al azote del Asia, le enviaron embajadores para cumplimentarlo por su carnicería y reconocerlo por soberano. Perdonólos á este precio; y despues de haber saqueado é incendiado á Esmirna, dispuesta siempre á renacer de entre sus cenizas, por su posicion, su fertilidad y su golfo, saludó con un adios al Mediterráneo, y volvió á tomar por Efeso el camino de la llanura del Caistro y del Meandro para regresar á Kutaiah.

Durante treinta dias, trabajó para borrar del suelo de Efeso, la Roma del paganismo, los vestigios de los templos antiguos, ya derribados por los cristianos. Su cólera contra los descendientes de los paganos y de los cristianos se acrecentó en su marcha por las colonias de la Grecia antigua y de la Grecia cristiana. La mas humilde sumision no le bastaba.

Una ciudad griega de la costa de Efeso, que envió para ablandarlo á niños de ambos sexos que cantaban sus alabanzas y recitaban versículos del Coran para lisonjear su culto : « ¿ Qué balido de ovejas es « ese que mortifica mis oídos? dijo á sus emires. — « Son los niños de la ciudad, enviados por sus padres « para suplicaros que les perdoneis la vida. — ; Que « los caballos de los arabes pisoteen sus cuerpos ! » exclamó Timur. La caballería de la vanguardia se lanzó contra aquellas inocentes criaturas al oír aquellas palabras, y el camino por donde pasó Timur quedó sembrado de miles de cadáveres de niños. La costumbre que tenia de verter sangre le inspiró el último grado de brutalidad guerrera : el de la indiferencia al aspecto de la muerte.

## XV

El incendio de Esmirna, de Efeso, y de todas las ciudades de la costa de Jonia, á donde la civilización griega habia enviado por espacio de tantos siglos su población, sus letras, sus religiones, sus artes, fué el

único monumento que levantó el conquistador en frente de la consternada Europa. Montones de ceniza marcaron su huella ; desapareció entre el humo de estas capitales, y volvió á tomar lentamente como retira el pastor sus rebaños de los prados, el camino de la Persia y de la Tartaria. Llevaba consigo á un emperador cautivo, y el botín de toda el Asia Menor. La imposibilidad de crear en algunos meses una marina para hacer atravesar la Propóntide ó el Bósforo á aquella multitud, le habia impedido arrasar la capital del imperio griego, Constantinopla. Esta empresa de demoler al envejecido oriente la dejaba intacta á los otomanos.

Parecia que se habia propuesto afianzar su imperio, conmovido involuntariamente por la batalla de Angora, y restituirselo á Bajazet Ilderim con ciertas condiciones de vasallaje y de alianza, despues de llevar á este soberano cautivo á Samarcanda para que decorara su triunfo, y hacerle contemplar la grandeza y la población de su casi universal imperio. Pero la muerte defraudó sus esperanzas, y puso coto á sus proyectos.

Aunque fuese tratado con las consideraciones que un vencedor generoso debe á un vencido heróico, Bajazet no podia acostumbrarse al cautiverio, por mas respetuoso que fuese. El espectáculo de la ruina

Una ciudad griega de la costa de Efeso, que envió para ablandarlo á niños de ambos sexos que cantaban sus alabanzas y recitaban versículos del Coran para lisonjear su culto : « ¿ Qué balido de ovejas es « ese que mortifica mis oídos? dijo á sus emires. — « Son los niños de la ciudad, enviados por sus padres « para suplicaros que les perdoneis la vida. — ; Que « los caballos de los arabes pisoteen sus cuerpos ! » exclamó Timur. La caballería de la vanguardia se lanzó contra aquellas inocentes criaturas al oír aquellas palabras, y el camino por donde pasó Timur quedó sembrado de miles de cadáveres de niños. La costumbre que tenia de verter sangre le inspiró el último grado de brutalidad guerrera : el de la indiferencia al aspecto de la muerte.

## XV

El incendio de Esmirna, de Efeso, y de todas las ciudades de la costa de Jonia, á donde la civilización griega habia enviado por espacio de tantos siglos su población, sus letras, sus religiones, sus artes, fué el

único monumento que levantó el conquistador en frente de la consternada Europa. Montones de ceniza marcaron su huella ; desapareció entre el humo de estas capitales, y volvió á tomar lentamente como retira el pastor sus rebaños de los prados, el camino de la Persia y de la Tartaria. Llevaba consigo á un emperador cautivo, y el botín de toda el Asia Menor. La imposibilidad de crear en algunos meses una marina para hacer atravesar la Propóntide ó el Bósforo á aquella multitud, le habia impedido arrasar la capital del imperio griego, Constantinopla. Esta empresa de demoler al envejecido oriente la dejaba intacta á los otomanos.

Parecia que se habia propuesto afianzar su imperio, conmovido involuntariamente por la batalla de Angora, y restituirselo á Bajazet Ilderim con ciertas condiciones de vasallaje y de alianza, despues de llevar á este soberano cautivo á Samarcanda para que decorara su triunfo, y hacerle contemplar la grandeza y la población de su casi universal imperio. Pero la muerte defraudó sus esperanzas, y puso coto á sus proyectos.

Aunque fuese tratado con las consideraciones que un vencedor generoso debe á un vencido heróico, Bajazet no podia acostumbrarse al cautiverio, por mas respetuoso que fuese. El espectáculo de la ruina

de sus provincias, las discusiones intestinas de sus hijos, la idea de adornar con su presencia la entrada triunfante del conquistador, la perspectiva de una prision, quizá perpetua, en aquellos ásperos climas de la Tartaria, no conocidos ya por su raza; en fin, su carácter violento é indómito, que pasaba incessantemente de la melancolía á las imprecaciones y de la conformidad á la desesperacion, le hacian languidecer, aunque todavía jóven, en las tiendas y en los palacios en donde poseia todo lo que corresponde á un emperador, excepto el imperio. Un acceso de esta desesperacion le quitó la vida en Akschyr, camino de Sirvas, en el momento en que dejaba para siempre aquellos valles pastoriles, segunda patria de sus padres. Timur guardó luto por el y entregó su cadáver á su hijo Muza para que lo llevara al sepulcro de su familia en Brusa, puso en libertad á su viuda, la princesa de Servia, y á las mujeres de su haren. El cuerpo de Bajazet, escoltado por cien ginetes turcos, llegó á las puertas de Brusa, donde no pudo entrar, precisamente en el momento en que los ejércitos de sus dos hijos, Isa y Mohammed peleaban allí para disputarse los restos del imperio. Sepultáronlo bajo los plátanos, á cierta distancia de la ciudad, hasta que el imperio restaurado y la mezquita imperial reedificada permitieron á sus descen-

dientes depositarlo en la tumba que habia preparado para él en su capital.

El reinado de Bajazet, uno de los mas propicios al principio y de los mas funestos al último para los otomanos, fué la imagen de su carácter. Su epíteto de *Ilderím* (el rayo) fué la significacion compendiada de su vida. Hirió como el rayo á la Europa, y se apagó como él en Asia en medio de su propia destruccion.

La sangre inocente de su hermano, asesinado al dia siguiente del de la muerte de su padre, en las tiendas de Korsowa, la sangre de los prisioneros cristianos vertida bárbaramente en la llanura de Nicópolis, parece que fueron de mal agüero para su fortuna. La Europa fué presa de la guerra civil que se hacian sus hijos, y el Asia quedó en poder del héroe tártaro. Su misma capital se cerró ante su cadáver, como si le rehusara un sepulcro. Se diría que la providencia queria castigar con justicia, en su imperio, en su libertad, y en su descendencia, al sultan que habia dado á su dinastía el primero y fatal ejemplo del fratricidio por razon de estado. Ella protegerá sin duda en Abdul-Medjid al primer sultan que ha tenido fuerza y valor suficiente para abolir esta sanguinaria política, y para poner los derechos y los sentimientos de la naturaleza encima

de los decretos que tendian á afianzar con el homicidio la seguridad del soberano.

Antes de referir los acontecimientos que ocurrieron en Europa y en Asia despues de la muerte de Ilderim, echemos una ojeada sobre el reflujo de Timur y de sus ejércitos hasta Samarcanda.

## XVI

El mismo llegaba con tristeza á la vejez y á la pérdida de sus esperanzas, muertas ántes que él. Su nieto Mohammed-Schah, para quien tenia dos veces el alma de un padre, justificando por su parte esta predileccion con todos los dones de la imaginacion, del alma y del cuerpo, murió á la edad de diez y ocho años en Akschyr. Timur, que lo destinaba para el imperio de Samarcanda, mientras que su propio hijo Schah-Rokh reinaria en Persia, estuvo á punto de morir de dolor sobre el cuerpo inanimado de este jóven. En vano afectó, presentándose en público ante sus emires, la religiosa resignacion que exige el Coran á los que pierden lo que la tierra no puede nunca restituir.

« ¡Nosotros somos de Dios, exclamó doblando la

cabeza, y á Dios volvemos! » Pero su corazon solo se consolaba tributando á este favorito de su vejez exequias grandes, como el continente de Asia y un luto universal como su poder. Por órden suya, y como si el imperio hubiese sido de la familia de Timur, los principes de su casa, los emires, los grandes de la Tartaria y de la Persia, los ejércitos, los pueblos se vistieron de negro, color de la noche de los sepulcros. Las pieles de armiño que guarnecian los castanes y las túnicas fueron reemplazadas por el tosco y pardo ropaje de los camelleros y mendigos tártaros. Las mujeres arrastraron su tendida cabellera por el suelo, y recogieron guijarros en la punta de su velo para herirse con ellos el seno, lanzando tristes alaridos al pasar por delante de ellas el cortejo, que acompañaba el féretro. Un banquete fúnebre fué celebrado en Akschyr. El ejército entero estaba convidado á él.

Durante el festin, los imanes ó lectores, colocados de modo que pudieran ser oidos de tantos millones de convidados, leian en alta voz el Coran. El tambor enorme de los mongoles, cuyos sonidos vibran, como los de un *gong* indio, á grande distancia, era azotado á intervalos para imitar los golpes de pecho del hombre desolado. Despues del festin, se rompió este tambor sagrado para que ningun dolor humano

volviese á resonar en aquel instrumento de un dolor sin consuelo, y las mujeres llenaron toda la noche los aires con un universal gemido. Los siete primeros emires, compañeros y generales de Timur, escollaron con sus divisiones hasta mas allá del Oxus, el féretro del jóven Schah llevado en una litera de oro, cubierto con un sudario, bordado de pedrería y lo depositaron en el sepulcro de su familia. Este Germanico de los tártaros dejó una precoz memoria y un sentimiento duradero despues de su muerte, desde el pié del Himalaya hasta las fronteras de la China y el desierto del Eufrates.

Timur acompañó lenta y tristemente el ataud que encerraba las esperanzas que habia concebido de perpetuar su reinado y volvió á entrar triunfante, pero abatido, el 1º de julio de 1404 en su ciudad de Samarcanda. Las infinitas diputaciones de toda la Tartaria lo estaban aguardando para dar el parabien al héroe de su raza y solemnizar su triunfo. Los sabios, los artistas, á quienes el legislador habia enviado de todos los países á su capital para civilizar á sus compatriotas, obtuvieron sus primeras atenciones y sus primeros favores. Antes de entrar en su palacio, en el que su haren celebraba la vuelta de este patriarca, vencedor del mundo, Timur fué á apearse al *Jardín de los Plátanos*, especie de jardin académico de Sa-

marcanda que circundaba los alojamientos destinados por Timur á los filósofos, á los historiadores, á los poetas. Este palacio y este jardin los consagró á la memoria de su favorito Mohammed-Schah, para que la posteridad participara eternamente del amor y del pesar que habia sentido por su nieto. Desde allí fué á habitar sucesivamente, ya el palacio del *Jardín de las Aguas*, ya el palacio del *Jardín del Eden*, ó el de su favorita Tukel-Khanum, llamado el *Jardín que dilata el corazon*. Asi conservaba, dicen las tradiciones tártaras, bajo aquellas mansiones de piedra, de cedro y de mármol, la inestabilidad de la vida errante bajo las tiendas, recuerdo de su vida de pastor y delicias de la vida militar.

Los arquitectos árabes y griegos que habia traído de Damasco y de Esmirna le construyeron durante los dias de descanso que pasaba entre dos conquistas, un palacio cuyos vestigios causan todavía asombro, y cuya descripción, hecha por los historiadores contemporáneos, ignora en magnificencia á la de Bagdad, Babilonia y Delhi. Cada una de las fachadas del palacio igual á las fachadas de los gigantescos edificios de Palmira, tenia mil y quinientos codos de extension. Cuatro de ellas encerraban los patios y jardines embellecidos con sombras, jardines, fuentes murmuradoras, bajo galerías de columnas. Los es-

cultores sirios habian hecho incrustaciones en todas las paredes interiores, semejantes á las de Baalbeck ó del Partenon. Las paredes exteriores estaban revestidas de porcelana de China y de Persia, cuyo pulimento, charol y variados colores representaban los rayos del sol y deslumbraban los ojos. Los cuartos y salas con pavimento de mosaico imitando en el dibujo y los colores á las alfombras del khorassan, tenian artesones de ébano y de marfil, cincelados por los árabes del Cairo. Los arroyos y los surtidores de agua, que resonaban en el alabastro deramaban vida y frescura bajo las cúpulas pintadas por artistas griegos. En este palacio se celebró en un solo dia el matrimonio de seis nietos suyos, que habian llegado á la edad nubil durante su ausencia. Los cuentos árabes no llegan al esplendor histórico de estas fiestas. Los despojos del universo obstruían las habitaciones y los jardines que pisaban los jóvenes esposos. Las perlas, los zafiros, los diamantes llovian como polvo sobre sus cabezas. Los mas raros animales del globo, desde las girafas de Etiopia hasta los avestruces de Senaar y los leones de Africa, fueron ofrecidos á los desposados. Nueve veces fueron estos vestidos en presencia de Timur con ropajes magníficos que se quitaban al momento para ponerse otros nuevos;

nueve veces los ciñeron con cinturones macizos de un tejido de perlas y diamantes; nueve veces les pusieron y les quitaron para volver á ponérselas otra vez coronas y diademas persas; nueve veces se prosternaron en el suelo á los piés de su abuelo tocando con la frente en el pavimento.

Estas funciones eran los adioses que dirigia á Samarcanda. Su vida era una peregrinacion incesante por el mundo para propagar la ley del profeta é imponerle el yugo de los tártaros. Aunque tuviera ya setenta y cuatro años de edad, y aunque su familia, á la que podia dejar tantos imperios, se compusiera en aquella época de treinta y siete hijos ó nietos vivos y de diez y siete hijas, cuyas manos solicitaban otros tantos príncipes como prenda de seguridad ó de favor, Timur, en el seno de esta gloria, de esta prosperidad y de estas delicias, soñaba en la conquista de la China, único imperio libre que confinase con sus posesiones en la extremidad oriental.

## XVII

No era la insaciabilidad del alma humana, ni la ambicion sin límites del conquistador las que impe-

lian al viejo guerrero y al legislador afortunado á abandonar de nuevo su capital y su familia, y á arriesgar su misma gloria y su vida atravesando los desiertos inhabitados de la Tartaria con todo un pueblo para ir á sojuzgar á otro inofensivo de doscientos millones de hombres; lo impulsaba el zelo de la unidad religiosa. Consideraba él á los chinos, tan civilizados, tan filósofos y mas penetrados de la unidad de Dios que sus hordas, como idólatras que deshonoraban la idea de la Divinidad con cultos sacrílegos. Las encarnaciones simbólicas de Buddha y las doctrinas de Confucio, mal conocidas por Timur y sus contemporáneos, le parecían idolatrías tan degradantes como las de los paganos y los griegos que acababa de destruir, y juzgaba un deber suyo atacarlas en todas partes, mientras Dios le diera fuerza para ello y le señalara un crimen contra su santidad.

Asediado por esta idea y este remordimiento, que justificaban á sus ojos el derramamiento de sangre que habia ordenado en su marcha, Timur vacilaba entre el reposo codiciado por la vejez, y la nueva campaña que exigia la fé. Sus esposas, madres de sus hijos, las mujeres jóvenes que habia traído de sus conquistas al haren, lo inclinaban á la paz; sus consejeros y sus sabios lo estrechaban para que consolidara el imperio en vez de extenderlo. Se inclinaba á

este último consejo; pero creia oír en sueños la voz del profeta, que le echaba en cara su prudencia enteramente humana y su ociosidad. Para tomar una decision, reunió en Samarcanda la asamblea de todos los emires y sabios del imperio. Este congreso de reinos tributarios y de tártaros de todas las tribus fué convocado en las tiendas, levantadas en la inmensa llanura de Samarcanda. Ninguna capital podia alojar dentro de sus muros este consejo armado de reyes y naciones. Las fiestas del matrimonio de sus hijos, que sirvieron de pretexto á esta reunion, se renovaron y prolongaron algunas semanas. Copiamos de dos historiadores contemporáneos y testigos de aquellas magnificencias, traducidos por M. Petit de La-croix, intérprete de lenguas orientales, descripciones que parecerian inventadas, si no las justificara el texto literal de este monumento.

« Los primeros dias fueron tristes á causa de la  
« llegada á Samarcanda del féretro del jóven Moham-  
« med-Schah, que Timur mandó presentar á la sul-  
« tana Kanzadé, madre del héroe. Ordenó que para  
« consolar á esta sultana, viuda de su primogénito,  
« Djehan-Ghyr, se clavara y cerrara con candado el  
« ataúd de Mohammed-Schah, y fuese trasportado á  
« la habitacion de Kanzadé. Ella se abalanzó al fére-  
« tro que encerraba el cuerpo de su hijo, dice Sche-

« rif-Eddin-Alí de Yezd, y se enlazó con él, como la  
 « serpiente al redor del sándalo, prorumpiendo en  
 « ayes y lamentos. Mis ojos, decia la sultana incon-  
 « solable, estaban incesantemente clavados en el ca-  
 « mino, esperando ver á cada instante á un ginele  
 « que trajera noticias de mi querido hijo, del que ha-  
 « cia las delicias de mi alma; no aguardaba yo del  
 « hado cruel este rudo golpe de puñal que me arranca  
 « el corazon á la vista de tu ataud. ¡ Ah! ¡ suerte de-  
 « plorable! ¡ Ah! ¡ desgraciada Kanzadé! ¡ Ah! ¡ prin-  
 « cipe desventurado! Tú estabas destinado para ocu-  
 « par el trono del imperio de Iran; pero el destino  
 « implacable te arranca á tí el cetro de las manos, y  
 « á mí con tan justo motivo las lágrimas que corren  
 « de mis ojos, ardientes como sangre, porque en edad  
 « tan prematura me has atravesado el corazon, hijo  
 « querido. »

## XVIII

« Alzáronse en la llanura tiendas sostenidas por  
 « cordones de seda, adornadas con tapices preciosos,  
 « cortinajes de terciopelo, pavimento de ébano y

« marfil incrustados con dibujos exquisitos. El aloja-  
 « miento del emperador consistia en cuatro grandes  
 « recintos simétricos; su pabellon imperial lo for-  
 « maba un grupo de doscientas tiendas, enriquecidas  
 « con cuadros y pedrerías. Cada tienda estaba divi-  
 « dida por doce columnas; las colgaduras que tenian  
 « por fuera eran de escarlata, y de raso de siete colo-  
 « res por dentro; las columnas eran de plata, enri-  
 « quecidas de oro. Los numerosos tapiceros emplea-  
 « dos en esta obra habian invertido una semana  
 « entera en arreglar y amueblar este soberbio aloja-  
 « miento; los mirzas y los emires tenian tambien un  
 « seraperde, un barghiah, tiendas y un gran pabellon  
 « llamado Kherghiag; sus columnas eran de plata  
 « maciza, y el suelo estaba cubierto con las mas ricas  
 « alfombras del mundo. »

« Los gobernadores de las provincias, los generales  
 « de ejércitos, los señores y los principales dignatarios  
 « del imperio se reunieron en aquel sitio, y coloca-  
 « ron sus tiendas en buen orden; los pueblos acu-  
 « dieron en tropel de todas partes, preparándose á  
 « los juegos y los placeres; veíanse allí chinos, mos-  
 « covitas, judíos, griegos, habitantes de Mazenderan,  
 « de Khorassan y de Fars, de Bagdad y de Siria, en  
 « fin, de todos los reinos de Iran, Turan, Kurdistan y  
 « Egipto.

« El jóven hermano de Mohammed-Schah, Fir-  
 « Mohammed, hijo ségundo de la sultana Kanzadé,  
 « llegó de su gobierno de Guznadin, en virtud de la  
 « orden que habia recibido; arrodillóse ante su  
 « abuelo, quien le mostró con sus lágrimas, al abra-  
 « zarlo, el dolor que le habia causado la muerte de  
 « su hermano, procurando consolarlo con sus cari-  
 « cias. El luto cesó entónces, hubo una exposicion de  
 « toda la industria, de las artes y de los oficios de los  
 « pueblos sometidos al khan. Los mas hábiles artesa-  
 « nos ostentaron las obras mas perfectas de su oficio;  
 « alzaron en sus tiendas trofeos y arcos de flores para  
 « representar triunfos, en los cuales hacian resaltar  
 « lo mas delicado de su trabajo, coronándolo todo  
 « con ramilletes y guirnaldas con una simetría com-  
 « pleta; los joyeros tenian collares de piedras precio-  
 « sas, principalmente de perlas, rubíes y granates,  
 « mezclados con una infinidad de pedazos de cristal  
 « de roca, corales y agatas, y la cantidad de anillos,  
 « brazaletes y pendientes convirtieron la llanura en  
 « minas de oro y pedrería, en vez de ser campo de  
 « flores, que es la significacion de su nombre; se edi-  
 « ficó un anfiteatro cuadrado, cubierto de alto á bajo  
 « con brocado, oropel, y alfombras de Persia, en el  
 « sitio que ocupaban las damas; los músicos estaban  
 « en fila, y tocaban en tanto que los payasos decla-

« maban y decian chistes y agudezas para excitar la  
 « risa y la alegría. Habia otro anfiteatro, que ocupa-  
 « ban artesanos de todas clases, y además cien anfi-  
 « teatros de diferentes maneras, llenos de vendedores  
 « de fruta, con pitos y tambores; cada uno habia ar-  
 « maído una especie de jardin lleno de golosinas, de  
 « granadas, almendras, peras y manzanas, con orden  
 « y simetría, que embalsamaban el aire y adornaban  
 « graciosamente la escena. Los carniceros se hicieron  
 « notables por la donosura de sus representaciones;  
 « vestian á un carnero de hombre, y formaban con  
 « otras pieles diversas figuras ridículas; veíanse ca-  
 « bras parlantes, con cuernos de oro, corriendo las  
 « unas tras las otras; por fuera parecian cabras, pero  
 « eran jóvenes preciosas disfrazadas de aquella ma-  
 « nera; otras estaban vestidas de hadas y ángeles con  
 « alas, algunos tomaron la forma de elefantes.

« En aquella mascarada brillaron tambien los mer-  
 « caderes de pieles; unos se vistieron de leopardos,  
 « otros de leones y diferentes clases de animales; ha-  
 « bia algunos que parecian zorros, hienas y tigres.  
 « Tambien traian la cabeza de animal, pero el objeto  
 « del disfraz era representar genios que habian adop-  
 « tado aquellas especies diversas de figura. Los eba-  
 « nistas hicieron igualmente una cosa magnífica;  
 « construyeron un camello de madera, cañas, cuer-

« das y lienzo pintado que andaba como un verdadero  
 « camello, y el carpintero que iba dentro, descoriendo una cortina, permitia ver al obrero en su propia invencion. Los trabajadores del algodón hicieron con esta materia pájaros á los que solo les faltaba la vida; tambien armaron una torre de algodón con cañas, que todo el mundo creyó construida con ladrillos y argamasa, de tan prodigiosa altura, que excedia á la de todas las mezquitas; estaba cubierta de brocado y de telas bordadas, y era trasladada de un punto á otro con facilidad, llevando en su cúspide una cigüeña. No cedian los silleros á los demás; mostraron su industria en dos literas de mujeres, abiertas por arriba, puestas de la manera ordinaria sobre un camello, en las que se sentaron dos de las mas amables y encantadoras señoritas que pudieron hallar en la ciudad; llevaba cada una de ellas una piel y tomaban posturas ridiculas, de piés y manos para divertir á la asamblea.  
 « Los estereros ostentaron su habilidad tejiendo diestramente con palmas dos renglones de escritura contigua, y otras letras mayúsculas entrelazadas con arte.

« Los chiaux ú oficiales del palacio iban y venian, sirviendo las mesas, montados en magníficos caballos de raza, sobre sillas doradas, guarnecidas de

« piedras preciosas, y cubiertas de brocado. Por otra parte habia elefantes de extraordinaria grandeza, que llevaban sobre sus lomos tronos adornados con lujo y elegancia. Bajo este dosel, que sostenian docenas de columnas, habian colocado ánforas de tierra, rodeadas de collares, y llenas de frascos de oro y plata, coronadas por copas de ágata, oro y cristal de roca, perlas y otras piedras preciosas; puesto todo esto en platillos de oro y plata; allí se bebia *camez*, o jimi, miel, hipocrás, aguardiente, vino de Schiras y otros licores. Cuéntase que para cocer las viandas de aquel banquete, se empleó la leña de muchos bosques. El jefe del servicio y sus subalternos estaban siempre en pié para recibir las órdenes convenientes; habia mesas preparadas en toda la llanura, y botellas de vinos dispuestos para ser servidos con canastillos de frutas. Los frascos reservados para el emperador y los barriles para los emires de la córte estaban separados del infinito número de ánforas que habian de apagar la sed de la multitud. Una impunidad y una igualdad absolutas fueron proclamadas en nombre del emperador para todo el mundo durante esta reunion, como sucedia en las saturnales de Roma; á nadie le era permitido reprender ni castigar á otro, el rico no podia pretender ninguna preferencia en perjuicio del pobre. »

## XIX

Concluidas estas fiestas, Timur, encerrándose con los principales sabios y religiosos del imperio, en lo interior de su tienda, dirigió á Dios una oracion tan digna de un filósofo como de un señor pasajero del mundo. Héla aquí :

« ¡ Gran Dios! Dios único é incomprendible, superior á toda concepcion humana, y cuya naturaleza tú solo conoces, siendo tú todo, y lo demás no siendo nada! ¿Cómo podria yo nunca tributarte bastante homenaje, y expresarte, yo, miserable criatura, un reconocimiento igual á tus dones, que son infinitos? Tú me has criado de la nada, de mi humildad me has ensalzado, de mi pobreza me has enriquecido, de mi pequeño origen me has engrandecido y hecho el mas poderoso de los dominadores del mundo. Tú me has concedido la victoria en el campo de batalla, y la conquista de tantos reinos, porque ¿qué soy yo, pobre y miserable criatura? Yo no podria nada, si tú no me concedieras tu fuerza y tu gracia; en la paz tú me

« das descanso y alegría; en la guerra, tú me coronas con el laurel de la victoria; en el gobierno, tú conservas mi soberanía; temido de las naciones extranjeras y amado por mis pueblos, dispensa los mismos favores á tu criatura; puesto que tú eres misericordioso conmigo, no me despidas con cólera! Conozco que no soy mas que polvo, y que si tú me abandonas un solo instante, toda mi gloria se cambiará en humillacion y toda mi grandeza en nada; ¡no me avergüences con mis faltas, puesto que me has acostumbrado á glorificarme con tus beneficios! Y moriré á mi hora, despues de haber acabado tu obra, feliz y bendiciendo tu nombre.»

Esta oracion del Salomon de las estepas desmentiria las imputaciones banales de fanatismo y de barbarie, con que los historiadores del Occidente deshonran las grandes filosofías y las grandes personalidades del Oriente. Todo lo que está léjos les parece tinieblas; y las fuentes mismas de toda teología y de toda moral en las Indias les parecen cubiertas con su antigüedad.

## XX.

Después de esta invocación misteriosa, Timur se presentó en el consejo de la nación, y dirigió á todos los emires, á todos los ancianos, á todos los hombres de letras del imperio un discurso digno de su oración :

« Dios, les dijo textualmente, por una gracia especial, nos ha favorecido tan extraordinariamente, que hemos conquistado el Asia con el sable en la mano; hemos vencido y derribado á los reyes mas grandes de la tierra; ha habido en los siglos pasados pocos soberanos que hayan adquirido Estados tan fuertes, ni que hayan llegado á subir tan alto, á capitanear ejércitos tan numerosos, ni á tener un mando tan absoluto; y como estas grandes conquistas no se hacen sin muchas violencias, que han acarreado la ruina total de una infinidad de criaturas de Dios, he resuelto imaginar alguna buena cosa, que puesta en ejecución, sea una especie de recompensa de los crímenes de mi vida pasada, y he pensado emprender una cosa que no está al al-

« cance de todos, la guerra contra los infieles y el exterminio de los idólatras de la China, lo cual no puede verificarse sin mucha fuerza; es pues con-veniente, queridos camaradas, que estas mismas tropas que han sido instrumentos de culpas pasadas lo sean tambien de penitencia, es decir, que es menester que se pongan en marcha para la China, y que adquieran el mérito que ofrece esta guerra santa, abatiendo los templos de los ídolos y los del fuego, y haciendo en su lugar mezquitas y capillas; nosotros obtendremos, por este medio, el perdon de nuestras faltas, como lo asegura el Coran, diciendo que las buenas obras borran los pecados del mundo. »

## XXI

Una aclamación animó al khan á emprender lo que satisfacía el sentimiento de antipatía popular y la preocupación religiosa de los tártaros. El cielo por recompensa á los mártires, y un imperio inmenso y opulento por despojo á los vencedores, seducían y arrastraban á los tártaros hácia el río

Amarillo. Los emires partieron de la llanura de Kanhul para reunir sus tropas y conducir las con sus rebaños y sus camellos al punto señalado á todos por el khan.

Timur se volvió á Samarcanda para aguardarlos. Encontró su casa trastornada y dividida por una de esas aventuras de haren, que influyen con mucha frecuencia en Oriente en la política de los príncipes y sobre la suerte de los imperios. Las costumbres y las leyes religiosas condenan en vano á las mujeres á la esclavitud y al misterio del haren: la naturaleza, la hermosura y el amor les restituyen el puesto que les ha marcado Dios en el corazón del hombre.

Uno de los nietos que Timur acababa de casar en las fiestas nupciales cuya magnificencia hemos descrito, el joven sultan Khalil-Schah, había abandonado á su mujer, embarazada ya, por una beldad persa, esclava de otra princesa del serrallo. Esta esclava, célebre despues en Tartaria y Persia, como Elena en Grecia, por la pasión que inspiró á Khalil, y por las calamidades que produjeron estas relaciones, fué denunciada á Timur por la esposa de Khalil, sobrina del khan, como causa de la frialdad y el abandono de su marido. Timur decretó la muerte de la esclava que perturbaba la paz de su palacio. Khalil ocultó á su amada á las pesquisas de los eunu-

cos ejecutores de la sentencia del emperador. La sultana Validé, que gobernaba los harens de toda la familia imperial, se dejó enternecer por las súplicas de Khalil, en favor de su querida, y le concedió un asilo en sus habitaciones. Timur perdonó la vida á la joven esclava, que dió bien pronto un hijo á Khalil, pero prohibió á su nieto que la viera. Khalil eludió esta orden de su abuelo con todos los medios que sugiere el amor: los peligros de este comercio clandestino entre el heredero del trono y su querida acrecentaron su fuerza y su constancia. Nada fué bastante para extinguir en el corazón del príncipe la pasión que los tártaros atribuyeron á sortilegio, cuando poco despues puso la corona sobre la frente de una concubina, y arruinó el vasto imperio de Timur por la mano de una esclava de Circasia.

Timur, que creía haber evitado con su rigor el peligro de una pasión pasajera en su familia, salió por fin de Samarcanda para llevar dos millones de soldados tártaros á las fronteras de la China. Las em-

peratrices, sus hijos, sus nietos, sus ministros, su corte, su capital casi entera lo seguian. El invierno, tardío en Tartaria, helaba aun las estepas cubiertas con una capa de nieve. El conquistador, sabiendo por sus geógrafos cuan inmenso era el espacio que tenia que atravesar ántes de pisar las fronteras de las estepas, no quiso aguardar á la primavera. Millares de hombres y animales perecieron en los primeros días en el desierto, y fueron reemplazados por otros, como viles materiales de una grandeza que no contaba los hombres sino los resultados. La narracion de los historiadores de Timur, al comenzar esta emigracion de los tártaros hácia la China, no tiene mas analogía en la historia moderna que la retirada de los ejércitos de Napoleon á través de los hielos de Rusia, despues de la desastrosa campaña de Moscú. El furor del zelo religioso y de la ambicion personal en estos dos hombres llegan, en dos partes opuestas del globo, á derramar de la misma manera la sangre humana.

« Las aves de rapiña, dicen los historiadores de las  
« dos campañas, no podian despedazar tantos cada-  
« veres como el ejército dejaba cada noche en los  
« campamentos. »

## XXIII

Pero el arsenal de hombres de Timur era inagotable, como las tiendas de sus tártaros. La primavera derritió por fin la nieve, descubrió los pastos, desató los manantiales y dejó correr las aguas de los ríos marcados por los geógrafos. Timur llegó, siempre con dos millones de hombres, á Otrar, ciudad central de la Tartaria, entre el río Sihon y el río Gihon. Envió un destacamento de caballería, para que examinara si el ejército podia atravesar sobre el hielo aquel profundo río, ó construir puentes. Volvieron los ginetes y dijeron que habia á las márgenes del río tres codos de nieve, y que el ejército perecería allí inevitablemente. Timur se vió obligado á esperar en Otrar, que avanzara mas el buen tiempo. Ya se hallaba á veinte jornadas de Samarcanda.

El incendio que habia llevado á todas partes pareció que lo perseguia al fondo mismo de aquellos desiertos. El palacio que habitaba en Otrar con su familia y su córte ardió en una noche y devoró parte

peratrices, sus hijos, sus nietos, sus ministros, su corte, su capital casi entera lo seguian. El invierno, tardío en Tartaria, helaba aun las estepas cubiertas con una capa de nieve. El conquistador, sabiendo por sus geógrafos cuan inmenso era el espacio que tenia que atravesar ántes de pisar las fronteras de las estepas, no quiso aguardar á la primavera. Millares de hombres y animales perecieron en los primeros días en el desierto, y fueron reemplazados por otros, como viles materiales de una grandeza que no contaba los hombres sino los resultados. La narracion de los historiadores de Timur, al comenzar esta emigracion de los tártaros hácia la China, no tiene mas analogía en la historia moderna que la retirada de los ejércitos de Napoleon á través de los hielos de Rusia, despues de la desastrosa campaña de Moscú. El furor del zelo religioso y de la ambicion personal en estos dos hombres llegan, en dos partes opuestas del globo, á derramar de la misma manera la sangre humana.

« Las aves de rapiña, dicen los historiadores de las  
« dos campañas, no podian despedazar tantos cada-  
« veres como el ejército dejaba cada noche en los  
« campamentos. »

## XXIII

Pero el arsenal de hombres de Timur era inagotable, como las tiendas de sus tártaros. La primavera derritió por fin la nieve, descubrió los pastos, desató los manantiales y dejó correr las aguas de los rios marcados por los geógrafos. Timur llegó, siempre con dos millones de hombres, á Otrar, ciudad central de la Tartaria, entre el rio Sihon y el rio Gihon. Envió un destacamento de caballería, para que examinara si el ejército podia atravesar sobre el hielo aquel profundo rio, ó construir puentes. Volvieron los ginetes y dijeron que habia á las márgenes del rio tres codos de nieve, y que el ejército perecería allí inevitablemente. Timur se vió obligado á esperar en Otrar, que avanzara mas el buen tiempo. Ya se hallaba á veinte jornadas de Samarcanda.

El incendio que habia llevado á todas partes pareció que lo perseguia al fondo mismo de aquellos desiertos. El palacio que habitaba en Otrar con su familia y su córte ardió en una noche y devoró parte

de sus riquezas. Como Moscú en este siglo, Otrar evitaba por medio de las llamas la esclavitud. La muchedumbre que seguía al ejército se moría de frío y de hambre. Timur quería enviar á sus emperatrices y sus hijos á Samarcanda, pero ellas no quisieron abandonarlo en su vejez y en su peligro. Apoderóse de él una fiebre angustiosa, cuyo delirio le causaba sueños que se reputaron divinos. Las huris, sombras de las mujeres que había amado con pasión durante su juventud, se le aparecían y le ordenaban que se arrepintiera de sus extravíos antes de presentarse en el tribunal de Dios. Humillóse ante el juicio á que iba á sujetarse. En vano Tebrizi, el médico mas famoso del Asia, que lo acompañaba á todas sus campañas, le prodigó los recursos de su ciencia; sintió que se acercaba su última hora, y contempló la muerte desde su lecho con tanta intrepidez como la había contemplado en el campo de batalla. Reunió al rededor suyo á sus mujeres, sus hijos, sus nietos, sus ministros, sus emires, dictó su testamento, en el que cada legado era un imperio, y edificó con su discurso digno de un sabio á los que había esclavizado por espacio de sesenta años.

« Conozco con evidencia, dijo con voz firme, que  
 « mi alma quiere abandonar este cuerpo viejo y fatigado; ella va á habitar una mansion mejor á la

« sombra del trono eterno de Dios; no lloreis ni gii-  
 « mais; las lágrimas y los lamentos no han torcido  
 « la voluntad de Dios; en vez de destrozar vuestros  
 « vestidos, de golpearos el seno y arrancaros vuestros  
 « cabellos, pedid al cielo con fervor que perdone  
 « mis culpas y los excesos de mi larga vida. Yo he  
 « logrado dotar el Iran con tal justicia y tal orden,  
 « que nadie puede oprimir á su prójimo, y los fuertes  
 « tienen que respetar á los débiles. Aunque co-  
 « nozca la inestabilidad del imperio, añadió dirigién-  
 « dose á Djehanghyr y á los demás herederos suyos,  
 « sin embargo no os aconsejo que desprecieis ni ab-  
 « diqueis el poder que os lego, porque esto produciría  
 « desórdenes en los reinos, y alteraría la seguridad  
 « pública, que es el mayor bien de que pueden  
 « disfrutar los hombres. Dios, en el día del juicio,  
 « nos pedirá cuenta del mandato que nos ha impuesto  
 « al nacer. »

En seguida nombró á Pir-Mohammed Djehanghyr heredero del mundo asiático y soberano de Samarcanda, y mandó á todos los emires que le prestaran en su presencia juramento de fidelidad. Lloró despues, no porque dejaba el mundo, sino porque no podía abrazar otra vez á su hijo Schah-Rokh que gobernaba entónces el Iran en su nombre; luego dijo á los emires: « Id, esta es la última audiencia que os

« doy en la tierra; yo voy á comparecer en la presencia de Alá. »

Sus mujeres y sus hijos que oyeron sus supremas palabras desde el fondo de la tienda en que sollozaban detrás de la cortina, se precipitaron dentro derramando abundante llanto, y rodearon á su lecho. Él los consoló y les dió consejos secretos para que conservaran la armonía entre sus numerosos hijos, á quienes destruirian sus disensiones intestinas. Luego, repitiendo por la vez postrera sus palabras favoritas, que encerraban en la resignacion á la voluntad del único Señor toda la sabiduría humana: « De Dios somos, dijo, y á Dios volvemos, » y espiró.

## XXIV

Sin alma y sin jefe, el ejército tártaro volvió á Samarcanda despues de su muerte. Aquel imperio de la victoria, que tenia por centro la vida, y por lazo de union la mano de un grande hombre, cayó muy pronto hecho pedazos. Solo el nombre de Timur sobrevivió como el mayor entre los destructores de imperios que hayan llevado la guerra á todas partes,

sin exceptuar á Alejandro, ni Gengis-Kan, á César, ni á Napoleon. Pero Timur, á través de la oscuridad que encubre sus designios y el polvo que sale de sus demoliciones, no parece que ha recorrido la tierra, segun lo representan los historiadores occidentales, como un bárbaro ebrio y sanguinario, no tratando mas que engrandecer su nombre á costa de la esclavitud de su patria y la ruina de los reinos. Todo indica, cuando se estudian con atencion su carácter, sus actos, sus palabras, sus instituciones, que tenia un fin religioso y civilizador respecto de los tártaros y del Oriente, y que habia adquirido en sus conquistas tanta gloria como sabiduría. Mahoma fué el revelador, Timur el conquistador del deísmo. Perseguidor de la idolatría, apóstol armado, llevaba la muerte adonde iba, pero llevaba tambien una idea grande. El Coran le habia parecido entre todos los libros sagrados del Asia, el que mejor minaba muchas supersticiones, y el mas racional en la concepcion y en el culto del Criador. Se habia hecho soldado, pero soldado independiente y filósofo del Coran. Reconocia y admiraba en el cristianismo primitivo una de las fuentes puras del Coran. Si la muerte no lo hubiera sorprendido en el camino de la China, y hubiese conocido las doctrinas espiritualistas de Confucio, es probable que Timur hubiese fundido en una sola re-

ligion permanente filosófica para sus imperios, los tres cultos que concurrían á constituir su dogma, su moral y su civilizacion. Alejandro no tenia mas pensamiento que el asombrar á la posteridad; César codiciaba el imperio, Gengis el espacio, Napoleon la gloria; Timur, como Carlo Magno, tenia además el estímulo de la religion; para ser el Carlo Magno de los tártaros solo le faltó tiempo, pero la providencia maldice esos diluvios de sangre humana, cualquiera que sea el móvil que impulse á esos azotes de la tierra á derramarla; y nada germina en esos rios de sangre mas que esos nombres estériles que engrandecen á un hombre afligiendo y anonadando á la humanidad. Así apareció y desapareció Timur, el hermano de raza, pero el Cain de los otomanos. Volvamos á ellos.

## LIBRO NOVENO

I

En el momento en que huia Bajazet, despues de hacer heroicidades, del campo de batalla de Ancyra ó de Angora, donde habia perecido su fortuna, hemos visto que sus cuatro hijos, última esperanza de su sangre, huían como él entre las sombras de la noche para librarse del hierro ó de los calabozos de los tártaros. Uno de sus hijos, Muza, habia sido cogido y llevado con su padre al campamento de Timur; el primogénito, Soliman, pasaba las montañas de la pe-

ligion permanente filosófica para sus imperios, los tres cultos que concurrían á constituir su dogma, su moral y su civilizacion. Alejandro no tenia mas pensamiento que el asombrar á la posteridad; César codiciaba el imperio, Gengis el espacio, Napoleon la gloria; Timur, como Carlo Magno, tenia además el estímulo de la religion; para ser el Carlo Magno de los tártaros solo le faltó tiempo, pero la providencia maldice esos diluvios de sangre humana, cualquiera que sea el móvil que impulse á esos azotes de la tierra á derramarla; y nada germina en esos rios de sangre mas que esos nombres estériles que engrandecen á un hombre afligiendo y anonadando á la humanidad. Así apareció y desapareció Timur, el hermano de raza, pero el Cain de los otomanos. Volvamos á ellos.

## LIBRO NOVENO

I

En el momento en que huia Bajazet, despues de hacer heroicidades, del campo de batalla de Ancyra ó de Angora, donde habia perecido su fortuna, hemos visto que sus cuatro hijos, última esperanza de su sangre, huían como él entre las sombras de la noche para librarse del hierro ó de los calabozos de los tártaros. Uno de sus hijos, Muza, habia sido cogido y llevado con su padre al campamento de Timur; el primogénito, Soliman, pasaba las montañas de la pe-

nínsula para abordar las orillas del Euxino y refugiarse por mar en Andrinópolis con el gran visir, Alí-Bajá, y el aga de los genizaros, Hassan; el segundo hijo, Mohammed, de quince años escasos de edad, cubierto de heridas y recogido en el campo de batalla por uno de los más intrépidos generales de su padre, llamado Bayezid-Bajá, había logrado abrirse paso sable en mano por en medio de los tártaros que se lo cerraban, á atravesar á Tokat, todavía libre, y encerrarse con su salvador en la fortaleza de Amasia.

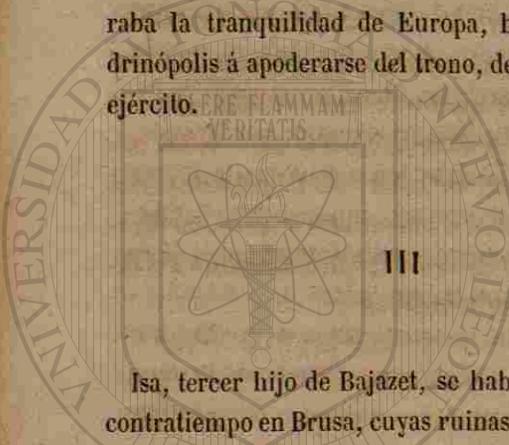
El heroísmo se anticipaba á los años en aquel muchacho. El poema histórico persa del Schah Nameh se complacía en cantar las proezas de su infancia. Bloqueado en Amasia por uno de los generales de Timur, Mohammed peleó en una salida cuerpo á cuerpo con el emir tártaro y lo mató con una flecha de su arco. Los otomanos del Asia Menor, conmovidos con la bravura desesperada del hijo de su sultan, y fiados en la pericia militar de Bayezid-Bajá, acudieron en tropel á Amasia, y formaron una division, que venció en todas partes á los destacamentos tártaros. Timur, que queria castigar pero no destruir la raza de Othman, hizo invitar al jóven Mohammed á que viniera con seguridad á su campamento. Deseoso de ver á su padre prisionero del khan, luego retraido por los consejos de Bayezid-Bajá, que temia un lazo

en la invitacion de Timur, avanzó primero y se retiró despues combatiendo siempre en su marcha. El sitio de Esmirna habia desembarazado casi completamente el interior de la Anatolia de las tropas de Timur. Mohammed ocupó allí el espacio que abandonaron los tártaros. La partida del conquistador hacia Samarcanda y las refriegas incesantes de Mohammed contra los principes turcomanos restaurados por los tártaros, le ayudaron á recobrar parte de las posesiones de su padre en aquel país. Reinaba de hecho en Amasia y Tokat, y reconquistaba á Siwas, sin prestar atencion á los derechos de primogenitura y á las pretensiones de sus hermanos.

## II

Entretanto, Soliman, su hermano mayor, despues de haber atravesado el Ponto Euxino con el gran visir Alí y con Hassan, aga de los genizaros, los dos depositarios del imperio, habia llegado á Constantinopla, y celebrado de paso una alianza, frecuente entónces, con el emperador griego. Por prenda recíproca de la indisolubilidad de esta alianza entre el

heredero de Constantino y el heredero de Othman, Soliman se había casado con Teodora, sobrina del emperador, y había dejado en la corte de Bizancio á su propia hermana, la sultana Fátima, hija de Bajazet. Soliman, despues de esta alianza, que le aseguraba la tranquilidad de Europa, había ido á Andrinópolis á apoderarse del trono, del gobierno y del ejército.



Isa, tercer hijo de Bajazet, se había refugiado sin contratiempo en Brusa, cuyas ruinas humeaban todavía, y secundado por el poderoso Timurtasch, libre despues del reflujo de los tártaros, intentaba hacerse reconocer como sultan en Anatolia, que le disputaban Mohammed, Muza y Soliman. Los generales y los bajos del sultan cautivo ó muerto se habían unido segun sus inclinaciones ó su ambicion á los diferentes pretendientes al trono. Yacub-Bajá, que había adquirido mucha fama disputando la ciudad de Angora á Timur, mandaba el ejército de Mohammed; Timurtasch mandaba el de Isa. La sangre otomana

corrió por la primera vez en una guerra intestina en el desfiladero de Ermeni, defendido por Timurtasch contra Yacub. Vencido aquel, se retiraba hácia el lago de Ulubad con los restos de las tropas de su pupilo Isa, cuando pereció una noche en su tienda, asesinado por su esclavo. Este llevó la cabeza de Timurtasch al jóven Mohammed, que triunfaba de aquella suerte de su hermano Isa. Mohammed envió la cabeza á Andrinópolis á su hermano mayor Soliman, para probarle que quedaba dueño del Asia y de Brusa, y decidirlo á que dividiera el imperio con él. Soliman gozó con la muerte de un astuto enemigo de su causa, y disimuló con Mohammed.

Mohammed entró sin competidor en Brusa, á la cabeza de un ejército victorioso. Isa fué á gemir y conspirar á Constantinopla, refugio de los príncipes otomanos, que perdian sus dominios. Muza, cautivo del príncipe de Kermian, á quien Timur había dejado en rehenes al partir, fué restituido á Mohammed con los despojos mortales de Bajazet, que no habían recibido aun los honores del sepulcro.

## IV

Entretanto, Isa, alentado por Soliman, y asistido por el emperador griego de Constantinopla, volvió al Asia, reunió diez mil otomanos, devastó la provincia de Mohammed, y llegó hasta los bosques del Olimpo con intencion de penetrar en Brusa. Vencido de nuevo por Mohammed, los príncipes de Aidin, de Tekke, de Mentеше, que habian abrazado su causa, cayeron en poder de Mohammed. El de Sarukan, sorprendido en el baño por los vencedores, solo pidió á Mohammed que lo sepultaran en la tumba de sus antepasados, en el delicioso valle de Magnesia, cuyo cielo seria todavía dulce á sus manes. Otorgósele este supremo favor. Isa, que habia debido su salvacion á la velocidad de su caballo, se retiró á las peñas mas elevadas del Taurus que dominan el golfo profundo de Satalia : allí vivió entre los pastores, y desapareció sin haber dejado rastro ni memoria. Los antros de las rocas de Satalia lo ocultaron para siempre, del mismo modo que los cadáveres del campo de batalla de Angora habian ocultado el cuerpo de su hermano Mustafá.

## V

Pero el voluptuoso Soliman, indiferente hasta entonces ó inmóvil, y no apreciando del imperio mas que la molicie y los placeres del serrallo de Andrinópolis, no podia dejar impunemente que el menor de sus hermanos consolidara su dominacion en Brusa. Secundado por Manuel Paleólogo, destronado y restaurado en Bizancio, pasó la Propóntide con un ejército compuesto por iguales partes de otomanos y albaneses. Ahuyentó con el número y el derecho á Mohammed de Brusa, entró como sultan en la capital de Asia, y bajó desde allí á Esmirna para castigar á Djuneyd, traidor á su familia, que habia fundado un principado independiente en Jonia sobre las ruinas del imperio otomano. Por remordimiento ó debilidad, al aproximarse Soliman, Djuneyd abandona su ejército por la noche y se presenta con la aurora solo y la cuerda al cuello á la entrada de la tienda del sultan, implorando su perdon. Descóncertada su tropa con aquella desercion, se dispersa ; Soliman la persigue, entra en Efeso, despliega allí el lujo de un

emperador, y haciendo tomar á su visir Alí-Bajá el camino del valle del Caistro, lo envia á pelear contra su hermano Mohammed á Tokat y Angora. Evita este el combate retirándose por otros valles, y avanza inopinadamente contra Brusa, donde silita á Soliman, que habia vuelto de Efeso á gozar de las delicias de su capital de Asia. Soliman estaba bañándose cuando le anunciaron que las tropas de su hermano estaban al pié de las murallas. Él pensaba ya en huir á Europa. Una conspiracion en el ejército de Mohammed, y la desaparicion de su escancador, inquietan á este príncipe y lo hacen retroceder hasta Ienischyr. Muza, su segundo hermano, que habia abrazado la causa de Mohammed, se ofrece á ir á Andrinópolis á levantar el pendon de la tercera guerra civil contra Soliman. Mohammed lo alienta; Muza parte, va á formar un ejército en Servia y Bulgaria para atacar á su hermano. Soliman atraviesa la Propóntide con la flor de sus parciales, pide en Constantinopla al emperador griego el apoyo prometido por el tratado, acampa bajo los muros de la ciudad y aguarda á Muza. Durante la batalla entre los dos hermanos fuera de las murallas de Constantinopla, los servios se pasan á Soliman. Fortificado el sultan con esta defeccion, persigue á Muza y entra en Andrinópolis. Muza, abandonado y fugitivo vaga solo y sin esperanza por las

breñas del monte Hemus, espianando la ocasion de vengarse, y reuniendo uno á uno algunos epirotas para intentar otra vez la fortuna desesperada de la usurpacion.

## VI

Soliman, como la mayor parte de los hijos de su raza, no tenia energía mas que en el peligro. Su valor era un acceso de heroismo; la confianza la adormecia. El amor, la caza, los festines, el descanso en sus vergeles, al borde de las aguas que bañan y refrescan el valle de Andrinópolis, extinguian su actividad. La embriaguez del vino, cuya aficion habia adquirido entre los servios, embotaba su misma ambicion. Su palacio resonaba con cánticos desordenados, hijos de la crápula; su haren lo ocupaba mas que su consejo: pasaba semanas enteras sin salir de las habitaciones de las mujeres, en donde los cunucos hacinaban para recrear sus ojos las mas hermosas odaliscas de la Mingrelia, de la Persia y de Chio.

Muza, por el contrario, fortificado con la adversi-

dad, endurecido con la fatiga, obstinado contra la fortuna, recorría sin cesar con una banda de intrépidos partidarios las gargantas del monte Hemus. El mismo desprecio con que era mirado constituía su fuerza. A una señal dada en todas las montañas, aquella banda de partidarios, convertida de repente en ejército, apareció antes de amanecer á las puertas de Andrinópolis. Escasamente había quien se atreviera á perturbar el sueño de Soliman con una noticia importante. Todos sus visires y todos sus oficiales se rechazaban mutuamente el deber y el peligro de prevenirlo. El jefe de los eunucos, viejo muy adicto á su señor, se encargó de comunicar la fatal nueva á su amo. Soliman, apoyándose ligeramente en el codo, le respondió con sonrisa desdeñosa, repitiendo unos versos persas que aconsejan á *los bebedores y á los amantes que dejen las penas para el día que las disipa, y la noche para los sueños que engañan hasta los males mismos.*

El viejo general griego renegado, Evrenos Beg, creyó que el sultan tendría mas fé en su experiencia y en sus años. « Has recaído en la infancia, le dijo « Soliman, para imaginarte que el caudillo de un puñado de bandidos podría destronar al sultan de « los otomanos en su capital? »

El aga de los genizaros, el fiel Hassan, aquel que

había salvado á Soliman en la batalla de Angora, juzgó que podría elevar la voz con mas autoridad para salvar por segunda vez á su señor. Su franqueza pareció una ofensa á Soliman; mandó á los tschauschs que le cortaran la barba con un sable, que era la injuria mas afrentosa que podía hacerse á un otomano. Indignado y desesperado Hassan, montó á caballo al salir del palacio, y haciendo gala del ultraje inmerecido, recorrió la ciudad y las filas de los genizaros mostrando su faz deshonorada, acusando la ingratitud y la demencia de un ebrio, y proclamándolo indigno de mandar á los creyentes.

A aquel aspecto, á aquel gesto, á aquellas palabras de Hassan, el pueblo y la tropa repudian á Soliman y abren las puertas á Muza. Despierto al fin Soliman, solo tiene tiempo para montar el caballo árabe mas veloz que tiene en sus caballerizas, y para huir seguido solamente de tres ginetes de su guardia hácia los bosques del camino de Constantinopla.

Al despuntar el día, cinco hermanos, arqueros del pueblecillo turco de Dugundji, que iban á cazar al monte, habiendo visto de léjos cuatro hombres montados en caballos de lujo, magníficamente equipados y creyendo reconocer entre ellos al sultan por la riqueza de su caftán y de sus armas, acudieron de lo alto de una colina para contemplarlo mas de cerca

y prosternarse delante de su soberano. Pero Soliman, turbado todavía por el vino y viendo en aquel entusiasmo una amenaza, disparó una flecha que mató al mayor de los cinco hermanos y luego otra que mató al segundo. En presencia de estos homicidios sin provocación, los tres hermanos apuntan á la vez al corazón del sultan, que cae herido mortalmente al lado de su caballo. Los arqueros cortan la cabeza al homicida y la llevan á la villa, dejando su cuerpo para pasto de los buitres del bosque.

Así pereció Soliman, víctima del único vicio que deshonoró su vida. Tenia el corazón de un héroe, la inteligencia cultivada, pero el alma sensual. Sus pueblos, que lo despreciaban, no podian prescindir de quererlo. En sus momentos lúcidos, tenia un gusto refinado por la poesía, la literatura, las artes: sobre todo amaba la poesía persa que mezcla, en *Hafiz*, cierta sabiduría mística con las imágenes voluptuosas de Salomon, de Horacio y de Anacreonte. Colmaba de dones y trataba familiarmente á los poetas turcos que comunicaban á su alma la noble embriaguez que daba el vino á sus sentidos. Sus favoritos eran Hamza y particularmente Ahmed, dos hermanos que cantaban y escribian á la vez la historia de su tiempo. Les permitia ciertas libertades de las que despojan al soberano de la majestad para

autorizar la igualdad de los epigramas. Lo mismo sucedia con Timur, quien habia dicho á Ahmed un día que se bañaba:

« ¿Cuanto crees que valgo desnudo?

« — Ochenta aspros, respondió el poeta. — Exactamente el valor de mi traje de baño, repuso Timur. — Cierto, de tu traje hablo, replicó Ahmed, « por que tú no vales un aspro. »

El emperador se respetó á sí mismo bastante para perdonar al poeta esta licencia, y aun para pagarle con nuevos favores aquella atrevida aunque cinica verdad. La *Alegria y la Lira*, otro poema turco de uno de los poetas de la corte de Soliman, respondió á la literatura licenciosa de este Sardanápalo de Andrinópolis que encanta aun los festines y los harens del Oriente.

## VII

Apénas fué Muza proclamado sultan, vengó en los tres hermanos que se habian visto obligados á matar á Soliman, la sangre de Othman. Despues de haber recibido de sus manos la cabeza que le habian traído

ellos mismos, los mandó cargar de cadenas, los envió otra vez á su pueblo, y habiendo dado orden á todos los habitantes de Dugundji de volver á sus casas los quemó vivos dentro de sus hogares.

« Mi hermano debía morir, dijo, pero no por la mano ignoble de esos esclavos ! »

Parecia que solo alentaba la venganza. Ansioso de castigar la traicion de los servios que lo habian abandonado durante la batalla que se dió bajo los muros de Constantinopla, marchó con sesenta mil hombres á Servia, devastó el país, pasó á cuchillo á millares de prisioneros, y habiendo hecho amontonar y nivelar sus cadáveres, los hizo cubrir con un mantel y dió sobre aquella horrible mesa á sus soldados un banquete de venganza en el que el vino se mezclaba con la sangre de los servios.

Al regreso de esta expedicion, sitió á Constantinopla. Manuel Paleólogo, temiendo la pérdida de su capital, llamó á Mohammed, que reinaba en Brusa para oponer un hermano á otro hermano. Suministróle buques para atravesar la Propóntide y lo recibió en Scutari, arrabal asiático de Constantinopla. Este refuerzo desconcertó á Muza.

Evrenos Beg, ese viejo general que habia servido bajo cuatro reinados, y á quien Muza habia condeñado á una posicion subalterna que humillaba su

vejez y su rango en la corte, aconsejó secretamente á Mohammed que pasara con resolucion á Europa y que fuera á sublevar los servios contra Muza. Mohammed, á quien Evrenos habia facilitado la empresa, siguió este consejo. Reforzado por los servios y por los vasallos montañeses de Evrenos, Mohammed volvió á caer sobre Andrinópolis por el valle de Philoppopolis.

Abandonado Muza por la mayor parte de sus aliados, se defendia con siete mil genizaros que habia retenido pagándoles un sueldo exorbitante con los recursos del tesoro. Los dos ejércitos se encontraron inopinadamente cara á cara en las faldas del Hemus. El aga de los genizaros, Hassan, que despues de haber sido ultrajado por Soliman que le habia hecho cortar la barba, abrazó el partido de Mohammed, se adelantó solo á caballo hácia el frente de sus antiguos compañeros de armas al servicio de Muza, y dirigiéndoles sus quejas en alta voz :

« Porque tardais, hijos míos, les gritó, en venir á uniros con vuestro general, para servir con él la mas justa de las causas, con un príncipe valiente y agradecido, contra otra á quien abandona la fortuna, y que va á envolver en su propia ruina á sus mismos defensores ! »

## VIII

Muza, que oyó con indignacion aquellas provocaciones á la desercion que Hassan dirigia á sus genizaros, se lanzó á él con el sable en la mano, seguido por un grupo de caballeria. Habiendo Hassan vuelto bridas para alejarse, Muza lo abrió desde el hombro hasta el corazon con un golpe de yafagan. Iba á repetir, cuando un ginete, esclavo de Hassan, queriendo parar el segundo golpe que amenazaba á su señor, cortó él mismo el brazo al sultan, que cayó al suelo con el sable en la mano. La sangre de Muza difundió el terror entre su ejército, que se dispersó por todas partes, perseguido por la caballeria de Mohammed. Muza, abandonado otra vez mas, hizo vendar su brazo mutilado con la muselina de un turbante, huyó sin saber por donde al galope á favor de la oscuridad, y se refugió en los pantanos que guarnecen el Maritza, esperando penetrar en la Bulgaria. La sangre que perdió por la herida debilitó sus fuerzas, y al día siguiente se encontró su cadáver sumergido en el fango, al lado de su caballo, que parecia que aguar-

daba que su señor despertase. Corrió por el imperio la noticia de que Muza no habia muerto de resultas de su herida, sino que habia sido estrangulado al huir por dos de sus generales que lo seguian, y que cansados de los desastres de la guerra civil de diez años, habian querido salvar el imperio sacrificando á uno de los sultanes.

Muza no dejó mas recuerdo que el de su ambicion y el de las vicisitudes de su fortuna. Mas aventurero que soberano, vivió como rebelde y murió como soldado.

## IX

Mohammed ó Mahomet I<sup>o</sup> no heredó la paz con la muerte de su competidor. Toda el Asia, durante su reinado, fué presa de insurrecciones suscitadas por los príncipes turcomanos, que habia restablecido Timur en sus tronos, alentando despues su independancia. Reinaba á costa de vencer. Su infancia, pasada en los campamentos, habia hecho para él de la guerra una necesidad y del valor un hábito. Su aire marcial correspondia á su temperamento belicoso. Aun en la flor

de los años, la frente alta, el rostro ovalado, los ojos negros, sombreados por cejas persas, como el arco de los tártaros, la tez colorada por una sangre rápida y generosa, la boca llena de gracia, el pecho ancho y prominente, los hombros robustos, los brazos desmesuradamente largos como los de los pueblos que manejan el sable, una fisonomía que los historiadores describen participando de la nobleza del águila y la majestad del león, una elegancia y un lujo en los trajes que realzaba esta belleza natural, en fin, una disposición completamente magnánima y agradable de carácter que recordaba la caballería árabe y que le hacia dar el dictado intraducible de *Tchelebi*, cuyo sinónimo mas propio es en las lenguas de Occidente el de *caballero*. Todo excitaba á favor de Mohammed *Tchelebi*, ó Mahomet I, la estimación, el amor, la esperanza de los otomanos. Su gloria precoz unía el prestigio á sus derechos. Había podido ser acusado en su infancia de ambicioso, por no haber cedido su parte de imperio ó de herencia á Soliman y á Muza. Pero no se debe olvidar que la herencia por derecho de primogenitura no era entónces en Oriente la ley del trono, y que cuando el padre no había nombrado sucesor, la herencia se dividía ó hacia pedazos entre todos. Además, los vicios y los crímenes de sus hermanos justificaban mas que suficientemente á los ojos de

los otomanos las pretensiones del único de los hijos de Bajazet, que prometió un restaurador al imperio.

## X

Apénas se reunió en un solo poder otomano la Europa y el Asia en manos de Mahomet I con la muerte de Muza, cuando el débil emperador de Bizancio, forzado, como ya se ha visto, á concluir tratados contradictorios con los tres competidores al trono de Bajazet, se había apresurado á reclamar el beneficio del que había celebrado con Mahomet. El sultan, que no tenia mas pensamiento que el de reconstituir la unidad, rota por un momento, de su casa y de su raza, tranquilizó al emperador de Constantinopla respecto del espíritu de conquista de los turcos, aplazada para otros tiempos, y restituyó á los Paleólogos todas las ciudades y todas las provincias que Soliman, Muza y él mismo habían arrancado momentáneamente del imperio griego en Tesalia y en el golfo de Salónica.

« Decid al emperador de Constantinopla, mi padre, respondió á los enviados de Manuel Paleólogo

« con una cordialidad graciosa y filial, que gracias á  
 « su apoyo, he tenido la fortuna de volver á ocupar  
 « los dominios de mis mayores, y que en recompensa  
 « de los votos que ha hecho por mi causa seré fiel  
 « y leal con él como lo es un hijo con aquel á quien  
 « debe la vida. »

Los embajadores de la Hungría, de la Servia, de la Bulgaria y de los príncipes cristianos del Peloponeso acudieron á Andrinópolis para felicitarlo y reanudar con él las antiguas relaciones pacíficas interrumpidas por diez y siete años de agitacion y de vicisitudes.

« Decid á vuestros señores, les respondió á todos  
 « con un orgullo modesto que no se ruborizaba de  
 « conceder ni aceptar la reconciliacion general,  
 « decidles que á todos les otorgo la paz, y que de lo-  
 « dos la recibo con gratitud. Que el Dios de paz aconseje su sabiduría y la justicia á aquellos que ten-  
 « gan intencion de romperla! »

## XI

Pero mientras que el afortunado Mahomet I calma-  
 ba y reconstituía así la Turquía de Europa, el príncipe

de Caramania turbaba de nuevo el Asia. Secundado por los otros príncipes turcomanos y por el traidor Djuneyd, príncipe de Esmirna, infiel á todos los juramentos y desagradecido á toda indulgencia, el príncipe de Caramania llegó con un ejército confederado hasta el pié de los muros de Brusa. Torció el curso de los torrentes del Olimpo, que surtian á la ciudad, y ya estaba á punto de obligar á los habitantes á una capitulacion, por falta de agua, cuando un acontecimiento casual, que pareció á los caramanios un prodigio, el cortejo que llevaba el cuerpo de Muza al sepulcro de sus padres llegó á cierta distancia del campamento de los sitiadores. Una escolta de caballería turca, del ejército de Mahomet, acompañaba el féretro para honrar los restos mortales de un enemigo.

A la vista de aquel féretro y de aquellas armas, Caraman sintió ó un terror ó un remordimiento que corría como un hielo por todo su ejército. Los turcomanos huyeron ante el aspecto del ataúd del último de los pretendientes al trono de Bajazet. Conocieron sin duda que Mahomet I, sin rival en lo sucesivo, sería un enemigo demasiado terrible para ellos, y que no era ya ocasion de hacer la ofensa imperdonable destruyendo su capital.

« Cobarde, exclamó uno de los aliados de Cara-

« man, envuelto apesar suyo en aquel terror pánico,  
« si huyes así de los muertos, que harías en presen-  
« cia de un enemigo vivo? »

Pero Caraman, que habia perdido á su padre en las cárceles de Bajazet donde Timurtasch lo habia condenado á muerte, se contentó con vengar sus manes con odiosas represalias, destrozando el sepulcro de Bajazet, situado en los jardines exteriores de Brusa, profanando los despojos del enemigo de su familia y echándolos al fuego.

## XII

Cuando tuvo Mahomet noticia de esta confederacion armada contra él, fletó buques griegos para atravesar la Propóntide, marchó con sus aguerridos veteranos á socorrer á Brusa, y á conquistar el imperio de su padre en Asia. No encontrando á los enemigos en Brusa se dirigió á Pérgamo, ciudad griega de la Anatolia que habia incorporado Djudneyd en su principado de Esmirna. Pérgamo, Kima, los castillos de la llanura de Mainomenos, fortificados por Djudneyd, cayeron despues de muchos asaltos en poder de Mahomet y de su general Bayezid-Bajá, compañero de

todas sus glorias. Un albanés de esta raza aventurera que tomaba ya parte en todas las guerras con ó contra los turcos, llamado Audulas, defendió hasta el último extremo las murallas de Nymfeon, una de las plazas fuertes de Djuneyd. Animaba á Bayezid-Bajá la sed de venganza personal en el ataque obstinado de Nymfeon, en donde perecieron muchos miles de sus soldados.

Djuneyd era padre de una hija única, cuyos hechizos, alto nacimiento y tesoros estimulaban á los príncipes y guerreros mas famosos entre los otomanos á solicitar su mano. Bayezid-Bajá, visir de un sultan, general en jefe de sus ejércitos, se habia creído con títulos suficientes para pedir su hija en matrimonio al príncipe de Esmirna. Djuneyd convocó su divan en Pérgamo al recibir este mensaje. Hizo comparecer al enviado de Bayezid-Bajá en presencia de sus cortesanos y de sus guerreros, y despues de haber oído con rostro desdeñoso la peticion del mensajero, se volvió hácia el albanés Audulas, que asistia al consejo. « ¿Quién eres tú? dijo á Audulas, como si no lo hubiera conocido hasta aquel dia.

- Tu esclavo, respondió Audulas inclinándose.
- ¿Dónde has nacido? prosiguió Djuneyd.
- En Albania.
- ¡ Pues bien! repuso Djuneyd dirigiéndose á los

testigos de aquella escena, declaro libre á este esclavo albanes, y á él le concedo la mano de mi hija. Tú, continuó Djuneyd apostrofando con desprecio al enviado de Bayezid-Bajá, vé á decir á tu señor lo que has oído; he elegido por yerno á un esclavo albanés como él, pero mas jóven y mas digno que él de defender ó atacar un imperio.

Aquel insulto habia quedado grabado con fuego en el corazon de Bayezid. Despues de la rendicion de Nymfeon, en donde el intrépido Audulas no habia podido encontrar la muerte sobre la brecha, Bayezid Bajá condenó á su rival, hecho prisionero, á la degradacion de su virilidad, y á servir de eunuco en su haren.

## XIII

Mahomet I sifió en persona á Djuneyd en Esmirna. Los caballeros de San Juan de Jerusalem, convertidos en caballeros de Rodas, lo ayudaron á rodear á Esmirna de fortalezas levantadas contra sus murallas. Esta guerra no era, como la de Timur, una guerra de religion, de exterminio, y de raza á raza. Todos

los príncipes cristianos y todas las repúblicas cristianas que poseian puertos, castillos, provincias en la Jonia, en el Archipiélago ó en la Grecia, se unieron espontáneamente al sultan contra el bárbaro, infiel á tantos señores, que habia levantado su dominacion sobre las ruinas de Esmirna, aprovechándose de la anarquía del imperio de Bajazet I. La ciudad, que no veia por todas partes, en los flancos de sus montañas y en su golfo mas que enemigos, tembló detrás de sus murallas.

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd, á quien este principe habia encerrado en Esmirna como en un asilo inexpugnable, salieron muy pronto como suplicantes de la ciudad, y fueron á prosternarse á los piés de Mahomet, para implorar su misericordia. El sultan, tan generoso y caballeresco como el sobrenombre de Tchelebi indicaba, los levantó con bondad, y no les pidió mas rescate que la capitulacion de la ciudad. Se contentó por toda venganza y seguridad, con derribar los fuertes y las murallas de Esmirna, á fin de que la tercera ciudad del imperio no volviese nunca á ser asilo de la rebeldía ó amparo de la traicion de un vasallo.

El gran maestre de los caballeros de Rodas, que habia pedido que se dejara en pié el castillo de su órden, reedificado sobre los cimientos del que habia

arrasado Timur, y expuesto al sultan que su reconstruccion interesaba al papa, protector de su órden y de todos los cristianos :

« Yo quisiera, le respondió con tanta bondad como  
 « prevision, yo quisiera, señor maestre, ser el padre  
 « de todos los cristianos de la tierra y poder distri-  
 « buirles presentes y honores, porque es necesario  
 « que los príncipes recompensen á los buenos y cas-  
 « tigen á los malos; pero conviene tambien tomar  
 « en consideracion el bienestar de sus propios súb-  
 « ditos, y atender á lo que me han pedido muchos  
 « musulmanes. Aunque Timur haya devastado toda  
 « el Asia, ha adquirido, segun me dicen, un título á  
 « nuestra gratitud demoliendo el castillo de Esmirna,  
 « porque en él encontraban seguro asilo todos nues-  
 « tros esclavos fugitivos; además, los hombres libres,  
 « que viajaban por mar y tierra, eran conducidos  
 « allí para condenarlos á la esclavitud, lo cual daba  
 « lugar á guerras perpetuas entre los caballeros de  
 « la órden y los turcos. Timur, el impío guerrero  
 « tártaro, fué generalmente alabado por esta medida.  
 « ¿Quieres tú que sea yo mas impío que este tirano?  
 « Pero para satisfacerte, al paso que cumplo los vo-  
 « tos de los musulmanes, te señalaré en el territorio  
 « de Mentesché otro punto en donde puedas levantar  
 « un palacio-fuerte, »

El gran maestre solicitó que se le concediera el terreno para él en los dominios otomanos, y no en las tierras que poseian en aquellas playas los cristianos.

« Mio es lo que te doy, respondió Mahomet, porque  
 « el principe de Mentesché es mi vasallo. »

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd lograron fácilmente con sus lágrimas que el sultan perdonara al rebelde. Mahomet lo recibió, le restituyó su familia y sus bienes y se conformó con alejarlo del teatro de sus intrigas, relegándolo á Servia, á la corte de su aliado el rey Sisman, hijo de Lázaro, que habia abrazado la religion del profeta.

## XIV

La toma de Esmirna y la rendicion de Djuneyd acarreó la sumision de todos los principados y de todas las ciudades que separan la Jonia de la Carmania. Koniah, reconquistada por él, vió firmar la paz general del Asia Menor. La infidelidad de los Caramanios turbó de nuevo esta paz apenas concluida. Mahomet, que volvía á Brusa, cayó enfermo de im-

arrasado Timur, y expuesto al sultan que su reconstruccion interesaba al papa, protector de su órden y de todos los cristianos :

« Yo quisiera, le respondió con tanta bondad como  
 « prevision, yo quisiera, señor maestre, ser el padre  
 « de todos los cristianos de la tierra y poder distri-  
 « buirles presentes y honores, porque es necesario  
 « que los príncipes recompensen á los buenos y cas-  
 « tigen á los malos; pero conviene tambien tomar  
 « en consideracion el bienestar de sus propios súb-  
 « ditos, y atender á lo que me han pedido muchos  
 « musulmanes. Aunque Timur haya devastado toda  
 « el Asia, ha adquirido, segun me dicen, un título á  
 « nuestra gratitud demoliendo el castillo de Esmirna,  
 « porque en él encontraban seguro asilo todos nues-  
 « tros esclavos fugitivos; además, los hombres libres,  
 « que viajaban por mar y tierra, eran conducidos  
 « allí para condenarlos á la esclavitud, lo cual daba  
 « lugar á guerras perpetuas entre los caballeros de  
 « la órden y los turcos. Timur, el impío guerrero  
 « tártaro, fué generalmente alabado por esta medida.  
 « ¿Quieres tú que sea yo mas impío que este tirano?  
 « Pero para satisfacerte, al paso que cumplo los vo-  
 « tos de los musulmanes, te señalaré en el territorio  
 « de Mentesché otro punto en donde puedas levantar  
 « un palacio-fuerte, »

El gran maestre solicitó que se le concediera el terreno para él en los dominios otomanos, y no en las tierras que poseian en aquellas playas los cristianos.

« Mio es lo que te doy, respondió Mahomet, porque  
 « el principe de Mentesché es mi vasallo. »

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd lograron fácilmente con sus lágrimas que el sultan perdonara al rebelde. Mahomet lo recibió, le restituyó su familia y sus bienes y se conformó con alejarlo del teatro de sus intrigas, relegándolo á Servia, á la corte de su aliado el rey Sisman, hijo de Lázaro, que habia abrazado la religion del profeta.

## XIV

La toma de Esmirna y la rendicion de Djuneyd acarreó la sumision de todos los principados y de todas las ciudades que separan la Jonia de la Carmania. Koniah, reconquistada por él, vió firmar la paz general del Asia Menor. La infidelidad de los Caramanios turbó de nuevo esta paz apenas concluida. Mahomet, que volvía á Brusa, cayó enfermo de im-

paciencia en Angora. Su vida inspiró serios temores. El príncipe, vecino de Kermian, le envió al mas acreditado de los médicos y de los poetas turcos, al célebre Sinan. Curaba á la vez el alma con sus versos y el cuerpo con sus prescripciones. Él fué quien cantó bajo el nombre de Scheiki ese mismo poema de los amores de Schirin y de Ferhad, cuyas aventuras encantan muchos siglos hace á los persas.

« Lo que necesita el héroe Mahomet, dijo Sinan « despues de haber tomado el pulso al enfermo, no « son medicamentos sino una victoria. Su mal es « una melancolía, padecimiento de los corazones que « se devoran ellos mismos. » Enfermedad frecuente en efecto en la raza meditativa de los otomanos.

El bajá y visir Bayezid juró que curaria á aquel precio á su señor; atrajo á una emboscada á Caraman, envolvió á su ejército, y cogió prisionero á su hijo primogénito Mustafá Beg.

El correo que trajo la noticia de esta victoria de su visir curó con efecto á Mahomet. Trató al hijo prisionero de su enemigo como hermano compasivo mas bien que como vencedor irritado. Este príncipe, jóven conmovido con la generosidad del sultan, puso la mano sobre el corazon por encima de su castan :

« Juro en nombre de mi padre, dijo con un acento

« sincero, que mientras el alma que tengo bajo mi « mano habite este cuerpo, ni mi padre, ni yo, « mirarémos siquiera con envidia una de las posesiones del sultan. »

Este juramento era un perjurio. Apénas habia Mahomet colmado á Mustafá Beg de los presentes, que se acostumbraba dar entre los tártaros al ratificar los tratados, tambores, banderas, caballos de raza, animales raros, y habia mandado á sus tropas que evacuaran las ciudades de Caramania, se despidió el príncipe de Mahomet para volver al lado de su padre. Pero al primer alto mas allá de Angora, Mustafá Beg que habia adquirido las costumbres de los griegos con sus provincias, habiendo hallado los caballos y los esclavos del sultan que pacian sin ser guardados, se apoderó de ellos y se los llevó á su padre.

« La guerra siempre y en todas partes, exclamó, « es el único tratado que pueda subsistir hasta la « tumba entre los caramanios y los otomanos. »

Y como algunos de sus guerreros le recordaran el juramento que habia hecho en Angora, y le echasen en cara el haber profanado así la palabra humana que atestigua en pró ó en contra de nosotros :

« No he mentado, » respondió con astuta irrisión

de la mentira del espíritu con la verdad de la letra.  
 « Yo habia ocultado bajo mi castan un pichon muerto, y habia puesto la mano sobre él, por lo que he podido decir con verdad : *Mientras esta alma anime este cuerpo, los caramanios no violarán las posesiones de los turcos.* »

Para vengar tantos ultrajes, Mahomet metió su ejército en los valles de la Caramania hasta el golfo de Macri, en frente de Rodas, y hasta Tarsus, en frente de Chipre. Los pérfidos príncipes se refugiaron en las rocas escarpadas de la Cilicia con sus rebaños; luego, aprovechándose de la ausencia del sultan que habia regresado á Brusa, volvieron á bajar á Koniah, se apoderaron de la ciudad y allí fueron atacados la tercera vez por las tropas de Mahomet, y obtuvieron otra tercera paz tan generosa como las precedentes y tan infielmente guardada como las demás.

## XV

Mahomet I se ocupó en Brusa de crear una marina para unir la Europa con el Asia por medio de

una travesía fácil de la Propóntide, y para defender sus costas contra las piraterías incesantes de los pequeños príncipes cristianos del Archipiélago, que eran el azote del Levante. Cuarenta y dos buques, contruidos con los robles del Hemus y del Olimpo, bogaron, mandados por Tschali Beg, almirante de Mahomet, desde la desembocadura de los Dardanelos hácia la isla Veneciana, entónces de Negroponto, para perseguir á los piratas de la isla de Andros, cuyo duque insultaba en todas partes las costas otomanas y se llevaba las mujeres y los niños para esclavizarlos.

En el momento en que la flota turca iba á dar caza á aquellos piratas, una escuadra veneciana, mandada por Loredano, generalísimo de las flotas de la república, apareció en el horizonte de Lesbos. Los turcos, dudando si aquella escuadra era de paz ó de guerra, entraron á toda vela en los Dardanelos, y anclaron en su puerto de Galipolis para aguardar la explicacion de aquella nube de buques. Sabian que los venecianos, aliados de los duques de Andros, protegian las embarcaciones de este vasallo y podian considerar como un insulto hecho á ellos mismos la repression de las piraterías de su aliado. Sabian además que Venecia y Génova se hacian á la sazón la guerra en aquellos mares, y que sus buenas relaciones con

los bajeles genoveses podían ser calificadas de criminales por los almirantes de Venecia.

## XVI

La escuadra de Loredano, á cuyo bordo iban dos proveedores de Venecia, acudia en efecto al saber el armamento de los turcos, ó bien para tratar con ellos como señores del mar, ó para incendiar su primera flota ántes que pudiera disputarles las aguas de Levante.

Loredano ancló en frente de Galipoli, en la Propóntide. Abriéronse negociaciones entre los dos almirantes. Durante estas explicaciones, hasta entonces amistosas, un buque genovés salió con velas desplegadas de la rada de Galipoli, intentando ganar el alta mar para reunirse á la flota genovesa en Constantinopla. Los venecianos dispararon contra el buque genovés; los turcos, creyendo que el cañonazo iba dirigido contra su escuadra, respondieron inmediatamente al fuego. Empeñóse un combate sangriento, como el de Navarino en nuestros días, por una equivocacion recíproca que acaso no era

mas que un exterminio premeditado, oculto bajo un error aparente. Los turcos pelearon como héroes, pero fueron víctimas inexpertas del elemento que se los tragó.

Acribillado de flechas en la popa de su buque almirante, Loredano arrancó una á una de sus brazos y sus mejillas, sin dejar de mandar la maniobra. El navío almirante de los turcos, abordado por él, nueve galeras, ocho buques apresados por los venecianos después de asaltarlos, fueron teatro de una reducida pero horrorosa carnicería, en el que las madres, las mujeres, los hijos de los turcos contemplaban el desastre y la muerte de sus padres, de sus maridos y de sus hijos desde la vecina costa. Un grito horrible resonó en toda la playa de Galipoli adonde las olas arrojaban los cadáveres. Diez mil soldados otomanos, formados en batalla en las alturas de la ciudad oscurecían en vano la atmósfera con una nube de flechas. Treinta buques turcos fueron cogidos, echados á pique ó incendiados, á la vista del puerto de donde acababan de salir. El fuego de aquel incendio iluminó toda la noche las costas de la Propóntide hasta Brusa.

Al dia siguiente los venecianos, implacables después de la victoria, hicieron un escrutinio de los prisioneros que no habían perecido en el combate.

Colgaron de las vergas de sus buques á todos los genoveses, catalanes, sicilianos y franceses que hallaron entre los turcos. Descuartizaron sobre el puente del almirante á uno de sus compañeros por sospechas de connivencia con el almirante otomano. Los marineros y los soldados mahometanos fueron enviados como esclavos á las islas y posesiones venecianas del Levante. No quedó una galera de Mahomet en sus mares. Loredano, paseando impunemente su pabellon de Tenedos á Negroponto, de Negroponto á Constantinopla, impuso en todas partes respeto á esta república que habia sido la primera aliada de los otomanos en tierra, pero que no sufría rivalidad en el mar.

Humillado Mahomet, por el cañon de Loredano, tuvo que celebrar un tratado con Venecia, por el cual reconocía la supremacia en el Mediterráneo de aquellos intrépidos navegantes. Sus embajadores, recibidos con pompa por la república, encubrieron mal bajo el esplendor de su recepcion, las concesiones navales que acababan de hacer al dux en nombre del sultan.

## XVII

Mahomet I empleó el año de 1416 en intervenciones armadas en el Norte de la Turquía por las querellas de los húngaros, servios, polacos, croatas, y en levantar fortificaciones en la orilla derecha del Danubio, baluarte contra la Alemania. Sacó por la cuarta vez á Djuneyd de su destierro en Servia para confiarle el gobierno de Nicópolis, olvidando las numerosas traiciones que habia cometido este general contra el imperio. La pericia de Djuneyd era tan famosa y estimada, que triunfaba al cabo de los vicios de su carácter. Djuneyd recordaba en Oriente á los *condottieri* italianos de la misma época cuyo auxilio se pagaba al paso que se despreciaba su mercenario oficio.

En aquel mismo tiempo edificó Mahomet I en frente del Danubio la ciudad y la fortaleza de Giurgewo, que flanqueaba poco hace las posiciones otomanas en sus maniobras defensivas contra los rusos, dándole el nombre significativo de *Raiz de la tierra*, como si la seguridad del imperio se hubiese arraigado

bajo aquellos bastiones. Reconstruyó también las antiguas fortificaciones romanas de Trajano, vencedor de los dacios, y el puente que este emperador había echado sobre el río. Sus generales, tan pronto vencedores como vencidos, sostenían durante aquellos trabajos combates parciales, precursores de luchas mayores en Bosnia, contra los estirios y los caballeros del duque de Austria. Los húngaros, aprovechándose de aquella diversion, libraban al mando de su palatino Peterfy heróicos combates á los generales de Mahomet en sus fronteras. En uno de aquellos combates caballerescos en los que los generales peleaban con frecuencia cuerpo á cuerpo entre los dos ejércitos, Peterfy derribó de su caballo al bajá Ikak, que mandaba á los otomanos, y poniéndole el pié en la garganta, lo atravesó con la espada. El rey de los húngaros Sigismundo, estimulado por las proezas de Peterfy, á quien los caballeros y los plebeyos seguían como á un vengador suscitado por Dios para realizar la gloria de los eslavos, levantó un ejército de veinte mil combatientes, pasó el Danubio por debajo de Belgrado, rechazó á los turcos hasta Servia, y reconquistó la llanura y la ciudad de Sofia en una batalla que estremeció al imperio hasta Andrinópolis.

## XVIII

Mahomet I, retenido durante estos desastres en Asia por las sublevaciones parciales de largas guerras civiles mal apagadas, desplegaba alternativamente la fuerza, la política y la generosidad que esta le inspiraba. Una insurrección mas seria de sus imanes y de sus ejércitos en el seno de su capital, le hizo olvidar por un momento los peligros de la Europa y las agitaciones de la Anatolia.

Después de la muerte de Muza, el juez mayor del ejército, magistratura que participaba de la religión, de la jurisprudencia y de la guerra, llamado Bedreddin, hombre que gozaba de la reputación de sabio y bueno entre los turcos, había sido relegado á Nicea por Mahomet. Bedreddin meditaba en su destierro la venganza del olvido á que se hallaba condenada su capacidad. Era uno de esos hombres que perturban todo lo que no pueden dominar. La intriga, vicio bastante raro entre los otomanos, que tienen una ambición tan franca como su carácter, era tanto mas temible cuanto mas disimuladamente anidaba en el

corazon astuto del juez mayor. Buscó una tea que pudiera encender invisiblemente el fuego de la discordia. El acaso se la ofreció.

Habia entónces á la extremidad del cabo Negro, que forma uno de los costados del golfo de Esmirna en frente de Chio, al pié del monte Stylarios, un inspirado que llevaba de ciudad en ciudad sus supuestas revelaciones religiosas, mezcladas con teorías sociales, de las que existen en todos los pueblos y en todos los tiempos para fascinar la ignorancia y dar vértigos de esperanza á los pueblos. Este visionario se llamaba Mustafá. Era hijo de un turco indigente que apacentaba algunos rebaños de cabras en las lomas escarpadas del cabo Negro. La imaginacion exaltada de los turcos, su religion casi individual que deja gran libertad á las interpretaciones verdaderas ó quiméricas del Coran, las largas guerras civiles que habian dado á todo el mundo el derecho y aun el hábito de elegir su partido, las desgracias de la época apenas reparadas por la mano suave de Mahomet I, todo predisponia en aquel momento á los turcos á las agitaciones y á la propagacion de nuevas sectas. La de Mustafá era popular como toda doctrina nacida entre la indigencia y que promete á los pobres el vengarlos por la mano de Dios, de la inicua superioridad de los dichosos del mundo y de la inevitable desi-

gualdad de condiciones en la tierra. Esa utopia podia ser una queja justa, pero no era una doctrina practicable. Sin embargo tenia mucho imperio en las imaginaciones: las doctrinas aplicables tienen límites, las doctrinas quiméricas no los tienen. Todo gemido, todo agravio, toda miseria, todo sueño encuentra su puesto y su satisfaccion. Este es el poder de las utopias.

La de Mustafá corrió como una llama por las tiendas alzadas en los prados de Jonia, y llegó y circuló pronto por villas y ciudades. Los partidarios del nuevo profeta le dieron el nombre de padre y señor de la verdad, *dedé sultan*. Los dervises abrazaron su causa, que era la de su propia secta: una abnegacion general de toda propiedad; una comunion absoluta de todos los productos de la naturaleza ó del trabajo, una expropiacion de todos los que poseian en provecho de los que no tenian nada; solo las mujeres, por una excepcion conforme con las costumbres celosas de Oriente, no eran comprendidas nominalmente en la promiscuidad universal, pero lo eran de hecho, porque una vez abolida la propiedad que sirve para el sustento de la mujer y de la familia, la familia y la mujer caian necesariamente en el dominio banal de este comunismo oriental. Los judíos y los cristianos, halagados con hábil artificio por los comunistas

del sultan Dedé, vinieron á engruesar el número de sus entusiastas. Proclamóse en favor suyo la igualdad y la fraternidad de los tres cultos. Algunos anacoretas cristianos de la isla de Chio, visitados durante la noche por el profeta turco, que les aseguraba que había atravesado el estrecho andando sobre el mar, creyeron ó fingieron creer en el milagro, lo atestiguaron en las islas, y confundieron el comunismo monacal de los dervises de la Grecia con el comunismo social de los dervises turcos. Sultan Dedé afectó altamente el imperio en nombre de su mision divina, propagó su fanatismo por todas las montañas que se extienden desde el golfo de Esmirna hasta los valles de Magnesia y la llanura de Nicea, y reunió al rededor de su estandarte un ejército de diez mil combatientes, y un sin número de fanáticos.

## XIX

Mahomet I<sup>o</sup>, rechazado como sultan en nombre de Dios por estos insurgentes, que queriendo reconstituir el mundo, no vacilaban en comenzar destruyendo.

un imperio, conoció que era menester atacar con fuerza armada una secta que no cedia á la razon. Hizo salir de Brusa un destacamento de seis mil genizaros, mandados por el hijo del rey de los servios, Sisman, convertido al mahometismo, y uno de los mas firmes sostenedores del imperio. Sisman, estrechado y vencido por los comunistas armados de Dedé Sultan en las gargantas del monte Stylarios, pereció en el campo de batalla con todos los suyos. Esta victoria de los sectarios contra los primeros soldados que los atacaron pareció un decreto celestial en favor de su causa, y contribuyó á que se doblara su número y su osadía.

Alibeg, baja de Aidin, enviado por Mahomet I<sup>o</sup> para atacarlos en los valles de Tyra y las orillas del golfo de Esmirna, fué vencido como Sisman por la creciente insurreccion de aquellas montañas. Despues de haber perdido la mayor parte de sus soldados en el asalto del monte Stylarios, se libró con trabajo de la persecucion de Dedé Sultan, y se refugió con los restos de su ejército en el valle de Magnesia, entre Brusa y Esmirna.

El imperio amenazaba arruinarse bajo el peso de una secta. Mahomet, que no podia dejar descubierta á Brusa, mandó á su hijo Murad, muchacho de doce años, gobernador de Amasia, bajo la tutela militar

de Bayezid-Baja, que reuniera en un solo ejército á todas las tropas y á todas las guarniciones del Asia otomana, y que se dirigiera al núcleo de las montañas de Esmirna por la costa, mientras que él rodeaba la base de estas montañas por los valles del Olimpo. Murad y Bayezid, llevándose consigo á todos los otomanos de las provincias, que comenzaban á temblar por los bienes mas queridos que tiene el hombre en la tierra, por sus campos, sus hogares, sus mujeres, sus hijos, sus rebaños, avanzaron en columna cerrada contra los destructores de la sociedad civil. Los comunistas cristianos, judíos, griegos, mahometanos, combatieron como desesperados y murieron como mártires, mas adictos á sus creencias, que apegados á su vida. Casi todos rehusaron la salvacion de ella, ofrecida en cambio de su abjuracion. Mustafá Dedé, encadenado y mutilado, fué conducido á Efeso, para que su suplicio tuviese la pompa y la publicidad que puede ofrecer una ciudad populosa. Ofreciéronle por la última vez el perdon, si queria abjurar sus doctrinas. Prefirió sus ideas á su existencia. Lo crucificaron y lo pasearon crucificado y sangriento sobre un camello por las calles de Efeso en medio de sus discípulos, á los que se les prometía perdonarlos si consentian en renegar de su profeta: «No, dijeron todos «tendiendo el cuello al sable y echando la última mi-

«rada á su jefe crucificado: *Padre sultan*, recibe «nuestras almas en tu reino.»

Aunque el sultan Dedé murió á la vista de cien mil testigos en Efeso, la fé de su inmortalidad sobrevivió á su mismo cadáver. Esparcióse el rumor por las islas y el continente de que habia resucitado y de que vivia oculto en los bosques de pinos de la isla de Samos, inmediata á Efeso.

El comunismo otomano, obstinado en la ilusion como todos los comunismos que se equivocan trayendo el cielo á la tierra, no habia perecido con su apóstol. Tres mil dervises, frailes mendicantes del islamismo, que justificaban su mendicidad con esta quimera, lo reanimaron un momento en el valle de Magnesia, despues de la partida de Murad. Este retrocedió, y los plátanos del valle de Magnesia, convertidos en instrumentos de un inmenso suplicio, sostuvieron tres mil cadáveres de aquellos frailes, colgados en sus ramas.

## XX

Hasta la Turquía europea se propagó el contagio, y sus miasmas sobrevivieron y pasaron á todos los siglos

sin poder engendrar nunca mas que quimeras y excesos. Las montañas de los Balkanes entre la Servia y la Tracia, se sublevaron en nombre del mismo principio, mas aplicable á pueblos pastores, en que los pastos comunes parecen ya una realizacion del comunismo. Pero aquí, las doctrinas de Dedé Sultan, fomentadas por la ambicion de Bedreddin, el antiguo juez mayor del ejército, tomaron un carácter político y militar, que amenazó mas seriamente al imperio. Los antiguos partidarios de Soliman, de Isa y de Muza, afectaron afiliarse en él á fin de restaurar sus diferentes partidos, halagando la imaginacion de los sectarios. Todas estas facciones, hábilmente aduladas con sagacidad por Bedreddin, se refundieron en una gran faccion proletaria al servicio de un tribuno ambicioso. Bedreddin reunió al rededor suyo un ejército suficiente para contrarestar al de su soberano. Venido y hecho, no obstante, prisionero en la batalla de Seres por el jóven Murad, hijo de Mahomet I<sup>o</sup>, Bedreddin fué ahorcado en virtud de sentencia pronunciada por los jurisperitos del imperio. Su titulo de canceller de la casa de Othman, su fama y sus obras, restos de los monumentos de la legislacion otomana, no lo libraron del suplicio. El comunismo oriental, que solo pareció un delirio en el pueblo ignorante de aquellos bosques, se juzgó crimen irremisible en

un hombre demasiado ilustrado para creerlo sincero. La hipocresía y la sedicion fué lo que castigó Mahomet mas bien que la doctrina. El comunismo, sofisma de la justicia y de la igualdad, sueño de todas las religiones que comienzan por adular la ignorancia y las aspiraciones de las clases oprimidas, habia hecho ya tentativas de realizacion violenta ó pacífica en Arabia y en Persia, despues de Mahoma. Las doctrinas del sultan Dedé fueron su último acceso en Oriente. Pasó de Oriente á Europa para elaborarse en la sombra y estallar al fin; en Alemania, despues de las guerras religiosas de la reforma, con los anabaptistas; en Inglaterra, despues de la revolucion de Cromwell con los niveladores; en Francia, despues de la revolucion de 89, y de la de 1848 con los socialistas de Babeuf y con los socialistas radicales de otras teorías. En todas partes sucumbió bajo la reprobacion unánime de una sociedad que prefiere justamente la muerte á la expropiacion. La propiedad, equitativa por medio de la igualdad de las condiciones con que se goza para trasmitirla á la familia, es la ley de la sociedad humana; la caridad es la virtud, el comunismo es su delirio. Sus accesos serán en todas partes dominados y cortos como una enfermedad de la inteligencia humana.

Mahomet afianzó su reinado combatiéndolo en

Asia y en Europa. No dejó otro rastro de aquella doctrina, ahogada en su cuna, mas que el de asociaciones secretas tales como el de los *asesinos* ó ismaelitas, especie de franc-masonería sanguinaria que embriagaba á sus fanáticos para ponerles el puñal en la mano, á quien su fundador Hassan-Sabbah, no habia dado trescientos años antes mas que un precepto destructor de toda sociedad y de toda moral, resumido en estas dos palabras árabes: *atreverse á todo, y hacerlo todo.*

Apénas Mahomet 1º, cuyo reinado tiene tanta analogía con el de Luis XIV, arrancando de niño su autoridad á las facciones de la Fronda, acababa de triunfar de una facción fanática, cuando otra dinástica se levantó en las montañas del Epiro para disputarle el trono. Los misterios de la Máscara de Hierro bajo Luis XIV, no son mas tenebrosos que los del pretendiente verdadero ó falso que parecia que salía del sepulcro para reclamar el cetro que empuñaba Mahomet.

Ya se ha visto en la narracion del reinado de Bajazet I que uno de los hijos del sultan, Mustafá, habia desaparecido en la batalla de Angora, sea confundido bajo los montones de cadáveres, sea esclavo de algun tártaro diestro en ocultar su presa, sea fugitivo y desconocido entre los pastores del monte Taurus. Desde esta desaparicion, habian trascurrido veinte años; Soliman, Muza, Isa, Mahomet, se habian disputado y arrancado alternativamente el trono sin que este hermano, desvanecido ó muerto hubiese venido á reclamar su derecho ó su parte en la herencia. La guerra social que acababa de conmover todos los ánimos y todas las facciones, despertó sin duda, ó en un verdadero hermano del sultan que volvía á aparecer, ó en un ambicioso hábilmente suscitado por otros ambiciosos, la idea de apoderarse del trono, accesible á toda esperanza y aun á toda quimera par tantos sultanes como lo alcanzaban ó perdian.

De repente circuló por todo el imperio la noticia de que el heredero verdadero de Bajazet, el valiente y desgraciado Mustafá, habia salido milagrosamente de su larga oscuridad, habia sido reconocido por los antiguos servidores de su padre, y principalmente por el famoso Djuneyd, en otro tiempo principe de Esmirna, ahora gobernador de Nicópolis y de las orillas del Danubio, y que este pretendiente legitimo

Asia y en Europa. No dejó otro rastro de aquella doctrina, ahogada en su cuna, mas que el de asociaciones secretas tales como el de los *asesinos* ó ismaelitas, especie de franc-masonería sanguinaria que embriagaba á sus fanáticos para ponerles el puñal en la mano, á quien su fundador Hassan-Sabbah, no habia dado trescientos años ántes mas que un precepto destructor de toda sociedad y de toda moral, resumido en estas dos palabras árabes: *atreverse á todo, y hacerlo todo.*

Apénas Mahomet 1º, cuyo reinado tiene tanta analogía con el de Luis XIV, arrancando de niño su autoridad á las facciones de la Fronda, acababa de triunfar de una facción fanática, cuando otra dinástica se levantó en las montañas del Epiro para disputarle el trono. Los misterios de la Máscara de Hierro bajo Luis XIV, no son mas tenebrosos que los del pretendiente verdadero ó falso que parecia que salía del sepulcro para reclamar el cetro que empuñaba Mahomet.

Ya se ha visto en la narracion del reinado de Bajazet I que uno de los hijos del sultan, Mustafá, habia desaparecido en la batalla de Angora, sea confundido bajo los montones de cadáveres, sea esclavo de algun tártaro diestro en ocultar su presa, sea fugitivo y desconocido entre los pastores del monte Taurus. Desde esta desaparicion, habian trascurrido veinte años; Soliman, Muza, Isa, Mahomet, se habian disputado y arrancado alternativamente el trono sin que este hermano, desvanecido ó muerto hubiese venido á reclamar su derecho ó su parte en la herencia. La guerra social que acababa de conmover todos los ánimos y todas las facciones, despertó sin duda, ó en un verdadero hermano del sultan que volvia á aparecer, ó en un ambicioso hábilmente suscitado por otros ambiciosos, la idea de apoderarse del trono, accesible á toda esperanza y aun á toda quimera par tantos sultanes como lo alcanzaban ó perdian.

De repente circuló por todo el imperio la noticia de que el heredero verdadero de Bajazet, el valiente y desgraciado Mustafá, habia salido milagrosamente de su larga oscuridad, habia sido reconocido por los antiguos servidores de su padre, y principalmente por el famoso Djuneyd, en otro tiempo principe de Esmirna, ahora gobernador de Nicópolis y de las orillas del Danubio, y que este pretendiente legitimo

revindicaba el imperio contra un feroz usurpador de sus derechos. El espíritu intrigante y agitador de Djuneyd, tantas veces traidor á los sultanes, que lo habian perdonado, como para dejarle la esperanza de vènder todavia á otros bienhechores, hacia sospechoso el testimonio de Djuneyd. Pero otros hombres de edad provecctá y otros bajos familiarizados con la corte de Bajazet I confirmaban esta asercion y reconocian formalmente en Mustafá al hijo desheredado de su antiguo señor. Los hijos de Timurtasch y de Evrenos, generales y visires de Bajazet, atestiguaban igualmente que Mustafá, con quien habian sido educados en la corte de Ilderim, era el compañero de su infancia y el émulo de sus proezas en la batalla de Angora. Los príncipes griegos de Constantinopla, que habian visto á Bajazet y á sus cinco hijos en Bizancio y en Brusa durante las frecuentes negociaciones entre los Paleólogo y los Ilderim; no abrigaban duda alguna acerca de la identidad del principe otomano que apelaba á su recuerdo; en fin, Myrtsché, príncipe de los valacos, comprometido á favor de esta causa por su vecino Djuneyd, recibia á Mustafá en sus Estados, y levantaba de concierto con Djuneyd un ejército de confederados para restablecer al sultan legítimo en Andrinópolis.

Mustafá y sus testigos contaban que dejado entre

los muertos en el campo de batalla durante la noche que siguió al dia de la batalla de Angora, habia sido recogido por una horda de tártaros que andaban despojando á los cadáveres; que habiéndole quitado sus armas y su traje de príncipe, confundido en una desnudez completa con otros heridos, prisioneros como él, estos tártaros no habian sabido al llegar cual era el cautivo príncipe ó soldado; que luego lo separaron de sus compañeros de cautiverio y lo enviaron á la retaguardia del ejército de Timur con un sin número de esclavos; que habia sido vendido y revendido de una fienda á otra, y empleado en guardar camellos; que no entendiendo su lengua la tribu á que pertenecia, no habia comprendido esta los signos y reclamaciones que hacia para que lo reconocieran por hijo del sultan; que lo habian llevado á la vuelta de Timur á Samarcanda, hasta el fondo de la Tartaria; que habia languidecido en la esclavitud por espacio de muchos años, sin esperanza de volver á ver su patria; que por último habia sido comprado por un mercader de Bokhara y conducido á Bagdad; que allí algunos persas que hablaban su idioma lo habian oido y llevado á Constantinopla, donde los Paleólogos habian comprobado su nacimiento; que desde allí habia sido enviado á Djuneyd, á Evrenos, á Timurtasch, como á los hombres del

imperio que eran mas propios para verificar y apoyar su causa; y que estos fieles servidores de su padre, así como tambien Myrtsché, y los príncipes de Servia, de Bulgaria y del Epiro, convencidos de la evidencia de sus títulos, no habian podido vacilar en proclamar en él al verdadero heredero de Ilderim, al legítimo emperador de los otomanos.

Esta fábula ó esta verdad, y todo parece indicar que no era fábula, habia reunido en pocos meses al rededor de Mustafá y de sus protectores Djuneyd y Myrtsché, un ejército de otomanos convencidos, y los restos de las bandas dispersas de Bedreddin y del sultan Dedé, á que las guerras civiles mal extinguidas dejan siempre á merced de nuevas facciones. Este ejército, engruesado en Bulgaria, en Epiro, en Grecia, bajaba en número de cuarenta mil hombres al golfo de Salónica, para hacer de Salónica la capital provisional del nuevo sultan, extenderse desde allí por la Tracia, aliarse con los Paleólogos, fletar sus barcos de transporte para pasar al Asia, y sublevar los dos continentes contra Mahomet, encerrado en Brusa.

La energía y la rapidez de Mahomet I defraudaron este cálculo de Djuneyd, convertido en visir de Mustafá. Sea que Mahomet reconociese ó no á su hermano en el pretendiente, salido tan milagrosamente del

sepulcro para tormento suyo, no vaciló en decir á sus pueblos que aquel hombre era un falso emperador suscitado, merced á cierta semejanza de figura, por la perfidia infatigable de Djuneyd. Sesenta mil hombres del ejército que su hijo Murad habia aguerrido peleando contra los revoltosos de Esmirna y del Balkan pasaron con él de Brusa á Galipoli, y dispersaron como un puñado de polvo el ejército de Djuneyd y de Mustafá en la llanura de Salónica. El pretendiente y su visir Djuneyd no dieron pruebas en presencia de Mahomet del valor que habian ostentado en su juventud, el uno en Angora, el otro en Esmirna. Previendo su suplicio en su derrota, uno y otro se mantenian fuera de tiro durante la batalla, montados en caballos ágiles, mas preparados á huir y evitar la muerte que á conquistar la corona con la victoria.

A la primera señal de derrota en sus tropas, galoparon hácia las puertas de Salónica, en donde Demetrio Lascaris gobernaba por el emperador de Bizancio y les dió asilo. Mahomet I reclamó en vano del emperador griego estos dos enemigos. « Los huéspedes son sagrados, respondió Demetrio; yo no deshonraré al emperador mi señor entregándooslos. » Despues de una larga negociacion, Mahomet obtuvo de Paleólogo que Mustafá y Djuneyd, encerrados en

el convento de la Virgen María sobre la peña de la isla de Lemnos, fuesen guardados allí como cautivos hasta su muerte bajo la vigilancia de los emperadores griegos, que recibieron por esta servicio un tributo anual del sultan.

## XXII

Kasim-sultan, último hijo de Bajazet I, dejado en rehenes, como ya se ha referido, al emperador de Constantinopla, por Soliman, en el momento en que huía de Angora á Europa, era, con su hermana Fatima los únicos hijos que sobrevivían de la numerosa familia de Ilderim. Kasim no había sido sometido á la atroz sentencia, convertida en ley del imperio bajo Bajazet I, que condenaba á muerte á todos los hermanos del sultan, para afianzar la seguridad del imperio. Mahomet Tchelebi se había opuesto al cumplimiento de esta legislación bárbara á su advenimiento al trono. No obstante, el divan de Brusa había decretado que Kasim sería privado de la vista. Mahomet suavizó todo lo que puede serlo tal desgracia, proporcionando á su hermano en el palacio de

Brusa todos los goces de la vida. Su hermana Fatima, casada con un emir de Bithinia, vivía igualmente en palacio, obsequiada y querida de Mahomet. Su corazón generoso se consolaba con el trato habitual de estos hermanos de los infortunios de la familia de Othman, diezmada por tantos desastres y tantas disensiones. Todos sus pensamientos se dirigieron hácia la paz, la justicia y la cicatrización de las heridas del imperio. La concordia mas íntima reinaba entre su corte y la de Bizancio, á la que no usurpó, como se lo había jurado á Manuel, ni un pueblo, ni un esquiife de la Propóntide.

Los dos emperadores se convidaban mutuamente á sus fiestas, en las costas de Asia y de Europa. Mahomet entró solo en Constantinopla con absoluta confianza, apesar de los temores que querían inspirarle sus visires.

Una galera magníficamente decorada, con dos tronos bajo un mismo dosel, paseó lentamente á los dos emperadores por el Bósforo á la vista y con el aplauso de los dos pueblos, reconciliados por su sabiduría. Pasando Manuel á su vez el estrecho, fué á descansar á las tiendas imperiales, levantadas por Mahomet en la playa de Asia. El viejo y el jóven emperador, encerrados en la misma tienda, conferenciaron mucho tiempo acerca de los medios que pu-

dieran asegurar la felicidad pasajera de sus súbditos, manteniendo los límites existentes entre las dos razas. Las costumbres tendían á confundirse como los corazones. El culto mismo era respetado sin mezclarse. La lealtad de Mahomet conquistaba el aprecio de los cristianos; la tolerancia de Manuel le valía la amistad de los otomanos. Para abreviar el viaje de Mahomet á Andrinópolis, Manuel le dió escolta, honores y paso por sus estados.

## XXIII

Mahomet I fué atacado de una disentería en el camino de Andrinópolis, y sintió que iba á perder el imperio y la vida. Disimuló algunos días la pérdida de sus fuerzas para impedir las intrigas de las facciones que podían renacer si su hijo no se hallaba presente á la hora de su muerte; pero al tercer día después del de su entrada en Andrinópolis, un vahido lo precipitó de su caballo al dirigirse á la mezquita. Vuelto en sí, recomendó á su visir Ibrahim y á Bayezid-Bajá su general, que ocultase su muerte hasta que su hijo Murad, que estaba en Amasia,

llegase, con el objeto de que no hubiese intervalo entre un soberano del imperio y otro. Tranquilo y descansando en la fidelidad de Ibrahim, hijo del célebre visir Ali, y en la de Bayezid, tutor de su sepulcro como lo había sido de su cuna, Mahomet hizo circular en Andrinópolis la noticia de su próximo restablecimiento y se apagó insensiblemente orando y conversando con sus amigos, sus sabios y sus poetas, que le presagiaban la inmortalidad.

## XXIV

Su último suspiro no causó ningún rumor ni ningún cambio en los hábitos de palacio. El gran visir Ibrahim y el generalísimo Bayezid se pusieron de acuerdo con los eunucos para ocultar el interregno al pueblo y al ejército. Cuidadosos de preparar á Murad un ejército concentrado en la capital para intimidar á todos los pretendientes ó á todas las facciones, promulgan en nombre de Mahomet I, muerto ya, una orden imperial que convocaba á Andrinópolis todas las tropas diseminadas por Europa, para

marchar desde allí con el sultan al Asia, en donde suponian agitaciones que motivaban esta reunion y esta campaña. Las tropas obedecieron sin sospechar la verdad. Solo los genizaros, inquietos porque no veian ir á su señor el viérnes á la mezquita, segun su costumbre, murmuraron, pronunciaron la palabra de rebelion y se negaron á prepararse para la expedicion si no veian ántes con sus propios ojos al sultan. Esta sediciosa exigencia podia confundir toda la sabiduría del plan de Ibrahim y de Bayezid. El médico del palacio Kurt-Uzun, cómplice de su misterio, embalsamó el cadáver, compuso las facciones, coloró sus mejillas, cubrió su cabeza, echó sobre sus hombros el manto imperial, y sentando á Mahomet detrás de una ventana cerrada del Kiosko, bajo el pretexto de que el aire libre podia perjudicar su convalecencia, ocultó bajo los pliegues del manto á dos eunucos, que harian mover en caso de necesidad los brazos del emperador. Los genizaros, desfilando en los jardines por delante de aquel cadáver disfrazado con los colores y los atavíos de la vida, saludaron con aclamaciones de alegría la imágen de su señor. Toda sospecha se desvaneció en la ciudad, y las órdenes de Ibrahim se ejecutaron en toda la Turquía de Europa. Este subterfugio de Mahomet y de sus ministros tuvo engañada á Andrinópolis durante cuarenta

y un dias, y permitió á una sombra gobernar el imperio.

En este tiempo, Elvan Beg, primer copero de Mahomet I<sup>o</sup> y confidente de Ibrahim y Bayezid, enviado por ellos como correo á Amasia, revelaba el misterio al jóven Murad. Escapándose este sigilosamente de su palacio de Amasia, atravesaba á caballo toda la península del Asia Menor con Elvan Beg, y entrando inopinadamente en Brusa, se apoderaba del mando mientras llegaba el gran visír, Bayezid y el ejército de Europa que volvía con el falso pretexto de reprimir los alborotos del Asia.

## XXV

Tal fué la muerte de Mahomet I<sup>o</sup> en la mitad escasa de su carrera. Pero la habia comenzado tan jóven que á la historia le puede parecer larga y completa. Los otomanos, en su lenguaje bíblico, lo han proclamado el Noé de su raza, que salvó su imperio náufrago del diluvio de sangre de las guerras civiles. Jóven, no puede echársele en cara mas que una am-

bición que fué probablemente la de sus tutores Ibrahim y Bayezid-Bajá mas bien que la suya. En su prolongada lucha contra hermanos viciosos y facciones subversivas, se portó como un héroe. Después de la victoria y de la pacificación solo puede censurarse en él el mas generoso de los excesos; el exceso de la clemencia, que alentó á veces la traición, no cansándose de perdonar á los traidores. Pero todo hombre que gobierna después de muchas proscripciones civiles, llámase César, Enrique IV ó Mahomet I<sup>o</sup>, debe perdonar mucho si no quiere castigar demasiado y perpetuar el resentimiento con los suplicios. La tranquilidad que disfrutó después el imperio justificó la clemencia de Mahomet, que juzgaban con severidad sus acusadores. Él hizo amar el imperio que sus antecesores habian hecho temer; no pensó en conquistar sino en pacificar, que es la conquista de los verdaderos hombres de Estado.

## XXVI

Mereció tener grandes ministros por su constancia en sostenerlos, y amigos sinceros por su fidelidad á

la amistad. Como Luis XIV fué dado á las construcciones, posteridad en relieve que los hombres de gloria se complacen en dejar en la tierra para perpetuar su nombre. Consagró á su Dios y á su pueblo y no á su propio orgullo los monumentos que edificó en sus dos capitales.

Atestigua su opulencia, su gusto y el ingenio de sus arquitectos, la gran mezquita de Andrinópolis, con sus doscientos piés de longitud en cada fachada, nueve medias naranjas fabricadas sobre columnas aéreas, suspendidas como otros tantos cielos sobre la cabeza de los creyentes, y dos alminares, semejantes á obeliscos transparentes que flanquean como dos centinelas sus puertas, entre el recogimiento del santuario y el ruido del mundo. La mezquita de Brusa, comenzada por su abuelo, continuada por su padre, acabada por él, en el centro de la cual las fuentes murmuraderas del monte Olimpo vierten sus aguas, en un tazon de mármol, para refrescar á los fieles, como si fueran una bendición de las del Criador de los elementos, trasmite también á los siglos el recuerdo de su piedad. La cátedra, en que leen los imanes el Corán al pueblo, esculpida exteriormente por el cincel árabe, se parece á un canastillo de flores, de frutos, de conchas, cuyos bordes se derraman, como si rebosasen, todos los dones de la natu-

raleza vegetal. Una columna de agua que brota espumosa y extendida en la galería superior del edificio hace centellear á través de su polvo líquido un perpetuo arco iris al resplandor de los rayos del sol.

Mahomet I<sup>o</sup> empleó una suma de cincuenta mil ducados de oro, tres años de trabajo de sus escultores, en la construcción de otra mezquita en Brusa, llamada la *Mezquita verde y salutar*. Esta mezquita sin peristilo, sostenida como una cuba de mosaico sobre una base de mármol blanco, está revestida por secciones con todos los mármoles de color que suministraron las minas del Asia y del Archipiélago. La puerta de mármol sanguíneo tiene esculpidas en relieve máximas del Corán, formando cada letra una flor arabesca. El cimborio de porcelana trasparente de Persia deja penetrar la luz del cielo á través de su bóveda azul, como en el palacio de Timur en Samarcanda. «Las cúpulas y alminares,» dice el erudito historiador Hammer, que da vida á todas las tradiciones locales de las ciudades que ha habitado él tanto tiempo, «estaban cubiertas, muy recientemente aun, de porcelana verde de Ispahan que lucían al sol como si fueran esmeraldas, por lo que el pueblo llamó esta maravilla del arte otomano *Mezquita verde*.» Allí escogió Mahomet sitio para su sepulcro entre una

casa de oración, una casa de escuela y una casa de distribución perpetua de alimentos á los pobres.

## XXVII

Su reinado, aunque presa de revueltas civiles y agitado por tantas guerras, dejó rastros literarios en los anales del espíritu humano. Los turcos, rivales ya de los persas, de los árabes, de los egipcios, parecía que habían contraído desde aquella época en su comercio con los griegos instruidos y refinados de Bizancio una emulación de poesía, de ciencia, de teología, de jurisprudencia, de medicina y de historia que constituye el lujo del ocio de los pueblos que cesan de conquistar para civilizar.

El mas justamente célebre de los otomanos ilustres de la corte de Mahomet I<sup>o</sup>, fué Bayezid-Bajá, su salvador, su general, su visir, y sobre todo su amigo. Jamás olvidó Mahomet que Bayezid-Bajá lo había retirado del campo de batalla de Angora, y que disfrazado de dervis mendicante en las montañas del Tokat, lo había trasportado en hombros cuando los pies

ensangrentados del mozo no le permitian huir de la persecucion de los ginetes de Timur.

El sultan se deleitaba oyendo á los poetas épicos ó elegíacos de su tiempo que le recitaban sus composiciones poéticas. Su médico Scheiki era al mismo tiempo su poeta favorito. El caramanio Djemali, autor de un poema intitulado el *Sol* y la *Alegría*, le enseñaba á leer y á apreciar todas las producciones intelectuales que se escribían en turco, persa, árabe y griego, lenguas que poseía y que enriquecían rápidamente el dialecto primitivo y pobre de los turcos. La fama de su afición á las letras y de su munificencia con los que las cultivaban, atraía y retenía en Brusa á los literatos mas eminentes de todo el Oriente. En vez de devastar, como sus predecesores, las tierras, las ciudades, y los tesoros de Bizancio, importaba á su imperio las artes de la paz que florecían allí, y no los despojaba más que de su genio.

El breve reinado de Mahomet I°, el Generoso, fué un alto de los otomanos en Asia y en Europa, durante el cual, dejó contraer á su pueblo el orden, la disciplina, el amor á la agricultura, el sentimiento civil, el respeto de los límites, la santidad de los tratados, los principios de la navegacion, los hábitos comerciales, el respeto á la superioridad intelectual, la tolerancia de cultos, la comunicacion frecuente y cor-

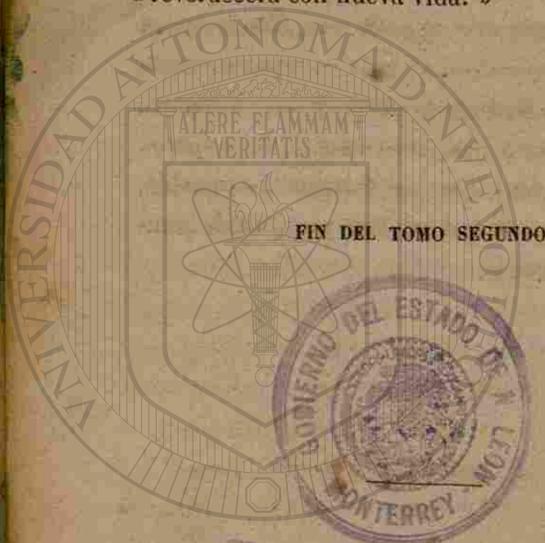
dial con los cristianos, los tratados con las potencias europeas, y en fin, todos los beneficios de la paz, tan necesarios á los turcos para restañar la sangre de las heridas que habian abierto diez años de disensiones civiles, y para aumentar su poblacion, diezmada por tres reinados consecutivos de guerra. Algunos emperadores hicieron mas por la gloria de los otomanos, ninguno por la salud y la consolidacion del imperio, y como último bien hecho por Mahomet á su pueblo, le dejaba en su hijo Murad un sabio y un grande hombre en un adolescente.

## XXVIII

Mahomet I°, muriendo con religiosa serenidad, parecía que habia entrevisto el lustre que iba á dar su hijo á la raza de Othman. En el momento en que Ibrahim y Bayezid expedían un correo á Murad para anunciarle la enfermedad de su padre, el sultan mandó traer la carta y escribió con su mano moribunda estos dos versos persas debajo de su firma :

« Nuestra noche se acerca, pero amanecerá un día  
« mas brillante.

« La flor pasajera de nuestra vida se marchita, pero  
« reverdecerá con nueva vida. »

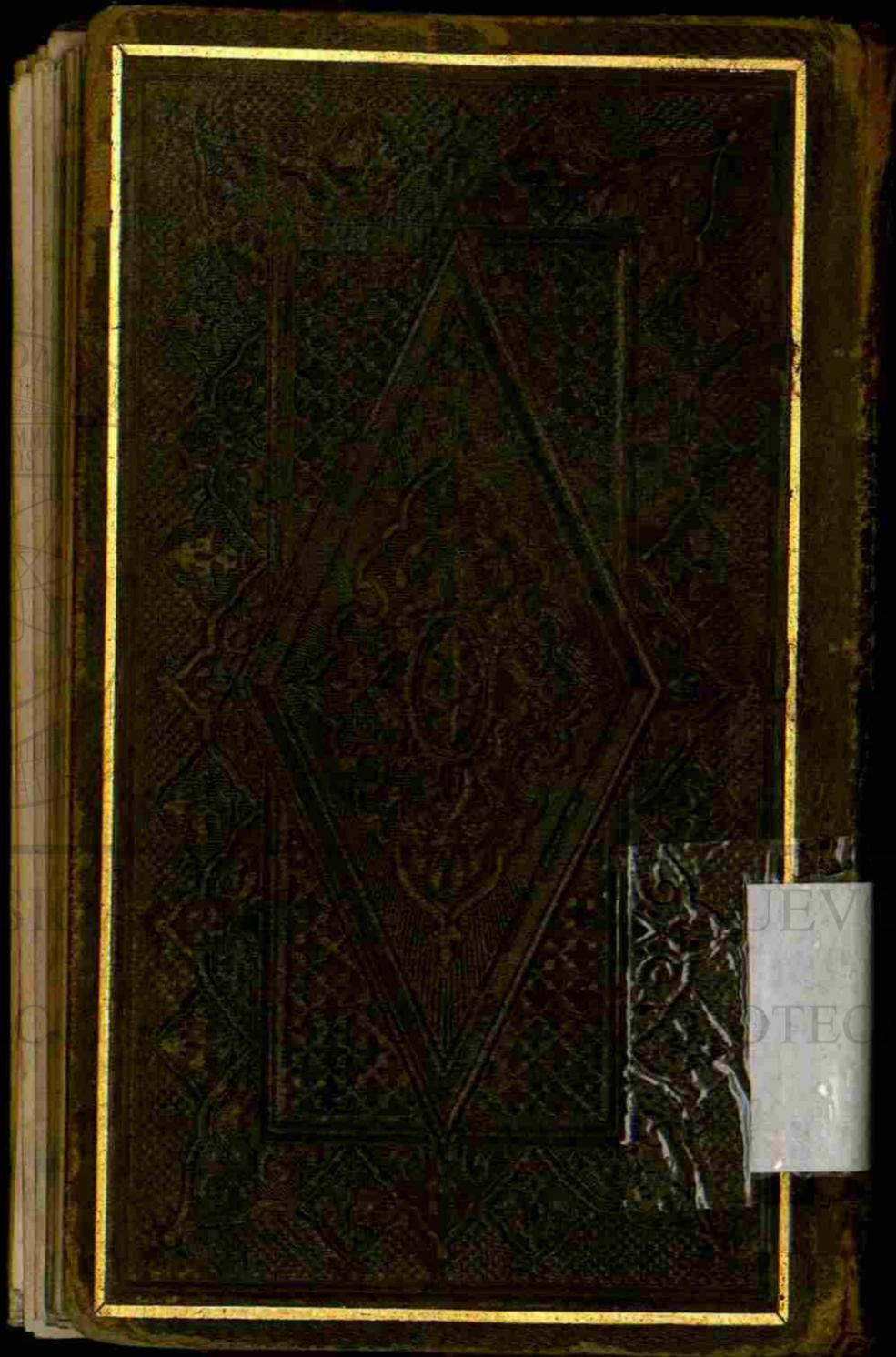


FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



JEV  
TO  
OTEC